



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
MAESTRÍA EN HISTORIA

CRUDO Y HUMEANTE: GÉNESIS, CENIT Y DECLIVE DE LA POLÍTICA DE
ADMINISTRACIÓN DE EXPECTATIVAS DE JOSÉ LÓPEZ PORTILLO, 1976-1982

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRO EN HISTORIA

PRESENTA:
PABLO KALAX OROZCO BARRIGA

TUTOR:
LIC. ERNESTO SCHETTINO MAIMONE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

CIUDAD DE MÉXICO, SEPTIEMBRE 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*El héroe mitológico es el campeón no de las cosas hechas sino de las cosas por
hacer...*

Joseph Campbell

*La paradoja de las promesas en México es que al cumplirse, se destruyen, y al
permanecer incumplidas, viven eternamente.*

Carlos Fuentes

De mi madre, la búsqueda de lo trascendente; el afianzamiento de las convicciones; décadas de una conducta responsable y de un apoyo incesante; no ser presa de rencores, y convertir el agradecimiento en acciones.

De mi abuela, las virtudes que permanecen a través del tiempo; la persona que subsiste frente a las vicisitudes y peripecias del ciclo de la vida, desde el alba hasta el ocaso.

De mi padre, no abatirse ni hablar antes de tiempo; levantarse cuantas veces se requiera, y estar siempre dispuesto a tenderle la mano a los demás sin importar las calamidades propias.

De mi asesor, Ernesto Schettino Maimone, la tolerancia como cualidad; bastarse a uno mismo; no dar pie a esperanzas vanas ni a pretensiones inmerecidas; el convencimiento de que la única forma de apropiación real es el trabajo.

De José Rubén Romero Galván, el amor a la profesión; la reflexión como estandarte; la buena actitud como norma; la prelación de los principios; de igual manera, aquellas palabras que hasta el día de hoy resuenan en mi cabeza: “la Historia humaniza”.

De Romana Falcón y Lorenzo Meyer, generosidad y sencillez, disciplina y perseverancia, agudeza e ingenio, congruencia y buen humor; un ejemplo académico, pero sobre todo humano.

De mis sinodales, Ignacio Sosa, Isabel Avella y Mario Santiago, la conciencia de mis limitaciones, lo mismo que la adopción de distintas perspectivas, cada una complementaria con la previa, todas enriquecedoras en el siempre inacabado aprendizaje del historiador.

De mis profesores en los seminarios, Sergio Miranda, Sonia Corcuera, Hira y Rebeca de Gortari, Beatriz Urías y Georgette José, profesionalismo, multiplicidad de miras y la inserción en la ardua tarea de no sólo relatar, sino comprender y explicar.

De la coordinación de Historia: Jorge Traslosheros y Felipe Cobos, así como Guadalupe y Guillermina Mata, paciencia y comprensión; la certeza de que, más allá de cumplir disposiciones reglamentarias, un buen trabajo consiste en auxiliar a quien lo necesita.

De Juan Puig, la profundidad y el trabajo constante en el arte de escribir; la capacidad de ver en cada párrafo, cada oración, cada palabra, conjuntos de universos que pueden o no armonizar unos con otros según las decisiones de su creador.

De mis alumnos, la chispa creativa, el deseo de ser formado y, por encima de todo, la posibilidad de reflejarme en ellos para verme en mi pasado, como si se tratara de un espejo.

Índice

Introducción.....	7
1. Ensueños materiales.....	28
1.1 La sal de la tierra.....	28
1.1.1 El venero ambivalente.....	30
1.1.2 Nacionalismo no renovable.....	33
1.2 La panacea.....	36
1.2.1 Virada petrolera.....	37
1.2.2 Al filo de la abundancia.....	41
1.3 A cuatro bandas.....	47
1.3.1 Acciones y reacciones.....	48
1.3.2 Aceite de vida.....	51
1.4 Ni perestroika ni glasnost.....	58
1.4.1 Otras voces.....	62
1.4.2 Moctezuma redivivo y Tezcatlipoca en altamar.....	67
1.4.3 Una breve cornucopia.....	70
2. <i>Cosmofagia</i>	76
2.1 Hipérbola: del tercermundismo echeverrista a la potencia media.....	76
2.1.1 Primer conato.....	78
2.1.2 Letargo y despabilo.....	82
2.2 La alternativa de la alternativa.....	89
2.2.1 Amortiguaciones.....	90
2.2.2 <i>Aurea mediocritas</i>	95
2.3 La fórmula mexicana.....	100
2.3.1 Redención en el paraíso.....	101
2.3.2 ¿Cómo salvar el mundo?	107
2.4 Prepotencia consumida.....	114
2.4.1 Loas a la potencia media.....	114
2.4.2 Tragedia didáctica.....	123

3. Punzocortante.....	129
3.1 Inflexión.....	129
3.1.1 Una enfermedad, muchos doctores.....	133
3.2 El origen de todos los males.....	140
3.2.1 Del negacionismo al imán de infortunios.....	144
3.2.2 Cuesta de enero.....	151
3.3 El banquete del banquero.....	153
3.3.1 Crisis en ebullición.....	154
3.3.2 Del tijeretazo a la puñalada.....	161
3.4 El Gran Satán.....	173
3.4.1 Batallas inmemoriales.....	174
4. La heroica.....	188
4.1 Apoteosis de oropel.....	188
4.1.1 Antiguo y nuevo, y de lo antiguo, nuevo.....	191
4.1.2 Del FNE al FNS.....	194
4.2 Materia y espíritu.....	207
4.2.1 Una nueva panacea.....	208
4.2.2 Metafísica.....	212
4.3 Cronos reformado.....	224
4.3.1 El milenio mexicano.....	224
4.3.2 El pasado en el presente.....	228
4.4 Mitología contemporánea.....	237
4.4.1 De héroes arcaicos y modernos.....	238
4.4.2 Reflejos antagónicos.....	244
4.4.3 Mientras tanto.....	249
Conclusiones.....	258
Siglas.....	268
Fuentes.....	270

Introducción

El ánimo me mueve a decir las formas mudadas a nuevos cuerpos.*

“¡Por eso México no avanza!”, “¡Por eso México no progresa!”, “¡Por eso estamos como estamos!”, “¡Por eso nos va como nos va!”. Yo, a lo largo de mi vida, he escuchado o leído frases como éstas en innumerables ocasiones. Me han acompañado recurrentemente de mi infancia a mi adultez, en la casa, escuela, calle y trabajo, por parte de familiares, compañeros, amigos, conocidos y aun desconocidos; las he oído en situaciones apremiantes y calamitosas, coyunturas de crisis y protesta, aunque también durante días ordinarios en tono hilarante o irónico. Por supuesto, no he sido el único, su extensión rebasa con creces mi ámbito cotidiano¹ al punto de rozar la ubicuidad –por lo menos desde mi percepción–. Quizá por simples, acaso por trilladas, jamás reparé en su trasfondo: en que podrían ser la exteriorización de un impedimento que, en cierta forma, alude a una condena o maldición.

En efecto, si se intenta llegar al sentido profundo de tales enunciados, y si se les coteja con otros igualmente usuales como “México debería ser una potencia pero...” o “México tiene los recursos para ser parte del primer mundo, por desgracia...”, los resultados se vuelven interesantes. De entrada se percibe una obvia insatisfacción por el estado actual del país, la certeza de que el curso nacional no es el deseable sino que se encuentra estancado (“...no avanza”). Luego –tal vez como una derivación de las creencias atinentes al *cuerno de la abundancia*–, la certidumbre de que el escenario podría ser bastante mejor, de que hay elementos naturales y humanos de sobra para despegar, caso distinto a otros países donde el subdesarrollo parecería ineludible, consecuencia lógica de limitaciones intrínsecas y circunstancias por demás aciagas. Por último, el “eso”, cuestiones puntuales que sabotean los esfuerzos de ascenso colectivo y que redundan en la situación adversa que no se logra superar (la falta de progreso, el “estamos como estamos”). En pocas palabras, aquellas frases reflejan el convencimiento de que, a diferencia de otros, México podría y tendría que ser sustancialmente mejor, pero algo lo ha evitado en cada momento y oportunidad.

* Publio Ovidio Nasón, *Las metamorfosis*, libro I, verso 1.

¹ Entrevisté a 130 mexicanos, el 100% las consideró habituales. Tanto por la exigüidad del número –130 personas de aproximadamente 130 millones de connacionales– como por la insuficiente variación –la gran mayoría de los interpelados nació en la Ciudad de México y cuenta al menos con educación media superior completa– y falta de metodología, semejante ejercicio no alcanza el nivel de encuesta; empero, sirve para visibilizar el amplio rango de las expresiones susodichas.

La corrupción, el nivel educativo, la apatía, la falta de cultura cívica, la élite política y el sistema internacional fueron algunas de las contestaciones más comunes de las 130 personas a las también les pregunté por los motivos cruciales que, a su parecer, han impedido, desviado o ralentizado el desarrollo nacional. Allende la respuesta correcta a este asunto de tamaña envergadura, vale la pena preguntarse por la certitud de la cual nace, por el origen de las convicciones relativas a que actores determinados, o acciones puntuales, han provocado una decadencia o parálisis en México pese a las supuestamente enormes potencialidades de este último y, por ende, a su hipotético destino de grandeza. La orientación del presente trabajo obedece, en parte y muy a grandes rasgos, a dicho propósito.

Aun cuando las raíces de nuestra forma de plantearnos el sentido del devenir nacional son una materia inmensamente amplia y compleja, pienso que parte de la respuesta se halla en los ciclos de optimismo y desencanto que los mexicanos hemos experimentado a lo largo de nuestra historia, máxime en la segunda mitad del siglo XX, como explicaré más adelante. Inserto en tal proceso, la tesis que presento a continuación girará en torno a uno de los sexenios de mayor vaivén entre el éxito y el fracaso, la administración de José López Portillo y Pacheco (1976-1982), no con la meta de resolver el tema que acabo de esbozar, aunque con la esperanza de contribuir en su ahondamiento.

En realidad, este texto nació con un propósito mucho más acotado: el contraste entre la crisis económica de 1982 y la explicación gubernamental entonces difundida, principalmente por lo que toca a la importancia asignada a la caída de los precios internacionales del petróleo en junio de 1981. Empero, mi tema evolucionó paulatinamente y, contrario a la tendencia general, se extendió al punto de abarcar todo el sexenio. Más aún, el problema de investigación mudó de dicha explicación —o, en términos abstractos, de las justificaciones expresadas por un gobierno tras la irrupción de una debacle financiera imprevista—, a un asunto vinculado, pero de mayor profundidad: la legitimidad en el ejercicio del poder dentro de un sistema autoritario. De tal manera, y para ser más específico, parto de la siguiente pregunta: ¿cómo fue que el régimen lopezportillista se legitimó discursivamente?

A diferencia de otros temas y periodos que gozan de numerosa historiografía, e inclusive de autores emblemáticos en el ramo (*v. gr.* John Womack Jr. para el zapatismo o Friedrich Katz en el villismo), el sexenio de López Portillo, acaso por su relativa cercanía temporal, no ha sido explorado a un nivel equivalente por parte de historiadores, más que en

tesis escolares o interpretaciones generales sobre el siglo XX mexicano. Las obras académicas que lo han tratado datan en su mayoría de los años inmediatamente posteriores al suceso, y conciernen más a disciplinas como la economía y la ciencia política; es decir, ha sido abordado más como una materia coetánea que histórica. Me serví de tales textos, que no pretendo refutar, sino enriquecer con la óptica de la legitimidad discursiva. Por su parte, las obras recientes que ubiqué prestan más atención a lo anecdótico,² útiles como fuente, sin duda, pero insuficientemente esclarecedoras en sí mismas. Ante tal balance, considero que ya es momento de estudiar el sexenio de López Portillo con una mirada que permita insertarlo en contextos amplios a fin de comprenderlo en función de su época y explicarlo como parte y resultado de procesos históricos.³

En cuanto al otro eje de la tesis, es necesario extenderse más. Etimológicamente, legitimidad procede de ley; de ahí que, en principio, un poder legítimo sea aquél que se fundamenta en el marco legal, en bases jurídicas. Sin embargo, cuando dicho concepto es usado por la ciencia política, su significado trasciende el ámbito legal y se centra en el grado de consenso que el poder imperante inspira en la población que rige, a fin de que ésta le obedezca sin la necesidad, salvo casos marginales, de usar la fuerza. Así la definieron autores como Max Weber, Seymour Martin Lipset y David Easton, entre otros: como el reconocimiento que los dominados atribuyen al orden de dominación vigente y a quienes lo encarnan, lo mismo que la capacidad de los sistemas políticos para generar, extender y mantener la creencia de que sus instituciones son las más adecuadas para la sociedad, y de que el orden público coincide con los principios morales de los gobernados. En pocas palabras, la legitimidad funge como una *credencial ética* para ejercer el mando, es un cimiento crucial para todo grupo que ejerce el poder.⁴

² Básicamente me refiero a *La nacionalización bancaria, 25 años después. La historia contada por sus protagonistas*.

³ “El timón y la tormenta”, ensayo de Enrique Krauze elaborado en septiembre de 1982, ofrece paralelismos entre la crisis entonces padecida y ciertas calamidades vertiginosas que México experimentó en otras épocas; también se remonta a los orígenes familiares de López Portillo para darle sentido al actuar de este último. Enrique Krauze, “El timón y la tormenta”, en *Letras Libres*, <http://www.letraslibres.com/vuelta/el-timon-y-la-tormenta> [consultado el 12 de septiembre de 2018]. Sobre las expectativas del lopezportillismo, figura el texto “Retórica del auge y desplome” de José Carreño Carlón, publicado en 1984, quien ofreció un panorama muy general de los grandes temas expuestos por la élite política entre 1976 y 1982, a saber, “retórica del optimismo”, “retórica de la modernidad”, “retórica del desencanto”, etc. No obstante, conviene adoptar una panorámica más extensa, parte de la cual requiere de la visión retrospectiva que sólo el tiempo puede brindar.

⁴ Rodrigo Borja, *Enciclopedia de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 1196-1199; Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Madrid, Cátedra–Teorema, 1999, pp.

Así, frente a la pretensión de autoridad por parte de todo gobierno, la legitimidad puede entenderse como el convencimiento, la sumisión voluntaria de la población, sin importar las amenazas, beneficios o dádivas particulares que haya de por medio. Ella implica la identificación de los gobernados con los gobernantes, las instituciones políticas y el orden establecido, de modo que este último les resulte justo, correcto y equitativo, o al menos tolerable, éticamente aceptable y, por todo lo anterior, digno de apoyo y acatamiento. La legitimidad posibilita el ejercicio del poder, justifica a quienes lo ejercen, asegura la lealtad de los dominados y permite una estabilidad duradera –si bien no la garantiza, como ilustran los primeros gobiernos emanados de la Revolución Francesa–. Por lo contrario, su carencia repercute en procesos políticos disfuncionales, estallidos sociales y economías obstaculizadas; en la necesidad de privilegiar las amenazas y recurrir con frecuencia a los instrumentos represivos, así como en el relevo de la élite que ejerce el poder.⁵

Sobre sus requerimientos, la legitimidad precisa que los gobernados compartan los valores políticos promovidos por el régimen que los dirige. En los países desarrollados, ella se cimienta fundamentalmente en la democracia gracias a que, por lo menos en principio, esta última manifiesta la voluntad general y permite una participación amplia en la toma de decisiones públicas. Con todo, según algunos académicos,⁶ también depende de la atención y satisfacción de los reclamos sociales, o sea, de sus resultados, de la aplicación exitosa de políticas que generen desarrollo económico sostenido y equitativo, de ahí que ningún

164-167, 171; Norberto Bobbio *et al*, *Diccionario de política*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2005, pp. 861-862; Ian Shapiro, *Los fundamentos morales de la política*, México, El Colegio de México, 2007, p. 17; Dieter Nohlen, *Diccionario de ciencia política. Teorías, métodos, conceptos*, México, Editorial Porrúa–El Colegio de Veracruz, 2006, pp. 816-817; Max Weber, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 104, 167, 337, 390, 1089, 1148; Ilán Bizbeg, “Legitimidad y cultura política: una discusión teórica y una revisión del caso mexicano”, en Fernando Migallón (coord.), *Homenaje a Rafael Segovia*, México, El Colegio de México, 1998, p. 27; Onel Fragozo Ortiz, *Legitimidad y democracia. Un escenario para la discusión de la legitimidad en México*, México, D3 Ediciones, 2013, pp. 11-12, 19.

⁵ Bizberg, “Legitimidad...”, pp. 25-26, 32; Fragozo, *Legitimidad...*, pp. 13-14, 17, 59, 129, 131; Bruno Jobert y Pierre Muller, *L’Etat en action. Politiques publiques et corporatismes*, París, Presses Universitaires de France, 1987, 16-17; Francisco Gil Villegas, “La crisis de legitimidad en la última etapa del sexenio de José López Portillo”, en *Antología de estudios de política y relaciones internacionales de Foro Internacional. Volumen 7*, María del Carmen Pardo y Juan C. Olmeda (eds.), México, El Colegio de México, 2017, pp. 14-15, 77-78; “Legitimidad y modernización política en México”, en Roberta Lajous (dir.), *Examen*, año 1, Núm. 4, México, septiembre de 1989, p. 12; Luis Rubio y Edna Jaime, *El acertijo de la legitimidad. Por una democracia en un entorno de legalidad y desarrollo*, México, Fondo de Cultura Económica–Centro de Investigaciones para el Desarrollo, 2007, pp. 142, 144; Silvia Gutiérrez Vidrio, *Discurso político y argumentación: Ronald Reagan y la ayuda a los “contras”*, México, UNAM, 2005, p. 32.

⁶ Rubio, *El acertijo...*, pp. 126; Pierre Rosanvallon, *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*, Buenos Aires, Manantial, 2009, p. 21; Jorbet, *L’Etat...*, pp. 26; Gilberto Giménez, *El debate político en México a finales del siglo XX. Ensayo de análisis del discurso*, México, UNAM, 2008, p. 114.

gobierno sea capaz de mantener su legitimidad por mucho tiempo si su economía se desploma –como la República de Weimar ejemplifica–. Por ende, puede afirmarse que las políticas sociales no sólo obedecen a estrategias de regulación sino de legitimación, máxime cuando se aplican en contextos de desajustes y desigualdades graves.⁷

Ya que ninguna dominación es capaz de perdurar únicamente con el uso de la fuerza, también los regímenes autoritarios necesitan legitimidad para mantenerse en el poder. Uno de los recursos más socorridos por éstos ha sido la adopción formal del sistema democrático, o al menos la identificación expresa con sus principios más básicos: “el pueblo manda”. No obstante, la democracia requiere más que la mera autodenominación y la celebración de elecciones; resultan indispensables elementos como la alternancia política, la libertad de expresión y las condiciones reales y equitativas de competencia electoral, tanto así que la legitimidad se vulnera ante los “comicios de fachada” y las victorias electorales basadas en prácticas como el clientelismo. Ése fue el caso del régimen que gobernó México durante la mayor parte del siglo XX, pues su pluralismo limitado impidió que los comicios –cuyos resultados podían anticiparse sin fallo mucho antes de su realización– pudieran fungir como la base de su legitimidad.⁸

Dada la imposibilidad de cimentarse en una democracia genuina, numerosos autores⁹ han afirmado que el régimen autoritario priista vinculó su legitimidad con otros elementos: sus apelaciones a la Revolución Mexicana, su política exterior progresista y antiimperialista, la promoción de su nacionalismo, la circulación continua de las élites políticas y, por encima

⁷ Fragoso, *Legitimidad...*, p. 18; Rubio, *El acertijo...*, pp. 129, 144-145, 148; Shapiro, *Los fundamentos...*, pp. 11, 292; Rosanvallon, *La legitimidad...*, p. 24; Jorbet, *L'Etat...*, pp. 17, 26.

⁸ Jorbet, *L'Etat...*, p. 16; Bizberg, “Legitimidad...”, p. 25; Shapiro, *Los fundamentos...*, pp. 11, 251, 267; Rosanvallon, *La legitimidad...*, p. 23; Willibard Sonnleitner, “¿Para qué (no) sirven las elecciones en México?”, en Arturo Alvarado Mendoza (coord.), *Elecciones en México: cambios, permanencias y retos*, México, El Colegio de México, 2016, pp. 19-21, 24; Pedro Salazar Ugarte, “La legitimidad dúctil México frente al espejo latinoamericano”, en *Nexos*, Núm. 419, noviembre de 2012, pp. 48.

⁹ Carlos Bazdresch y Santiago Levy, “El populismo y la política económica de México”, en Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards (comps.), *Macroeconomía del populismo en la América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 258; Soledad Loaeza, “Las clases medias mexicanas y la coyuntura económica actual”, en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín (coords.), *México ante la crisis*, vol. 2, México, Siglo Veintiuno Editores, 1991, p. 233; Riding, *Vecinos distantes*, p. 84; Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Era, 2011, p. 214; Wilkie, *La Revolución Mexicana...*, pp. 22, 188, 479; Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano*, México, Cuadernos Joaquín Mortiz, 1982, p. 65; Isabelle Rousseau, *México: ¿una revolución silenciosa?*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 20-21; Fragoso, *Legitimidad...*, pp. 26, 52, 56; Gil Villegas, “La crisis...”, p. 78; “Legitimidad...”, pp. 12-13. Todos coinciden en que la legitimidad del sistema político mexicano del siglo XX no se basó realmente en la legalidad ni en la democracia.

de todo, su eficacia para mantener estabilidad política y generar crecimiento económico. Este último tanto por su valor intrínseco, como por su incidencia en el desarrollo, al menos en apariencia, y porque permite satisfacer algunas necesidades sociales básicas –aun a costa de la racionalidad económica, si bien ésta fue prioritaria para el régimen–, fortalece las alianzas con los sectores estratégicos y crea esperanzas de movilidad y justicia sociales. Por tanto, allende la democracia y demás elementos de legitimidad, el verdadero pilar del sistema político mexicano del siglo XX habría sido su eficacia: la capacidad de la clase política para gobernar y gestionar, máxime en lo que concierne al mantenimiento del orden y a la transformación de las condiciones materiales y sociales del país.

Finalmente, varios analistas del discurso han subrayado el papel de la retórica en los procesos de legitimación, tanto en México como en el resto del orbe.¹⁰ Sobre el primero, aunque los autores citados en el párrafo anterior no hicieran hincapié en el término “discurso”, éste se encuentra implícito en sus exposiciones sobre la promoción del nacionalismo y las adscripciones a la Revolución Mexicana, pues ambas parten del uso de la lengua. De igual forma, aun cuando la política exterior y la circulación de las élites no se limitan al ámbito discursivo, para efectos de legitimidad no basta con su implementación, hay que hablar de ellas, divulgarlas a los cuatro vientos.

Frente a semejante estado de la cuestión sobre las explicaciones de la legitimidad del régimen priista, me dispongo a unir ambos asuntos, o sea, en vez de indagar acerca de la eficacia gubernamental en sí, o de su discurso relativo a materias como la Revolución y el nacionalismo, me centré en el discurso sobre la eficacia, no tanto con relación al pasado, ni siquiera al presente, como ya se ha hecho,¹¹ sino al futuro, a saber, las expectativas. En otras palabras, no pretendo examinar el recuento de los logros supuestamente alcanzados, sino aportar con el análisis de las proyecciones, las metas a alcanzar. Todo acotado a un sexenio relativamente poco estudiado por la historiografía: el que transcurrió entre 1976 y 1982.

¹⁰ Teun van Dijk, “¿Qué es el análisis del discurso político?”, en Teun van Dijk e Iván Rodrigo Mendizábal, *Análisis del discurso social y político*, Quito, Abya-Yala, 1999, pp. 37-38, 45, 75; Giménez, *El debate...*, pp. 11, 15, 113 y ss.; Eva Salgado, *El discurso del poder. Informes presidenciales en México (1917-1946)*, México, CIESAS-Porrúa, 2003, pp. 37-38; Gutiérrez Vidrio, *Discurso...*, pp. 32, 36, 126.

¹¹ Gilberto Giménez y Eva Salgado han expuesto esta modalidad del discurso como medio de legitimación, pero en lo que concierne a la forma de presentar los resultados obtenidos. Giménez, *El debate...*, pp. 113-114; Salgado, *El discurso...*, pp. 37-38.

En consecuencia, formulo la siguiente hipótesis general: la administración encabezada por José López Portillo buscó legitimarse con base en las expectativas que diseminó a lo largo de su sexenio, las cuales siguieron una misma estructura de planteamientos, tanto en la divulgación de porvenires fantásticos como en la explicación del derrumbe de 1982. He denominado a dicha estructura: la política de administración de expectativas.

Andamiaje

A un brete coyuntural, una respuesta circunstancial; a una adversidad ancestral, una solución definitiva. Con este enunciado podría sintetizarse la estructura que, según propongo, fue empleada entre 1976 y 1982 con propósitos legitimadores, tres veces como expectativa, una como explicación. A mayor abundamiento, el gobierno lopezportillista identificó, en diferentes oportunidades,¹² tres malestares patentes y repentinos a mitigar o resolver:

- (1) La crisis económica de 1976 heredada por Luis Echeverría Álvarez.
- (2) Inestabilidad en Centroamérica y en el mercado energético mundial.
- (3) La crisis económica de 1982.

Enseguida anunció una serie de acciones concretas y, en los dos primeros casos, cimentadas en los hidrocarburos nacionales. Todas con el propósito de volver al estado previo al descontrol:

- (1) La exportación masiva de crudo a fin de capitalizar a un país que urgía de cuantas divisas fuera posible atraer.
- (2) El apoyo a Centroamérica y el Caribe mediante facilidades de pago en su abastecimiento petrolífero (Acuerdo de San José), así como el intento de normalizar las fluctuaciones del mercado energético global (Plan Mundial de Energía).
- (3) La nacionalización bancaria y el control de cambios para detener la fuga de capitales.

Ahí estarían los bretes coyunturales –al menos desde la perspectiva gubernamental– y las respuestas circunstanciales. Por lo que atañe a la siguiente parte del enunciado (“a una adversidad ancestral”), con el paso del tiempo la mira rebasó tales límites, al punto de ir más allá de la desazón inmediata y enfatizar en un problema de mayor antigüedad.

¹² En todos los casos el punto número uno dará cuenta de los albores del sexenio (1976-1978); el segundo, de la parte media y comienzos de la última (1979-1981), y el tercero, del tramo final (septiembre-noviembre de 1982). Cada etapa corresponde a una de las tres grandes expectativas del lopezportillismo.

- (1) La *trampa del financiamiento*: no poder financiarse por falta de desarrollo y no poder desarrollarse por falta de financiamiento.
- (2) La dinámica imperante de Guerra Fría que en los últimos años había arreciado.
- (3) El abandono de los principios legados por la Revolución Mexicana.

Lo mismo que en el descubrimiento de una barrera ancestral, limitación vetusta y causa profunda de los descabros vigentes y pretéritos:

- (1) La incapacidad, datada desde el siglo XVI, de acumular riqueza pecuniaria, condición imprescindible para el desarrollo, la modernidad y el progreso.
- (2) Por encima de la confrontación entre capitalismo y socialismo, un orden global inicuo en el que, de antaño, los países ricos explotaban impunemente a los pobres.
- (3) La existencia de un país sin nación, es decir, la falta del patriotismo y la unidad mínimas como para que los millones de mexicanos lucharan codo a codo por el bien común en lugar de ver sólo por su provecho individual.

Entonces se difundieron una serie de proyectos un tanto ambiguos y basados en los remedios circunstanciales anteriormente enlistados (exportación de crudo, Acuerdo de San José, etc.), pero llevados al límite supuestamente para lograr la solución definitiva de los agobios.

- (1) La *siembra* de petróleo y el Fondo Nacional de Empleo como garantía de que las divisas captadas se traducirían en un desarrollo armónico, equitativo y duradero, no sólo en el enriquecimiento de cierta minoría.
- (2) Un conjunto de propuestas dirigidas a la comunidad internacional para llevar la Guerra Fría a buen término y solventar las grandes injusticias globales.
- (3) La nacionalización bancaria como el hito que transformaría a la población, antes desperdigada, en una colectividad unida y solidaria, de modo que el frente nacional jamás volviera a resquebrajarse.

Finalmente, y como efecto de lo anterior, se vislumbró el arribo a una nueva era, un estado supremo y absoluto del que no habría marcha atrás, en una palabra, utopía:

- (1) Un México que hacia el año 2000 sería una nación rica, desarrollada, industrializada, con autodeterminación financiera, acreedora y de pleno empleo.
- (2) Un mundo fraterno, tolerante, plural, equitativo y en paz.

- (3) Un México que reaccionaba ante la desviación en la que había caído, retomaba su vocación revolucionaria, se reconciliaba consigo mismo, comenzaba a operar como un todo orgánico, nacía como nación, y cuya gente alcanzaba la universalidad.

Hasta aquí he perfilado las tres expectativas. En cuanto a la explicación –desarrollada a partir de julio de 1981–, la estructura fue la misma, mas no con relación al futuro sino al pasado reciente, y no versó acerca de la eficacia en sí, sino de las razones que la habrían impedido: ante el malestar súbito provocado por la crisis del fin de sexenio, primero se postuló como causa una serie de factores concretos y procedentes del exterior, la caída de los precios del petróleo y el alza en las tasas de interés; empero, con el transcurso de los meses se habló de una conjura orquestada por los banqueros nacionales en contra de su país y, para terminar, de una especie de villano intemporal y primigenio que se había manifestado en diferentes épocas: realistas, conservadores, porfiristas, entre otros. Por tanto, la debacle económica no sería sino un nuevo ataque de ese enemigo esencial.

En todos los casos se partió de contrariedades acotadas y específicas, cuya solución fue anunciada con base en proyectos igualmente precisos y moderados en sus objetivos, empresas encaminadas a regresar al estado previo. Sin embargo, la imaginación no tardó en desbordarse, ya que después se proclamó el hallazgo de las raíces profundas de los males y la aplicación de los tratamientos correspondientes, ya no para salvar el momento, sino para consumir el destino al inaugurar una época nueva, ignota y medularmente distinta. A su vez, se dio a entender que tales cometidos se alcanzarían por medio de una vereda propia –caso distinto al paradigma salinista: la integración al extranjero– y sin importar que factores de peso, como las deficiencias estructurales de la economía mexicana, la recesión internacional o el impulso renovado de la Guerra Fría, apuntaran hacia una dirección opuesta. En suma, se sugirió que el presente (1976-1982) era el punto de inflexión, el puente que definiría el tránsito entre dos eras: la de limitaciones hasta entonces experimentada, y la definitiva con la que se había soñado.

Así pues, como objetivo general pretendo identificar las expectativas, y su tránsito, que el gobierno lopezportillista pregonó para legitimarse, desde el diagnóstico de los problemas, tanto nacionales como globales, y el diseño de planes para superarlos, hasta la proyección de los futuros utópicos que las medidas anunciadas hipotéticamente granjearían. A su vez, y ya que los hidrocarburos fueron cimiento de las expectativas, proyectos y justificaciones del

lopezportillismo, como objetivo secundario me dispongo a explicar los usos políticos dados al petróleo –discursivos pero también fácticos, puesto que el empleo de este líquido aceitoso no se limitó a la retórica sino que también abarcó, por ejemplo, créditos millonarios para México y suministro energético a Centroamérica–, es decir, vincular el empleo de este recurso con el proceso de legitimación señalado, incluidos los intentos de promocionar y justificar al régimen.¹³

Acerca tales usos políticos, al ser la eficacia del régimen la piedra angular de su legitimidad, el colapso económico con que terminó el sexenio echeverrista urgió la recuperación inmediata del dinamismo interrumpido, de ahí que la exportación intensiva de crudo sirviera para legitimar al régimen. Más adelante, la política exterior reactivada hacia 1979, y cimentada en la bonanza petrolera, abonó a dicho propósito gracias a que permitió lucir las capacidades del gobierno, los alcances del México de la abundancia: mostrar Centroamérica como su propia zona de influencia y atender conflictos foráneos por medio de un sendero progresista –que, irónicamente, procedía de un sistema autoritario–; se trató de una política exterior de prestigio encaminada a promocionarse al interior; aunque también, a disipar un foco de tensión que amenazaba su frontera sur. Por último, la caída de las tarifas internacionales de los hidrocarburos en 1981 se empleó como justificante, pues permitió argüir que el ambicioso proyecto de desarrollo era viable, pero que nada podía hacerse cuando las condiciones internacionales daban un vuelco inesperado.

Ahora bien, para insertar al lector en la lógica de las diversas cuestiones abarcadas, es indispensable pormenorizar la forma como organicé la tesis. El desarrollo de los casos requirió que la dividiera en cuatro capítulos; la explicación se encuentra en el tercero; las expectativas, en los otros tres. El primero comprende la administración de la abundancia o, podría denominarse, expectativa material: de revertir los percances de 1976 hasta el México boyante y con un camino propio a contrapelo del resto del orbe. El segundo, la potencia media o expectativa global: de apoyar a los centroamericanos hasta disolver el conflicto bipolar. El cuarto, la nacionalización bancaria o expectativa inmaterial: de frenar la fuga de capitales a dar a luz una nación. Por su parte, el tercero da cuenta de las justificaciones por el derrumbe de 1982: del debilitamiento producto de la caída de los precios del crudo, a la

¹³ Con “promoción” me refiero a las acciones emprendidas a fin de ostentar las cualidades del régimen, mostrarlo como un ente capaz y exitoso, una suerte de *marketing* político. El concepto de justificación remite al intento de exculparse por el caótico estado nacional que imperó durante el último año y medio del sexenio.

última embestida de un antagonista eterno. Simultáneamente, los usos políticos de los hidrocarburos figuran en los tres primeros capítulos, aunque cabe adelantar que en todos ellos el protagonismo de dicho recurso decrece gradualmente hasta desdibujarse casi por completo, quedar marginado y ceder su lugar a otras fases de los planes gubernamentales.

Asimismo, cada capítulo está subdividido en cuatro apartados, dando 16 en total. El apartado inicial de cada uno abarca el contexto o asuntos circundantes: el del primero consiste, dado el objetivo secundario de los usos políticos del petróleo, en una reflexión acerca de los hidrocarburos y el hombre; el del segundo, la política exterior mexicana, especialmente la echeverrista y los primeros pasos de la lopezportillista; el del tercero, las distorsiones económicas a través de la historia, incluidas las generalidades de la de 1982 y sus explicaciones; el del cuarto, las semanas que siguieron a la nacionalización bancaria.

En el segundo apartado de cada capítulo se entra de lleno en la primera fase de la expectativa o explicación correspondiente: la atracción de divisas mediante Pemex; el apoyo a Centroamérica; la caída de los precios del petróleo; las ventajas materiales e inmateriales de la nueva banca. En los terceros apartados se llega al culmen de cada una, esto es, el México acreedor y de pleno empleo; la resolución del conflicto bipolar y de las injusticias mundiales; la traición perpetrada por un grupo de malos mexicanos, quienes serían los verdaderos causantes del acabose; la reanudación de una Revolución Mexicana empantanada y el encuentro con el destino. En los cuartos se brindan consideraciones adicionales –a excepción del último apartado del tercer capítulo, el cual es más bien una continuación del próximo anterior– que opté por no resumir en vista de su contenido variopinto.

Resta señalar que aun cuando la división de los capítulos es temática, también se sigue, a grandes rasgos, un orden cronológico. El primero corresponde al periodo transcurrido de 1976 a 1980; el segundo, de 1979 a 1982; el tercero, de junio de 1981 a noviembre de 1982, mientras que el cuarto comprende el último trimestre del sexenio.

Método, marcos y aclaraciones

Acercas de la metodología, el análisis del discurso es una disciplina encargada del estudio de la interacción lingüística, del lenguaje puesto en acción. Dentro de este campo, el análisis del discurso político (ADP) se ocupa de las producciones discursivas que participan en el “juego del poder”, o sea, las que tienen un fin político, una meta atinente a la conducción y

organización de la sociedad. Este tipo discurso se caracteriza por su índole estratégica, por ejercer una función más persuasiva que explicativa y por servir como apoyo, réplica o anticipación de réplica a otras expresiones de su tipo. Si bien los políticos profesionales conforman a la inmensa mayoría de los emisores, dicho discurso tiene cabida para cualquier persona que, casi siempre en representación de otros actores u organizaciones, se exprese formal y públicamente en contextos, actos o sucesos políticos con relación al tema del evento en turno, manifieste una postura partidista y polémica, y su mensaje sea lo suficientemente relevante como para ser registrado.¹⁴

El ADP no se enfoca en examinar la viabilidad y congruencia de las políticas propuestas o defendidas, sino los valores y las representaciones ideológicas que las sustentan, lo mismo que el sentido profundo de los mensajes enunciados. Para cumplir a cabalidad con semejantes propósitos, este análisis se lleva a cabo manera integral, lo cual supone examinar las condiciones sociales de la producción discursiva, el tiempo, ubicación, objetivos y circunstancias generales y específicas del evento donde se le pronuncia, igual que el campo interdiscursivo, a saber, los discursos previos y posteriores del mismo tema. También se debe ponderar en torno a la identidad del emisor y los receptores, por ejemplo, su educación y metas, y aun, de ser posible, atender la entonación y vestuario del ponente, el material gráfico que utilice, los vítores, aplausos y demás respuestas de su público, e incluso la forma como lo divulguen los medios de comunicación masiva. El ADP requiere de distinciones claras en cuanto a si el texto a trabajar fue preparado o improvisado, así como su tipo: de campaña, debate, informe, entrevista, etc. A su vez, se ocupa de una infinidad de elementos como la estructura general del texto y la estructura argumentativa, el léxico, las figuras retóricas como metáforas, hipérbolos y eufemismos, la semántica y, con gran detalle, la sintaxis: tipos de enunciado (condicional, concesivo, causal, etc.), sujetos, uso de pronombres, flexiones verbales y verbos más frecuentes, énfasis, variaciones en el orden de la palabra, sentencias simples y complejas, empleo de sustantivos, adjetivos, adverbios, conectores gramaticales, negaciones, oposiciones, ausencias y ambigüedades aparentemente intencionales, etc.¹⁵

¹⁴ Dijk, “¿Qué es el análisis...”, pp. 14-17, 29, 33, 38; Giménez, *El debate...*, pp. 22, 39-40, 42-43, 45; Salgado, *El discurso...*, pp. 28, 33-24; Gutiérrez Vidrio, *Discurso...*, pp. 30-31.

¹⁵ Dijk, “¿Qué es el análisis...”, pp. 15, 22 *et passim*; Gutiérrez Vidrio, *Discurso...*, pp. 10-11 *et passim*; Teresa Carbó, *Discurso político: lectura y análisis*, México, CIESAS, 1984, pp. 1, 5 *et passim*; Giménez, *El debate...*, pp. 43, 115; Salgado, *El discurso...*, pp. 31, 44-45 *et passim*.

Debido a tal cantidad de operaciones, y a la consiguiente atención pormenorizada que cada discurso precisa, el ADP suele restringirse a unos pocos por oportunidad, o a varios, siempre y cuando pertenezcan a un mismo género, emisor o situación concreta, de modo que la homogeneidad habida entre ellos permita aplicar coherentemente los múltiples elementos del análisis integral.¹⁶ Una alternativa a este procedimiento estándar es el análisis temático: prescindir de la aplicación cabal de la mayoría de las operaciones del ADP en pro de abarcar una gran cantidad de discursos que toquen, aunque sea tangencialmente, el mismo asunto. En vez hacer disquisiciones sobre la sintaxis, el léxico, los lugares sociales de enunciación y demás elementos en unos cuantos discursos, se elige y examina un tema general referido en numerosos actos públicos y por diversos ponentes, para a continuación examinar su evolución paulatina y ramificaciones.¹⁷ Es importante aclarar que, pese a no seguir íntegramente los pasos del ADP, este tipo de análisis puede insertarse en la “esquemización discursiva de la realidad”, una categoría de la escuela francesa de ADP que estudia la construcción narrativa de realidades y el sentido dado al devenir con los que se intenta persuadir a cierto público y, por ende, lograr determinados fines.¹⁸

Así procedí en esta tesis, pues abrevé de expresiones enunciadas en todo tipo de eventos oficiales: informes de gobierno, entrevistas, giras de trabajo, inauguraciones de obra pública, ceremonias cívicas, visitas de Estado, recepción de embajadores, mensajes a la nación, entre muchos otros; cada uno con sus propios expositores, López Portillo en la gran mayoría de las oportunidades, a veces relevado por secretarios de Estado, legisladores, gobernadores, funcionarios, dirigentes del PRI, militares, líderes sindicales, además de algunos periodistas, empresarios, estudiantes, etc., que englobo en el concepto “portavoces gubernamentales”. A este respecto, Gilberto Giménez afirmó que en situaciones políticas de estabilidad hegemónica puede hablarse de un “discurso colectivo”, pues en tales casos todos los géneros comunicativos del poder del Estado tienden a formar sistemas y apuntarse recíprocamente, constituyendo un solo y vasto sistema de pedagogía política legitimadora. En términos simples, los portavoces gubernamentales de sistemas autoritarios como el priista buscan

¹⁶ Carbó, *Discurso...*, p. 23; Salgado, *El discurso...*, p. 37.

¹⁷ De esa forma se condujo Gilberto Giménez en su exposición sobre la respuesta empresarial y eclesial a la nacionalización bancaria, igual que en su texto sobre la polémica entre Carlos Salinas de Gortari y Cuauhtémoc Cárdenas con respecto a la Compañía Minera Cananea. Giménez, *El debate...*, pp. 169-174, 220-235.

¹⁸ Giménez, *El debate...*, pp. 11, 220 y ss.

armonizar al máximo sus planteamientos con los del jefe del Ejecutivo, de ahí que sean excepcionales las declaraciones discordantes, los “cantos fuera de coro”.¹⁹

En efecto, tras agrupar temáticamente los cientos de declaraciones que extraje de múltiples expositores en eventos de distinta índole, noté que, como si de cajas de resonancia se tratara, muchas de ellas coincidían de tal manera con lo dicho por el gobernante nacional, que resultarían indistinguibles entre sí sin su referencia bibliográfica, o por lo menos se complementaban con gran coherencia, seguían con fidelidad la línea apuntada por el mandatario. Sin duda, hubo heterogeneidad y enfrentamientos velados al interior de la élite política,²⁰ pero la disciplina se impuso cuando tocó el turno de hablar en público, los ponentes se expresaron como una sola voz en sus anuncios, ideas y posicionamientos tocantes a las grandes expectativas del lopezportillismo y a la explicación del desplome financiero de 1982 –salvo algunos matices y sutilezas que podrían ser inquiridos en futuras investigaciones–. Con todo, hubo ciertos resquicios de pensamiento independiente, divergencias que plasmé en el texto, como la postura expresada por el diputado priista Víctor Manzanilla Schaffer.

Por lo que toca a los receptores, aun cuando cada evento oficial cuenta con un público específico, existen los interlocutores informales, los verdaderos destinatarios del mensaje pese a no estar siempre presentes al momento de la enunciación ni ser evocados explícitamente. Pueden ser actores concretos como parte de las élites política o económica, aunque también tan generales y abstractos como el pueblo de México o la ciudadanía.²¹ En vista de los temas indagados: los pregones sobre la administración de la abundancia, la política exterior, la crisis de 1982 y la nacionalización bancaria, así como de su eje rector, el proceso de legitimación a través del discurso de la eficacia, todos estos asuntos compartieron un mismo destinatario base, la población gobernada, si bien mezclado en diferente grado con otros receptores implícitos o explícitos.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 42, 116, 126.

²⁰ Por lo que concierne a la política económica y al desarrollo nacional, la principal división giró en torno a dos facciones: los estructuralistas y los monetaristas. A grandes rasgos, los primeros defendían principios keynesianos en torno a la planeación y a la rectoría estatal de la economía, estaban encabezados por funcionarios como José Andrés de Oteyza, Carlos Tello, David Ibarra Muñoz y Ricardo García Sáinz. En cambio, los segundos eran más proclives al libre mercado y estaban representados por Miguel de la Madrid, Jesús Silva-Herzog Flores y Gustavo Romero Kolbeck. Buena parte de la rivalidad entre estos grupos se expresó en la lucha por el control de la SPP, con miras a la sucesión presidencial a definirse en 1981. Rousseau, *México...*, pp. 111 y ss.

²¹ Salgado, *El discurso...*, pp. 61-63; Gutiérrez Vidrio, *Discurso...*, p. 31.

En una tónica similar, no di cuenta de la coyuntura específica de cada uno de los cientos de discursos trabajados, sino del contexto general a nivel nacional y global, tanto por falta de espacio como de pertinencia. Me explico, en muchos casos ni siquiera fue necesario analizar los discursos completos, ya que sólo tocaron los temas de mi interés tangencialmente en unas cuantas líneas, para a continuación concentrarse en la materia del evento en turno, comúnmente sin relación alguna con las grandes expectativas del lopezportillismo, como las inauguraciones de la nueva sede del AGN y del parque de diversiones Reino Aventura. El haber procedido a la inversa de lo usual: analizar muchos eventos con pocas operaciones del ADP, en lugar de pocos eventos con muchas operaciones, me permitió hacer una precisión al ya mencionado Dr. Giménez, quien sostiene que las cuestiones medulares a nivel nacional son tratadas primero en los informes de gobierno, para después reiterarlas sintéticamente a través de actos públicos en principio insustanciales como los mensajes de año nuevo.²² En realidad, al menos por lo que toca a la administración de la abundancia y a la explicación oficial de la crisis de 1982, las nuevas se dieron a conocer primero en estos últimos, mientras que los informes de gobierno sirvieron más bien para presentar una versión compilada y ordenada de lo dicho y desarrollado muy paulatinamente en los meses previos, de ahí, en parte, la utilidad de atender los eventos aparentemente anodinos.

Para precisar, mi *corpus* de textos –piezas de rompecabezas del “discurso colectivo”–, está conformado por los eventos públicos con participación presidencial celebrados entre diciembre de 1976 y noviembre de 1982. Éstos fueron registrados en *El Gobierno Mexicano*, una crónica mensual de las actividades oficiales de la presidencia de la República, donde figuran descripciones de los eventos, además de transcripciones y, minoritariamente, paráfrasis de lo dicho. La usé tanto que decidí simplificar el modo de citar sus volúmenes a fin de que los pies de página no resultaran demasiado extensos. Sobre la crítica de fuentes, las transcripciones son auténticas –hasta donde logré corroborar–; para asegurarme contrasté varias con periódicos y videos. De tal forma, me concentré en la crítica externa, la razón por la cual se decía lo que se decía. Ahora bien, conviene adelantar que, contrario a lo que podría suponerse, en esta tesis hay relativamente pocas citas textuales. Tal escasez se debe a que la cantidad de información que manejé fue inmensa, un sinfín de pronunciamientos, más en los últimos dos capítulos, puesto que los percances económicos y las medidas para solventarlos

²² Giménez, *El debate...*, p. 116.

llegaron a significar prácticamente referencias obligadas sin importar la naturaleza del acto público a celebrar. Por tal motivo, opté por examinar separadamente los cuantiosos mensajes sin plasmarlos en la versión final del trabajo, donde se privilegió la paráfrasis y la síntesis. De otra forma el texto hubiera crecido exponencialmente, y con el riesgo de que las ideas nodales se perdieran en un océano de citas. A fin de cuentas, reitero, no analicé la sintaxis sino el desarrollo de los temas.

Asimismo, la magnitud de la información también requirió que hiciera algunos análisis cuantitativos básicos. Entre otros, conté las veces que se empleó el vocablo “crisis” durante los eventos oficiales celebrados entre junio de 1981 y agosto de 1982, para a continuación identificar patrones como los meses en que fue evocado con mayor frecuencia y el tipo de mensajes en los que figuró, o comparar los resultados con la cobertura dada al declive económico en las primeras planas de *Unomásuno*.²³ De manera similar, en el último capítulo conformé un campo semántico de 18 términos asociados a la última expectativa del lopezportillismo, cuyo uso experimentó un repunte marcado entre septiembre y noviembre de 1982; su cotejo me permitió notar una caracterización común en tres actores: pueblo, gobierno y enemigos internos, así como en el porvenir que, según se pronosticó, aguardaba a los mexicanos.

Hubo que proceder así porque algunas de las expectativas más ambiciosas fueron difundidas con sutileza, y no era para menos, habrían sonado absurdas de vociferarse contundentemente, como la senda para vencer la Guerra Fría. Advertirlas, no sólo en lo general sino en su dimensión profunda, requirió que rastreara todo lo expresado al respecto, para después comparar las diferentes menciones a fin de percibir las similitudes y, con ellas, la expectativa completa. Dicho de otra manera, se trató de un conjunto de alusiones, mensajes que no son diáfanos, más oblicuos que rectos, un decir sin decir que sólo se percibe con hondura después de revisar la multitud de discursos pronunciados a lo largo del sexenio.

²³ Aun cuando revisé fuentes hemerográficas de distinta procedencia, me limité a *Unomásuno* en el día a día de la crisis de 1982. En un comienzo pretendía usar tres o cuatro periódicos para dicha exploración, pero al ser una materia tratada casi a diario, prácticamente desde el principio hasta el final de cada publicación, proceder de esa forma hubiera requerido que la pesquisa tomara mucho más en finalizarse. Considero que la revisión exhaustiva de un solo periódico fue preferible, como indicador, a una parcial de varios, pues me permitió calibrar cómo una misma publicación ajustaba sus líneas según los cambios en el entorno. Para ilustrar, la nacionalización bancaria provocó que los editorialistas de dicho diario interrumpieran abruptamente su talante crítico en contra del gobierno, para después recuperarlo una vez transcurrido el estupor inicial.

Una variante de esta contrariedad –propia a la perspicacia del lenguaje político– es el *sí pero no*, afirmaciones categóricas que no se sostienen al confrontarlas con el resto de lo anunciado y, no se diga, llevado a la práctica. Para ilustrar, en varias ocasiones se aseguró con claridad que el Primer Magistrado no buscaba vender utopías, cuando simultáneamente se auguraba una serie de futuros poco menos que milenaristas. Más adelante, conforme la crisis avanzaba, el mandatario aseveró que no eludiría su responsabilidad frente al desplome; sin embargo, sus explicaciones atribuyeron como factores capitales un exterior enfermo que contagiaba su deterioro, así como las pérfidas acciones de un grupo de malos mexicanos, o sea, apenas mencionó los errores de su gestión. Por lo tanto, debido a la brecha existente entre muchas de las declaraciones más concisas y los incontables pregones diarios, se vuelve indispensable trabajar el grueso de lo comunicado y verlo en conjunto.

En suma, no realicé un análisis integral del discurso político –aunque incorporé algunas de sus operaciones, como se constatará a lo largo del texto, fundamentalmente en los capítulos tercero y cuarto–, sino un análisis temático sobre las expectativas y explicaciones del lopezportillismo como medio de legitimación. Este método implicó bajar la mirada a un sinfín de actos públicos para rastrear y cotejar desde la identificación de los problemas y la divulgación de los pasos para solventarlos, hasta los futuros previstos en consecuencia, incluidos sus resultados finales: las utopías.

Sobre mis conceptos, a lo largo de esta introducción ya he dado cuenta de los principales: “legitimidad”, “promoción”, “justificación”, “discurso político” y “portavoces gubernamentales”. Restaría explicar una categoría que se encuentra implícita a lo largo de toda la tesis y que, en cierta medida, se empalma con el concepto de esquematización discursiva de la realidad: los imaginarios políticos. Éstos derivan de la cultura política, a la cual se le define como el conjunto arraigado de valores, creencias, orientaciones, actitudes, sentimientos, prácticas y tradiciones políticas de los integrantes de una sociedad. Con base en ella, los grupos e individuos ordenan, interpretan y se relacionan con el poder y con las instituciones políticas. Más aún, resulta un elemento crucial para el proceso de legitimación, ya que conforma la base a partir de la cual los gobernados perciben el poder político y reconocen a los gobernantes el derecho de ejercerlo.²⁴

²⁴ Cultura Política. Diccionario Electoral, INEP, <http://diccionario.inep.org/C/CULTURA-POLITICA.html> [consultado el 12 de septiembre de 2018].

Por su parte, los imaginarios políticos pueden entenderse como el cúmulo de representaciones mentales colectivas –figuras simbólicas, imágenes, creencias, ideales, intuiciones, deseos, proyecciones sobre el futuro y conceptos– que sirven para interpretar y significar la vida política, adquirir una identidad, dar sentido a los quehaceres sociales y, por consiguiente, orientar el comportamiento. Ellos delinear la percepción y entendimiento de una comunidad respecto de sí misma y del universo de relaciones vinculadas con el ejercicio del poder. Gracias a que los imaginarios se traducen al lenguaje, es posible estudiarlos a través de las diversas estrategias del análisis del discurso. Se conforman a partir de la educación y la experiencia, varían de generación en generación y su cambio, reafirmación o preservación depende de que se conjuguen una gran cantidad de factores. En consecuencia, todo poder formula representaciones con la intención de impactar, manipular y, de ser posible, controlar los imaginarios de sus gobernados. En este caso, los pregones sobre la administración de la abundancia y demás temas analizados habrían sido un intento para delinear o moldear tales imaginarios a fin de ganar legitimidad.²⁵

En cuanto al marco teórico, en el segundo capítulo me auxilié de Joseph Nye y su concepto de poder blando (*soft power*), el intento de influir en la política exterior de otros países, delinear su comportamiento, con la ayuda de recursos inmateriales como la cultura y exhibición de la moral. También, y con bastante más recurrencia, acudí a Hans Morgenthau y sus principios sobre el realismo político en la arena internacional; básicamente, el entendimiento de esta última como una lucha en la que, más allá de consideraciones morales o ideológicas, cada país actúa en defensa de su propio interés y con base en los elementos de poder nacional que tenga a su alcance, en este caso, el petróleo. En el último capítulo interpreté la expectativa final del lopezportillismo a la luz del esquema provisto por Joseph Campbell para el análisis de la historias de los héroes míticos; ciertamente son dos campos muy distintos entre sí, no obstante, me resultó de gran utilidad en vista de que las proyecciones derivadas de la nacionalización bancaria, tanto a favor como en contra, hallan sentido integral al compararse con los relatos de los héroes mitológicos.²⁶

²⁵ Julio Amador Bech, *Las raíces mitológicas del imaginario político*, México, UNAM–Porrúa, 2001, pp. 226-228, 273; Bronislaw Baczko. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, pp. 12, 18-19, 28; Imaginario Político, INEP, <http://diccionario.inep.org/1/IMAGINARIO-POLITICO.html> [consultado el 12 de septiembre de 2018].

²⁶ El análisis de la política contemporánea mediante su cotejo con los sistemas míticos no es una materia del todo nueva. Julio Amador Bech estudió los paralelismos estructurales entre los mitos cosmogónicos y

Por último, conviene anticipar que eventualmente podría percibirse un tono, en cierto sentido, tragicómico. Semejante forma no es producto –por lo menos consciente–, de alguna afinidad estilística de mi parte, sino de la misma realidad examinada, un periodo en el que se trazaron metas sumamente ambiciosas: un país opulento, un orbe tolerante y equitativo, una nación espiritualmente plena e identificada con su presidente, coronadas por dividendos no sólo insuficientes sino opuestos a lo vislumbrado.

Palabras en el viento

Antes de iniciar con los capítulos, creo oportuno aquilatar mi objeto de estudio. Sobre el discurso político en general –incluidos los debates, la propaganda, conferencias de prensa, consignas, eslóganes, folletos, entre otros–, éste forma parte de los mecanismos de reproducción del poder político, tanto en el dominio como en la resistencia. Es un instrumento de poder, una forma de “hacer política”: convencer, imponer ideas o proyectos, lograr propósitos que atañen a la correlación de fuerzas, a las relaciones de dominación.²⁷

Acerca de las expectativas, en sus reflexiones sobre la naturaleza y complejidad del tiempo, San Agustín postuló que sólo el presente existe (es); entretanto, el pasado dejó de ser (fue) y el futuro aún no es (será). Con todo, añadió, hay una forma en que estos últimos son: lo pretérito, como un recuerdo; lo venidero, como una espera, o en sus palabras: “Nadie discute que el futuro todavía no existe; y sin embargo, está presente en la expectación de lo futuro.”²⁸ Por tanto, este trabajo busca encontrar el vínculo existente entre la legitimidad del gobierno lopezportillista y los futuros previstos y divulgados por él de 1976 a 1982, futuros que, evidentemente, jamás se cumplieron, no traspasaron su condición de esperas, esperas a las que se les intentó sacar el mayor rédito posible.

En efecto, la divulgación de expectativas no es una actividad accesoria para los regímenes, forma parte de su política. Tanto así que, estimo, podría identificársele como una política en sí: acciones encaminadas a fortalecer el consenso y la adhesión de los gobernados,

escatológicos de las sociedades antiguas, e ideologías modernas como el fascismo y el comunismo. No se centró en el discurso político sino en los imaginarios, los principios doctrinarios y los rituales cívicos. Él mismo afirma que el mito del héroe reaparece tanto en las ideologías políticas como en las historias nacionales. Amador Bech, *Las raíces...*, p. 61.

²⁷ Dijk, “¿Qué es el análisis...”, pp. 10, 24-25, 28, 64; Giménez, *El debate...*, pp. 11-12, 41, 47; Gutiérrez Vidrio, *Discurso...*, pp. 11, 28-31; Salgado, *El discurso...*, pp. 9, 22.

²⁸ San Agustín, *Confesiones*, libro XI, capítulo XXVIII.

sobre todo cuando los logros efectivos del presente no son lo suficientemente satisfactorios. El lopezportillismo hizo de las expectativas un estandarte, y se valió del petróleo como fundamento. A pesar de que en esos años se promovió la imagen de un gobierno con visión de estadista –que no actuaba en pos de satisfactores inmediatos sino de resultados muy a largo plazo–, creo que en todos los casos aquí expuestos se habló del futuro pensando en el presente, en los apremios del momento. Parte del desafortunado desenlace de esa administración habría tenido origen en semejante paradoja.

Así pues, retomo el argumento central, el énfasis de esta investigación recae en los planteamientos gubernamentales, sus palabras. Pienso que algo tan simple como las palabras es un tema con la relevancia suficiente como para volverlo el punto nodal, si bien no el único, de una tesis. Por medio de *La Revolución Mexicana (1910-1976). Gasto federal y cambio social*, James Wilkie dio a entender que para conocer las verdaderas prioridades de los gobiernos no hace falta atender sus discursos, sino sus gastos.²⁹ Podría irse más allá y recordar el aforismo latino *res, non verba* para establecer que la trascendencia se encuentra en las acciones, no en las palabras, máxime las gubernamentales: alocuciones que, según he percibido, gozan de muy poco crédito, se les considera vacías. Con todo, el sostenimiento de una élite política no sólo depende de lo que ésta hizo o hace, sino también de lo que dice que hizo, que hace y que hará; narrativas que impactan en la población gobernada, más cuando se genera una brecha insondable entre el discurso oficial y la experiencia cotidiana. De hecho, las nociones sobre un acontecer trágico, exteriorizadas en las frases citadas al comienzo, podrían ser una de sus secuelas, pero hace falta avanzar para vincular ambas cuestiones.

Además de los analistas del discurso, Philip Abrams subrayó la necesidad de estudiar no al Estado en sí, sino la idea que éste difunde de sí mismo, a saber, su manera de legitimar la dominación que ejerce, la cual sería ilegítima, un sometimiento inaceptable, si se manifestara en su forma llana.³⁰ Por su parte, Alan Riding categorizó la retórica de la élite

²⁹ James Wilkie, *La Revolución Mexicana (1910-1976). Gasto federal y cambio social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, *passim*.

³⁰ Abrams considera errónea la comprensión del Estado en sí como un agente político concreto, separado de la sociedad, dotado de un exterior real y con voluntad propia. En cambio, él lo expone más bien como una realidad intersubjetiva, un ente abstracto o proyecto ideológico que, a fin de legitimar la sujeción, se muestra como real y desinteresado, y a sus instituciones, como justas, necesarias, defensoras integrales del interés común y ajenas a los intereses sectoriales y de clase. En sus palabras, “el estado no es la realidad que está detrás de la máscara de la práctica política. Es, en sí mismo, la máscara que nos impide ver la práctica política tal como es”. Por consiguiente, propone fijar la atención en el “sistema-estado” (instituciones políticas) y la “idea-estado” (la imagen autoproyectada), mas no en el Estado como una entidad, agente, función o relación autónoma. Philip

política mexicana como un elemento relevante en la continuidad del sistema.³¹ De tal suerte, aterricé esta materia en el lopezportillismo, un caso que considero peculiar y pertinente; peculiar, porque hubo instantes en los que, a mi parecer, se perdió cierto control sobre lo que se decía; pertinente, pues a diferencia de otros como el alemanista o el salinista, su proyecto fue relativamente fugaz, permaneció confinado en su propio sexenio, característica que lo vuelve práctico para examinar como un todo. Además, el carácter incierto de su época –desde la inestabilidad política y económica en distintos rincones del orbe, hasta la caída de los precios internacionales del oro negro en 1981 y el desplome financiero de 1982– ofrece la oportunidad de observar cómo un gobierno reacciona frente a lo que no se espera.

Para terminar, por encima de las promesas e incongruencias, del grado de honestidad de lo expresado e incluso de la legitimidad misma, el análisis de las expectativas y explicaciones del lopezportillismo –diferentes particularizaciones de una misma estructura– permite entrever una forma de concebir la realidad, el devenir, la razón de ser; una forma que, estimo, ha prevalecido en lo medular por siglos hasta el día de hoy. Ésta consiste en:

- (1) La racionalización de los malestares inmediatos y de antaño, individuales y colectivos, grandes y pequeños por igual, como fruto de una misma adversidad arcaica, invisible y permanente que impide una mejoría sustancial.
- (2) La lucha subsecuente por arrancar dicha raíz, dar un salto cualitativo y arribar a una nueva era. Desde esa perspectiva, la actualidad, insisto, sería el momento definitorio entre dos épocas, la insatisfactoria y de limitaciones constantes, y el estado superior, la consumación del destino.

Dicho de otra manera, a pesar de que los pregones gubernamentales fueran poco sinceros (por decir, no se pretendiera en realidad convertir a México en una nación de entes fraternos), las categorías, proclamas, comentarios y objetivos manifestados reflejan una forma de entender el mundo. Detrás de los intentos de legitimar al régimen, y allende la imagen que el gobierno trataba de propagar sobre sí mismo, hay un universo que subyace a las palabras y que puede verse a trasluz.

Abrams, “Notas para la dificultad de estudiar el estado”, en Marco Palacios (prólogo), *Antropología del estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015, pp. 51-52, 59, 63 *et passim*.

³¹ Alan Riding, *Vecinos distantes*, México, Joaquín Mortiz, 2015, p. 24.

1. Ensueños materiales

1.1 La sal de la tierra

...una gota de petróleo vale tanto como una gota de sangre.*

El tercer milenio ha llegado. Aquella nueva era que por tanto tiempo se vislumbró como un futuro remoto, quimérico incluso, pronto cumplirá dos décadas de vida. Según recuerdo, su arribo despertó esperanzas en la llegada de una época distinta a la que entonces terminaba: un siglo de trastornos cuyo saldo comprendía herencias del pasado rotas, revoluciones colapsadas o en un estado poco alentador, hecatombes hipotéticas, vaivenes económicos y un mundo que había cambiado su aspecto una y otra vez hasta volverse irreconocible. Empero, ni siquiera tal conjunto de metamorfosis sucesivas ha bastado para que la civilización contemporánea deje de cimentarse en el petróleo.

Entre el hombre y los hidrocarburos ha habido una relación arcaica; tanto en la *Epopéya de Gilgamesh* como en la *Biblia* se habla del uso dado a estas sustancias viscosas. Culturas como la babilónica, asiria, china, árabe, griega, romana, totonaca y nahua les dieron aplicaciones por demás variadas: pegamento, iluminante, impermeabilizante, incienso, medicina, material de construcción, engrasador de pieles, limpiador dental, arma incendiaria, entre otras.¹ No obstante, se trató de un recurso prescindible en la mayoría de los casos, poco valioso en comparación con otros frutos de la naturaleza. Al menos así fue hasta el desarrollo del motor de combustión interna durante el siglo XIX. A partir de entonces, este líquido contaminante elevó paulatinamente su valor a un nivel insospechado, no sólo por sus ventajas con respecto al carbón, sino por la posibilidad de derivarlo en un sinfín de productos que dieron buena parte de su forma al siglo XX.

En efecto, esta centuria –descrita por Eric Hobsbawm como “el periodo más extraordinario de la humanidad, ya que en él se han dado, juntos, catástrofes humanas carentes de todo paralelismo, fundamentales progresos materiales y un incremento de nuestra capacidad de transformar, y tal vez destruir la faz de la tierra...”², así como una era de

* Georges Cleméneau. Citado en Jean-Jacques Servan-Schreiber, *El desafío mundial*, Barcelona, Plaza & Janes, 1980, p. 47.

¹ Anónimo, *Gilgamesh o la angustia por la muerte (poema babilonio)*, Jorge Silva Castillo (trad.), México, El Colegio de México, 2000, pp. 166-167; *Génesis* 6:14, 11:3; *Éxodo* 2:3; Humberto Zarazúa Muciño, (comp.), *El petróleo*, México, Petróleos Mexicanos, 1974, pp. 1-3, 34; Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, *El petróleo en México y en el mundo*, México, Ciencia y Desarrollo–CONACYT, 1979, p. 243.

² Eric Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007, p. VII.

extremos en la que se sucedieron una época de catástrofes (1914-1945), una *edad de oro* en crecimiento económico y estabilidad política (1945-1973) y un nuevo periodo de descomposición, declives financieros e incertidumbre (1973-1991)³ tuvo en los hidrocarburos su base material. La era de extremos y, bien podría agregarse, superlativos también ha sido una era de petróleo.

De entre los usos actuales del recurso en cuestión, el energético prepondera; en realidad, son pocas las actividades humanas que no lo requieren al menos de forma indirecta. Por si semejante dependencia no bastara, el hombre, en su ingenio multiforme, supo encontrarle variadísimas aplicaciones a este aceite inflamable, obtener una cantidad inmensa de derivados indispensables para la sociedad. Tanto así que, en palabras de Daniel Yergin, la civilización se postraría si los pozos petroleros se secaran de repente. Por tales razones es que se le llama oro negro, y no es para menos, ya que ha fungido como un generador descomunal de riquezas para personas, compañías y naciones; representa dominio en muchas escalas, y significa un elemento estratégico fundamental, una fuerza decisiva en los asuntos internacionales, así como un foco crítico en los conflictos bélicos. La industria petrolera impacta directamente en la economía mundial: las oscilaciones de sus precios pueden activar el crecimiento o, por lo contrario, disparar la inflación y desencadenar todo tipo de recesiones y crisis.⁴

Así pues, el petróleo es piedra angular y condición de posibilidad de la civilización contemporánea. De tiempos vetustos en los que un alto porcentaje del género humano ni siquiera lo conoció, hoy día es difícil levantar la mirada en una urbe y encontrar algo que no incluya hidrocarburos entre sus componentes o al menos en su proceso de producción y comercialización. Ahora bien, a pesar de su trascendencia, ubicuidad y finitud, durante buena parte del siglo XX los hidrocarburos fueron vistos, en cierta forma, como una constante similar al sol o al aire, algo que simplemente estaba ahí. Dicha situación se alteró con brusquedad en 1973, año a partir del cual el petróleo empezó a ser valorado de forma distinta, no por una nueva revolución tecnológica ni porque sus reservas estuvieran a punto de vaciarse, sino por una crisis petrolera que incluyó la cuadruplicación de su precio.

³ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 15-19.

⁴ Daniel Yergin, *La historia del petróleo*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1992, pp. 12-16, 1032-1033, 1039; Arturo Gálvez, *Crisis del crecimiento y expansión de Petróleos Mexicanos (1970-1988)*, México, Petróleos Mexicanos, 1988, p. 20.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la cotización del crudo había permanecido en un rango aproximado de tres dólares por barril. Empero, el boicot de la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo (OPAEP) en contra de Estados Unidos y Holanda por su apoyo a Israel durante la guerra de Yom Kippur motivó a que, el 16 de octubre de 1973, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) elevara sus tarifas en un 70% para compensar las pérdidas que sus integrantes habían sufrido a raíz de la devaluación de la moneda estadounidense en 1971; la tendencia alcista se mantuvo hasta enero siguiente, cuando el precio del barril alcanzó los 11.65 dólares.⁵ El suceso fue conocido como “primer *shock* petrolero” y mantuvo al mundo en vilo por la sonoridad de sus ecos.

Más allá del repentino y exorbitante enriquecimiento de los países árabes exportadores de hidrocarburos, o de los problemas en que se vieron inmersos los demás integrantes del tercer mundo para pagar sus facturas petroleras, el *shock* marcó el tránsito de la *edad de oro* que representaron los años cincuenta y sesenta, a una era de inestabilidad política y declives económicos de repercusiones globales.⁶ Octubre de 1973 también significó un vuelco en las relaciones entre los países desarrollados importadores de crudo y los exportadores masivos, en favor de estos últimos. En lo sucesivo proliferaron temores atinentes a la volatilidad de los precios del petróleo, al daño ecológico de su explotación y a las consecuencias de su inevitable agotamiento.⁷ En un lapso breve el petróleo acababa de patentizar sus dos caras: la benéfica y la ominosa; profundizaré en esta cuestión a través de un comparativo.

1.1.1 *El venero ambivalente*

Durante la Antigüedad la sal gozó de gran estima, tanto así que se le empleó como sueldo para las legiones romanas. El valor asignado a este compuesto trascendió en el pensamiento judeocristiano: fue símbolo del pacto entre los israelitas y su deidad, así como parte del

⁵ Horacio Adame, *La OPEP y la dinámica del mercado petrolero mundial*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988, pp. 84-87, 92-94.

⁶ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 249, 289. Conviene precisar que la crisis económica mundial de 1973 fue detonada por el *shock*, mas no causada por él. Desde finales de los años sesenta, el sistema económico mundial había perdido dinamismo.

⁷ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, p. 265, 450; Oystein Noreng, *La política del petróleo en la década de los ochenta*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 7-9, 21-22, 187. No es fortuita la proliferación de películas *distópicas* a lo largo de los siguientes años, muy adecuadas para la nueva era de crisis. De entre todas destaca *Mad Max II*, filme que plantea un escenario posapocalíptico producto de un mundo que había colapsado a raíz del agotamiento prematuro del petróleo.

célebre sermón del monte, en el cual Jesús se refirió a sus seguidores como la sal de la tierra.⁸ Dicho término quizás alude a la necesidad de que los creyentes muestren sabor en su evangelio y provoquen sed hacia su dios; o también puede referirse a la misión de éstos como freno a la corrupción del mundo e instrumento para preservar del infierno a los incrédulos.⁹

No obstante, desde aquellas épocas remotas el cloruro de sodio también fue asociado con atributos negativos, sobre todo por su capacidad para esterilizar lo alguna vez fructuoso: la *Biblia* incluye un episodio en el que Moisés advirtió a su pueblo que las catástrofes venideras incluirían azufre y sal que volverían infecunda la tierra. Más adelante se relata que el rey Abimelec asoló la ciudad de Siquem y la sembró con sal,¹⁰ mismo destino que, al menos en forma simbólica, padeció la famosa Cartago acabada la tercera guerra púnica. Resta agregar que semejante práctica no quedó en el olvido: 17 siglos más tarde en Nueva España, los baldíos de los hermanos Alonso de Ávila y de Gil González de Ávila sufrieron el mismo destino como consecuencia de la participación de sus dueños en la fallida conspiración de Martín Cortés.¹¹

Así como la sal en tiempos antiguos, hoy en día el petróleo puede ser visto de formas diametralmente opuestas. La cara positiva consiste en oportunidades de riqueza y desarrollo. Por lo contrario, el oscuro anverso incluye traiciones y guerras por la adjudicación de los yacimientos de crudo, en tanto que las regiones donde éstos se encuentran corren el riesgo de degenerar en campos de batalla, o al menos en vertederos de desperdicios industriales. Además, las grandes empresas petroleras transnacionales han forjado en torno a sí leyendas negras producto de innumerables acusaciones en su contra: ser manipuladoras de los precios del barril, colaboradoras subrepticias de dictadores, auspiciantes de levantamientos militares, obstáculos para el desarrollo de fuentes energéticas alternativas, destructoras de ecosistemas y, cual sal, esterilizadoras de tierras algunas vez paradisiacas.¹² En pocas palabras, organizaciones con las que más vale mantener distancia.

⁸ *Levítico* 2:13; *Ezequiel* 43:24; *San Mateo* 5:13-14; *San Marcos* 9:50; *San Lucas* 14:34; *Colosenses* 4:6.

⁹ *Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado*, Barcelona, Editorial Clie, 1985, p. 1041; Everett F. Harrison (ed.), *Diccionario de teología*, Grand Rapids (Michigan), Libros Desafío, 2002, p. 552.

¹⁰ *Deuteronomio* 29:23; *Jueces* 9:45.

¹¹ José Rubén Romero Galván, "Los Ávila y el marqués del Valle: una prefiguración de la Independencia", en *Imágenes. Revista electrónica del Instituto de Investigaciones Estéticas*, http://www.esteticas.unam.mx/revista_imagenes/dearchivos/dearch_romero01.html [consultado el 12 de septiembre de 2018].

¹² Eduardo Giordano, *Las guerras del petróleo*, Barcelona, Icaria Antrazyt, 2002, pp. 11, 175-183.

“El Niño Dios te escrituró un establo, y los veneros de petróleo el Diablo”. Este verso de Ramón López Velarde ha servido para condensar el carácter pérfido del oro negro: un *regalo diabólico* que aparenta ser razón de gozo pero que al final ocasiona estragos aun peores de los que se pretendía resolver con su ayuda. Los ejemplos más elocuentes no se limitan a propietarios que se volvieron ricos tras encontrar dicho líquido inflamable, para a continuación malgastarlo o ganarse la animadversión de gente peligrosa, sino que abarcan países en los que este compuesto fue ingrediente de algunas de sus peores convulsiones.

A mediados del siglo XX, la CIA favoreció movimientos nacionalistas en Irán a fin de quitarle a Inglaterra el dominio de los hidrocarburos persas. Para completar la estrategia, a la consecuente nacionalización de 1951 siguió una revuelta auspiciada por Estados Unidos que derribó al gobierno constitucional y provocó el retorno del *shá*. Con todo, en la caída definitiva de este último también tuvo que ver elpreciado recurso, ya que la revolución islámica de 1979 fue, en buena medida, respuesta al programa de modernización emprendido por el *sha* con base en la ingente e inflacionaria entrada de divisas que siguió al *shock*.¹³

Esta sustancia aceitosa también tuvo cierta relación con el colapso de la URSS. La exportación masiva de un recurso estratégico que había cuádruplicado su valor les permitió a los soviéticos emprender una política exterior más activa, embarcarse en una nueva fase de la carrera armamentística y, por encima de todo, postergar la ardua tarea de reformar su sistema económico, decisiones que pasarían factura en los años ochenta. En vista de que el *shock* apuntó primero hacia el fortalecimiento de la superpotencia comunista por medio del incremento de sus ganancias –acontecimiento que terminaría por revelarse fatídico al contribuir en su posterior disolución–, Hobsbawm vinculó el carácter irónico del suceso con la consigna de que “los dioses hacen felices al principio a quienes quieren destruir.”¹⁴

México fue uno más de los países *traicionados* por el petróleo: el proyecto de desarrollo nacional basado en su exportación (1976-1982) resultó tan ambicioso y tentador en sus albores como estrepitoso y duradero su fracaso. De las expectativas jubilosas que despertó, a su población sólo le quedó desaliento, mientras que a su régimen le significó un paso importante para que su desgaste progresivo y pérdida de legitimidad desembocaran en el fin de su hegemonía. A partir de este momento, me centraré en el devenir mexicano.

¹³ Gálvez, *Crisis del crecimiento...*, p. 19; Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 452-453.

¹⁴ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 248, 418, 469-471.

1.1.2 *Nacionalismo no renovable*

El petróleo ha figurado en la historia de México desde antes de que este último existiera como país. El vínculo corresponde al proceso global expuesto anteriormente: una interacción milenaria pero restringida a lo largo de las épocas prehispánica y virreinal,¹⁵ que aumentó hasta volverse imprescindible en el siglo XX.

Tras un inicio modesto (1901-1910) en el que la producción industrial de crudo apenas alcanzó para satisfacer el minúsculo mercado local, una serie de factores internos y externos –nuevos hallazgos en el territorio nacional e incrementos en la demanda externa por la fabricación en serie del automóvil y el posterior estallido de la Primera Guerra Mundial– provocó que, pese a la sangre derramada entonces, entre 1910 y 1922 México se convirtiera en un exportador petrolero de primer orden, tanto como para que en 1921 la cuarta parte del crudo extraído en todo el mundo proviniera de sus campos. Por el contrario, la década siguiente (1922-1932) se caracterizó por un descenso productivo vertiginoso, tendencia negativa que se revirtió muy gradualmente hasta 1938, año del hito.¹⁶

A lo largo de dos las décadas previas, hubo tensiones y choques entre las compañías petroleras extranjeras que operaban en México y los gobiernos emanados de la Revolución; como causa, el cumplimiento, aunque fuera relativo, de la nacionalización de los hidrocarburos establecida en el párrafo IV del Artículo 27 de la nueva Constitución, lo mismo que su consecuencia más concreta: el cobro de impuestos a las primeras. Los desencuentros fueron numerosos y la intensidad variable; con todo, la estructura resultó básicamente la misma: esfuerzos gubernamentales infecundos para llevar la ley medianamente a la práctica; tenaz oposición de las compañías petroleras respaldadas por el Departamento de Estado norteamericano; resultados ambivalentes en los que el Artículo 27 no era ejecutado pero tampoco derogado, y un intervalo de calma que antecedió la reanudación del ciclo.¹⁷

Semejante dinámica persistió hasta 1938, cuando el gobierno mexicano, inserto en el marco del cardenismo y su determinación de poner los sectores básicos de la economía bajo

¹⁵ Si bien este recurso oleoso fue incluido en las Reales Ordenanzas para la Minería promulgadas por Carlos III en 1783, es llamativo que en aquel tiempo el predio Potrero del Llano no encontrara comprador alguno debido, al menos en parte, a que sus abundantes hidrocarburos representaban una amenaza seria para el ganado, que constantemente se ahogaba en el chapopote. Zarazúa, *El petróleo*, pp. 1, 34-35.

¹⁶ Zarazúa, *El petróleo*, p. 35; Lorenzo Meyer, *Las raíces del nacionalismo petrolero en México*, México, Editorial Océano, 2009, pp. 32, 35-37, 52.

¹⁷ Meyer, *Las raíces...*, *passim*; Zarazúa, *El petróleo*, pp. 46-47.

control estatal, expropió 16 compañías petroleras extranjeras por causa de utilidad pública, acto que abrió camino al nacimiento de Pemex el 7 de junio del mismo año. La expropiación petrolera fue una medida tan relevante para el futuro de México como arriesgada para quien la emprendió, pues fue vista desde el exterior como una transgresión a dinámicas capitalistas internacionales, igual que un atentado contra intereses empresariales de índole global, y todo por parte de un país periférico. Sin embargo, la inconveniencia de erosionar la *Good Neighbor Policy* en vísperas de la Segunda Guerra Mundial disuadió al gobierno estadounidense de actuar con firmeza en contra de su vecino, lo que permitió llegar a un acuerdo a inicios de los años cuarenta.¹⁸

Aun cuando la querrela se resolvió en un lapso relativamente corto, se trató de uno por demás agitado: existió el riesgo de una intervención armada; además, la naciente paraestatal pudo haber fenecido durante sus primeros años de vida frente al boicot que los expropiados promovieron en su contra. Tanto por semejante amenaza como por la exigua colaboración de las petroleras extranjeras al desarrollo nacional, puede aseverarse que este recurso no renovable, cual veneno diabólico, representó más problemas que beneficios a lo largo de las cuatro primeras décadas del siglo XX. Asimismo, y a semejanza del caso soviético, la posibilidad posterior de mantener a flote la economía mexicana con las divisas captadas por la venta de crudo ha permitido aplazar indefinidamente la implementación de una reforma fiscal de fondo, lo mismo que desincentivado el desarrollo de otras actividades productivas.¹⁹

Contrario a esta faz sombría, también hay una cara luminosa: por un lado, al asegurar el abastecimiento petrolífero a precios bajos, aun a costa de su propia solvencia, Pemex favoreció el crecimiento económico que poco tiempo después caracterizaría el *milagro mexicano*. Más que un plan trazado con antelación, la dificultad para hallar mercados externos, aunada al rápido incremento de la demanda energética interna, llevaron a que la paraestatal se enfocara en esta última.²⁰ Entonces el oro negro comenzó a ser referido como

¹⁸ Meyer, *Las raíces...*, *passim*; *Nuestra tragedia persistente*, México, Debate, 2013, pp. 427, 437, 444; Zarazúa, *El petróleo*, pp. 47-51, 55.

¹⁹ Meyer, *Las raíces...*, *passim*; *Nuestra tragedia persistente*, pp. 18, 427, 433. México puede inscribirse en la llamada *enfermedad holandesa*, es decir, la desestabilización económica de un país, así como la interrupción de su desarrollo integral, por un recurso cuya importancia crece desmedidamente en la balanza comercial. Lorenzo Meyer, *Distopía mexicana. Perspectivas de una nueva transición*, México, Debate, 2016, p. 251.

²⁰ Antes de 1938 la industria petrolera nacional llegó a exportar hasta el 99% de su producción; en cambio, hacia los años setenta Pemex proveía la gran mayoría de la energía consumida al interior. Meyer, *Las raíces...*, p. 18.

la palanca del desarrollo nacional, o sea, un recurso cuya producción y comercialización no debía obedecer a las vicisitudes del mercado internacional, sino a las necesidades propias.

Por el otro lado, el entorno hostil que circundó el origen de Pemex sirvió para que el petróleo se convirtiera en un símbolo del nacionalismo mexicano. Además de avanzar en los propósitos de dirigir los sectores claves de la economía y reducir la preponderancia de los intereses extranjeros, la expropiación de 1938 sirvió como estandarte, factor de unión y motivo de identificación entre gobierno y gobernados.

En suma, también en México se ha manifestado la bicefalia del petróleo (riqueza-peligros), igual que el patrón global que parte de lo accesorio y desemboca en lo imprescindible. Más aún, debido a su papel como pivote del desarrollo y fuente de nacionalismo, el oro negro ha representado para los mexicanos mucho más que una materia prima valiosa en términos netamente mercantiles.²¹ En consecuencia, su empleo no se ha restringido a la esfera económica, sino que ha sido usado política y –caso poco común a nivel mundial– ideológicamente, inclusive desde antes de 1938. Para ilustrar, la legislación petrolera de Carranza no sólo obedeció a cuestiones fiscales, sino también al interés por hacerse de una base popular que le diera respaldo,²² objetivo logrado por Cárdenas tras la expropiación.

Una nueva etapa empezó a mediados de los años setenta, cuando la industria petrolera mexicana volvió a exportar crudo en cantidades superlativas. La renovada presencia de este aceite subterráneo en el devenir nacional le permitió a su aparentemente afortunado administrador, el gobierno federal encabezado por José López Portillo (1976-1982), darle un uso político de mayor amplitud y hondura, usarlo para legitimarse en el poder a partir una práctica reiterada a lo largo de esos seis años: la administración de expectativas. Las condiciones peculiares que marcaron el nacimiento y primeros años de Pemex precisarían que la exportación masiva de hidrocarburos fuera acompañada de una justificación amplia y centrada en los más desmesurados pronósticos, los cuales abrirían camino para que el resto de las grandes expectativas divulgadas por el régimen se desaforaran también.

²¹ Varios autores han advertido esta peculiaridad mexicana: Meyer, *Las raíces...*, pp. 17, 199; *Nuestra tragedia persistente*, p. 430; Porfirio Muñoz Ledo, “El hambre y las ganas de comer”, en Alfonso Suárez del Real y Aguilera, *El petróleo en la historia y la cultura en México*, México, Centro de Producción Editorial, 2008, pp. 8, 13-14, 66-67; Riding, *Vecinos distantes*, p. 192.

²² Meyer, *Las raíces...*, p. 88.

1.2 La panacea

Muy pronto ha de sobrnos oro para empedrar la casa...*

Era 1976, el sexenio echeverrista fenecía, la toma de posesión se acercaba, el régimen mexicano –estable como pocos– no lucía con la solidez acostumbrada, la legitimidad del gobierno vacilaba, el peso había sido devaluado, la deuda se agigantaba, el horizonte parecía sombrío y, por todo lo anterior, José López Portillo –un presidente electo sin bases políticas ni sociales propias– debía responder una pregunta básica: ¿qué hacer?

Se trató de un año desconcertante, máxime por el carácter promisorio de las décadas pasadas. Después de todo, el cardenismo había consolidado el sistema político; la Segunda Guerra Mundial, proporcionado una coyuntura favorable al cambio de modelo económico; el alemanismo, priorizado contundentemente la generación de riqueza, y las administraciones sucesoras, protagonizado un crecimiento lo suficientemente notable como para recibir el apelativo de milagroso.

Sin embargo, hacia el umbral de los años setenta, y a la par del agotamiento de la economía mundial, la estrategia de industrialización por sustitución de importaciones –el intento de superar la condición de abastecedor de materias primas a través de una reconversión económica que apuntara a la producción de bienes de consumo y de capital– había alcanzado sus límites, tanto por los defectos del plan como por la forma en que se había llevado a cabo.²³ De tal manera, aun cuando la crisis económica tardaría seis años más en detonar, desde 1970 se evidenció la dificultad para mantener el dinamismo de los últimos tiempos. La recién instalada administración federal, con Luis Echeverría Álvarez a la cabeza, se apresuró a ajustar el modelo, pero no sólo con el propósito de sostener las ya tradicionales tasas de crecimiento superiores al 6%, sino de mitigar un problema de mucha mayor premura: el malestar derivado de tantos años de inequidad social, los efectos de 1968 y, en términos generales, el desafío proveniente de la transformación social ocasionada por la urbanización e industrialización de las últimas décadas.²⁴

* Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, s.l., Alfaguara, 2007, p. 10.

²³ Déficit comercial, fiscalización ineficaz, incapacidad para producir bienes de capital, etc. Clark W. Reynolds “Por qué el ‘desarrollo estabilizador’ de México fue en realidad desestabilizador (con algunas implicaciones para el futuro)” en *El trimestre económico*, Núm. 176, octubre-diciembre de 1977, pp. 997-1023. Más adelante ahondaré en las razones que desembocaron en el fin del *milagro mexicano*.

²⁴ Rousseau, *México...*, p. 147.

En efecto, frente a la necesidad de relegitimar al régimen,²⁵ el mandatario entrante modificó el *desarrollo estabilizador* con el fin expreso de volverlo *compartido*, es decir, redistribuir la riqueza a través de una política expansiva de gasto público financiado, sobre todo a partir de 1973, con endeudamiento y emisión inmoderada de papel moneda. A la par, emprendió una política exterior activa de mira tercermundista y exhibió un estilo de gobierno contrastante con el de su predecesor. El saldo de la estrategia resultó ambivalente: por un lado, la amenaza de inestabilidad fue controlada y atemperada; por el otro, la economía, si bien respondió en el corto plazo, colapsó al término del sexenio.²⁶

Así, en 1976 la continuidad del gran proyecto de crecimiento económico, datado desde la posguerra, por primera vez estuvo en serio peligro. Su hipotética interrupción no era un asunto secundario ni restringido a su propia esfera. Como señalé en la introducción, más allá de la riqueza que no se creara y de los apremios en que los mexicanos se verían sumergidos, la crisis amenazaba un fundamento del régimen: su legitimidad, ya que ésta no radicaba tanto en los comicios sino en sus resultados, su eficacia: su capacidad para mantener estabilidad política y generar crecimiento económico, máxime al tratarse de un Estado interventor.²⁷ El escenario prevaleciente a fines de 1976 generó dudas en torno a esta última capacidad, a la vez que el tratamiento más usual para los percances financieros —el crédito externo—, se vio restringido.²⁸ Si se pondera en que las crisis de legitimidad pueden desembocar en desobediencia y rebeldía, así como en obstáculos a los planes y programas del gobierno, y en el hecho de que la presidencia era factor crucial de la legitimación del sistema político mexicano,²⁹ bien puede afirmarse que, sin duda, no era trivial preguntarse ¿qué hacer?

1.2.1 *Virada petrolera*

José López Portillo encontró en el petróleo la respuesta a sus apuros. Fue como si la solución de los agobios nacionales, desde los más añejos y generales hasta los más recientes y

²⁵ Rousseau, *México...*, p. 87; Fragoso, *Legitimidad...*, p. 27.

²⁶ El 21 de abril de 1977, López Portillo mencionó que la crisis económica que había heredado de Echeverría era, en alguna manera, resultado de la crisis política que este último había recogido de manos de Díaz Ordaz. *El Gobierno Mexicano*, 1977, abril, p. 101.

²⁷ Gil Villegas, “La crisis...”, pp. 76, 81.

²⁸ Frente al declive económico, el 13 de septiembre de 1976 el gobierno pidió auxilio al FMI, quien concedió un macro préstamo con la condición de que México ajustara su política económica; entre los requerimientos destacaron reducciones del déficit público y del endeudamiento externo. *El Universal*, 28 de octubre de 1976, p. 1; *Investigación Económica. Nueva época*, Núm. 3, julio-septiembre de 1977, p. 67.

²⁹ Fragoso, *Legitimidad...*, pp. 25, 43.

específicos, hubiera yacido siempre bajo los pies de los mexicanos. Aunque también fue como si la bondad de este recurso hubiera aguardado millones de años para manifestarse de lleno en el momento preciso, cual salvación providencial, puesto que, independientemente de la capacidad técnica para extraerlo y procesarlo, de poco habría servido antes del *shock*.

De tal forma, y a pesar de que a lo largo de su campaña electoral la futura cabeza del Ejecutivo diera a entender que perseveraría en la política petrolera tradicional,³⁰ sólo tuvieron que correr tres semanas desde su toma de posesión para que, el 23 de diciembre de 1976, Jorge Díaz Serrano, nuevo director de Pemex, anunciara el viraje que durante los siguientes seis años marcaría el rumbo nacional: la conversión de México en un exportador masivo de hidrocarburos.³¹

La nueva política petrolera fue resultado de una serie de factores internos y externos.³² Por lo que corresponde a estos últimos, el *shock* provocó una coyuntura de demanda asegurada, financiamiento accesible y ganancias cuantiosas, combinación más que tentadora para exportar crudo en cantidades industriales. A mayor abundamiento, los esfuerzos de los países desarrollados para reducir su vulnerabilidad frente a la OPEP habían incluido la búsqueda de abastecedores ajenos a dicha organización;³³ por ende, todo nuevo exportador encontraría un mercado ávido de hidrocarburos. De igual modo, el ingente flujo de petrodólares, desencadenado por la convulsión de 1973, relajó las condiciones para obtener créditos, los cuales servirían, en este caso, para que los pozos brotaran con rapidez. Además, se trataba de una actividad rentable a lo sumo gracias a la cuadruplicación de los precios del barril, acontecimiento que se figuraba tan catastrófico para los países sin autosuficiencia energética, como afortunado para los que contaban con yacimientos copiosos.

³⁰ Producir en función del autoabastecimiento energético y evitar la “autofagia”, es decir, dilapidar el petróleo a costa de las generaciones sucesoras. José López Portillo, *En petróleo sigue izada la bandera de Cárdenas*, México, Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana, 1978, p. 51; *Memorias de campaña*, México, Comisión Nacional Editorial, s/a, 3 vols.

³¹ *La prensa*, 24 de diciembre de 1976, pp. 3, 10.

³² Para una explicación pormenorizada de cómo y por qué se decidió cambiar la política petrolera tradicional: Pablo Kalax Orozco Barriga, “El ocaso de la mística petrolera. La inserción de Pemex en el mercado internacional como exportador masivo 1973-1978”, tesis para obtener el grado de Licenciado en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012, 308 p. Isidro Morales también abordó el asunto en *La formación de la política petrolera en México, 1970-1986*.

³³ Si el primer mundo contaba con suministradores alternativos, la OPEP sería más cautelosa en su política de precios. De igual forma, un incremento de la producción mundial de hidrocarburos tendría un impacto negativo en la tarifa internacional del barril, y le permitiría a Occidente almacenar reservas artificiales para futuras carestías o con el propósito de influir en dicha cotización.

En cuanto a las razones internas más relevantes, los hallazgos petroleros en Chiapas y Tabasco (1971-1974) fungieron como la base material del viraje al garantizar que la exportación intensiva de hidrocarburos no agotaría las reservas nacionales en el corto ni mediano plazo. Poco después, y como elemento decisivo, el desplome económico de 1976 distorsionó tanto la balanza comercial que el incremento en la captación de divisas se convirtió en una tarea prioritaria. A su vez, el viraje de Pemex se concibió como el medio para que, pese a su reciente acuerdo con el FMI, México contara con un aval que le permitiera insistir en su estrategia de financiamiento deficitario,³⁴ o sea, equilibrar sus gastos e inversiones a través de la deuda. Frente a semejantes factores, no tardó en palidecer la vieja consigna de cuidar el oro negro como un patrimonio para las generaciones venideras.

Una vez decidido el viraje, su implementación requirió de una serie de pasos. El primero fue la oficialización de los nuevos cálculos de la reserva, tanto para disipar temores internos relativos al agotamiento prematuro del petróleo, como para acceder a las fuentes crediticias externas. A diferencia de los 6,338 millones de barriles (MMB) hasta entonces aceptados, durante el ya mencionado 23 de diciembre Díaz Serrano aseguró que el país contaba con al menos 11,160 MMB, noticia que elevó la relación reserva-producción³⁵ de 15 a casi 25 años, y todo sin la necesidad de localizar nuevos yacimientos, el cambio en la cifra obedeció a un criterio de cuantificación diferente. En lo sucesivo se instrumentó una política de promoción, a saber, la divulgación sistemática de todo descubrimiento, siempre acompañada de los más esperanzadores pronósticos acerca de su cuantía. Como complemento, se decidió incorporar las categorías “reserva probable” y “reserva potencial”, ambas, como sus nombres indican, de carácter hipotético, pero útiles para ostentar cifras elevadas al máximo. En consecuencia, tan sólo la estimación del monto de la reserva probada rebasó los 45 mil MMB en 1979 y los 70 mil MMB en 1981, año en que la reserva potencial alcanzó los 250 mil MMB.³⁶

Debido a los cuestionamientos por la enorme disparidad entre sus cifras y las de la administración saliente, Díaz Serrano argumentó que sus antecesores se habían limitado a métodos obsoletos para cuantificar los hidrocarburos nacionales. De hecho, antes de su

³⁴ Gabriel Székely, *La economía del petróleo en México, 1976-1982*, México, El Colegio de México, 1983, pp. 10 y ss.

³⁵ O sea, el tiempo que durarían los yacimientos, ubicados y cuantificados, bajo el ritmo de extracción de entonces. Según los parámetros, la cantidad mínima aceptable era 20 años. Petróleos Mexicanos, *Memorias de labores, 1974-1978*, tomo II, México, Instituto Mexicano del Petróleo, División Editorial, 1984, p. 842.

³⁶ Petróleos Mexicanos, *Memorias de labores*, varios años.

nombramiento como director de Pemex, tuvo la oportunidad de polemizar con varios petroleros de la paraestatal, quienes no lograron convencer a López Portillo, entonces candidato, que el monto de la reserva era tan exiguo que la exportación intensiva implicaría la pérdida de la autosuficiencia energética en pocos años.³⁷ La inexactitud de sus advertencias debió obedecer al propósito de evitar cambios sustanciales en la política petrolera; lo mismo podría decirse de la discreción con que fueron manejados los hallazgos en Chiapas y Tabasco a lo largo del sexenio echeverrista, actitud opuesta a la que imperaría a partir de 1977.³⁸

Otro paso consistió en persuadir al sindicato petrolero (STPRM) de sumarse al viraje de Pemex, es decir, al plan para duplicar la extracción de crudo hasta alcanzar los 2.242 MMBD (millones de barriles diarios) en 1982 con el fin de exportar la mitad de lo producido. Oficialmente la agrupación fue convencida con base en la nueva estimación de la reserva y en los menesteres financieros del país. Empero, la rápida adhesión de este sindicato, cuyos integrantes se proclamaban guardianes de uno de los principales patrimonios del país, bien pudo deberse a las posibilidades millonarias que la nueva política presentó a los líderes sindicales, y a las mejoras laborales puestas al alcance de los trabajadores.

Finalmente, la nueva administración de la paraestatal tuvo que fijar una posición clara con relación a la OPEP. Desde el comienzo del sexenio, y en repetidas ocasiones, se apuntaló que México no sería su esquirol, pero añadiéndose en seguida que tampoco se adheriría a ella “ni a corto ni a mediano ni a largo plazo”.³⁹ Tal línea también contrastó claramente con la echeverrista, pues entre 1974 y 1976 se practicó una especie de política del chantaje en la que se sugirió la posibilidad de ingresar a la OPEP sin ir más allá en la tentativa.⁴⁰

En suma, ante un marco favorable – tarifas tentadoras, crudo de sobra, consumidores seguros, créditos disponibles, apremio de divisas–, las nuevas autoridades maniobraron con

³⁷ *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 255, junio-julio de 1977, p. 27, *Excélsior*, 6 de enero de 1976, p. 10-A; Jorge Díaz Serrano, *Comparecencia del Sr. Ing. Jorge Díaz Serrano, Director General de Petróleos Mexicanos, ante el H. Congreso de la Unión*, México, Instituto Mexicano del petróleo, 1977, p. 1-5, 62, 63.

³⁸ Para ilustrar, mientras que en noviembre de 1974 Echeverría declaró: “México no tiene muchos recursos de petróleo”, en agosto de 1977, su sucesor hizo un cuádruple énfasis de lo contrario: “No suponer que porque tenemos petróleo, y mucho –y seguramente más del que aquí se ha dicho, y más de lo que muchos se imaginan– hagamos de este recurso el único factor para resolver nuestra crisis.” *El Gobierno Mexicano*, 1974, noviembre, p. 269; José López Portillo, *Discursos pronunciados por el Licenciado José López Portillo*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1977, p. 246.

³⁹ *Siempre! Presencia de México*, Núm. 1265, 21 septiembre de 1977, p. 8.

⁴⁰ En marzo de 1975 Echeverría indicó que si México era formalmente invitado a participar de modo directo en la OPEP lo haría; más adelante sostuvo que su país no reunía las condiciones de membresía indispensables, para después volver a sugerir la posibilidad de su integración. Orozco, “El ocaso...”, pp. 88-89.

eficacia para que el viraje venciera cualquier obstáculo –financiamiento, sindicato, temores, nacionalismo– y llevara a la industria petrolera mexicana a una nueva fase. La primera había durado treinta y siete años: de 1901, fecha de su nacimiento, hasta su expropiación en 1938. Treinta y ocho años después, López Portillo abanderaría un retorno, no hacia la privatización sino a la exportación masiva, a los hidrocarburos como un medio para conseguir dólares. Treinta y ocho años después, en 2014,⁴¹ la reforma energética permitiría el regreso del capital extranjero, como si se cerrara el ciclo iniciado en los albores del siglo XX.

La fase actual ha entregado resultados bastante pobres, máxime al cotejarlos con los ofrecimientos de la reforma que le dio origen: aceleración del desarrollo nacional, creación de cientos de miles de empleos bien pagados, disminuciones en las tarifas de la luz y el gas, mejoras en la producción de alimentos y abaratamiento de los mismos gracias a que bajaría el precio de los fertilizantes, etc.⁴² Más que a cálculos cuidadosos, tales promesas obedecieron a la necesidad de justificar una medida polémica. Algo parecido sucedió 38 años antes, ya que las expectativas generadas en torno al viraje también ayudaron a justificar un cambio de rumbo en Pemex. No obstante, éstas sirvieron a su vez en la persecución de una meta mucho más amplia: la legitimación del régimen mismo. La euforia que produjeron, anticipo, acabó desbordada, al punto de vislumbrarse la posibilidad de emprender un despegue definitivo, conseguir un bien supremo y consumir el fin último de México.

1.2.2 *Al filo de la abundancia*

Así como Luis Echeverría con respecto a Gustavo Díaz Ordaz en 1970, López Portillo no tardó en distanciar su imagen de la de su antecesor. Se perfiló como un hombre moderado, razonable, conciliador, realista y responsable en el manejo financiero –pretensión llamativa dado que él había fungido como titular de la SHCP entre 1973 y 1975–. Limó asperezas con el sector privado, hizo un llamado a la unidad y dividió su sexenio en tres bianualidades: una de recuperación, otra de consolidación y una última de crecimiento acelerado. La primera se convirtió en un tema asiduo en los eventos oficiales de 1977, evocado en cada uno de sus

⁴¹ Es de llamar la atención que los grandes cambios de rumbo en la industria petrolera mexicana estén separados por lapsos de 38 años (o 37 en el primer caso), con todo, debe tratarse de un fenómeno casual.

⁴² Gobierno de la República. (12 de agosto de 2013). *Mensaje a la Nación con motivo de la Presentación de la Reforma Energética*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=3m0kLU7boKk> [consultado el 12 de septiembre de 2018].

doce meses. Inserto en esa dinámica, entre marzo y abril, el mandatario aseguró que su tarea básica consistía en revertir la inflación y “administrar la crisis”, cometido del que se dijo gustoso en vista de que, añadió, los tiempos de carencias incentivaban el patriotismo y solidaridad en la gente.⁴³

Con todo, aún desde el principio de su gestión hubo indicios sobre el cambio que se avecinaba. Durante su mensaje inaugural como jefe del Ejecutivo –discurso que resaltó por las disculpas presidenciales ofrecidas a los desposeídos y marginados–, aseguró que la debacle heredada no podía ser una tragedia insalvable para un país con tantos recursos como México, de entre los cuales el oro negro ocupó el primer lugar de su listado. Pasados dos días, en el marco una convención del STPRM, Díaz Serrano adelantó que los petroleros no sólo “jugarían” con su propia suerte, sino con la de la nación entera.⁴⁴

Tras semejantes preludios, a fines de mes el nuevo director de Pemex anunció el viraje de la paraestatal. En un inicio, el cambio fue descrito sólo como un complemento de la gran estrategia anticrisis: la Alianza Popular para la Producción, a saber, la unión entre gobierno, trabajadores y empresarios con el objeto de abatir la inflación mediante alzas productivas.⁴⁵ Dentro de dicho plan, las divisas petroleras servirían como medio para equilibrar las finanzas nacionales, importar insumos industriales y romper los “candados” del FMI, o sea, las restricciones en el endeudamiento.⁴⁶ En pocas palabras, a un brete coyuntural (la crisis), se ofreció una respuesta circunstancial (la venta de hidrocarburos) y subordinada al gran proyecto de recuperación (mejoras productivas por medio de una solidaridad interclasista).

En otras ocasiones, el papel asignado a la nueva política petrolera rebasó dicho lugar secundario. A partir de febrero de 1977, tanto el Primer Magistrado como el director de Pemex precisaron que gracias a ella México por fin estaría en condiciones de vencer la “trampa del financiamiento”, es decir, la incapacidad de financiarse por falta de desarrollo y,

⁴³ López Portillo, *Discursos...*, p. 134; *El Gobierno Mexicano*, 1977, marzo, pp. 119-120, 122; abril, pp. 101, 103.

⁴⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1976, diciembre, pp. 14, 32, 61.

⁴⁵ Producto del derrumbe financiero, López Portillo priorizó el establecimiento de una tregua con el sector privado; para tal efecto le ofreció condiciones altamente beneficiosas e instaló a sus dirigentes como interlocutores privilegiados del gobierno. Con todo, no se trató de una situación duradera: el auge petrolero le devolvió margen de maniobra al sector público. María Amparo Casar y Guadalupe González, “Los empresarios y el auge petrolero”, Jaime Ros *et al*, *El auge petrolero: de la euforia al desencanto*, México, UNAM, 1987, pp. 115, 124.

⁴⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1976, diciembre, p. 131; *El Gobierno Mexicano*; 1977, enero, p. 125, febrero, p. 25; junio, pp. 62, 65; agosto, p. 16; *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 253, febrero-marzo de 1977, p. 9.

a su vez, la imposibilidad de desarrollarse por falta de recursos financieros.⁴⁷ Entretanto, otros portavoces gubernamentales aseveraron que el viraje impulsaría el desarrollo económico, contribuiría a satisfacer las demandas de la población y aminoraría el desajuste vigente.⁴⁸ En resumen, durante los primeros meses del sexenio, las proyecciones trazadas en función de este aceite inflamable oscilaron entre la recuperación del malestar repentino (la crisis) y la superación de un impedimento datado desde mucho antes (la trampa del financiamiento).

Un salto de gran envergadura sería dado el 2 de agosto del mismo año, día en que López Portillo enunciaría una de sus frases más tristemente inolvidables: la administración de la abundancia. Durante una reunión con funcionarios de Pemex, el jefe de las instituciones nacionales se mostró bastante optimista con respecto al futuro de México, ajeno al lenguaje de crisis que había caracterizado el inicio de su gestión. Primero habló sobre la descomunal opulencia petrolera nacional, para después pedir prudencia y responsabilidad en su empleo a fin de que sirviera tanto a los mexicanos del presente como a los del futuro.⁴⁹

Por lo tanto, en vez de un panorama de carencias, divisó uno cuyo principal riesgo sería la prodigalidad, es decir, que por falta de resolución, imaginación y creatividad, el país no estuviera a la altura de las oportunidades que la exportación de crudo brindaba. En seguida pidió prudencia, señaló que “administrar la abundancia en ocasiones es más difícil que administrar la miseria”,⁵⁰ y remató de forma elocuente:

¿Con qué responsable atención debemos, señores, contemplar la abundancia? México, país de contrastes ha estado acostumbrado a administrar carencias y crisis. Ahora, en Petróleos, en el otro extremo, tenemos que acostumbrarnos a administrar la abundancia, y qué riesgo tan peligroso no hacerlo con acierto.⁵¹

¿López Portillo comenzó su gestión con la idea de administrar la crisis, pero el avance de la nueva política petrolera provocó un cambio de 180 grados en sus perspectivas? Es factible, aunque no sería absurdo suponer que en un inicio habló de austeridad con la intención de generar un mayor impacto cuando diera a conocer la gran noticia; después de

⁴⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1977, febrero, p. 25; junio, p. 65; marzo, p. 64; *Siempre!*, Núm. 1240, 30 de marzo de 1977, p. 6. Esta cuestión había sido planteada desde octubre de 1975 por López Portillo, entonces candidato a la presidencia. De manera que tuvo que transcurrir más de un año para que él mismo la contestara. López Portillo, *Memorias...* vol. I, p. 164.

⁴⁸ *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 253, febrero-marzo de 1977, p. 9; Núm. 254, abril-mayo de 1977, p. 22.

⁴⁹ López Portillo, *Discursos pronunciados...*, pp. 245-246.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 248.

⁵¹ *Ibid.*, p. 246. Destaca el que en tal discurso el Primer Magistrado usara el término “abundancia” diez veces.

todo, el viraje de Pemex se decidió durante su campaña electoral. Fuese una u otra posibilidad, el anuncio inauguró el descontrol de las expectativas del régimen, asunto primordial en esta investigación. En efecto, aun cuando los destinatarios formales del mensaje fueran los pocos asistentes al evento, la administración de la abundancia no fue una proyección restringida, sino una divulgación reiterada que alcanzó a la nación entera y que redundó en expresiones relativas a que México estaba “en el umbral de una riqueza jamás soñada que ayudar[ía] indiscutiblemente a incrementar los niveles de bienestar en beneficio de la población mexicana”.⁵²

Fruto de tales proyecciones, el crudo comenzó a ser visto como un modelo o meta a alcanzar. Entre agosto y diciembre de 1977, el expresidente Miguel Alemán, Jorge Carvajal y Julio A. Millán, cabeza de la Asociación de Mineralogía y Metalurgia, y representante del sector privado, respectivamente, afirmaron, cada uno por separado, que el turismo, las piedras preciosas y la agroindustria debían significarle al país un ingreso equivalente al petrolero.⁵³

De entre las numerosas exposiciones concernientes a la administración de la abundancia, hubo una que resulta particularmente reveladora: la comparecencia de Díaz Serrano ante la Cámara de Diputados durante el 26 y 27 de octubre de 1977. Debido a las implicaciones y cuestionamientos derivados del viraje de Pemex –asunto del que daré cuenta más adelante–, el funcionario fue citado por los legisladores a fin de que explicara detalladamente el nuevo rumbo de la paraestatal. Su presentación no se restringió a tecnicismos: monto de la reserva, precios del petróleo, créditos disponibles, etc., sino que incluyó apelaciones a la Historia, disciplina que había estudiado como maestría en la UNAM.

Después de brindar un panorama somero sobre el devenir mexicano de los últimos cinco siglos, Díaz Serrano diagnosticó un problema medular, ubicuo, prácticamente esencial: la incapacidad para acumular riqueza verdadera. En su opinión, la época virreinal se había caracterizado por una succión constante de metales preciosos que partían rumbo a España; el siglo XIX, por gobiernos desprovistos de recursos y prestos al endeudamiento, lo mismo que por un régimen porfirista cuyas obras de infraestructura habían aumentado la dependencia externa, y el XX, por colapsos productivos entre 1910 y 1920 que habían limitado los beneficios de la Revolución. Así, a lo largo de casi 500 años se “quiso levantar una nación

⁵² *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 256, septiembre-octubre de 1977, p. 9.

⁵³ *Excélsior*, 17 de agosto de 1977, p. 5-A; 26 de noviembre de 1977, p. 5-A; 13 de diciembre de 1977, p. 1-A.

sin tener riqueza y no se logró”, la falta de dinero habría arruinado cada uno de los proyectos para que México cumpliera sus objetivos y alcanzara la plenitud.⁵⁴

Tras ubicar el mal de raíz, ofreció un elixir: el petróleo, pues, concluyó, su exportación permitiría que México terminara de integrarse y acelerara su desarrollo, o en sus palabras:

Esta riqueza constituye no sólo el instrumento para resolver los problemas económicos que tenemos en la actualidad. Es, además, el gran eje económico que ha faltado desde el principio de nuestra historia y cuya ausencia ha inhibido la total consolidación de la nación. Esta riqueza hace posible ver hacia el futuro la creación de un nuevo país, no sólo permanentemente próspero, sino incluso rico en donde el derecho al trabajo sea una realidad y cuyas remuneraciones permitan en general un mejor estilo y calidad de vida.⁵⁵

“Somos ricos: Díaz Serrano”⁵⁶ fue el encabezado de primera plana que *La prensa* publicó a ocho columnas el día siguiente. En menos de un año las expectativas del lopezportillismo habían transitado de la escasez a la prosperidad; de un país que se recuperaría lenta y trabajosamente, a uno que tenía en sus manos la llave no sólo para regresar al estado previo al declive, sino para arribar a lo ignoto y cumplir con las metas que jamás se habían encontrado al alcance de la nación. Se dio a entender que siempre había habido un obstáculo histórico, limitación ancestral, muro infranqueable o adversidad invicta, y que por vez primera semejante barrera estaba próxima a evaporarse gracias a la exportación masiva de crudo. Ahora bien, ¿el régimen necesitaba de proyecciones tan desmesuradas? Si su legitimidad se cimentaba en su eficacia para mantener estabilidad y generar crecimiento económico, debería haber bastado con las primeras expectativas: vencer la crisis por medio de incrementos productivos que serían respaldados con las divisas proporcionadas por Pemex. ¿Por qué se fue más allá hasta plantear el rompimiento de óbices inmemoriales?

Es cierto que, independientemente del acabose financiero, López Portillo tenía el disgusto de haber llegado al poder tras una contienda electoral en la que ni siquiera tuvo rivales formales, situación contradictoria para un sistema que se definía a sí mismo como democrático, puesto que cancelaba cualquier posibilidad de elección ciudadana, incluso ficticia.⁵⁷ Con todo, los peculiares comicios de 1976 sólo se adicionaban al meollo de la cuestión: legitimidad que no provenía tanto de la voluntad popular expresada en votos sino

⁵⁴ Díaz Serrano, *Comparecencia...*, de la p. 1-1 a la p. 1-2.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 1-10.

⁵⁶ *La Prensa*, 27 de octubre de 1977, p. 1.

⁵⁷ Sonnleitner, “¿Para qué...”, p. 20.

de los resultados materiales concretos. Por lo tanto, parecerían innecesarios los avisos sobre la administración de la abundancia y la ruptura de una barrera histórica.

En respuesta a la pregunta, junto a la búsqueda de legitimidad, pienso que el despegue de las expectativas del lopezportillismo fue resultado de por lo menos cuatro factores adicionales. Primero, la incertidumbre de los nuevos tiempos: un mundo cuyo dinamismo económico declinaba aunado a países petroleros que súbitamente se habían enriquecido más allá de toda previsión. Segundo, una presidencia que, como se verá a lo largo del texto, tendía a desbordarse, tanto en sus ideas como en su forma de gastar. Tercero, en su momento el plan pudo parecer una alternativa viable, ¿por qué no darlo a conocer si su difusión reportaría beneficios, tales como la restauración de la confianza en la eficacia del gobierno para satisfacer demandas? Cuarto, el viraje de Pemex precisaba de una amplia justificación, después de todo, contrariaba consignas establecidas firmemente en décadas anteriores; además, era blanco de numerosos cuestionamientos, como referiré en el siguiente apartado.⁵⁸ La suma de todos estos factores se condensó en una previsión que, tras su inicio moderado y concreto, se elevó hasta lo etéreo y vislumbró el arribo a un estado superior. A partir de entonces ese patrón se repetiría, tanto en los momentos de auge como en los de decadencia.

En suma, el viraje de Pemex ganó protagonismo de forma gradual.⁵⁹ Al anticipar las fabulosas riquezas que podrían ser disfrutadas por el grueso de la población, el régimen se legitimaba al tiempo en que la nueva política petrolera hallaba justificación. Aún no se cumplía el primer año del sexenio cuando se vaticinó abundancia, así como la solución a una adversidad ancestral. ¿Cómo se lograría tal gesta?, ¿con el mero petróleo bastaba?, ¿era tan simple la ecuación con la que México cruzaría el umbral? No se requería ser muy versado para darse cuenta que países como Arabia Saudita e Irán no habían superado el subdesarrollo pese a sus colosales yacimientos petrolíferos. Así pues, frente a unas metas tan ambiciosas como ambiguas, había que ser más preciso en ese “¿qué hacer?”

⁵⁸ La reforma energética de 2014 también contó con arengas sobre la gran oportunidad de alcanzar una nueva etapa de la historia nacional, así como de liberar al país de las ataduras que lo habían ralentizado. Excélsior TV. (12 de agosto de 2014). *Peña Nieto emite mensaje tras promulgar la reforma energética / Excélsior informa*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=yDK-bjX3NSo> [consultado el 12 de septiembre de 2018]; Gobierno de la República. (12 de agosto de 2013). *Mensaje a la Nación...*

⁵⁹ Al momento de dar a conocer la nueva política petrolera (24 de diciembre de 1977), periódicos de amplia cobertura como *Excélsior* y *El Universal* centraron su atención sólo en los montos a invertir y las tarifas internas, casi no resaltaron la decisión de exportar crudo en cantidades industriales. Otros diarios como *La Prensa*, *El Herald* y *El Sol de México* subrayaron en sus primeras planas que para 1982 habría un monto exportable de más de 1MMBD.

1.3 A cuatro bandas

Para el impensable año dos mil se aseguraba –sin especificar cómo íbamos a lograrlo– un porvenir de plenitud y bienestar universales. Ciudades limpias, sin injusticia, sin pobres, sin violencia, sin congestiones, sin basura [...] A nadie le faltaría nada. Las máquinas harían todo el trabajo. Calles repletas de árboles y fuentes cruzadas por vehículos sin humo ni estruendo ni posibilidad de colisiones. El paraíso en la tierra. La utopía al fin conquistada.*

Era marzo de 1978, víspera del XL aniversario de Pemex, los pozos petroleros fluían en torrente, los créditos internacionales no se quedaban atrás, nuevos hallazgos ensanchaban la reserva y las metas productivas se cumplían con holgura. Sin embargo, en vez de un alborozo universal, se percibía cierta suspicacia en el ambiente, por ejemplo, Rodolfo Stavenhagen imaginaba tres posibles escenarios venideros:

- (1) Deuda, inflación, inequidad y corrupción crecen descontroladamente; México depende más del extranjero, incluso para conseguir alimentos; los beneficios del auge se restringen a la burocracia y a los grandes sindicatos; las mayorías siguen hundidas en la inopia. Lo peor es que pocas décadas después los hidrocarburos se agotan, dejando al país en una situación gravísima y con fuertes convulsiones sociales.
- (2) La bonanza petrolera impulsa un desarrollo económico integral, si bien sus efectos se limitan a la burguesía tecnocrática, a los sectores medios vinculados al gobierno y a los principales sindicatos; el resto permanece al margen; millones, en la miseria. El estado paternalista controla a estos últimos en tanto hay crudo en el subsuelo.
- (3) Las divisas captadas por Pemex se emplean para reducir la dependencia y la deuda externas, invertir en las regiones más atrasadas, elevar el nivel de vida de las clases bajas, solucionar los problemas de vivienda y salud, e impulsar la ciencia y la tecnología. Se lleva a cabo una reforma fiscal y otra política, la primera reduce la brecha entre pudientes y desposeídos, mientras que la segunda instituye un pluralismo auténtico. “La prosperidad que se anuncia será realmente de todos.”⁶⁰

Infausto, mediocre o sublime; el futuro era incierto. Las dudas y temores no giraban en torno a si en verdad arribará la abundancia pregonada, sino a sus consecuencias, al uso que fuera a dársele a las riquezas ulteriores. Las críticas más estruendosas provenían de varios partidos y agrupaciones de izquierda, los cuales se oponían frontalmente a la nueva política petrolera. Del debate subsecuente nacerían las precisiones al proyecto para convertir a México en un

* José Emilio Pacheco, *Las batallas en el desierto*, México, Era, 1999, p. 11.

⁶⁰ *Unomásuno*, 18 de marzo de 1978, pp. 1, 3.

país acaudalado –la pormenorización del ¿qué hacer?–, así como una nueva fase de la política de administración de expectativas.

1.3.1 *Acciones y reacciones*

Levantaron la voz partidos como el Mexicano de los Trabajadores, Socialista de los Trabajadores, de la Revolución Socialista y Comunista Mexicano, lo mismo que el Movimiento Nacional Petrolero –grupo antagonista del STPRM–. De entre los múltiples expositores hubo un referente máximo que descolló por su intensidad y empeño: el luchador social, político de izquierda, ingeniero, periodista e inventor de la tridilosa Heberto Castillo. Las objeciones de este grupo fueron cuantiosas y variadas; *grosso modo* sostuvieron que la nueva política de Pemex implicaría (1) hipotecar el destino de México por una sed de riquezas que vaciaría los yacimientos en menos de veinte años; (2) acrecentar la dependencia económica hacia Estados Unidos, el endeudamiento externo y las importaciones de alimentos; (3) convertir a la nación, dado su papel inminente como abastecedor energético de talla mundial, en un objetivo militar; (4) dar un paso peligroso sin posibilidad de retorno, y (5) desviar el proyecto de Lázaro Cárdenas.⁶¹

A su vez, criticaban (1) la alusión a los hidrocarburos como un elixir capaz de resolver todos los males; (2) el crecimiento tan repentino como sospechoso del monto estimado de la reserva; (3) el progresivo endeudamiento de Pemex; (4) los beneficios que el viraje suponía a Estados Unidos; (5) el carácter improvisado de la nueva política petrolera; (6) el daño que ésta le causaría a la agricultura, y (7) los antecedentes de Díaz Serrano en el sector privado.⁶²

Finalmente, proponían: (1) exportar derivados en lugar de crudo; (2) basar la estrategia de desarrollo en la explotación de recursos naturales renovables; (3) entregar el petróleo al pueblo –no encontré explicaciones detalladas acerca del significado de semejante consigna– y, por parte de los grupos más radicales, (4) el ingreso de México a la OPEP o, de forma opuesta, (5) una reforma constitucional que prohibiera la exportación de petrolíferos.⁶³

Como puede advertirse, tales postulados, críticas y proposiciones no fueron ataques esgrimidos hacia la figura presidencial ni al sistema político mexicano, sino específicamente en contra del viraje de Pemex y de su director. Empero, ya que la nueva política petrolera

⁶¹ Cfr. Orozco, “El ocaso...”, pp. 196 y ss.

⁶² *Ibíd.*

⁶³ *Ibíd.*

rápida­mente se convirtió en la piedra angular de la estrategia de desarrollo nacional, su derrumbe prematuro hubiera anulado las proyecciones de un futuro prodigioso, y vulnerado la legitimidad del régimen; por tanto, había que polemizar.

El peligro radicaba en la eventualidad de que las censuras de los izquierdistas cayeran en un campo seco, presto a encenderse con la llama del nacionalismo; después de todo, a lo largo las últimas décadas se había forjado un vínculo sensible entre ese sentimiento y el aceite subterráneo por el que se había luchado en 1938. A su vez, bastaba con un poco de escepticismo para desconfiar en la viabilidad del proyecto y en sus favorables augurios, máxime por los insuficientes logros en materia social de países petroleros como Venezuela e Irán. Además, se requeriría aumentar el endeudamiento de Pemex y la dependencia comercial a Estados Unidos; las recientes obras de la paraestatal en Chiapas y Tabasco provocaban afectaciones diversas como crecimiento desordenado, contaminación hídrica y desabasto en los servicios,⁶⁴ en tanto que la credibilidad del gobierno se había visto menguada por la crisis de 1976.⁶⁵

En respuesta a los embates, los portavoces de Pemex evocaron las carencias acumuladas del país y el declive económico reciente, escenarios que a su parecer justificaban el cambio de paradigma; de igual forma, redoblaron esfuerzos en la promoción los yacimientos nacionales como depósitos que rivalizaban con los de Oriente Medio. Por su parte, Díaz Serrano tildó a sus críticos de personas que, en el mejor de los casos, padecían de una mente pequeña, al tiempo en que les diagnosticó un “trauma ancestral” un “complejo de la Conquista”: la creencia en que el gran chance para ascender a lo más alto era en realidad una nueva versión de la vieja estafa de “cambiar cuentas y espejos por oro”. En la misma tónica, años después sostuvo que esos “ultraconservadores de izquierda” se habían opuesto a sus planes porque sabían que si México se desarrollaba perderían su influencia en los pobres.⁶⁶

En cuanto al centro de la polémica, el director de Pemex desestimó la propuesta de exportar refinados y petroquímicos dada la sobreoferta internacional de entonces y la aún insuficiente capacidad mexicana para procesar el crudo en las cantidades necesarias; negó

⁶⁴ Orozco, “El ocaso...”, pp. 229-231.

⁶⁵ Un caso emblemático fue el incansable afán de la administración echeverrista por negar que el peso fuera a devaluarse, aun pocos meses antes de que la medida se implementara.

⁶⁶ *Siempre!*, Núm. 1240, 30 de marzo de 1977, p. 6; Núm. 1253, 29 de junio de 1977, p. 6; *Excélsior*, 26 de julio de 1977, p. 1-A; 20 de agosto de 1977, p. 1; Jorge Díaz Serrano, *Yo, Jorge Díaz Serrano*, México, Editorial Planeta Mexicana, 1989, p. 251.

que el incremento en los lazos comerciales con Estados Unidos comprometiera la soberanía, y dio a entender que el viraje no contrariaba al cardenismo sino que le daba un impulso “substancialmente nuevo”. Como argumento más contundente, aseguró que México se hallaba en una carrera contra el tiempo, pues, según sus cálculos, hacia el año 2000 las fuentes energéticas alternativas desplazarían a los hidrocarburos como combustible fundamental. Por ende, la consigna de guardar con celo los yacimientos sería funesta: si en menos de 25 años el oro negro perdía buena parte de su valor debido a la revolución tecnológica prevista por Díaz Serrano, al iniciar el siglo XXI la nación mexicana se encontraría rebosante en petrolíferos devaluados y ahogada en todo tipo de carencias.⁶⁷

Además de las refutaciones, había que brindar una explicación satisfactoria de por qué, si la exportación intensiva de crudo era tan bondadosa, no había sido instrumentada desde que los precios internacionales despegaron a finales de 1973. No convenía decir que el gobierno echeverrista había rechazado el viraje por negligencia, pero tampoco por convicciones suyas tocantes al cuidado de la soberanía, del patrimonio nacional y del legado cardenista. La primera opción hubiera implicado un agravio en contra de la administración antecesora –perteneciente al mismo partido– al exhibirla como un ente desidioso; en tanto que la segunda hubiera equivalido a darle cierta razón a las ideas expresadas por Heberto Castillo y demás opositores.

Así pues, se dio a entender que Echeverría nunca supo la verdadera potencialidad de los yacimientos del sureste, mas no sólo por los métodos supuestamente anticuados que sus ingenieros aplicaban, sino por una suerte de conjura urdida por varios petroleros, quienes habrían mantenido oculto el monto real por temor a que la entonces cabeza del Ejecutivo, en sus afanes tercermundistas, no les diera buen uso.⁶⁸

En realidad, independientemente del verdadero grado de conocimiento del gobierno echeverrista sobre la prodigalidad petrolera del sureste, durante su sexenio se practicó una política de discreción encaminada a mantener alejado el interés y presión del extranjero por

⁶⁷ *Siempre!*, Núm. 1278, 21 de diciembre de 1977, p. 29; *Excélsior*, 14 de junio de 1977, pp. 1-A, 21-A; Díaz Serrano, *Comparecencia...*, p. 1-10, 1-20.

⁶⁸ El 14 de mayo de 1978, Francisco Viniegra Osorio, gerente de exploración de Pemex durante el sexenio anterior, presuntamente indicó a *Los Angeles Times* que la paraestatal había escondido el verdadero nivel de la reserva porque “[t]eníamos miedo de Echeverría [...] le hubiera entregado el petróleo a Cuba y a otros países comunistas”. Luis Suárez, *Petróleo: ¿México invadido?, los yacimientos mexicanos en la estrategia de EE.UU.; según sus propios documentos*, México, Editorial Grijalbo, 1981, pp. 140-141.

los hidrocarburos mexicanos,⁶⁹ lo mismo que un proyecto poco exitoso para aminorar la dependencia comercial frente a Estados Unidos. Por lo tanto, creo que la hipótesis de la ignorancia –un grupúsculo de petroleros conservadores y desconfiados que engañaron a todos– se impuso por ser más conveniente, no necesariamente más veraz. Recurrir al desconocimiento de Echeverría sirvió para evitar la propagación de dos explicaciones que, inevitablemente, hubieran acarreado oprobios en contra de alguna de las dos administraciones presidenciales: la anterior o la nueva.

En suma, los peligros e implicaciones del viraje de Pemex, evidenciados por la tenaz presión de los izquierdistas, demandaron respuestas inmediatas que despejaran toda duda y fundamentaran la solidez del proyecto. La exportación intensiva de crudo fue pintada no sólo como una alternativa viable, sino como una oportunidad fugaz e irrepitable, única en la vida. Finalmente, también hubo que aclarar cómo es que la venta de hidrocarburos llevaría a México hacia su culmen, a un nivel de desarrollo integral impensable para el tercer mundo. Es decir, el régimen tuvo que transitar de los pregones ambiguos sobre la futura administración de la abundancia, al plan desglosado que la generaría.

1.3.2 *Aceite de vida*

Pese al carácter llamativo de los pregones concernientes a hacer de México un país acaudalado y romper con una maldición histórica, en realidad, 1977 no fue un año tan esperanzador. Primero, porque las proyecciones triunfalistas fueron menos numerosas de lo que podría suponerse –descollantes en contenido pero relativamente escasas en cantidad–; segundo, porque desde el inicio hasta el final de dicho año López Portillo comentó que el sendero que faltaba por recorrer sería arduo. Hubo que esperar a 1978 para que las expresiones sobre un porvenir resplandeciente se volvieran cotidianas. Como si de un propósito de año nuevo se tratase, desde enero mismo el presidente insistió una y otra vez en que pronto sería posible vivir en la abundancia; “avizorar mejores destinos”; elevar “sustancialmente las condiciones actuales del pueblo de México”; resolver los rezagos económicos y sociales de la nación, lo mismo que renovar las posibilidades de progreso.⁷⁰ En otras palabras, durante 1977 rebosaron los llamados a enfrentar la crisis, mientras que la

⁶⁹ Orozco, “El ocaso...”, pp. 90-94.

⁷⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1977, marzo, pp. 119-122; abril, pp. 101, 103; septiembre, p. 52; diciembre, pp. 37-38, 42; *El Gobierno Mexicano*, 1978, enero, pp. 34-36, 40, 70, 138-139, 146.

opulencia se fijó como una meta a cumplir en una fecha indeterminada; por lo contrario, a lo largo de 1978 se proclamó que la debacle económica estaba a punto de ser revertida y que la prosperidad material se encontraba a las puertas.

Las declaraciones mantuvieron cierto halo de ambigüedad hasta marzo, mes en que comenzó a clarificarse el panorama, a dilucidarse el cómo. Dado el riesgo de cometer los errores típicos de las naciones que se enriquecen de súbito –privilegiar gastos suntuarios, o al menos poco fructíferos, que apenas benefician a las élites, mientras que el resto padece inflación e inequidad–, el día 15, José Andrés de Oteyza, titular de la Secretaría de Patrimonio y Fomento Industrial (SEPAFIN), dio un mensaje frente a más de mil industriales que alcanzaría las primeras planas de diversos diarios: la decisión de canalizar parte de las ganancias petroleras en la creación del Fondo Nacional de Empleo (FNE), institución a través de la cual, dijo el secretario, se incorporaría a los pobres y marginados al desarrollo económico de forma activa y en condiciones dignas. Asimismo, dio a entender que el FNE no serviría únicamente a los desocupados, puesto que también permitiría modernizar la infraestructura económica y financiar proyectos industriales prioritarios. De tal manera, en lugar de favorecer exclusivamente a unos cuantos, la nueva política de Pemex abriría camino al crecimiento económico, la modernización de México, la justicia social y el combate a la miseria, sería la llave para superar un desarrollo estabilizador que, según el Primer Magistrado, en los últimos años se había vuelto “vergonzante”.⁷¹

La “siembra de petróleo” fue la otra concreción a la estrategia y fungió como argumento básico para refutar los miedos a la exportación masiva de un recurso estratégico. Desde inicios de año, López Portillo había mencionado la “obligación imperativa de convertir lo que se agota en lo que deba ser riqueza permanente para éstas y las futuras generaciones”. Empero, hubo que esperar al 1º de marzo para recibir la instrucción completa: que había que sembrar petróleo, o sea, invertir las ganancias derivadas de un recurso finito y no renovable en el desarrollo de industrias basadas en recursos renovables. Así, este líquido aceitoso “germinaría en forma permanente”, sería, como el mandatario agregó los días 8 y 23 de abril,

⁷¹ *El Gobierno Mexicano*, 1978, marzo, pp. 39-41; noviembre, p. 55; *Unomásuno*, 16 de marzo de 1978, p. 1; *El Sol de México*, 16 de marzo de 1978, p. 1; *Excélsior*, 16 de marzo de 1978, p. 1-A; *El Universal*, 16 de marzo de 1978, p. 1. En la primera plana de esta última publicación apareció el mensaje “Divisas del petróleo para crear empleos”.

el “recurso detonador de otros recursos”.⁷² En lugar de los desalentadores pronósticos de Heberto Castillo acerca de un México endeudado, subdesarrollado y carente de hidrocarburos,⁷³ la nación podría agotar hasta la última gota de sus pozos sin que dicha carencia perjudicara su desarrollo, pues los habría sacrificado para dar a luz toda una industria basada en bienes poco menos que infinitos.

El FNE y la siembra de petróleo serían la respuesta a los cuestionamientos de los izquierdistas,⁷⁴ el supuesto aval de que el futuro de México no pintaría como las dos primeras opciones discurridas por Stavenhagen, sino como la tercera. Desde la perspectiva del gobierno, la administración de la abundancia era el único camino racional: la prodigalidad de los yacimientos del sureste, la alta demanda externa y la disponibilidad crediticia la volvía viable; entretanto, la decisión de usar las ganancias percibidas en la creación de empleos, lo mismo que de fuerzas productivas basadas en bienes renovables, la hacía conveniente. Tamaño proyecto eclipsaba las propuestas y advertencias de los opositores, puesto que, hipotéticamente, la riqueza venidera (1) alcanzaría incluso para importar los petrolíferos que el país demandara –que ni siquiera serían tantos dado que, según Díaz Serrano, la gasolina pronto quedaría obsoleta–; y, más importante aún, (2) recibiría un buen uso al propiciar bienestar directo en millones de mexicanos y al promover una industrialización integral.

Paralelamente a la estrategia de desarrollo, las expectativas acerca del porvenir nacional también fueron precisadas. Ciertamente, algunas se mantuvieron en el campo de lo abstracto: el 30 de marzo y el 1º de septiembre, López Portillo aseveró que gracias al petróleo México estaría en condiciones de regir su propio destino, de ahí que él hubiera tomado la “decisión moral de construir la grandeza del país” y de acabar con la miseria ancestral de los mexicanos. Poco después, el 16 de noviembre, Oteyza añadió que dicho recurso oleoso permitiría dar el “salto decisivo” para crear una estructura económica moderna.⁷⁵

⁷² *El Gobierno Mexicano*, 1978, enero, p. 36; abril, pp. 91, 111; José López Portillo, “Política petrolera”, en *Cuadernos de Filosofía Política*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto–Dirección General de Documentación y Análisis, 1980, pp. 182-183.

⁷³ *Proceso*, Núm. 41, 15 de agosto de 1977, p. 34; Núm. 42, agosto 22 de 1977, p. 31.

⁷⁴ Es importante resaltar que ambas especificaciones se dieron a conocer en marzo, durante la antesala del XL aniversario de Pemex, justo cuando los opositores al viraje llevaban a cabo una jornada nacional por la defensa de los energéticos, cuyo clímax llegaría el día 16 mediante una marcha del Museo Nacional de Antropología e Historia al Monumento de la Revolución, lugar de reposo del expropiador de la industria petrolera. *Proceso*, Núm. 70, 6 de marzo de 1978, p. 25.

⁷⁵ *Unomásuno*, marzo 31 de 1978, p. 6; *Proceso*, Núm. 74, abril 3 de 1978, pp. 26-27; José López Portillo, *Segundo informe de gobierno que rinde ante el H. Congreso de la Unión José López Portillo*, México, s/e, 1978, p. 8. *El Gobierno Mexicano*, 1978, noviembre, p. 22.

En cambio, muchas otras resultaron bastante concisas. Entre finales marzo de 1978 y principios enero siguiente, López Portillo, Díaz Serrano y Oteyza se aventuraron a fijar objetivos concretos a satisfacer en plazos determinados. A lo largo de esos meses, en eventos de índole variada como el II Informe de Gobierno, entrevistas y audiencias, se previó un crecimiento económico del 10%, inflación moderada y el abandono de la sempiterna condición de país deudor para convertirse en acreedor. De igual modo, se anunció que el crecimiento económico volvería a ser superior al demográfico desde ese año de 1978; que la riqueza prometida comenzaría a llegar a raudales en 1979; que México gozaría de una balanza de pagos con saldo positivo en 1980; que se lograría autodeterminación financiera a partir de 1982; que la planta industrial sería duplicada en 1985, y que los mexicanos vivirían en una nación desarrollada, industrializada y con una tasa de desempleo de cero en el 2000.⁷⁶ Así, como si se dispusiera a saldar la cuenta pendiente con el artículo 12º de los *Sentimientos de la nación* de José María Morelos,⁷⁷ en enero de 1979 el mandatario afirmó que:

...nos acercaremos más al modelo de país en el que soñamos: un país en el que se reparta mejor la riqueza pública como lo manda nuestra Constitución, en donde alejemos, o empecemos a alejar, los dolorosos inconvenientes de la pobreza extrema, y reduzcamos las distancias entre la opulencia y miseria.⁷⁸

Entonces, se difundió que la abundancia venidera se traduciría en bienestar múltiple: el fin de la miseria, una estructura económica moderna, una planta industrial duplicada, tasas de crecimiento del 10%, autodeterminación financiera, así como un país acreedor, desarrollado y sin desempleo, todo lo cual podría ser disfrutado por la mayor parte de los mexicanos de esa generación gracias a que ninguna de las metas proclamadas tardaría más de 25 años en cristalizarse. Por último, a la interrogante de cómo se cumpliría con semejantes propósitos, la respuesta se desprendería del FNE y la siembra de petróleo, la aplicación de tales medidas sería la diferencia entre México y naciones como Irán. En consecuencia, los hidrocarburos únicamente fungirían como el paso inicial para luego desvanecerse al ceder su

⁷⁶ López Portillo, *Segundo informe...*, p. 13; *El Ejecutivo ante la nación y ante el mundo, 1976-1982*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto–Dirección General de Documentación y Análisis, 1982, p. 137; *México y su petróleo*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1979, p. 12; *Proceso*, Núm. 74, abril 3 de 1978, p. 26; *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 262, noviembre-diciembre de 1978, p. 9; *El Gobierno Mexicano*, 1978, marzo, p. 121; noviembre, p. 22; diciembre, pp. 28-29; *El Gobierno Mexicano*, 1979, enero, pp. 21, 24, 29.

⁷⁷ La moderación entre “la opulencia y la indigencia [...] de tal suerte que se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto”. Ernesto de la Torre, Moisés González Navarro y Stanley Ross, *Historia documental de México*, vol. 2, México, UNAM, 2013, p. 156.

⁷⁸ López Portillo, *México y su petróleo*, p. 12.

lugar a industrias basadas en bienes renovables. Adelanto que este patrón, en donde el crudo se disipa paulatinamente, se repitió en los casos posteriores.

En cuanto al futuro vislumbrado, las precisiones hechas en 1978 –de la abundancia indefinida al pleno empleo– significaron el primer gran desborde de las expectativas del lopezportillismo. Me explico, las proyecciones de copiosidad expresadas en 1977, aunque ambiguas, eran más factibles que los objetivos concretos trazados el siguiente año; después de todo, los miembros de la OPEP eran la prueba empírica de la posibilidad real de hincharse de divisas en un lapso corto. En cambio, la superación del subdesarrollo y demás propósitos específicos no habían sido consumados por ningún otro integrante del tercer mundo, con la relativa salvedad de los *cuatro tigres asiáticos*. La medida que nació apenas como un auxilio al plan para remontar el desplome financiero terminó expuesta como la llave para llevar a México hacia un esplendor máximo, inédito y definitivo.

Por todo lo anterior, las expectativas que la administración lopezportillista sembró en los albores del sexenio le beneficiaron en varios sentidos. En primer lugar, las promociones hechas al exterior sobre la potencialidad de la reserva atrajeron los créditos indispensables para duplicar la producción de Pemex y mantener la estrategia de financiamiento deficitario. Díaz Serrano no tuvo inconveniente en admitirlo:

Las primeras investigaciones sobre las reservas me dieron la impresión de que en Pemex este concepto era sólo indicativo y que no había conciencia de lo mucho que se podría ayudar a la economía en general con sólo aumentarlas. Nuestro crédito mejoraría, como en realidad ocurrió [...] Nuestra base financiera era la nueva cifra de reservas, que interesó mucho a los bancos internacionales.⁷⁹

En segundo lugar, el proyecto para resolver los problemas colectivos más profundos, y traspasar una barrera datada desde el siglo XVI, sirvió para justificar el viraje de una industria que simbolizaba el nacionalismo mexicano y que había crecido a la sombra de una consigna gradualmente conformada: que el petróleo sólo se empleara en función de las necesidades internas. A mayor abundamiento, si su exportación masiva era capaz de dar origen a ese México de ensueño vislumbrado en enero de 1979, uno en el que se propiciara el mayor bienestar posible al mayor número de mexicanos, y si para el año 2000 la gasolina sería un

⁷⁹ Díaz Serrano, *Yo, Jorge Díaz Serrano*, pp. 53, 65.

combustible obsoleto, su venta a otros países representaría la resolución más patriótica al alcance. Así, el cardenismo no habría sido traicionado sino llevado a un nuevo nivel.⁸⁰

A este respecto, el 8 de abril López Portillo invitó a practicar un “sereno nacionalismo”,⁸¹ es decir, a ser pragmáticos pero sin abandonar los principios, a ubicarse en un punto medio en el que no se desaprovechara una oportunidad histórica por dogmatismos estériles, aunque tampoco se dilapidara el patrimonio, sino que únicamente se exportara lo indispensable para motivar un desarrollo auténtico. De tal suerte, según se dio a entender, la nueva política petrolera provocaría la modernización del nacionalismo, no su abandono; entretanto, el crudo permanecería como la palanca del desarrollo, pero según una acepción distinta, ya no sólo por su utilidad para brindar energéticos a precios accesibles, sino porque las divisas atraídas servirían como piedra angular del gran proyecto con miras al siglo XXI.

En tercer lugar, y como punto más relevante para esta investigación, los pregones en escalada (de combatir los agobios patentes a dar el paso definitivo para que México abandonara su condición precaria) fueron de enorme valía en el fortalecimiento de la legitimidad de un gobierno que, por primera vez en varias décadas, tuvo que remar a contracorriente en el ámbito económico apenas llegado al poder. Debido a los compromisos concertados con el FMI, López Portillo corrió el riesgo de verse obligado a practicar seis años de austeridad, al punto de recortar el gasto, limitar el endeudamiento y resignarse a un bajo crecimiento económico. Ante tal panorama, que tampoco ofrecía garantías de estabilidad política, la superación inmediata de la crisis se convirtió en asunto prioritario.

Si inclusive en los regímenes democráticos un tratamiento infructuoso de los percances económicos puede vulnerar la legitimidad de un grupo gobernante,⁸² cuánto más a aquéllos cuyo predominio no se cimienta realmente en la voluntad popular expresada en las urnas. Por consiguiente, al autoritarismo priista le urgía evidenciar su eficacia en la reactivación del crecimiento. Como tampoco bastaron los meros pregones de una mejoría imprecisa a cumplirse en un porvenir indeterminado, hubo que ser más específicos, y en dicha especificación –gestada a raíz de las polémicas con los críticos del viraje– se ideó y comunicó

⁸⁰ De manera similar, la reforma energética de 2014 fue promocionada como una medida que retomaba “palabra por palabra el texto del Artículo 27 Constitucional del presidente Cárdenas. El espíritu de esta reforma recupera el pasado para conquistar el futuro [...] Pemex no se vende ni se privatiza, Pemex se fortalece y moderniza.” Gobierno de la República. (12 de agosto de 2013). *Mensaje a la Nación...*

⁸¹ *El Gobierno Mexicano*, 1978, abril, p. 92.

⁸² Bobbio, *Diccionario de política*, p. 865; Borja, *Enciclopedia de la política*, pp. 1198-1199.

una estrategia por demás ambiciosa, la cual, en vez de restringirse al brete coyuntural, se postuló apta para atacar la adversidad ancestral y convertirse en, como toda utopía supone, una solución definitiva. En estos casos, la política trasciende su función ordinaria a fin de convertirse, hipotéticamente, en el medio para la realización de la utopía.⁸³

La cuarta y última de las grandes ventajas radicó en un aspecto del viraje de Pemex que el gobierno no habría de aceptar abiertamente: los beneficios particulares que, considero, su implementación podría significar en unos cuantos, ya fueran personajes claves del sistema político, o gente de menor renombre pero imprescindible para que la industria petrolera duplicara su producción. No creo desacertado suponer que ése fuera el pensamiento de muchos: que la llegada de tanto dinero les permitiría enriquecerse ilícitamente, pues la opulencia puede entenderse como un estado en el que es posible sustraer cuanto se desee sin que lo hurtado haga falta. En pocas palabras, la prosperidad venidera permitiría maximizar la corrupción.

A pesar de que el relumbrante futuro previsto por la administración lopezportillista distó de cumplirse, en el corto plazo el petróleo fue exitoso en su papel de panacea: permitió dejar atrás la crisis heredada e insistir en el endeudamiento sistemático, incrementó los ingresos federales como nunca antes, mejoró las posibilidades de enriquecimiento ilícito a unos cuantos –lo suficiente como para que la corrupción de ese sexenio sea considerada poco menos que proverbial– y, por encima de todo, reforzó la legitimidad que el régimen precisaba. En vez de que la nueva política emanara de un gobierno legítimo, dicha política fue la que legitimó la autoridad de los nuevos administradores del país.

En suma, del petróleo a las industrias basadas en recursos renovables, de lo finito a lo perenne, de lo coyuntural a lo definitivo, de volver al pasado próximo (la bonanza del milagro mexicano) a dar un salto de proporciones históricas que condujera hacia un estado ignoto. Los ensueños materiales del lopezportillismo sentaron un patrón que se replicaría en lo sucesivo; pero antes de avanzar hacia los casos siguientes, resta situar esta primera gran expectativa dentro del proceso histórico mexicano, para a continuación exponer sus manifestaciones más acabadas, ocurridas entre 1979 y 1980: el rechazo patente a fórmulas exógenas y el planteamiento de un camino propio.

⁸³ Las proyecciones utópicas consisten en el hallazgo de soluciones definitivas, en la erradicación del mal y en el arribo a un estado de estabilidad perpetua. Amador Bech, *Las raíces...*, p. 51

1.4 Ni perestroika ni glasnost

Ellos harían grandes planes, procurarían enormes fondos internacionales, organizarían industrias inmensas, descubrirían cierta magia en la “industrialización” y tendrían, a cualquier costo, una economía nacional suministrada por un mercado interno, incluso si en sus corazones sospechan que se trata de un sueño que, debido a los recursos inadecuados, no puede realizarse. Pero el ideal de grandeza está en ellos, copiarán y harán planes para lo imposible, aun si el México que aman debe ser sacrificado a su noción de “progreso”.*

En junio de 1974 Luis Echeverría asistió al hotel Camino Real con motivo de la toma de posesión del Consejo Directivo Nacional de Ingenieros Petroleros. José López Portillo, entonces secretario de Hacienda y Crédito Público, tomó la palabra en nombre del presidente:

Yo en lo personal, después de hacer mis propias cuentas, abrigo la convicción de que fui concebido en un campo petrolero, cercano a Tampico. Por esta razón, desde que conecté con este mundo, de alguna manera he tenido que ver y que oír de esta industria extraordinaria, que ha permitido al país llegar hasta el punto en que hasta ahora se encuentra.

Supe, por mi padre –testigo, protagonista modesto en ocasiones–, el significado, el sentido profundo que para nuestra nacionalidad ha tenido, tiene y tendrá la industria petrolera.⁸⁴

Dos años y medio después, el secretario de Estado se convirtió en cabeza del Ejecutivo, y la sustancia contaminante que, según sus cálculos, lo acompañó desde su origen primigenio empezó a fungir como la base de su estrategia de desarrollo. Si bien en aquellos tiempos pudo haberse atribuido una conexión intrínseca entre la persona y el recurso, casi una predestinación, en realidad, López Portillo solía vincularse con elementos del sitio que visitaba o del asunto inmediato que ocupaba su atención. Para ilustrar, él realzó su ascendencia hispánica cuando visitó la península ibérica; durante una gira de trabajo por Sinaloa, mencionó que dicha entidad era su “segunda provincia mexicana” –Jalisco, tierra de sus ancestros, ostentaba la primera posición–, y al desayunar con miembros de la armada, confesó que la mar le atraía profundamente.⁸⁵ Con todo, su supuesta fecundación entre hidrocarburos fue más que un pretexto esporádico, ya que la evocó en otras oportunidades, incluida su autobiografía.⁸⁶

Así por tanto, el sexenio del petróleo tuvo como impulso a un hombre ligado al oro negro desde su estado fetal. Ciertamente se trata de un dato que podría quedarse en el campo

* Frank Tannenbaum, *Mexico: The Struggle for Peace and Bread*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1954, p. 244 (traducción propia).

⁸⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1974, junio, p. 27.

⁸⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1982, noviembre, pp. 143, 225, 259.

⁸⁶ José López Portillo, *Mis tiempos*, vol. I, México, Fernández Editores, 1988, p. 481.

de lo anecdótico; empero, se vuelve sugestivo al discurrir en torno al presidencialismo mexicano y su capacidad para emprender políticas de Estado en función de las singularidades del gobernante nacional en turno. En este caso, más allá del relato sobre su nacimiento, la exportación masiva de crudo fue aludida como una panacea, figura coherente con el tipo de proyección que, pienso, el Primer Magistrado tenía de sí mismo: un hombre universal.

José López Portillo se inició en el servicio público tardíamente, poco antes de cumplir los 40 años de edad. Licenciado en Derecho por la UNAM, pasó más de una década como profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de su *alma mater*. Independientemente de su calidad académica, semejante trayectoria dejó huella en su estilo de gobierno: a lo largo de su gestión impartió conferencias sobre temas como la identidad nacional o el análisis de determinados artículos constitucionales y, sobre todo, fue propenso a citar, parafrasear y evocar a autores bastante diversos como Pitágoras, Sócrates, Aristóteles, Platón, Cicerón, Séneca, Pablo de Tarso, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Isidoro de Sevilla, Maquiavelo, Thomas Hobbes, John Locke, Montesquieu, Rousseau, Immanuel Kant, Karl Marx, Friedrich Nietzsche, Ernest Renan, Abraham Lincoln, Jean Bodin, G. K. Chesterton, Hans Kelsen, Otto von Guericke, Baltasar Gracián, Miguel de Unamuno, Bartolomé de las Casas, Antonio Díaz Soto y Gama, Octavio Paz, etc.,⁸⁷ igual que a indicar las raíces etimológicas –a veces incorrectas–⁸⁸ de palabras como política, nación, Michoacán, informar, nepotismo, ajustar, comunicar, abusado, intelectualidad, virtud, crédito, ingeniero, especulación y secretario.⁸⁹ A su vez, reflejó cierto gusto por la Historia al mencionar a incas, mexicas y caxcanes en algunos de sus discursos, lo mismo al hacer alusión a la mítica Aztlan.⁹⁰

De igual manera, pronunció un sinfín de reflexiones abstractas y rebuscadas, filosóficas en cierta medida. Por ejemplo, habló de la lucha sumo como la “expresión física de una

⁸⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1979, febrero, p. 140; septiembre, p. 259; *El Gobierno Mexicano*, 1980, mayo, p. 159; *El Gobierno Mexicano*, 1981, junio, pp. 57, 145; julio, 212; agosto, p. 68; septiembre, p. 89-93, 95, 97; octubre, pp. 35-37; diciembre, p. 44; *El Gobierno Mexicano*, 1982; enero, 1982, pp. 35, 117, 148, 208; abril, pp. 80, 106; septiembre, pp. 175, 232; octubre, p. 165; noviembre, p. 250.

⁸⁸ En varias oportunidades el mandatario afirmó que “política” significaba “lo relativo a los muchos”, y aun cuando para 1981 aceptó que la raíz “poli” correspondía a las ciudades-estado griegas, agregó que, al fin y al cabo, “la ciudad es el lugar donde se reúnen los muchos”, es decir, se obstinó en su definición. *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, p. 89; *El Gobierno Mexicano*, 1982, marzo, p. 49.

⁸⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, p. 209; septiembre, p. 262; diciembre, p. 49; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 35; febrero, pp. 65, 81, 175; marzo, p. 94; abril, p. 106; junio, p. 107; julio, p. 10; agosto, p. 41; octubre, p. 39; noviembre, p. 57.

⁹⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1982, octubre, pp. 150, 197; noviembre, p. 204.

relación del orden universal con la voluntad humana”; explicó el tiempo como “un fluido en el que estamos inmersos”, un “continuo que se nos está yendo a cada instante”; proclamó que la máxima hazaña del intelecto había sido el descubrimiento de la unidad de lo diverso; criticó las distinciones entre tecnócratas y políticos como “una polaridad artificial, una dicotomía de la naturaleza humana un poco absurda y esquemática que se presta al análisis superficial del juego conceptual, sin que haya nada consustancial en el fondo”; expuso la creación de productos culturales como una “simbiosis maravillosa que le da sentido a la vida”, y en cuanto a sí mismo, se describió como una persona con “preparación filosófica fundamentalmente dialéctica”, cuyo motor era “el flujo del cambio en la negación”.⁹¹

Allende lo académico, se ostentó como un amante de las letras, fanático de la obra de Selma Lagerlöf, así como lector de William Shakespeare, Gabriel García Márquez, Octavio Paz, Carlos Fuentes y Jorge Ibarguengoitia; mencionó haber revisado cuando joven *Tarzán*, *Don Quijote de la Mancha* y la *Biblia*, lo mismo que los *Diálogos* de Platón más adelante; evocó el pasaje evangélico del fariseo y el publicano (*Lucas* 18:9-14), la lucha mitológica entre Anteo y Heracles, los no cumpleaños de *A través del espejo y lo que Alicia encontró ahí*, a Shylock de *El mercader de Venecia* y a Robinson Crusoe de la novela homónima. Además, antes de su arribo al poder escribió tres libros: *Génesis y teoría del Estado moderno*, *Quetzalcóatl* y *Don Q*, en tanto que, ya instalado en Los Pinos, pronunció latinazgos (*ars longa, vita brevis*) y metáforas (comparó su política alimentaria con las artes bélicas, y el final de su sexenio con un cuadro de Rembrandt: un claroscuro).⁹² Otro arte de su interés fue el pictórico, tenía habilidad para el dibujo y en más de una oportunidad adelantó que, apenas terminado su sexenio, se dejaría la barba y se dedicaría a los lienzos, con la esperanza de ser uno de los más afamados pintores mexicanos hacia el año 2000.⁹³

Como contraparte al ámbito artístico e intelectual, López Portillo valoraba el desarrollo físico: “[e]n lo personal soy deportista”, dijo ante miembros del Patronato Mexicano de Esgrima en octubre de 1981; al mes siguiente aceptó sostener un encuentro tenístico con un jugador profesional; en marzo de 1982 admitió haber considerado el box como su proyecto

⁹¹ *El Gobierno Mexicano*, 1981, junio, p. 22; septiembre, pp. 294-295; noviembre, pp. 33, 39; *El Gobierno Mexicano*, 1982, marzo, p. 94; junio, p. 77; julio, p. 65; octubre, p. 208.

⁹² *El Gobierno Mexicano*, 1977, mayo, p. 16; *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, p. 93; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 174, 199; febrero, pp. 10, 147; marzo, pp. 15, 133, 136, 142, 145; mayo, pp. 32, 130; junio, p. 76; octubre, p. 165; noviembre, p. 110.

⁹³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, noviembre, pp. 33, 85, 135.

de vida; mientras que en junio de dicho año comparó su marca de lanzamiento de jabalina con la de Rafael Septién, integrante de los Vaqueros de Dallas. Asimismo, no pareció molestarle que sus entrevistadoras lo describieran como un varón físicamente atractivo, al tiempo en que procuró resaltar su virilidad cuando la ocasión se prestaba: durante el XLIV aniversario de la expropiación petrolera contrastó a los “lloricones de siempre” con los gallardos ahí reunidos, puesto que “para eso somos hombres [...] no nos vamos a quedar aquí, como dice el lenguaje popular, ‘llorando como rajones’. ¡No nos hemos rajado!”⁹⁴

Finalmente, el jefe del Ejecutivo complementó sus proyecciones con una faceta popular: además de frases rebuscadas, en sus discursos llegó a emplear términos como “chicotazos” (embates), “rollo” (discurso) y “mala leche” (parcialidad), o las frases “toco madera, porque soy muy supersticioso, y digo que soy supersticioso, porque es de mala suerte no serlo”; “¿Con quién te vas? ¿Con melón o con sandía?”; “o todos coludos o todos rabones”; “hay tiempos de cohetes y los hay de recoger varas”; “no fui: fue Teté. Pégale, pégale que ella fue”; “si mi tía tuviera ruedas sería bicicleta”, entre otras. De hecho, en el ya evocado XLIV aniversario de Pemex, el presidente se declaró gustoso convivir con petroleros debido a que “cuando hablo con ustedes [...] puedo hacerlo usando mi lenguaje, que es el suyo...”⁹⁵

En suma, político, abogado, profesor, intelectual, filósofo, literato, escritor, pintor, dibujante, deportista, hombre de pueblo y hasta galán, según sus atributos autodesignados, en López Portillo se conjugarían el abolengo y la plebeyez, la erudición y la picardía, la mente y el cuerpo, la disciplina y la chispa creativa, la hispanidad y el legado indígena, conjunto de atributos que darían como resultado a una persona integral en el sentido más hondo de la palabra, casi tanto como un óleo que entonces se encontraba en Los Pinos, el cual representaba al mandatario en un collage que incluía desde la Piedra del Sol hasta las industrias modernas.⁹⁶ Nada de arbitrario que su proyecto nacional también pretendiera abarcar prácticamente todo: un desarrollo estabilizador y compartido que generara tanto riqueza como bienestar, y que favoreciera al campo y a la ciudad, a ricos y a pobres, empresarios y trabajadores, mexicanos del presente y del futuro. Sin embargo, es a todas

⁹⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1981, octubre, p. 26; noviembre, p. 140; *El Gobierno Mexicano*, 1982, marzo, pp. 166, 135, 146; junio, p. 25.

⁹⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1979, octubre, p. 114; *El Gobierno Mexicano*, 1981, noviembre, p. 35; *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 81; marzo, pp. 51, 79, 166-167; mayo, p. 32.

⁹⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1979, febrero, p. 136.

luces insuficiente tratar de explicar la primera gran expectativa del sexenio solamente con base en la personalidad de su promotor; en realidad, por atípico que parezca, en el fondo fue una política coherente con el proceso histórico mexicano, como mostraré a continuación con la ayuda del análisis de varios académicos nacionales y extranjeros.

1.4.1 *Otras voces*

Corría el turbulento 1976 cuando Edmundo O’Gorman reflexionaba acerca de un país cuya vida sumaba siglo y medio de proyectos frustrados, 155 años de decepciones constantes. El resultado de sus disquisiciones, *México, el trauma de su historia*, fue una obra en la que dio cuenta de una insatisfacción nacional persistente a lo largo de quince décadas y derivada de una serie de fracasos sucesivos. Este malestar duradero habría sido consecuencia del contraste entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América.⁹⁷

A mayor abundamiento, el autor recordó que desde la aurora de su vida como nación independiente, México se había visto en la necesidad imperiosa de trazar un proyecto para el futuro. También, que hubo dos modelos a seguir: por un lado, el tradicionalismo virreinal y su aspiración a mantener los viejos principios, y, por el otro, la modernidad encarnada en el vecino del norte, excolonia que se ostentaba como un país políticamente exitoso y económicamente opulento. La personificación básica de la pugna entre ambos modelos, prosiguió, había sido el conflicto decimonónico entre conservadores y liberales.⁹⁸

A primera vista, eran proyectos opuestos: uno que propugnaba por “seguir siendo como ya se era por la herencia del pasado colonial” y otro que pretendía “llegar a ser, por imitación, como Estados Unidos”. Empero, el historiador precisó que ni los conservadores anhelaban un país estático, ni los liberales –salvo algunos extremistas–, que el vecino del norte absorbiera a la nación. Al contrario, los primeros también ambicionaban los caudales norteamericanos, mientras que los segundos, pese a su animadversión por las instituciones virreinales, tampoco querían desechar el núcleo de la cultura hispánica.⁹⁹

Por lo tanto, concluyó que ambas empresas equivalían en su objetivo profundo, eran proyectos de acción distintos cuyas metas apuntaban a lo mismo: acceder a los beneficios de la modernidad, pero no a la modernidad misma; disfrutar de una bonanza material parecida

⁹⁷ Edmundo O’Gorman, *México, el trauma de su historia*, México, CONACULTA, 1999, pp. 11, 12, 109.

⁹⁸ *Ibid.*, pp. 16, 18-19, 29-31.

⁹⁹ *Ibid.*, pp. 31, 35 y ss.

a la de Estados Unidos sin abdicar del todo al modo de ser heredado. Las dos codiciaban el progreso, pero no a costa de cambiar en el fondo: ideas, costumbres, relaciones con el medio y con la gente, etc. De tal manera, resultaban igualmente inviables al querer ser de un modo y no querer serlo cabalmente, al procurar un fin sin llevar a cabo los requerimientos indispensables,¹⁰⁰ como cosechar sin sembrar, tener una buena condición física sin hacer ejercicio o acabar con la maleza sin arrancarla desde la raíz.

Según el autor, en semejante antinomia se halló la raíz del fracaso de los militarmente victoriosos liberales: no haber sido capaces de transformar al país en el sentido anhelado, y en su lugar haber concebido un ente híbrido entre lo tradicional y lo moderno. Las frustraciones subsecuentes, añadió, habrían desembocado en el victimismo, en rehuir a la responsabilidad propia culpando al modelo original: Estados Unidos. No sería casual que a inicios del siglo XX, México, junto con toda Latinoamérica, lo percibiera como una nación cegada de materialismo y moralmente inferior. En cambio, sus contrapartes iberoamericanas serían virtuosas, idealistas, espiritualmente superiores y destinadas a acceder a la opulencia estadounidense, mas no por ella misma, sino por servirles como vehículo para potenciar el idealismo latinoamericano y llevarlo al resto del orbe, como José Enrique Rodó y José Vasconcelos darían a entender en *Ariel* y *La raza cósmica*, respectivamente. Así pues, se habría tratado de una nueva versión del anhelo conservador y, en cierto sentido, también del liberal: asemejarse a Occidente por medio de un camino propio.¹⁰¹

En resumen, O’Gorman advirtió una aspiración recurrente tan contradictoria como irrealizable: el afán mexicano por la abundancia material sin la modernidad de la que ésta es producto o, en términos simples, el empeño por ser Estados Unidos sin dejar de ser México. A este respecto, la primera gran expectativa del lopezportillismo podría entenderse como una nueva forma del viejo afán: asumir un porvenir alucinante sin romper primero con las antiguas costumbres, en este caso, lograr el bienestar, la riqueza y el desarrollo de los países primermundistas, sin instrumentar las medidas precedentes tales como democratización, combate a la corrupción y reformas fiscales profundas.¹⁰²

Otros académicos se centraron en el análisis del siglo XX, y desde perspectiva distintas a la de O’Gorman. Al tiempo en que el lopezportillismo se encaminaba hacia su auge (1978),

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 36-40, 101-103, 107, 111.

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 47-51, 57 y ss., 74-75, 78.

¹⁰² *Ibid.*, p. 41.

James Wilkie veía traducido al español su libro *La Revolución Mexicana (1910-1976). Gasto federal y cambio social*, investigación exhaustiva sobre la distribución de las rentas públicas federales y sus efectos económicos y sociales. En la primera mitad de la obra, el autor dividió el gasto público en tres rubros: administrativo, económico y social, para después comparar su distribución desde el gobierno de Francisco I. Madero hasta el de Luis Echeverría. En la segunda, vinculó dicha distribución con las modificaciones en el índice de pobreza: el porcentaje de mexicanos analfabetas, descalzos, sin drenaje, etcétera.¹⁰³

Wilkie demostró que los gastos administrativos imperaron hasta 1936, año a partir del cual los económicos se posicionaron en el primer sitio, en tanto que los sociales comenzaron a ganar cierta importancia, especialmente durante los sexenios de Lázaro Cárdenas, Adolfo López Mateos y Echeverría, cuando rondaron el 25%. Por tanto, y con base en la premisa de que es en el gasto y no en el discurso donde se advierten las verdaderas prioridades de la élite política, el autor concluyó que el interés primordial del gobierno mexicano de los últimos 40 años se halló en el crecimiento económico. Tal preponderancia, cabe resaltar, parecería vituperable al tratarse de un régimen emanado de una revolución popular. No obstante, su análisis sostiene que las mayores reducciones en el índice de pobreza fueron conseguidas después de 1940. Dicho de otro modo, que el crecimiento inequitativo del milagro mexicano propició un cambio social mayor –por ejemplo, gente más sana, mejor alimentada, educada y vestida– que en cualquier otra etapa, cardenismo incluido.¹⁰⁴

En ese mismo año, Jorge Carpizo explicó la consistencia del presidencialismo mexicano: un poder central sumamente vigoroso, dotado de amplias facultades constitucionales y metaconstitucionales. Una institución que incidía en el desarrollo económico; distribuía los recursos financieros; mantenía subordinado al poder Legislativo; dominaba al PRI; controlaba las principales organizaciones obreras, campesinas y profesionales, además de buena parte de la prensa; influía en el poder Judicial; nombraba a funcionarios y candidatos a puestos de elección popular, entre ellos a quien ocuparía la máxima magistratura, etc. Con todo, precisó que los distintos mandatarios estaban limitados por el tiempo –seis años–, el contexto internacional y grupos de presión como caciques, fuerzas armadas, latifundistas y cámaras empresariales, con los que debía negociar.¹⁰⁵

¹⁰³ Wilkie, *La Revolución Mexicana...*, *passim*.

¹⁰⁴ *Ibid.*

¹⁰⁵ Jorge Carpizo, *El presidencialismo mexicano*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1978, *passim*.

Poco antes, en 1972 y 1974, Daniel Cosío Villegas abordó el mismo tema por medio de dos ensayos en los que se refirió a la presidencia como la pieza central del sistema político mexicano y, más aún, como una monarquía absoluta sexenal y hereditaria en línea transversal. En efecto, comentó que quienes encabezaban el Ejecutivo eran vistos como reyes a la vieja usanza: grandes dispensadores de bienes, favores y aun milagros, poco menos que seres omnipotentes. De ahí que ejercieran el poder de forma personal en vez de institucional, y que cada uno le diera a su gestión un sello particular. En otras palabras, sostuvo que el temperamento, carácter, simpatías, educación y experiencias personales del gobernante en turno influían significativamente en la política nacional.¹⁰⁶

Si se coteja la administración de la abundancia con estas tres exposiciones se advertirá sin dificultad las continuidades del proceso político y económico. Por un lado, ¿en qué consistía la apuesta a favor de Pemex sino en un intento de atraer las divisas que financiaran la consecución de altas tasas de crecimiento del PIB?, o sea, era un gasto económico (duplicación de la producción de crudo) que precedería un gasto económico mayor (siembra de petróleo), cuyo rendimiento sería tal que, según se notificó, beneficiaría a todo el tejido social mexicano. A su vez, dicha estrategia provenía específicamente del Ejecutivo y había sido instrumentada sin la oposición de sus contrapesos formales, a saber, el Legislativo¹⁰⁷ y el Judicial, ni la de organizaciones como el PRI o los grandes sindicatos. Finalmente, y como evidencié al inicio del presente apartado, se trataba de un plan hecho a imagen y semejanza del mandatario en turno: un presunto hombre universal nacido entre hidrocarburos. En pocas palabras, desde esta perspectiva, el plan de López Portillo seguía el cauce del pasado, no rompía con él.

En cuanto a épocas más acotadas, Lorenzo Meyer y Héctor Aguilar Camín dieron cuenta del cardenismo como un proyecto de transformación profunda, una utopía que buscaba el desarrollo del país, aunque no con base en la estrategia capitalista liberal decimonónica –sacrificio de las clases bajas incluido–, sino a través de un camino alterno

¹⁰⁶ Cosío Villegas, *El sistema político mexicano*, pp. 30-31; *El estilo personal de gobernar*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1974, pp. 8, 128.

¹⁰⁷ A finales de 1977 el diputado priista Víctor Manzanilla Shaffer se opuso a una iniciativa presidencial que buscaba darle facultades a Pemex para ocupar cualquier terreno en el país que considerara prometedor. Resultó una objeción irrelevante: la reforma se aprobó con 222 votos a favor y sólo cuatro en contra. *Excélsior*, 25 de noviembre de 1977, p. 1-A; *Proceso*, 16 de enero de 1978, pp. 24-25. Ésta fue una de las pocas expresiones de parte de la élite política adversas, o al menos distintas, a los planes y discurso del mandatario.

que combinara las mejoras productivas con la búsqueda de bienestar integral. Era una estrategia que requería de un Estado económicamente activo y, por consiguiente, no sujeto a la ortodoxia financiera ni adverso al déficit presupuestario. Se procuraba ir más allá del keynesianismo y del fascismo sin desembocar en el modelo soviético.¹⁰⁸

Por lo que corresponde a la primera parte del milagro mexicano, a inicios de los años cincuenta Frank Tannenbaum criticó con dureza el rumbo que la nueva élite política había tomado –la industrialización a cualquier costo–, lo mismo que su afán por obras faraónicas y resultados ostentosos. Su dilatado análisis sobre la economía mexicana le permitió concluir que la estrategia de desarrollo no era moralmente deseable ni técnicamente viable, máxime por pretender éxito en una nación exigua en recursos, capital e infraestructura; desbalagada; con una producción industrial tan incipiente como cara y deficiente; con economías *parroquiales*; desunida culturalmente; dividida entre mexicanos modernos y preindustriales; mayoritariamente pobre y rural; atrasada científica y tecnológicamente; importadora de alimentos; dependiente de Estados Unidos; poco competitiva al exterior; con un mercado interno estrecho y con una población desorganizada y poco exigente.¹⁰⁹

Finalmente, para 1969 Roger Hansen se preguntó por qué la élite política mexicana de las tres últimas décadas, vehemente apologista de la justicia social, había aplicado una estrategia inequitativa. Sostuvo que a partir de 1940 la industrialización había sido prioritaria para los gobernantes mexicanos básicamente porque les permitía prolongar su hegemonía y disfrutar las ventajas de su posición. Acerca del primer ámbito, la generación de riqueza brindaba estabilidad al satisfacer ciertas demandas de los sectores problemáticos y al generar expectativas de progreso. Con respecto al segundo, los servidores públicos veían la política como un canal de ascenso, no social sino individual, una forma de amasar fortunas personales; tanto así que los identificó como una mafia, la “cosa nuestra”, y a la presidencia, como una organización antidemocrática y corrupta.¹¹⁰

Así, la utopía petrolera rescataría de la cardenista el clamor por el desarrollo nacional a través de un Estado económicamente activo que, como mostraré en el siguiente capítulo, daría a entender que se trataba de una estrategia alterna, ubicada entre el capitalismo y el

¹⁰⁸ Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, México, Cal y Arena, 2012, pp. 156-158, 162, 165.

¹⁰⁹ Frank Tannenbaum, *Mexico: The Struggle...*, pp. 173 y ss.

¹¹⁰ Roger Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1985, *passim*.

socialismo, y que no requeriría de sacrificios sociales. Sobre las similitudes con el milagro mexicano, despunta el empeño habido en favor de una industrialización rimbombante; además, bien pudo preverse la llegada de tal cantidad de riqueza que sería posible abreviar de ella por medios ilegales sin grandes complicaciones, además de mantener el poder. Al sumar estos factores a los previos: la avidez de prosperidad sin llevar a cabo las reformas conducentes, el privilegio dado al crecimiento económico, la verticalidad del poder, la marca personal que cada jefe del Ejecutivo imprimía en su administración, la urgencia por revertir la crisis económica para no perder legitimidad, el interés de las potencias por neutralizar a la OPEP y el ambiente de cambios globales que siguió a 1973, el lopezportillismo no resulta tan disonante como inicialmente parecería. Ciertamente albergó en su seno varias peculiaridades, pero en general puede entenderse como una continuidad de procesos tan antiguos como la nación misma. Hecha la aclaración, sólo resta exponer tres episodios que considero expresiones significativas de la efímera fortaleza del México de la abundancia.

1.4.2 *Moctezuma redivivo y Tezcatlipoca en altamar*

En 1979 detonó el segundo *shock* petrolero. Esta vez la convulsión arrancó en Irán, país que desde el año anterior experimentaba una serie de protestas multitudinarias contra el *sha*. Inmersos en el ambiente contestatario, los petroleros persas se fueron a huelga, el subsecuente declive productivo desencadenó una nueva alza en el precio internacional de los hidrocarburos, estruendoso inicio de la era de los ayatolas. Por lo contrario, la situación mexicana pintaba bien, la Reforma Política de 1977, medida legitimadora que incrementó el número de diputados, legalizó diversos partidos de oposición y facilitó el acceso a las curules –si bien no desafió el control gubernamental sobre los procesos electorales–,¹¹¹ pronto sería puesta en práctica; además, la economía crecía al 8%, Pemex multiplicaba sus exportaciones y López Portillo avisaba que, una vez remontada la crisis, era momento de emprender la segunda fase de su plan tripartito: la consolidación, lo mismo que dar vida al FNE a fin de atacar el corazón de los problemas nacionales.¹¹² Finalmente, James Carter, presidente de Estados Unidos, se alistaba para su visita a México sin sospechar el infortunio que le aguardaba, no se imaginaba que será increpado públicamente por el gasoducto.

¹¹¹ Carlos Pereyra, “Efectos políticos de la crisis”, en González Casanova y Aguilar Camín, *México ante la crisis*, vol. II, p. 212.

¹¹² *El Gobierno Mexicano*, 1979, enero, pp. 18, 21.

En 1977 México negoció la venta de gas natural con seis compañías estadounidenses mediante la construcción de un ducto de 1,350 kilómetros de longitud que condujese el recurso desde los yacimientos del sureste en Cactus, Chiapas hasta Reynosa, Tamaulipas. Ya habían iniciado las obras cuando surgió una disputa tarifaria: a pesar de que las compañías no objetaron el precio estipulado por Pemex –2.60 dólares por cada millar de pies cúbicos de gas–, el gobierno de Carter se empeñó en obtener una rebaja sensible que armonizara con sus planteamientos en contra de los despilfarros energéticos. Como ninguna parte quiso ceder, Díaz Serrano anunció la cancelación, no del gasoducto sino de la exportación, con el propósito de usarlo para abastecer el norte del país, especialmente Monterrey.¹¹³

De regreso a 1979, el día del amor y la amistad pareció una buena fecha para saldar el presunto agravio. Contrario a las habituales cortesías diplomáticas, López Portillo aprovechó la visita de su homólogo para reclamarle de frente: “[e]ntre vecinos permanentes y no ocasionales, el engaño o el abuso repentinos son frutos venenosos que tarde o temprano revierten [...] Nada injusto prevalece sin violentar la decencia y la dignidad”. Agregó que resultaba difícil “conducir relaciones cordiales y mutuamente provechosas, en una atmósfera de recelo o de abierta hostilidad”, para después pedir “buena fe y juego limpio”. La respuesta inicial de Carter fue ajena a la acusación: se limitó a poner de relieve las coincidencias entre ambos mandatarios: bellas esposas, el gusto por la arqueología, el hábito de correr, y –aun cuando se encontraba en una cena– a recordar que durante su primer viaje a México había sido víctima de “la venganza de Moctezuma” (diarrea). Habría que esperar al día siguiente para que refutara las imputaciones al argüir que cada gobernante debía anteponer los intereses de su pueblo. Cabe señalar que, aunque López Portillo negó públicamente haber sido áspero con su invitado sino franco, actitud que sólo adoptaba frente a los amigos, varias fuentes aseveran que, una vez terminado el evento, musitó entre sus colaboradores: “me lo chingué”.¹¹⁴

¹¹³ Miguel H. Márquez, *La industria del gas natural en México*, México, El Colegio de México, 1989, pp. 149-154; Orozco, “El ocaso...”, pp. 192-196. Cabría preguntarse si, con todo, Díaz Serrano albergó la esperanza de surtir el sur de Estados Unidos en el mediano plazo.

¹¹⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1979, febrero, pp. 127-132, 138, 154-156; <http://www.wikimexico.com/articulo/Carter-y-Lopez-Portillo>; <http://almomento.mx/otras-inquisiciones-lopez-portillo-james-carter/>; <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/politica/el-trauma-nacionalista> [consultados el 12 de septiembre de 2018].

Pasados algunos meses, el 3 de junio, un accidente durante la perforación del pozo Ixtoc I causó un derrame de proporciones bíblicas que tardó más de un año en ser controlado. Independientemente del impacto ambiental en el Golfo de México, así como de las fricciones diplomáticas por la negativa mexicana a indemnizar las costas estadounidenses perjudicadas,¹¹⁵ el desastre fue motivo de reflexión y, por impropio que pareciera, de sutil vanagloria. Con motivo de su III Informe de Gobierno, el Primer Magistrado exclamó:

Desde el fondo de ese pozo incendiado los mexicanos nos hemos visto en el espejo negro de Tezcatlipoca. Todo nuestro fatalismo desgarrante[sic] emergió suspicaz y autodestructivo; nuestra incapacidad de sentirnos prósperos, nuestra falta de solidaridad frente a las derrotas; nuestra incredulidad ante nuestras certezas y nuestra ingenuidad ante la opinión e información extranjeras. La Malinche salió a aullar, pidiendo sacrificios humanos, para apaciguar al dios del fuego.¹¹⁶

Más adelante:

En un mundo de reacciones recias, los mexicanos tenemos que aprender a templarnos ante los desafíos. Tenemos que aprender que la vida a la que estamos ascendiendo en importancia nos traerá siempre problemas y obstáculos, y que el ir venciendo cada uno de ellos nos dará la fortaleza que necesitamos para seguir haciendo del nuestro un país mejor. Que esto nos sirva para reafirmar la fe en nuestro futuro, nos una y nos engrandezca.¹¹⁷

Con menos elocuencia pero más claridad, el 20 de noviembre, Díaz Serrano habló del percance como un suceso en cierta manera afortunado, ya que más que la pérdida de un pozo, “[n]os ha revelado la presencia [...] de volúmenes de petróleo ampliamente remunerativos que superarán con creces los gastos que su descontrol haya de ocasionar”. Por ende, habría que abandonar el pesimismo y el desaliento; después de todo, el balance “es definitivamente muy positivo [...] ¡Cuánto no darían muchos países por tener un Ixtoc!”¹¹⁸

Medio año después, durante el XLII aniversario de Pemex, el director de la paraestatal relativizó el siniestro al argumentar que los descontroles en los pozos eran eventualidades frecuentes en todo mundo y, sobre todo, al sostener que el “accidente del Ixtoc, que provocó tanta expectación y dio pábulo a reproches y alarmas, constituyó en realidad, como he dicho

¹¹⁵ El gobierno mexicano se negó con base en el argumento de que Estados Unidos jamás reparó los daños que las aguas del río Colorado habían causado en Mexicali. *El Gobierno Mexicano*, 1979, septiembre, pp. 255, 258; octubre, pp. 71, 114; Riding, *Vecinos distantes*, p. 204, 401; <http://www.proceso.com.mx/126841/la-ley-del-embudo-no-148> [consultado el 12 de septiembre de 2018].

¹¹⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1978, septiembre, p. 27.

¹¹⁷ *Ibíd.*, pp. 27-28.

¹¹⁸ *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 266, septiembre-octubre de 1979, pp. 11-12.

en el pasado, para nuestro país y para Pemex un acontecimiento que, juzgándolo objetivamente, nunca tuvo visos de catástrofe sino que fue una señal alentadora”, pues, concluyó, era una prueba de la descomunal cuantía de los yacimientos mexicanos.¹¹⁹

De tal suerte, al presentar el vicio como una virtud –la hecatombe ecológica como una manifestación de la exuberancia petrolera nacional– se sugirió la imagen de un México que crecía a pasos agigantados y que iba por más. En lugar de un país inofensivo por irrelevante, estaría convirtiéndose en un coloso que provocaba tifones con su respiración y cuyos actos resonaban *urbe et orbi*. Por consiguiente, no habría sido desacertada la advertencia hecha en agosto de 1977: prepararse para lidiar con las dificultades inherentes a la abundancia,¹²⁰ en este caso, la capacidad de repercutir globalmente. Dicho de otra forma, se dio a entender que a partir de entonces las cifras millonarias serían la norma; de momento, el número de barriles perdidos en el mar; pero más adelante, el de divisas atraídas y empleos creados.

Por lo que concierne a lo dicho durante el III Informe de Gobierno, fue una suerte de llamado a madurar, a comportarse a la altura del nuevo estatus de México en vez de caer en la desesperanza ante las primeras dificultades. Desde esa lógica, más que un acto de capitalización política, el regaño a Carter habría sido secuela del nuevo estatus: un país que no toleraría atropellos. Empero, y allende tales exabruptos, el clímax de la administración de la abundancia tardaría un poco más, hasta marzo de 1980, cuando, en medio de un mundo que perdía dinamismo y abrazaba la ortodoxia económica, se pregonó el *camino mexicano*.

1.4.3 *Una breve cornucopia*

En 1963, cuando el milagro mexicano aún pujaba con vigor, Raymond Vernon anticipó que el crecimiento económico de las últimas décadas no tardaría en interrumpirse. Según su análisis, la estrategia que le había dado origen sólo había sido capaz de dar el primer paso, la sustitución de bienes de consumo, no así el segundo, la de bienes de capital. De tal forma, sentenció, la necesidad de importar estos últimos en cantidades crecientes, aunada a la poca competitividad de las manufacturas nacionales en el exterior, causarían un desequilibrio financiero de gran hondura, el cual se vería agravado porque la demanda interna representaba un mercado insuficiente para absorber la producción. Frente a tal escenario, el gobierno

¹¹⁹ *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 273, marzo-abril de 1980, p. 67.

¹²⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1977, agosto, p. 17.

podría restringir las importaciones, implementar una reforma fiscal que ensanchara la capacidad adquisitiva de la gente, permitir una entrada indiscriminada de capital privado o perseverar en el endeudamiento. Desgraciadamente, concluyó, la primera opción trastornaría la planta productiva, la segunda provocaría la animadversión del sector privado, la tercera sería altamente impopular y la cuarta dependería de créditos cuyo arribo no estaba garantizado. En consecuencia, el autor aseveró que México pronto enfrentaría un dilema: reformar de lleno el sistema económico –aun al grado de virar hacia la ortodoxia– o asumir los riesgos derivados de una recesión, incluido el colapso del sistema político.¹²¹

Su predicción resultó acertada: el milagro se desvaneció unos años después. Decidido a reavivarlo, Echeverría insistió en el gasto público financiado con deuda; empero, la crisis de 1976 cerró tal vía. En 1977 el gobierno sucesor intentó reabrir la a través del viraje de Pemex; en 1978 fue más allá y trazó expectativas por demás ambiciosas basadas en el FNE y en la siembra de petróleo; mientras que para 1979 sugirió que las transformaciones prometidas ya comenzaban a dar frutos, como ilustraban la reprensión a Carter y el derrame del Ixtoc. Un último nivel se alcanzaría en el amanecer de la nueva década.

En 1980 la vacilante economía mundial comenzó a abandonar de lleno los fundamentos keynesianos; entretanto, la revolución islámica fue sucedida por la guerra Irán-Irak. Producto de ambas situaciones, hubo presión externa, principalmente de Estados Unidos, para que México se adhiriera al Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT)¹²² y, de forma más discreta, aumentara vertiginosamente su exportación petrolera a fin de atenuar el declive productivo de los vecinos beligerantes.

Entre septiembre de 1979 y marzo de 1980, la incorporación al GATT pareció cercana, máxime porque varias de las declaraciones correspondientes apuntaban a una afirmativa entrelineada: al momento de referir la propuesta, López Portillo destacaba más los pros del ingreso que las “muy conocidas y trilladas desventajas”. Además, en una ocasión aseguró que participar en dicho acuerdo no contravendría los planes de desarrollo; por su parte, sólo encontré una voz que, durante eventos públicos con participación presidencial, se posicionó

¹²¹ Raymond Vernon, *El dilema del desarrollo económico de México*, México, Editorial Diana, 1996, pp. 13-14, 193 y ss.

¹²² Blanca Torres, “Actores no estatales y la apertura comercial”, *Una historia contemporánea de México: Actores*, en Lorenzo Meyer e Ilán Bizberg (coords.), México, Océano, 2009, p. 204.

en contra: el dirigente de la Canacindra.¹²³ En cuanto a la segunda cuestión, Díaz Serrano admitiría años después que, dadas las condiciones internas y externas, durante esos meses había planeado elevar la producción petrolera al punto de rozar los 5MMBD,¹²⁴ más del doble de lo presupuestado en 1977. Ambos asuntos serían resueltos el 18 de marzo de 1980.

Con motivo del ya citado XLII aniversario de Pemex, el director de la paraestatal dio respuesta oficial a los posibles cambios en la política petrolera. Contrario a sus deseos, tuvo que confirmar las plataformas de producción, a saber, que la extracción a lo largo del sexenio no rebasaría los 2.7MMBD; la exportación, los 1.1MMBD, y que no se vendería más del 50% del monto exportable a un solo país. Con esta última determinación se buscaba conservar cierta independencia frente al mercado estadounidense; con las previas, evitar que la economía nacional se petrolizara e *indigestara*, o sea, que recibiera más dinero del que pudiera manejar. Justamente ése fue uno de los temores de entonces: ser demasiado ricos.¹²⁵

Más adelante, López Portillo aprovechó el evento para anunciar la creación del Sistema Alimentario Mexicano (SAM), un “programa totalizador” encaminado a satisfacer la otra gran prioridad que había fijado desde su campaña electoral: los alimentos –la primera eran los energéticos–. El SAM proponía alcanzar autosuficiencia en comestibles mediante apoyo y estímulos a los productores, distribuidores y almacenadores, así como mejorar los hábitos alimenticios de los consumidores. Abarcaría granos, frutas, verduras, carne, lácteos, huevos, entre otros, y sería insertado en el Plan Global de Desarrollo, el cual precisaba tasas de crecimiento del 8% y se disponía a abatir la inflación con base en incrementos productivos.¹²⁶

Antes de finalizar, el Primer Magistrado dio a conocer su decisión en torno a aquel asunto que durante casi un año había despertado toda clase de suspicacias. Tras agradecer a los funcionarios que habían negociado la entrada al GATT, rechazó la propuesta con base en el argumento de que para México las ventajas del acuerdo eran más aparentes que reales. Al día siguiente, Oteyza complementó al decir que las recientes medidas proteccionistas de los

¹²³ *El Gobierno Mexicano*, 1979, marzo, p. 41; septiembre, p. 42; noviembre, pp. 51, 69, 82; diciembre, pp. 22, 69, 145-146; *El Gobierno Mexicano*, 1980, febrero, p. 31, 49-40.

¹²⁴ Díaz Serrano, *Yo, Jorge Díaz Serrano*, p. 101; Samuel Ignacio del Villar, *México país petrolero, perfiles históricos y problemas futuros*, México, El Colegio de México, 1979, p. 37; *El Universal*, 17 de marzo de 1980, p. 5; 18 de marzo de 1980, p. 5.

¹²⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1979, enero, pp. 24, 35-36; febrero, p. 25; *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 263, marzo-abril de 1979, p. 22; Núm. 267, noviembre-diciembre de 1979, p. 11; Núm. 269, marzo-abril de 1980, p. 75; Núm. 273, noviembre-diciembre de 1980, p. 49; Núm. 275, marzo-abril de 1981, p. 84.

¹²⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1980, marzo, pp. 90-93.

países industrializados aminoraban las virtudes del GATT, y que integrarse implicaría subordinar la política petrolera a las necesidades de terceros, lo mismo que quitar subsidios a las exportaciones. Por ende, más que desperdiciar una oportunidad, el secretario mencionó que las autoridades mexicanas habrían resistido el “canto de las sirenas”.¹²⁷

A decir verdad, la negativa al GATT fue en buena medida resultado de la presión que por distintos motivos ejercieron actores internos: funcionarios de inclinación keynesiana (SEPAFIN, SHCP, SRE, STPS, SARH), académicos nacionalistas, agrupaciones sindicales y empresarios proteccionistas, quienes –a grandes rasgos– tildaron la medida de designio estadounidense que atentaría en contra de la soberanía, el mercado interno, el empleo y la equidad social. Ciertamente, grandes empresarios agrupados en la Concamin, la Coparmex y la Concanaco, así como funcionarios más liberales (SPP, SEGOB, SC), contraargumentaron que las condiciones del ingreso eran muy favorables, que éste impulsaría la eficiencia y la competitividad frente al exterior, y que brindaría mecanismos para solucionar controversias comerciales. Empero, el tono de quienes se posicionaron en pro de la adhesión resultó mucho más tibio, posiblemente debido a sus diferencias internas, tanto por la insuficiente competitividad de muchos de sus miembros, como por las expectativas de un mercado interno que entonces apuntaba a la expansión.¹²⁸

Así como los casos de Carter y el Ixtoc, semejante rechazo pudo ser capitalizado como una expresión de fortaleza. Al tiempo en que el mundo ralentizaba su crecimiento y se abría al libre mercado, México parecía avanzar a contrapelo, seguir su propia ruta y vencer las tentaciones: en vez de GATT y petrolización, el boyante país fijaba límites a las exportaciones de crudo y se enfocaba en un programa para alimentar a su gente. Si se aúna a tales resoluciones el FNE y la siembra de petróleo, planes como el de puertos industriales (un programa para incentivar el desarrollo de los litorales con el objeto de reducir la presión demográfica en el centro del país) y los llamados del presidente en favor de incrementar el poder adquisitivo de los sectores bajos para fortalecer el mercado interno,¹²⁹ el resultado bien pudo lucir como una estrategia sólida y pensada a largo plazo, un proyecto que permitiría

¹²⁷ *Ibid.*, pp. 40-42; 93-94.

¹²⁸ Torres, “Actores no estatales...”, p. 205-206; Riding, *Vecinos distantes*, p. 180; Paolo Riguzzi y Patricia de los Ríos, *Las relaciones México-Estados Unidos 1756-2010*, vol. II, UNAM-Secretaría de Relaciones Exteriores, p. 438.

¹²⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1979, enero, p. 22; *El Gobierno Mexicano*, 1980, mayo, p. 211; junio, p. 106.

resolver el dilema planteado por Vernon y, más importante aún, hacer caso omiso a las advertencias que Pablo González Casanova manifestó en 1965.

En *La democracia en México* González Casanova evidenció las diferencias abismales del sistema político mexicano en cuanto a su estructura formal y su estructura real: una supuesta democracia que era en realidad un régimen autoritario cuya división de poderes, oposición y sistema de partidos no operaban como debían; un Poder Ejecutivo que había subordinado a legisladores, gobernadores y sindicatos, pero que debía pactar con empresarios y caciques; una nación donde predominaban los fraudes electorales, el paternalismo, la colonización interna, etc. El autor comentó que si bien dicha simulación había sido útil, sino es que necesaria, para modernizar la economía y ordenar un país convulsionado por la revolución de 1910, se había vuelto disfuncional en las últimas décadas, pues éxitos como la urbanización y el crecimiento económico eran muy parciales en vista de contrariedades como la inequidad y la dependencia a Estados Unidos, e impedían notar los verdaderos problemas de fondo. Por lo tanto, sentenció que la única garantía de paz pública y de solución pacífica a los conflictos estribaría en el desarrollo –no limitarse a incrementos productivos, sino a mejoras sustanciales en los niveles de vida de la gente–, el cual tendría como requisito ineludible la democratización efectiva de México, incluido el PRI y los sindicatos.¹³⁰

Así, desde los años sesenta, tanto Vernon como González Casanova previeron un futuro mexicano adverso que sólo podría ser eludido mediante la instrumentación de cambios profundos; el primero se centró en la economía; el segundo, en la política. De forma opuesta, aquella medida, que había nacido apenas como un remedio parcial y coyuntural en contra de la crisis de 1976, acabó insinuada como la vía para obtener grandes resultados sin implementar reformas de fondo. Tres encrucijadas se pretenderían vencer con modificaciones superficiales: la de Vernon, la de González Casanova y la de O’Gorman, a saber, crecimiento sin ortodoxia, desarrollo sin democracia y opulencia sin modernidad. Si años más tarde el rumbo emprendido por Carlos Salinas de Gortari sería descrito como una perestroika sin glasnost –reestructuración económica sin el abandono del autoritarismo–, con López Portillo no habría ni lo uno ni lo otro, pero sí proyecciones utópicas sustentadas en un plan que no trastocaba las deficiencias estructurales más allá del hipotético mal de raíz divisado por el director de Pemex: la falta de riqueza a través de los siglos.

¹³⁰ González Casanova, *La democracia en México*, *passim*.

En suma, el escenario global imprevisto que siguió al *shock* permitió trazar un plan legítimo que inició de forma acotada y concreta, para luego desbocarse y vislumbrar metas tan superlativas como inasibles: de vencer la crisis con ayuda de la exportación de crudo, hasta construir un México que en poco más de 20 años sería una nación rica, desarrollada, acreedora y sin desempleo, ya no con base en los hidrocarburos –después de todo, se rechazó la posibilidad de elevar la producción a 5MMBD– sino en una serie de políticas derivadas: el FNE, la siembra de petróleo, el SAM, entre otras. Dicha estrategia no sólo fue coherente con el proceso histórico mexicano, sino que se pretendió capaz de romper con sus limitaciones y dilemas ancestrales por medio de reformas someras; además, se presentó como un camino propio y alternativo, preferible al que imperaba en el resto del orbe. El discurso de la eficacia, conjunto de planteamientos sobre la capacidad del gobierno para resolver problemas, apuntó muy alto. Con todo, cabe adelantar que, por desmesurada que parezca, desde cierto punto de vista la administración de la abundancia sería eclipsada por la siguiente proyección, la cual postularía un remedio definitivo a los conflictos globales, entre ellos la Guerra Fría.

Termino con una consideración adicional. Aquiles tuvo que decidir entre una vida larga e intrascendente y una breve pero gloriosa; Tiresias perdió la vista a manos de Era, pero fue compensado por Zeus con una longevidad sobrehumana y el don de la profecía; cuando Aníbal decidió no atacar Roma después de vencer en Cannas, Maharbal se lamentó al advertir que los dioses no concedían todos los dones al mismo hombre, su comandante sabía vencer, pero no aprovechar la victoria.¹³¹ A diferencia de casos como éstos en los que lo dulce forzosamente se mezcla con lo amargo, la primera gran expectativa del lopezportillismo lució provechosa desde cualquier ángulo: resultados sobresalientes a un bajo costo, grandes logros sin grandes esfuerzos; ni siquiera el agotamiento prematuro de los yacimientos nacionales representaría un sacrificio auténtico dado que, según calculaba Díaz Serrano, de todas formas el oro negro caducaría como energético hacia el año 2000. Sin embargo, el tercer milenio ha llegado y la civilización contemporánea aún se cimienta en el petróleo.

¹³¹ Pierre Grimal (2008), *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, Aquiles, Tiresias; Tito Livio, *Ab Urbe Condita*, libro XXII, capítulo 51.

2. *Cosmofagia*

2.1 Hipérbola: del tercermundismo echeverrista a la potencia media

La virtud, entonces, es un término medio...*

Ocaso de imperios, guerras mundiales, purgas y genocidios, economías en quiebra, altibajos demográficos, fascismos en ebullición y un liberalismo vapuleado fueron parte del saldo de la era de desgracias transcurrida entre 1914 y 1945. En claro contraste, el periodo ulterior (1945-1973) se caracterizó por crecimiento económico inédito acompañado de profundas transformaciones sociales y culturales, aunque también por la Guerra Fría. Los 44 años de esta conflagración auténticamente global desplegaron un patrón único: el enfrentamiento constante entre las dos superpotencias y sus respectivas ideologías antagónicas y mutuamente excluyentes; en consecuencia, el mundo quedó polarizado en dos bandos cuyos integrantes quedaron inmersos en la lógica bipolar. Además, esta guerra siguió un derrotero poco común en función de otra novedad importante: la era atómica, puesto que su canalización en la industria bélica implicó, por primera vez en la historia, la posibilidad real y cotidiana de condenar al hombre a la extinción.¹

Al convertirse la disputa en un pacto suicida, ambas potencias dejaron de privilegiar el amago nuclear como arma política en sus relaciones mutuas. De tal suerte, y pese a que las discrepancias perduraran, el sistema internacional halló cierta estabilidad gracias a que, obligados a compartir sus aspiraciones hegemónicas, ambos polos aceptaron un equilibrio, si bien desigual, indiscutido en cuanto a la repartición del orbe. Sin embargo, el que cada uno se enfocara en su zona de influencia no significó un cese en las hostilidades: frente al temor estadounidense a una supremacía soviética en el futuro, y a la preocupación soviética por la supremacía estadounidense en el presente, la estrategia de combate no fue el ataque directo sino la contención, el desgaste, el intento de agotar al enemigo. Por tanto, los episodios más cruentos de la pugna no tomaron lugar en los centros de poder, sino en las periferias.²

* Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, II, 6, 1106b29-30.

¹ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 230, 241-242; Francisco Veiga et al, *La paz simulada. Una historia de la guerra fría, 1941-1991*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pp. 9-10.

² Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 232-233, 238, 240, 247; Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 2001, p. 45; Lorenzo Meyer, "La guerra fría en el mundo periférico: el caso del régimen autoritario mexicano. La utilidad del anticomunismo discreto", en Daniela Spenser (coord.), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y El Caribe*, México, Miguel Ángel Porrúa-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2004, p. 95.

Antes de adoptar un enfoque espacial, conviene hacer una distinción temporal básica. Considero que el tramo comprendido entre los años cincuenta e inicios de los setenta fue paradójico en virtud de sus dos principales aristas: por un lado, bonanza económica, y por el otro, un estado continuo no de guerra en el sentido habitual, pero tampoco de paz y, pese al consenso estadounidense y soviético en torno a la coexistencia, con una amenaza atómica latente. Caso distinto fue la siguiente época (1973-1989), cuando la arista de crecimiento económico fue reemplazada por su opuesto, en tanto que la de destrucción mutua asegurada prevaleció, y en peores condiciones, ya que tras unos años de distensión, la década de los ochenta trajo consigo el *calentamiento* del conflicto. En pocas palabras, de un elemento positivo y uno negativo se pasó a dos negativos.

En las décadas de los setenta y ochenta pulularon enfrentamientos en naciones como Chipre, Etiopía, Angola, Somalia, Congo, Senegal, Uganda, Afganistán, Irán, Nicaragua, El Salvador, Surinam, Bolivia, Polonia y Líbano, mismo lapso en el que la economía mundial entró en una nueva etapa de dificultades. Para el primer mundo no se trató de una situación equivalente a la de 1929 gracias a que la generación de riqueza sólo se ralentizó, si bien se agravaron adversidades como el desempleo, la inequidad y la delincuencia. En cambio, el resto del globo sufrió inflación descontrolada, estancamiento en el PIB, pérdida de poder adquisitivo y aun caídas productivas en África y Asia. Durante estos años el bloque socialista comenzó a experimentar los malestares que desembocarían en su posterior colapso. Por su parte, aun cuando el tercer mundo no decayó a tal grado, sus miembros se vieron enormemente afectados y hundidos en deudas impagables.³

El tercer mundo fue por demás diverso, pertenecieron a él naciones tan distintas como Paraguay, Etiopía y Birmania. Antes bien, y en comparación con los países desarrollados, sus integrantes coincidieron en su pobreza, dependencia económica, limitaciones tecnológicas, deseos de desarrollo por parte de sus gobernantes y la intención de mantenerse al margen de la Guerra Fría. Dentro de esta amplia zona, escenario donde las superpotencias dirimían su rivalidad,⁴ México alteró su tradicionalmente pasiva política exterior al grado de asumirse como líder del grupo periférico. Terminado este infructuoso intento (1973-1976), se replegó dos años, para después reactivarse (1979-1981) con tal intensidad que no sólo trató

³ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 405-406, 433-423.

⁴ *Ibid.*, pp. 349 y ss.

de atenuar el preocupante curso allende su frontera sur, sino que, inserto en el proceso legitimario de su gobierno, incluso pregonó un camino para llevar a la humanidad a una nueva edad de oro.

2.1.1 *Primer conato*

Tan solo en el sexenio de Luis Echeverría, México experimentó el final de una era y el inicio de otra: en su primera mitad (1971-1973) afrontó el último tramo del agotamiento del sistema económico mundial que tan buenos resultados había dado durante un cuarto de siglo, y en su segunda (1974-1976) padeció los ecos de la crisis detonada por la cuadruplicación de los precios internacionales del petróleo. Una de las respuestas a estos obstáculos foráneos, como también a los malestares internos, fue la modificación de su política exterior.

Hans Morgenthau, destacado teórico del realismo político moderno, explicó la política exterior como la lucha que cada nación lleva a cabo para fortalecer su seguridad mediante la expansión de su poder y el debilitamiento de cualquier actor que atente contra sus intereses.⁵ En el caso mexicano durante el siglo XIX y parte del XX, ésta fue reactiva, defensiva, aislacionista y, a partir del gobierno de Venustiano Carranza, tuvo como cimientos expresos los principios de autodeterminación y no intervención, consignas derivadas de las intromisiones estadounidenses en la Latinoamérica durante esos años, así como de su experiencia histórica como país que había sufrido intervenciones de potencias a lo largo de sus primeras décadas de vida independiente. Por ende, evitó comprometerse en asuntos ajenos, máxime si el costo incluía la confrontación directa con otros estados.⁶

Si se analiza la política exterior mexicana con base en los principios desarrollados por Morgenthau, podría argüirse que ésta obedeció a razones de seguridad: la certidumbre de que reducir al mínimo la actuación en asuntos externos, así como condenar todo intervencionismo existente, disminuirían los riesgos de ser la próxima víctima de las naciones poderosas, sin olvidar que la pasividad en la arena mundial armonizó con el cometido básico de centrar la energía en la estabilidad y el desarrollo internos.⁷

Según Mario Ojeda, al tiempo en que para el resto de Latinoamérica el conflicto este-oeste se traducía en mayor dependencia, subordinación e injerencia en sus asuntos internos

⁵ Hans Morgenthau, *La lucha por el poder y por la paz*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1963, p. 313.

⁶ Ojeda, *Alcances y límites...*, pp. 130-131.

⁷ *Ibid.*, pp. 130-132.

por parte de Estados Unidos, México gozó de “independencia relativa”, es decir, entre ambos países hubo un acuerdo tácito de libertad para la nación mexicana en asuntos que le resultaran fundamentales a ella y de poca relevancia a Washington, a cambio de cooperación en todo lo que a este último le fuera esencial. El gobierno priista manifestó tal condición en la reiterada defensa de sus dos principios emblemáticos, en el apoyo declarado a Cuba, en su distanciamiento frente a la OEA –sobre todo en los programas militares–, en restricciones en la inversión extranjera, etcétera.⁸

Tal privilegio abonó legitimidad interna y externa a un régimen autoritario cada vez más alejado en la práctica de los principios revolucionarios que sin descanso enarbolaba, pues sus acciones en el exterior le dieron una imagen progresista e independiente. Significó un acuerdo provechoso para ambas élites políticas en vista de que, dada la cercanía geográfica y la presión migratoria, a Estados Unidos le convenía la estabilidad de su vecino; entretanto, a México le permitía llevar a cabo su cometido fundamental respecto de la Guerra Fría: permanecer lo más al margen que le fuera posible, si bien aprovecharía al máximo la tensión internacional para fortalecerse en el poder.⁹

No obstante, los cimientos de esta independencia relativa evidenciaron su desgaste a inicios de los años setenta, cuando aumentaron las fricciones entre ambos vecinos debido, entre otros factores, a las dificultades financieras que los dos enfrentaban.¹⁰ El repentino deterioro en las relaciones bilaterales, aunado a que justo entonces México alcanzaba el límite de su expansión económica, propició el replanteamiento de la política exterior de este último. Así, con objetivos tan diversos como la moderación de la dependencia comercial hacia un solo país y el reforzamiento de la imagen progresista del régimen, hacia mediados del sexenio la administración echeverrista interrumpió el letargo habitual: multiplicó sus relaciones diplomáticas,¹¹ trazó proyectos para diversificar el destino de las exportaciones, promulgó la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados –documento que preconizaba

⁸ Ojeda, *Alcances y límites...*, p. 58, 120; Friedrich Katz, “La guerra fría en América Latina”, en Spenser, *Espejos de la guerra fría...*, pp. 17, 23-24, 27-28.

⁹ Katz, “La guerra fría...”, p. 27; Meyer, “La guerra fría...”, p. 96.

¹⁰ Frente a los apremios económicos estadounidenses, en 1971 Richard Nixon se negó a darle un trato preferencial a México con respecto a una sobretasa del 10% para las importaciones norteamericanas. Ojeda, *Alcances y límites...*, pp. 217-220.

¹¹ Visitó 36 países, recibió a más de 30 jefes de estado y dignatarios extranjeros, y casi duplicó el número de naciones con las que México sostenía contactos diplomáticos: de 67 a 129. Luis Echeverría, *Sexto informe de gobierno*, México, Comisión Nacional Editorial, 1976, p. 124.

privilegiar el desarrollo de los países pobres— y, por encima de todo, abrazó la causa del tercer mundo.¹²

El tercermundismo echeverrista se basó en la teoría de la dependencia, a saber, postuló una situación global en la que los países subdesarrollados eran víctimas de abusos inmisericordes y escasez permanente por parte del neocolonialismo de las naciones industrializadas. Con el fin expreso de resolver tamaña adversidad, el gobernante mexicano propuso la creación de instituciones como el Fondo Financiero para el Tercer Mundo, el Sistema para el Desarrollo del Tercer Mundo, la Universidad del Tercer Mundo y el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo. También hizo innumerables llamados en favor de la no alineación, el pluralismo ideológico, la unión tercermundista y el advenimiento de un nuevo orden económico internacional. Sus discursos estuvieron saturados de menciones relativas al tercer mundo, incluso durante eventos que en principio no tendrían relación con el tema, como un mensaje por el día el niño que pronunció su esposa, María Esther Zuno, cuando dijo que ningún infante sufría más que el tercermundista.¹³

En concordancia con esa política general, Pemex fue dotado de una vocación en pro del tercer mundo. No sólo en el plano retórico (sus voceros describieron los hidrocarburos como un “instrumento de acercamiento y unión entre los pueblos”),¹⁴ sino también en el fáctico: a través de la paraestatal, México se aproximó y, en muchos casos, concertó acuerdos de cooperación y asistencia con países como Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Jamaica, Gabón, China, Camboya y hasta Vietnam.¹⁵ Con todo, el principal impacto del petróleo mexicano a lo largo de esos años no radicó en su empleo sino su omisión, o sea, en no haberlo empleado según los deseos de Estados Unidos después del *shock*.

A mayor abundamiento, y como mencioné en el capítulo anterior, tras la cuadruplicación del precio internacional del crudo, las potencias industrializadas se dispusieron a neutralizar a la OPEP por medio del hallazgo de nuevos abastecedores. México

¹² Ojeda, *Alcances y límites...*, pp. 169, 210, 211 *et passim*; Riguzzi, *Las relaciones...*, pp. 431, 433; Meyer, *Nuestra tragedia persistente*, p. 102.

¹³ *El Gobierno Mexicano*, 1976, abril, p. 251; Manuel Tello, *La política exterior de México (1970-1974)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, pp. 172, 175; Luis Echeverría, *Praxis política*, tomo 16, p. 58; tomo 19, pp. 115-117; tomo 27, p. 117; tomo 28, pp. 182-183; *Luis Echeverría, apasionado luchador por los derechos económicos de los pueblos débiles*, México, CNOP-PRI, 1975, *passim*; *Pensamiento político en el V informe*, México, Grupo Editorial de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares, 1975, p. 96.

¹⁴ *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 248, febrero-marzo de 1976, p. 29.

¹⁵ Orozco, “El ocaso...”, pp. 79-80.

fue uno de los países elegidos gracias a que el gobierno estadounidense sabía que su potencialidad petrolera era mucho mayor a lo aceptado. Como una forma de presión, el 12 de octubre de 1974 varios periódicos norteamericanos encabezados por *The Washington Post*, y basados en datos de la Comisión de Energía de Estados Unidos, proclamaron que en el sureste mexicano había yacimientos con una capacidad de 20 mil MMB, cifra inmensa si se recuerda que la estimación de la reserva oficial apenas superaba los 6 mil MMB.¹⁶

Tan repentina fue la presión estadounidense como contundente el rechazo mexicano a su involuntaria candidatura. Dados los fundamentos de su política petrolera tradicional –no vender ni dilapidar el patrimonio subterráneo–, el tercermundismo echeverrista y el cometido de aminorar la dependencia comercial frente a Estados Unidos, sólo hubo que esperar tres días para que Horacio Flores de la Peña y Antonio Dovalí Jaime, titular de la Secretaría de Patrimonio Nacional y director de Pemex, respectivamente, negaran que el monto de los yacimientos fuera tan cuantioso como se anunciaba, e inclusive aseguraran con denuedo que ni aunque así fuera México se desempeñaría como esquirol de la OPEP.¹⁷

Semejante respuesta no debería haber sido completamente sorpresiva, sobre todo si se toma en cuenta la reacción inmediata del gobierno mexicano ante el *shock*. Al tiempo en que Henry Kissinger calificaba el alza en las tarifas de la OPEP como un “chantaje político”,¹⁸ Echeverría lo explicaba como consecuencia lógica del sistema económico mundial y pintaba a la organización de forma poco menos que apoteósica: como el grupo que desafiaba los privilegios que los países desarrollados habían obtenido a costa de la explotación del resto.¹⁹

Esta dinámica de invitación-rechazo se repitió en los meses siguientes, de modo que Echeverría gozó de nuevas oportunidades para ostentar su compromiso con la causa que tan desafortadamente pregonaba. Asimismo, añadió que la crisis del petróleo debía servir como el punto de inflexión hacia la inaplazable unión tercermundista. En semejante escenario, México habría jugado un papel central, negarse a romper el frente petrolero de los países en desarrollo sin importarle las tentaciones monetarias; por tanto, el siguiente movimiento le

¹⁶ Petróleos Mexicanos, *Memorias de labores, 1965-1982*, vol. I, p. 697; *Excélsior*, 13 de octubre de 1974, pp. 1-A, 9-A; 16 de octubre de 1974, pp. 1-A, 16-A; 17 de octubre de 1974, p. 1-A, 10-A.

¹⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1974, octubre, separata 13 Legislación/Discursos y Documentos, pp. 208-211.

¹⁸ *Siempre!*, Núm. 1067, 5 de diciembre de 1973, pp. 25, 32; *Problemas del Desarrollo*, Núm. 17, febrero-abril de 1974, p. 3.

¹⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1974, enero, p. 171; Echeverría, *Praxis política*, tomo 19, p. 85, 115; tomo 26, p. 124.

tocaría a la OPEP, invertir el grueso de sus fabulosos caudales en el tercer mundo. De ahí que, cuando se evidenció que su apoyo financiero para las naciones subdesarrolladas conformaría una mínima fracción de lo conjeturado, Echeverría la criticó en varias ocasiones, aunque sin dejar reiterar su negativa a perjudicarla.²⁰

En suma, durante la primera mitad de los años setenta, el mayor impacto global del crudo mexicano consistió en el rechazo a usarlo en contra de la OPEP. Más allá de la solidaridad tercermundista tan asiduamente subrayada, la negativa fue producto de las fricciones con Estados Unidos, el propósito de reducir la dependencia comercial frente a este último y el deseo de mejorar la imagen del gobierno al interior de sus fronteras. Se trató de un caso no previsto del todo por la tesis de Mario Ojeda:²¹ un asunto importante para ambos países en el que México no cedió. Sin embargo, semejante anomalía apenas sobrevivió al caótico 1976, pues la administración sucesora optó por remontar la crisis económica justamente con base en la propuesta dada a conocer por *The Washington Post* dos años antes. A lo largo del nuevo sexenio, el petróleo fungiría como piedra angular, no sólo del proyecto de desarrollo interno sino de su política exterior. El oro negro no tardaría en ser empleado para promocionar al régimen, hacer lucir sus cualidades.

2.1.2 *Letargo y despabilo*

Inmerso en el descrédito y el vilipendio que el derrumbe financiero le ocasionó, Echeverría entregó la banda presidencial el 1º de diciembre de 1976. Acto seguido, su sucesor trazó un nuevo rumbo: reducciones en el gasto público, reconciliación con el empresariado, exportaciones masivas de hidrocarburos²² y un silencioso repliegue en la cruzada tercermundista. Contrario al principio reiterado en los tres últimos años acerca de la necesidad de atender los problemas externos a fin de solventar los internos, López Portillo

²⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1974, noviembre, p. 269; *El Gobierno Mexicano*, 1975, marzo, p. 58; junio, p. 37; octubre, pp. 305-306; Echeverría, *Praxis política*, tomo 28, pp. 181, 186-187; *Pensamiento político...*, p. 116. Fue en este contexto cuando, como mencioné en el capítulo anterior, México amagó en varias oportunidades con integrarse a la OPEP, no porque en verdad pretendiese adherirse –hubiera implicado pertenecer a una organización hostil a su poderoso vecino y subordinar su política petrolera a los dictados de terceros– sino, posiblemente, para granjear una mejor bilateralidad en sus relaciones con Estados Unidos, una suerte de chantaje.

²¹ *Vid. supra*, pp. 78-79.

²² Como señalé en el primer capítulo, la noticia fue dada a conocer por Díaz Serrano, quien aprovechó para especificar que, con todo, México no sería esquirolo de la OPEP. Aun cuando tal determinación fue presentada como una prueba del mantenimiento de los principios de solidaridad internacional, es más factible asumir que obedeció a motivos internos: no abaratar el oro negro cuando el mercado jugaba a favor de los vendedores.

disminuyó la participación de México en asuntos internacionales, así como la retórica en pro de la unión del tercer mundo. De hecho, este término y sus variantes fueron eliminados por completo de los eventos públicos con participación del mandatario –salvo muy breves deslices de algunos funcionarios–. En su lugar se empleó la locución “países en desarrollo” y, más adelante, “Sur”, posiblemente para distinguirse del ya denostado echeverrismo.

Aun cuando un solo caso no basta para postular una tendencia, me resulta sugerente la carta que un lector envió a la revista *Siempre!* a finales de noviembre de 1976, en la que le recomendó al aún presidente electo olvidarse del tercer mundo.²³ En efecto, la falta de resultados concretos, el empeoramiento de la balanza comercial, la intrascendencia de la Carta de Derechos y Deberes (o Carta Echeverría), un boicot turístico promovido por empresarios judíos como represalia por las críticas que Echeverría esgrimió en contra del sionismo, entre otros tropiezos, exhibieron el despertar de la política exterior mexicana como un asunto indeseable.²⁴ Peor aún, en vez de generarle prestigio a su auspiciante, su tercermundismo fue razón, sino es que excusa, para atacarle sin miramientos. Entre 1977 y 1978, publicaciones nacionales y foráneas se refirieron al expresidente como un maniático “Calígula” que “a costa del empobrecimiento de los mexicanos” había ocultado la potencialidad de los yacimientos del sureste para evitar el viraje de Pemex, todo con el fin de conquistar el “trono” del tercer mundo, o al menos la Secretaría General de la ONU.²⁵

Así pues, el relevo sexenal trajo consigo un nuevo letargo en la política exterior, no al grado de negar la echeverrista sino de moderarla, restarle ímpetu. Para ilustrar las continuidades, en sus dos primeros informes de gobierno, López Portillo describió a México como un “paladín” del nuevo orden internacional, y a su historia, como una lucha anticolonial en favor de los países pobres;²⁶ a fin de cuentas, la tendencia mexicana al progresismo en la arena mundial tiene de una raigambre tan antigua como el mismo régimen que emanó de la Revolución de 1910. Con respecto a los cambios sutiles, los percances globales ya no fueron

²³ *Siempre!*, Núm. 1223, 1º de diciembre de 1976, p. 5. Semejante opinión, en principio aislada, fue reflejo de una tendencia política de entonces: el rechazo a la apertura de la política exterior mexicana.

²⁴ Riguzzi, *Las relaciones...*, p. 438; Ojeda, *Alcances y límites...*, pp. 247-250, 257-258, 238 y ss.

²⁵ *Siempre!*, Núm. 1273, 16 de noviembre de 1977, p. 70; Núm. 1275, 30 de noviembre de 1977, p. 29; *Proceso*, Núm. 57, 5 de diciembre de 1977, p. 43; Núm. 88, 10 de julio de 1978, p. 29. El ataque interno provino de Carlos Loret de Mola, periodista y político de reconocida animadversión contra Echeverría; el externo correspondió al matutino parisino *Le Figaro* y a la revista canadiense *Macleans*.

²⁶ José López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso, 1976-1982*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto–Dirección General de Documentación y Análisis, 1982, pp. 50-51, 75, 82-83.

evocados para justificar el activismo mexicano, sino con la intención de que quedara claro que la penuria no era un fenómeno exclusivamente nacional.

Sin embargo, igual que el proyecto de desarrollo interno, la medida en la política exterior resultó fugaz. La bonanza económica que comenzó a percibirse a partir de 1978 permitió retomar el trayecto iniciado por Echeverría y llevarlo a un nivel superior, tanto en sus planteamientos como en su impacto real. Es decir, bastó con que el efímero México de la abundancia comenzara a cristalizarse a través de un PIB ascendente y la llegada de créditos cuantiosos para que diera inicio el segundo despertar. Éste consistió en una vorágine progresiva que empezó con apoyo a Nicaragua y planes de suministro petrolero a Centroamérica y el Caribe (1979-1980), siguió con la expectativa de solucionar las grandes aflicciones mundiales –desde la Guerra Fría hasta la pobreza y la injusticia– (1981) y finalizó en medio de reproches, dedicados a los países acaudalados, por la crisis mexicana de 1982.

Tal confusa amalgama de acciones de relativa influencia, planeaciones a largo plazo, retórica exuberante, evasiones de la realidad y exposiciones poco menos que mesiánicas en buena medida tuvo un objetivo legitimario: la promoción del régimen al interior de sus fronteras mediante una política de prestigio al exterior de las mismas, esto es, mostrar los alcances del México boyante, el cual su gobierno ostentó como una potencia emergente o, mejor dicho, una potencia media.²⁷ Por lo tanto, y como si de una hipérbola se tratase, la política exterior mexicana tuvo un momento de despertar y ascenso de 1973 a 1976, luego una decaída durante 1977 y 1978, y finalmente un segundo impulso entre 1979 y 1981 que le alcanzó para transitar de la ayuda a Centroamérica a su proyecto de salvación mundial.

Antes de desarrollar el devenir de la potencia media, es pertinente señalar que su realización no sólo dependió de una voluntad diferente, sino que tuvo una base material muy clara: el crudo. A saber, el auge petrolero permitió que el régimen lopezportillista exhibiese a la nación como una potencia emergente y asumiese un rol activo en el ámbito internacional.²⁸ Para comprender las implicaciones derivadas hace falta retomar a Morgenthau, quien sostuvo que el poder de una nación se cimienta en una serie de factores

²⁷ Esta denominación fue empleada por Jorge Castañeda en 1979, apenas nombrado Secretario de Relaciones Exteriores. Mario Ojeda, “México: su ascenso a protagonista regional”, en *Las relaciones de México con los países de América Central*, México, El Colegio de México, 1985, p. 19. Fue un término enunciado pocas veces, empero, me parece adecuado para explicar la imagen promocionada en esos años, por consiguiente, a lo largo del capítulo lo usaré con frecuencia para referirme a la nación mexicana.

²⁸ Riguzzi, *Las relaciones...*, pp. 434, 439.

tales como las condiciones geográficas, la capacidad militar e industrial, la demografía y los recursos naturales. Con excepción relativa del primero, prosiguió, todos estos factores varían su relevancia a través del tiempo;²⁹ en el caso de los hidrocarburos, tendría que ser hasta el siglo XX cuando comenzaran a significar un elemento de poder nacional, máxime pasado 1973 ya que fue a partir de entonces cuando, gracias a los efectos del *shock*, este líquido contaminante posibilitó el ascenso de la potencia media. Cabe adelantar que, de manera análoga a la administración de la abundancia, el cenit de esta nueva expectativa no consideraría al oro negro como el elemento primordial de su estrategia, sino sólo como la palanca que brindaría el impulso necesario para cumplir el gran propósito.

En cuanto a sus objetivos, considero que la potencia media puede dividirse en una pretensión global difusa y en una mira regional bastante más centrada. Esta última abarcó Centroamérica y el Caribe y, a diferencia tanto de la primera como del tercermundismo echeverrista, logró un impacto real y concreto. Su primer objetivo fue Nicaragua, país que entonces sufría una guerra civil protagonizada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y el régimen encabezado por Anastasio Somoza. Ante tal contexto de violencia e inestabilidad, México rompió relaciones diplomáticas con el segundo el 20 de mayo de 1979. El fundamento de López Portillo fue de índole moral: la “trágica situación” en la que “nuestros hermanos” sufrían el “repugnante ataque a los derechos humanos más elementales” perpetrado mediante el “horrendo genocidio” somocista.³⁰

Al mes siguiente, en la Organización de Estados Americanos (OEA), Jorge Castañeda pronunció un discurso en el que, aun cuando llamó a no entrometerse en los asuntos internos de Nicaragua, emitió un posicionamiento político en el que equiparó la lucha de la oposición con una empresa en pro de la libertad, en tanto que tildó al gobierno somocista de “dominación tiránica y vejatoria” que asemejaba los “peores días de la furia nazi” al cometer ejecuciones sumarias y represiones generalizadas, y al destruir sistemáticamente pueblos y ciudades “sin la menor piedad para la población civil indefensa”. Por ende, concluyó, frente a la “explotación inmisericorde”, al pueblo nicaragüense sólo le quedaba ejercer el “sagrado derecho a la rebelión” para buscar la solución democrática por la vía de la violencia.³¹

²⁹ Morgenthau, *La lucha...*, pp. 152 y ss.

³⁰ Raúl Benítez Manaut y Ricardo Córdova Macías (comps.), *México en Centroamérica. Expediente de Documentos Fundamentales (1979-1986)*, México, UNAM, 1989, pp. 33-34.

³¹ *Ibid.*, pp. 34-38.

Tanto la ruptura diplomática como las incisivas acusaciones coadyuvaron al cambio de régimen. El 17 de julio de ese año Anastasio Somoza perdió el poder, y dos días después el nuevo gabinete voló a Managua desde Costa Rica a bordo del avión presidencial mexicano Quetzalcóatl I que López Portillo puso a su servicio.³² El gobernante depuesto carecía de suficiente respaldo internacional, comenzando por el estadounidense, de modo que se trató de una apuesta poco arriesgada para la incipiente potencia media. Además, el rompimiento supuso un cambio importante en la política exterior tradicional, puesto que éste no derivó de agravios en contra de la nación mexicana, sino de la situación interna de Nicaragua. De tal forma, México tomó partido en vez de constreñirse al análisis jurídico y a las previsibles manifestaciones de preocupación por la violencia incontrolada.³³

Por lo que toca a la pretensión global, su primera fase sobrevino a los cuatro meses de la ruptura con Nicaragua: el 27 de septiembre de 1979, día en que José López Portillo expuso su Plan Mundial de Energía ante la ONU. Éste fue precedido por algunas ideas afines dadas a conocer durante la fase de repliegue (1976-1978), periodo en el cual el Primer Magistrado argumentó en favor de la cooperación internacional, propuso la creación de un fondo común que regulara las tarifas mundiales del café, y habló de la conveniencia de incentivar el desarrollo de los energéticos alternativos con base en la tecnología y el financiamiento que las naciones desarrolladas habrían de brindar a los grandes exportadores de hidrocarburos.³⁴

Tales esbozos permanecieron en un estado embrionario hasta que el auge petrolero sustentó a México de dos formas: primero, al permitir su promoción como un país exitoso que crecía económicamente justo cuando el exterior padecía recesiones; segundo, al evidenciarlo como un actor relevante en el ámbito energético global, tanto por la potencialidad de sus yacimientos como por el inminente volumen de su exportación de crudo. A grandes rasgos³⁵ López Portillo planteó un contexto de desequilibrio energético mundial (un brete coyuntural) detonado por el segundo *shock* petrolero y causado por las fricciones entre dos minorías: una detentadora de los yacimientos más copiosos (integrantes de la OPEP) y otra consumidora de la mayor parte de los mismos (países desarrollados). Después

³² Riding, *Vecinos distantes*, p. 418.

³³ René Herrera, "Las relaciones entre Nicaragua y México", en Mario Ojeda (comp.), *Las relaciones...*, pp. 134 *et passim*.

³⁴ López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, pp. 51, 75-76.

³⁵ El Plan Mundial de Energía se encuentra en la *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 266, septiembre-octubre de 1979, pp. 14-19. Los siguientes tres párrafos son una síntesis del mismo.

aseveró que aun cuando se trataba de una amenaza evidente (inestabilidad energética y agotamiento prematuro del petróleo), la polarización impedía a ambos grupos acceder a una visión amplia del problema y, menos aún, vislumbrar la solución. Según el expositor, esta última podría resumirse en el lugar común de “todos necesitamos de todos”, es decir, en el postulado de que el mayor beneficio individual y colectivo se logra cuando las naciones no sólo ven por su propia conveniencia, sino por el bienestar del resto.

Por consiguiente, la salida no radicaría en el predominio de un bando por encima del otro, sino en la compatibilización de los intereses de ambos, ya que “los energéticos constituyen responsabilidad compartida de toda la humanidad”. Así pues, pidió “participación amistosa” a fin de lograr una transición ordenada y justa entre dos épocas: la de los combustibles fósiles y, cuando éstos se agotasen, la de las energías alternativas.

Al final apuntaló que se trataba de una carrera contra el tiempo para impedir que el riesgo de un “futuro amargo y de encrucijada” se convirtiera en “irremediable presente”. Entonces, la cuestión giraría en torno a si el tránsito hacia la era de los energéticos alternativos se llevaría a cabo a través de la libre participación de las soberanías con base en acciones cuidadosamente planeadas, o si provendría de la imposición violenta y precipitada del fuerte por medio de un “holocausto estúpido” que “volvería a desbocar a los jinetes del Apocalipsis”.

A pesar de que este plan incluyó propuestas concretas para corregir el derroche petrolero tales como el establecimiento de un instituto internacional de energía, en general fue un proyecto ambiguo; el mismo ponente lo aceptó al recordar que el primer paso para resolver un infortunio es plantearlo. En otros términos, más que ofrecer soluciones, el Plan Mundial fue presentado como la semilla de la que brotarían las medidas puntuales con las que se alcanzaría el objetivo trazado. Ahora bien, dicha ambigüedad fue favorable a corto plazo, pues el plan logró aceptación unánime, aunque, a semejanza de la Carta Echeverría, no fue aplicado. Su beneficio neto estribó en el prestigio externo y la promoción interna que le granjeó al régimen que lo propuso. Por poner un caso, los editorialistas de la *Revista Mexicana del Petróleo*, describieron las proposiciones del 27 de septiembre como la oportunidad para que los actores del sistema internacional resolvieran pacíficamente la

contradicción de sus intereses, y de paso aprovecharon la ocasión para adular a López Portillo por aquel “discurso histórico” que ponía de relieve sus “dimensiones de estadista”.³⁶

El Plan Mundial de Energía fue la primera gran manifestación de la potencia media en torno a sus pretensiones globales. Con él se dio a entender que México había divisado un peligro inadvertido hasta entonces gracias a su posición intermedia: ya que no pertenecía a la OPEP ni tampoco al bando de naciones desarrolladas importadoras, su neutralidad le permitía adoptar un punto de vista único, inaccesible para el resto del orbe. Sin duda había muchos otros países con características similares, empero, la particularidad mexicana consistiría justamente en aquello que le daba voz en el asunto, el monto de sus yacimientos y su inminente peso en el mercado internacional de hidrocarburos. Ergo, se trataría de un actor con una base material sólida para hacerse escuchar y con la perspectiva adecuada para hallar la salida del problema. En pocas palabras, una potencia petrolera imparcial.

Para terminar, la propuesta entrañó una ventaja complementaria: la posibilidad de ostentar madurez y una mira amplia, pues la realización del Plan Mundial no representaba ventajas inmediatas para México en virtud de que entonces el mercado petrolero mundial jugaba en favor de los productores. Dicho de otra manera, fue motivo de superioridad moral el que la nación mexicana propusiera un plan estabilizador justo cuando la inestabilidad imperante incrementaba las tarifas y, por ende, las ganancias de los exportadores de crudo, si bien el escenario global de desajustes económicos también los perjudicaba.

En suma, el Plan Mundial de Energía fue expuesto de forma que hiciese ver que en un mundo desvencijado por la lucha entre productores y consumidores de petróleo, una nación había emergido con el propósito de armonizar los dos extremos que luchaban acremente por su prevalencia, concientizar al mundo sobre la futura catástrofe energética y revelar un camino que a todos beneficiase: la potencia media.

³⁶ *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 266, septiembre-octubre de 1979, p. 9. Lo mismo pasó con la Carta de Derechos y Deberes: una vez presentada ante la ONU, el diputado Carlos Sansores Pérez la describió como una “victoria moral de los oprimidos”, mientras que el senador Vicente Fuentes Días comparó a Echeverría con Cuauhtémoc, el último tlatoani, por su ejemplo de “lucha de liberación contra el dominio imperialista” y por la “defensa de los débiles frente a los poderosos”. Partido Revolucionario Institucional, *Una sesión histórica, Clausura del periodo ordinario de sesiones del Congreso de la Unión 1975*, México, Cuadernos de Documentación Política, 1976, pp. 7, 45.

2.2 La alternativa de la alternativa

No sigas el camino directamente a través de las cinco zonas del cielo, en la bifurcación vuélvete a la izquierda, te será fácil ver las huellas de mis ruedas. Además, para que el cielo y la tierra tengan igual calor, cuida de no subir ni bajar demasiado; si subes mucho quemarás los cielos y si bajas demasiado incendiarás la tierra. El camino de en medio es el más seguro.*

El tercer mundo fue inestable cual campo de guerra, una zona de revolución realizada, inminente o posible, máxime después de 1973. A diferencia de los bolcheviques, los regímenes emanados de la nueva oleada de convulsiones que siguió al *shock* no persiguieron la revolución mundial ni lucharon por cambios universales. Sin embargo, la convicción de que lo perdido por una superpotencia se transformaba en la ganancia de la otra instó a Washington a interpretar el nuevo escenario como parte de una ofensiva soviética global, o al menos como un atentado a su propia supremacía. Además, el desprestigio que el adalid del capitalismo arrastraba por su derrota en Vietnam y su impotencia frente a la OPEP se agravó cuando viraron hacia la izquierda una serie de países (Nicaragua, Granada, Panamá) ubicados en una zona que había estado bajo su firme control. De tal suerte, este polo de poder se aprestó a enfrentar toda amenaza, militarmente de ser necesario.³⁷

Las consecuencias de la Guerra Fría resultaron desastrosas para Latinoamérica: dictaduras militares; terrorismo de Estado; decenas de miles de muertos, torturados y exiliados; aumento en la desigualdad por el aplazamiento de cambios sociales; retrocesos democráticos; insurrecciones guerrilleras mayoritariamente condenadas al fracaso, etc. En cuanto a estas últimas, Centroamérica representó una de las pocas excepciones gracias a que las guerrillas ahí apostadas lograron enraizarse, provocando desazón en el gobierno estadounidense encabezado por Ronald Reagan, quien dispuso una política agresiva en su contra con base en el postulado de que bastaría con el triunfo de una sola revolución para que los demás países del área se contagiaran.³⁸ Por su parte, México, geográficamente en medio del problema, promovió un camino alterno para remediar el conflicto.

* Ovidio, *Las metamorfosis*, libro II, líneas 129-137.

³⁷ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 433, 445-450; Riguzzi, *Las relaciones...*, pp. 416-417.

³⁸ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 436-439; Riguzzi, *Las relaciones...*, pp. 469-470; Katz, "La guerra fría...", pp. 24-28; René Herrera y Mario Ojeda, *La política de México hacia Centroamérica 1979-1982*, México, El Colegio de México, 1983, pp. 17 *et passim*.

2.2.1 *Amortiguaciones*

El gobierno mexicano se valió de los hidrocarburos nacionales para ampliar su margen de acción en Centroamérica y el Caribe. Por un lado, el auge petrolero permitió concertar programas de ayuda financiera y cooperación económica: hubo acuerdos en materia de salud, comercio, infraestructura, asistencia técnica y formación de recursos humanos.³⁹ Por el otro, y como medida de mayor peso, Pemex abasteció dicha región. Así, el oro negro fue condición de posibilidad de la nueva política exterior mexicana a la vez que elemento central de la misma.

El Acuerdo de San José, firmado el 3 de agosto de 1980, fungió como el instrumento económico mexicano más trascendental en Centroamérica y el Caribe. Consistió en una operación conjunta entre México y Venezuela –de hecho, la idea procedió de ese último–⁴⁰ para otorgar créditos blandos en las facturas petroleras de los países beneficiarios. Estos últimos cubrirían el 70% de la forma habitual y el 30% restante en un plazo de cinco años con una tasa de interés anual del 4%, con la posibilidad de aumentarlo a 20 años a una tasa anual del 2% en caso de que los recursos ahorrados se destinaran a proyectos de desarrollo económico. El acuerdo inicial comprendió a Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Jamaica, República Dominicana y Barbados, con la posibilidad de ampliarlo a los demás países del área.⁴¹

El Acuerdo de San José fue promocionado como una forma de contribuir a la estabilidad política de la región, y como una alternativa a la concepción militar de seguridad que entonces imperaba. Su carácter inclusivo y condiciones financieras ventajosas para los compradores significaron dos razones más de alarde, pues se explicitó que la ayuda no dependería del sistema político de los países beneficiarios, y que no sería económicamente redituable para los auspiciantes en vista de que la tasa real de los créditos resultaría negativa por la inflación. Resta aclarar que sólo se ofrecieron facilidades de pago, es decir, se evitó rebajar la tarifa en virtud de la línea favorable a la lucha de la OPEP, así como de la vieja consigna de no abaratar el patrimonio nacional.⁴²

³⁹ Tan sólo en asistencia técnica, entre 1979 y 1982 México suscribió más de 200 acuerdos bilaterales con Centroamérica y el Caribe. Herrera y Ojeda, *La política de México...*, p. 77.

⁴⁰ Riding, *Vecinos distantes*, p. 419.

⁴¹ *El Gobierno Mexicano*, 1981, abril, pp. 79, 85-86, 102.

⁴² *Ibid.*, 79, 90.

En resumen, así como la bonanza petrolera permitió que México reavivara su activismo internacional y propusiera el Plan Mundial de Energía, el empleo de este líquido inflamable significó el principal, sino es que el único impacto concreto de la potencia media en la arena mundial, aunque sólo fuese dentro de una zona acotada. A su vez, el prestigio que el régimen buscaba adjudicarse a través del Plan Mundial (realizar llamados en favor de un mejor futuro colectivo aun a costa de sus propios intereses), fue reforzado con el Acuerdo de San José (actuar en pro de países necesitados de modo altruista y sin condicionamientos políticos).

Ahora bien, pese a sus pretensiones integrales, el interés y la influencia de México hacia sus vecinos del sur y del este variaron de país en país. Los objetivos primarios fueron Nicaragua y El Salvador. Sobre el primero, la acción mexicana no se diluyó con la caída de Somoza; por lo contrario, se apoyó a los sandinistas para evitar su radicalización hacia el marxismo –no hay que olvidar que la cooptación ha sido uno de los signos característicos del régimen priista–, de ahí que se garantizara la deuda nicaragüense ante la banca internacional y se proporcionara casi un tercio de los créditos que este país consiguió del exterior.⁴³

Otro tipo de socorro fue el político. Apenas triunfada la Revolución Nicaragüense, el mandatario mexicano reconoció a los nuevos detentadores del poder: la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional y el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). A partir de entonces, los señalamientos del presidente respecto de los otrora guerrilleros fueron por demás favorables. Por poner un caso, en 1980 los pintó de manera cuasi romántica: como “jóvenes que se hicieron adultos al borde de la muerte”, los identificó como la “voz libre de Nicaragua” y describió su victoria como un día memorable para Latinoamérica.⁴⁴

En la misma tónica, se trazó un vínculo histórico entre ambas naciones. Durante el XXXVI aniversario luctuoso de Plutarco Elías Calles (19 de octubre de 1981), el general Alfonso Corona del Rosal aprovechó su oportunidad en el estrado para resaltar la ayuda que el sonorenses prestó a Nicaragua, así como la supuesta simpatía personal de este último hacia Augusto César Sandino. Al mes siguiente, con motivo del LXXI aniversario de la Revolución Mexicana, Enrique Olivares, titular de la SEGOB, pregonó la política exterior como razón de orgullo, nacida con Juárez y mantenida en lo alto por López Portillo al mostrar “nobleza”

⁴³ Ojeda, “México: su ascenso...”, pp. 22 y ss.

⁴⁴ López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, p. 150; Benítez y Córdova, *México en Centroamérica...*, pp. 42-43.

hacia Cuba y Nicaragua.⁴⁵ De tal manera, ambas efemérides fueron canalizadas hacia la justificación de la política exterior imperante por medio de su vinculación con el pasado.

Semejante abrigo, hay que precisar, obedeció en buena medida al ya mencionado propósito fundamental de México con respecto a la Guerra Fría: permanecer lo más al margen de ella. En otros términos, frente al escenario alarmante de un gobierno nicaragüense en principio plural pero con muchos elementos de izquierda en sus filas, y una política estadounidense adversa a toda revolución,⁴⁶ el régimen lopezportillista previó que el curso natural de los eventos implicaría la radicalización del primero a raíz de la intransigencia del segundo, a saber, que los sandinistas, acorralados, solicitarían auxilio a Cuba, provocando la intervención militar directa de Estados Unidos. Por ende, México, literalmente en medio del conflicto, tendría que padecer los efectos directos de la pugna bipolar a poca distancia de su frontera sur. No es de extrañar que la atemperación del FSLN pareciera la opción más sensata.

Los puntos básicos de tal explicación no sólo procedieron de académicos, el mismo López Portillo lo manifestó públicamente en noviembre de 1981 al asegurar que una acción militar en contra de Nicaragua o Cuba sería un “error gigantesco” y, sobre todo, el 23 de septiembre del mismo año, ante columnistas de *The New York Times*, cuando aseveró que con una economía sana el gobierno nicaragüense podría mantener su integración plural y, por tanto, constituirse en una opción viable, para después advertir que si las angustias económicas subsistían, “pueden obligar a este grupo ejemplar de muchachos a radicalizarse”. Ante tal disyuntiva, agregó, México podía ayudar mediante la estimulación de su desarrollo.⁴⁷

Una segunda y menos exitosa prueba sería El Salvador. Hacia 1980, la escalada de violencia en dicho país alcanzó niveles críticos como resultado del enfrentamiento entre la Junta de Gobierno y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional –régimen establecido y oposición armada, respectivamente–, ambos incapaces de abatir al otro pero ni remotamente dispuestos a claudicar en su lucha. La simpatía que López Portillo profesó en favor de los insurrectos perjudicó las relaciones entre México y El Salvador. Sin embargo, en esta ocasión no se coronó la retórica con otra ruptura diplomática, ya que a diferencia de los sandinistas, los guerrilleros salvadoreños no traslucían pluralismo, el régimen en pugna

⁴⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1981, octubre, pp. 90-91; noviembre, p. 95.

⁴⁶ En Washington se vaticinaba que el “contagio” comunista comenzaría en Nicaragua. Riguzzi, *Las relaciones...*, p. 470.

⁴⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, p. 177; noviembre, p. 52.

no parecía tan endeble ni próximo a caer, y tampoco hubo un frente sólido latinoamericano en contra de este último, a la vez que Estados Unidos, decidido a no permitir una “segunda Nicaragua”, respaldó a la Junta de Gobierno.⁴⁸

En un inicio, la presencia mexicana en El Salvador se limitó al Acuerdo de San José. Empero, el 28 de agosto de 1981 se añadió un nuevo frente a la estrategia: la Declaración Franco-Mexicana. Jorge Castañeda y Claude Cheysson, Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, informaron que ambas naciones reconocían a la guerrilla como “fuerza representativa, dispuesta a asumir obligaciones y los derechos que de ellas derivan”, e instaron a la comunidad internacional a facilitar el acercamiento entre todas las fuerzas políticas salvadoreñas en pugna; o sea, propusieron una solución negociada al conflicto entre gobierno y oposición armada.⁴⁹

Si bien esta declaración no parece haber sido acompañada de apoyo económico destinado a los rebeldes, su mero contenido bastó para socavar la legitimidad internacional de la Junta de Gobierno. Apenas dada a conocer, encontró cierto respaldo en naciones europeas como Gran Bretaña, la República Democrática Alemana y Suecia. No obstante, aun cuando los acuerdos armamentísticos entre Estados Unidos y Francia disuadieron al primero de reaccionar con brusquedad, el comunicado generó rechazo dentro del continente —a excepción de Granada, entonces gobernada por Maurice Bishop—. El canciller salvadoreño acusó a México ante la OEA de intervencionista, calificativo replicado por Guatemala, Venezuela y los cinco países andinos. En respuesta, López Portillo tocó el tema en al menos cuatro oportunidades a fin de esclarecer sus planteamientos y negar con denuedo las acusaciones. Afirmó que la declaración conjunta era la única posición inteligente y correcta ante el conflicto, un llamado a la “conciencia universal” que sólo buscaba detener el derramamiento de sangre y evitar una acción militar proveniente de fuerzas hegemónicas, la cual no sólo sería cruenta sino inútil debido a que el único remedio duradero estribaría en negociaciones pacíficas e incluyentes. Nada de arbitrario que el gobernante mexicano criticara a la Junta de Gobierno cuando ésta solicitó una intervención extranjera en contra de los insurgentes, y que se lamentara al enterarse que el Frente Farabundo no sería admitido en

⁴⁸ Miguel Ángel Chavarría, “Las relaciones entre El Salvador y México”, en Mario Ojeda (comp.), *Las relaciones...*, pp. 91 y ss.; Herrera y Ojeda, *La política de México...*, pp. 43-44.

⁴⁹ Benítez y Córdova, *México en Centroamérica...*, pp. 45-46.

los comicios para formar una asamblea constituyente, o en sus palabras: “elecciones sin negociaciones o negociaciones sin elecciones no son alternativa viable...”⁵⁰

Así pues, la política mexicana hacia El Salvador comenzó con modestia y sin dar pie a críticas ni polémicas; empero, acabó inmersa en reproches continentales cuando la asistencia económica se vio acompañada de posicionamientos políticos. A diferencia de la cuestión nicaragüense, hubo pocos elementos para hacer un balance positivo: la declaración conjunta se tradujo en el primer revés de la potencia media y le provocó cierto aislamiento, en tanto que la violencia en el país centroamericano se prolongaría una década. Aun así, varios de los planteamientos centrales (buscar una solución política negociada en vez de militar, atender los rezagos económicos y sociales) sirvieron como preámbulo de una proposición más amplia y ambiciosa que desarrollaré en el siguiente apartado.

Por encima de Centroamérica y el Caribe, el interés fundamental de la potencia media se concentró en otro país. Dada la condición de vecindad entre una nación periférica y la más poderosa del orbe, Estados Unidos fue el punto nodal de la política exterior mexicana a lo largo del siglo XX; tanto así que, según Lorenzo Meyer, las políticas hacia otros actores de la arena internacional deben pensarse, más que en función de su valor intrínseco, según su impacto en los tratos con la superpotencia y como una política hacia ella.⁵¹

Además de la integración paulatina que México experimentó con relación a Estados Unidos en los campos económico y social –comercio, consumo, migración, turismo, entretenimiento–,⁵² los años setenta se caracterizaron por un deterioro en las relaciones bilaterales. Impulsado por la efímera fortaleza petrolera, López Portillo protagonizó una serie desencuentros con dos presidentes norteamericanos. Respecto de James Carter figuraron las ya mencionadas disputas por el precio del gas, las reclamaciones del 14 de febrero de 1979 y el derrame del Ixtoc I, así como la negativa a volver a dar asilo al otrora *shá* de Irán.

Por lo que toca a Ronald Reagan, la política centroamericana fue el gran motivo de discordia, tal vez el más destacado desde 1938, puesto que los dos países entendieron la política regional del otro como una amenaza a sus propios intereses nacionales. Ambos querían estabilizar la zona, pero por razones distintas que precisaron de tácticas opuestas, y

⁵⁰ Chavarría, “Las relaciones...”, pp. 99-103; *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, pp. 116, 127, 235, 270-276 *et passim*; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 190; marzo, pp. 77-78.

⁵¹ Meyer, *Nuestra tragedia persistente*, pp. 61, 355-356.

⁵² Riguzzi, *Las relaciones...*, pp. 419 y ss.

fue en dicha oposición donde se encontró la raíz de las discrepancias. México trataba de disolver un foco de tensión próximo a su frontera sur; Estados Unidos, ostentar el resurgimiento de su poderío; por consiguiente, este último era más proclive a las acciones coercitivas, mientras que el primero anteponía la negociación según el supuesto de que el uso de la fuerza perjudicaría a la larga. En realidad, la administración mexicana no pretendía antagonizar a la estadounidense, al contrario, se esforzó por aclarar que la moderación convenía a ambos;⁵³ desgraciadamente para su causa, Washington, obcecado por su cruzada anticomunista, no quiso o no pudo entender la política exterior de su vecino sureño.⁵⁴

En suma, durante la segunda mitad del sexenio y con objetivos que oscilaron entre la seguridad nacional y la promoción del régimen al interior de sus fronteras, el México de la abundancia trazó expectativas atinentes a su impacto internacional. Con base en el poder petrolero, y contraviniendo el parecer de Reagan, se vislumbró la posibilidad de atemperar la inestabilidad centroamericana (un brete coyuntural) por medios pacíficos (una respuesta circunstancial). A este respecto, pienso que la política hacia Nicaragua y El Salvador constituye un caso más que, en cierta forma, escapa a la tesis de Mario Ojeda referida anteriormente, fue otro asunto relevante para ambos países en el que ninguno quiso ceder: la posición mexicana siguió adelante a pesar de Washington –al tiempo en que López Portillo trataba a los sandinistas como sus protegidos, su homólogo estadounidense virtualmente les había declarado la guerra–.⁵⁵ Con todo, y al igual que el rechazo de Echeverría al viraje de Pemex, se trató de una anomalía fugaz que terminó desvanecida con el paso del tiempo. Mientras tanto, la naciente expectativa de un México influyente pronto habría de desbocarse.

2.2.2 *Aurea mediocritas*

A lo largo del periodo en cuestión, las relaciones entre México y el resto de los países de la zona fueron menos intensas y, salvo el apoyo a la independencia de Belice, se circunscribieron básicamente en dos ámbitos: el Acuerdo de San José y las reacciones a favor o en contra de las políticas regionales de la potencia media. Para ilustrar, el presidente de Costa Rica, Luis Alberto Monge, fue más afín a la línea de Reagan que a la lopezportillista;

⁵³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, junio, pp. 46, 261; noviembre, pp. 37, 56, 69.

⁵⁴ Herrera y Ojeda, *La política de México...*, pp. 67-70, 98-99; Riguzzi, *Las relaciones...*, pp. 418, 434.

⁵⁵ Veiga et al, *La paz simulada...*, p. 309.

entretanto, el gobierno de Honduras sostuvo una opinión antagónica de los sandinistas, aunque sin llegar al extremo de propugnar por una intervención abierta estadounidense.⁵⁶

Allende las políticas hacia cada nación, hubo un proyecto integral mexicano para remediar las aflicciones centroamericanas y caribeñas: la Declaración de Managua. Ésta fue dada a conocer el 21 de febrero de 1982 durante la visita de López Portillo a Nicaragua, evento que rebasó toda cordialidad habitual⁵⁷ en claro contraste con el descrédito que justo entonces el mandatario padecía en México por la reciente devaluación del peso. Después de escuchar clamores populares, recibir desaforadas expresiones de gratitud por parte de los revolucionarios y ser honrado con la Orden Augusto César Sandino, el presidente delineó una serie de medidas para distender el área y propiciar un clima de paz y estabilidad.

Según su lectura, el fondo del problema radicaba en el insuficiente desarrollo económico y social de la zona, y sus manifestaciones más directas, en la falta de diálogo y negociación. De tal forma, habría que desatar tres “nudos”: Nicaragua, El Salvador y la relación entre Cuba y Estados Unidos a través de las siguientes acciones: fomentar el diálogo entre estos últimos; buscar una solución negociada para El Salvador; y, acerca de Nicaragua, garantizar su no alineamiento, acordar pactos de no agresión con sus vecinos y con la potencia del norte, lo mismo que reducir tanto el número de soldados sandinistas como el de sus adversarios.⁵⁸

La acogida de la propuesta fue aceptable: pese a que los países americanos tendieron a la cautela, en general se abstuvieron de pronunciar disquisiciones negativas. Por su parte, la mayoría de las naciones europeas la aprobó –Bulgaria la describió como un modelo para el resto del mundo–, mientras que, en el caso de África, Túnez la respaldó “con todo el corazón”.⁵⁹ Por lo tanto, aun cuando los ecos no fueron idóneos –las adhesiones más firmes se hallaron en países con un peso exiguo en el asunto, cuya lejanía e insuficiente involucramiento fueron precisamente los elementos que les facilitaron brindar apoyo–, significaron un avance al comparar la Declaración de Managua con la Franco-Mexicana.

⁵⁶ José Antonio Hernández García, “Las relaciones entre México y Costa Rica”, en Mario Ojeda (comp.), *La relaciones...*, p. 81; Rodolfo Pastor, “Las relaciones entre Honduras y México”, en Mario Ojeda (comp.), *La relaciones...*, pp. 120, 125.

⁵⁷ Los medios oficiales sostuvieron que un millón de nicaragüenses observaron el trayecto del gobernante mexicano a la Plaza de la Revolución, donde una concentración de 50 mil personas le exteriorizó su afecto. *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 167.

⁵⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero pp. 167 *et passim*; Ojeda, “México: su ascenso...”, p. 25.

⁵⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 71; marzo de 1982, p. 59.

En cambio, los protagonistas del conflicto reaccionaron de forma variada y según la conveniencia de la proposición a sus intereses específicos. Nicaragua y el Frente Farabundo se mostraron animosos; la Junta de Gobierno salvadoreña, renuente, y Washington, poco entusiasta. De hecho, Reagan divulgó su propio plan, en el que coincidió con la necesidad de fomentar el desarrollo económico en la región, aunque también el militar, y persistió en evidenciar antagonismo en contra de Cuba y Nicaragua. En consecuencia, la Declaración de Managua no trascendió su momento, si bien en México se dijo que las conversaciones posteriores entre Cuba y Estados Unidos fueron un efecto parcial de ella.⁶⁰

Al llegar a este punto estimo adecuado profundizar en el interés mexicano por el devenir de sus convulsos vecinos. Un factor secundario se asemejó al apoyo dado previamente a la Revolución Cubana: la posibilidad de quitarle banderas y aliados potenciales a las agrupaciones de izquierda, en tanto que las razones primordiales fueron, reitero, la defensa de la seguridad nacional (atenuar un foco de tensión cuyas secuelas le perjudicarían) y la promoción del régimen al interior de sus fronteras (proyectar a México como un líder regional).⁶¹ Esta triada –seguridad nacional, promoción interna y prestigio externo– es común a muchos gobiernos; sin embargo, no siempre es posible conciliar sus partes, la búsqueda de seguridad a veces implica desprestigio internacional (*v.gr.* el soporte ruso a Bashar al-Ásad). De forma opuesta, y al igual que con la administración de la abundancia, la potencia media pareció conjugar armónicamente las tres aristas: la defensa de los intereses propios mediante un camino tolerante y solidario, digno de encomio interno y, en términos generales, externo.

Para terminar, conviene analizar por separado cada aspecto de esta política de prestigio. En primer lugar, López Portillo tomó la lucha contra el armamentismo como uno de sus estandartes al aseverar que éste minimizaba las posibilidades de un desenlace pacífico y absorbía recursos que podían ser usados de mejor forma. Incluso criticó a sus aliados: al menos en dos ocasiones reprobó que Francia vendiera armas a los sandinistas; empero, fue más benévolo con estos últimos al apuntalar que sus adquisiciones de equipo militar eran producto del miedo que provocaba la hostilidad circundante. Por ende, redundó en sus

⁶⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 87-89, 103; marzo de 1982, p. 73, 132; mayo de 1982, p. 45. Hubo más países que formularon sus planes de paz en la región, por ejemplo, Honduras.

⁶¹ Herrera y Ojeda, *La política de México...*, pp. 37-38; Sergio Aguayo, “La seguridad nacional y la soberanía mexicana entre Estados Unidos y América Central”, en Mario Ojeda (comp.), *Las relaciones...*, pp. 54, 62.

postulados sobre la urgencia de establecer pactos de no agresión que volvieran innecesario el material bélico.⁶²

En segundo lugar, se habló de una potencia media que no buscaba imponer su agenda sino sólo contactar a las partes en pugna a fin de que arreglaran sus diferencias pacíficamente. En una ocasión, a raíz de las críticas por la declaración conjunta, el Primer Magistrado informó que su país no intervenía ni juzgaba, sino que sólo comunicaba entre sí a los países enemistados. Añadió que esa tarea le salía bien a México gracias a sus buenas relaciones tanto con Estados Unidos, como con Centroamérica y Cuba. De hecho, al presentar la Declaración de Managua adelantó que el papel mexicano no sólo sería el de autor del plan, sino de enlace entre los participantes; tres meses después, en mayo de 1982, el embajador mexicano en Nicaragua, Augusto Gómez Villanueva, anunció que los dotes comunicatorios de México habían contribuido a disminuir la tensión en la zona y a acercar a Estados Unidos con los sandinistas.⁶³ Así, el apelativo de potencia media no sólo provendría de su categoría como país que no era marginal ni poderoso, sino también, de su vocación intermediadora.⁶⁴

En tercero se halló el pluralismo, asunto desarrollado por el jefe del Ejecutivo en cuatro entrevistas que concedió a medios estadounidenses y europeos entre enero y marzo de 1982. Cuando le preguntaron si temía el ascenso de regímenes marxistas-leninistas en la redonda, el gobernante contestó que no era una cuestión de gusto, sino de respeto a la libre autodeterminación de los pueblos. De tal manera, añadió, no habría por qué temerle a ideologías externas, pero sí condenar a quienes quisieran exportarlas por la fuerza. *Grosso modo*, su posición expresa fue en pro de la tolerancia y la pluralidad como alternativas a la violencia. De ahí que no se limitara a rechazar que su protegido, Nicaragua, fuera un “Estado totalitario marxista-leninista”, sino que aun diera a entender que a México ni siquiera le resultaría amenazante un viraje centroamericano hacia el comunismo, dado que con Cuba mantenía relaciones “magníficas”.⁶⁵

Más aún, se puso a sí mismo como paradigma de pluralidad al decirse amigo de Reagan, Fidel Castro y de los sandinistas, atributo que, según él, tendría un origen histórico: la

⁶² *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 86, 88; febrero, pp. 90, 95; marzo de 1982, pp. 45-46.

⁶³ *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, pp. 165, 176; noviembre, p. 53; *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero p. 175; mayo, p. 78.

⁶⁴ López Portillo rechazaba el papel de “mediador” en favor del de “comunicador”; no obstante, para efectos prácticos se trataba de una función similar. *El Gobierno Mexicano*, 1981, noviembre, p. 53.

⁶⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 108-109; febrero, pp. 91-94; marzo, pp. 47-51, 75 y ss.

diversidad de posturas, socialistas entre ellas, que caracterizó a los constituyentes de 1917. En contraparte, destacó la ironía atinente a que Estados Unidos fuera una democracia favorecedora de regímenes autoritarios y hostil a países que, como Nicaragua, no le hacían daño alguno, para después sentenciar que si esta última era llevada al límite podría convertirse en una experiencia peor a la vietnamita, o al menos adoptar el marxismo.⁶⁶

En suma, México reaccionó ante el riesgo de verse atrapado en medio de la Guerra Fría. El breve auge petrolero posibilitó e impulsó una nueva política exterior cuyo impacto más real se instrumentó justamente a través del crudo (el Acuerdo de San José) y permitió generar una primera expectativa: aminorar las tensiones en la zona por medio de ayuda económica. No obstante, el repentino alcance mexicano en Centroamérica y el Caribe fue aprovechado para ir más allá de los créditos blandos en la factura petrolera, entonces la expectativa original se ensanchó hasta vislumbrar no la disminución sino la resolución de los conflictos en la zona, esta vez mediante el diálogo y la tolerancia. El discurso de la eficacia se extendió al ámbito externo, se habló de un gobierno con la capacidad para resolver no sólo problemas propios sino ajenos, y a través de medios encomiables.

Por tanto, México fue promocionado como una alternativa múltiple: su Acuerdo de San José, como alternativa de desarrollo socioeconómico en vez de militar; sus propuestas de negociación, como alternativa a las tensiones regionales y a los amagues impositivos; sus clamores a favor de la pluralidad, como alternativa a la intolerancia de Reagan, y sus llamados a dar opciones a las fuerzas de izquierda de la zona, como alternativa a Cuba, es decir, se buscó que las propuestas mexicanas opacaran la opción revolucionaria. De esta forma, la potencia media volvió a hacerle honor a su apelativo, pues además de hallarse en proceso ascendente y mediar entre las partes, practicaba posiciones intermedias, en principio útiles para defender el interés nacional, promocionarse al interior y ganar prestigio en el exterior. Resta señalar que, paralelamente a estos planteamientos, el gobierno mexicano pregonó una expectativa equivalente pero a nivel global: disolver la Guerra Fría.

⁶⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 109; febrero, p. 92; marzo, pp. 46-47, 84.

2.3 La fórmula mexicana

- Somebody has to do it, don't you see? Somebody has to save the world...
- I saved Earth from hell. Next, I'll help her towards utopia.*

Aun cuando la moral no es esencial, sino histórica –cambia a través del tiempo y varía de lugar en lugar–, diversos países han reclamado universalidad para con la suya propia. Hans Morgenthau apuntó que, en consecuencia, la lucha por los intereses nacionales ha sido proyectada como la ejecución de un mandato de la historia, y los enemigos particulares, pintados como antagonistas de la humanidad y del destino. La Guerra Fría significó la potenciación de esta tendencia debido, en buena medida, a sus fundamentos ideológicos: la convicción en que sólo un sistema prevalecería.⁶⁷ Sin duda, el saldo apocalíptico de una colisión directa disuadió a las superpotencias de activar sus arsenales; sin embargo, la amenaza del fin del mundo no se desvaneció, sólo se mantuvo en suspenso.

Así, pese a que la hecatombe nuclear no figurara como opción deseable ni inminente para los polos de poder, la creencia en que ésta hubiera podido dimanar de una crisis incontrolada, sino es que de un simple error o malentendido, infundió miedo en millones de personas a través de distintas generaciones.⁶⁸ En un principio las zozobras se centraron en el eventual choque armado entre soviéticos y estadounidenses; en cambio, hacia los años ochenta se sumaron preocupaciones económicas, políticas y aun ecológicas. La perspectiva resultante fue de cierta desconfianza en torno al rumbo dudoso que la civilización parecía tomar en su conjunto. “¿Hacia dónde va el mundo?” fue una pregunta poco estimulante.⁶⁹

La última fase del conflicto bipolar, la “segunda Guerra Fría”, empezó con la invasión soviética en contra de Afganistán (1979) y el arribo de Reagan al poder (1980), e incluyó hostilidad renovada entre los adalides del capitalismo y del comunismo, retórica virulenta, fiebre militar y tanto desasosiego como para que, años después, hubiera integrantes de los servicios secretos estadounidenses que interpretaron el colapso de la URSS como una estratagema para hacerlos bajar la guardia. Asimismo, cabe mencionar que la noción de

* Alan Moore, Dave Gibbons, *Watchmen*, Cap. II, p. 11; Cap. XII, p. 20.

⁶⁷ Morgenthau, *La lucha...*, pp. 342-347, 729.

⁶⁸ La propagación intencional del temor fue de gran utilidad para las élites de Estados Unidos y la Unión Soviética en su relación con sus respectivas poblaciones, pues sirvió para evitar cuestionamientos, conseguir respaldo y facilitar la obtención de recursos. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, p. 239.

⁶⁹ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 234 y ss.; Veiga et al, *La paz simulada...*, pp. 9-11, 251, 306, 361-364. Veiga sugirió que la hipótesis, entonces en boga, sobre la extinción de los dinosaurios por un meteorito gozó de gran popularidad gracias a que reflejó la interrogante de si el destino de la humanidad era perecer.

hallarse en una época económicamente más ardua e inequitativa y políticamente más inestable y amenazadora no fue meramente una atribución asignada *ex post facto*, desde esos años hubo conciencia de que la Guerra Fría se calentaba.⁷⁰

La multiplicación de revoluciones, golpes de Estado, intervenciones militares y recesiones económicas, lo mismo que el reimpulso de la carrera armamentística, generaron incertidumbre acerca del porvenir, críticas en contra de los modelos de desarrollo existentes, tanto capitalistas como socialistas, y, por ende, búsqueda de alternativas.⁷¹ Entre estas últimas figuraron el eurocomunismo y el fundamentalismo islámico, e inclusive una propuesta mexicana. En efecto, los pregones de la potencia media no se confinaron a su anhelada zona de influencia regional, sino que abarcaron el planeta entero en su dedicatoria.

2.3.1 *Redención en el paraíso*

La propuesta para transformar el mundo podría entenderse como uno de los puntos cumbres de la política exterior mexicana; aunque también, como una de sus peculiaridades más atípicas, puesto que, contrario a la habitual actitud pasiva y aislacionista, se habló de desenredar un conflicto que involucraba y amenazaba todo el orbe. De esta forma, la pretensión global que comenzó en 1979 con el Plan Mundial de Energía, y que tuvo en el petróleo su base material, pronto acabó convertida en una proposición etérea para resolver el conflicto bipolar. En esta nueva fase los hidrocarburos ni siquiera figuraron, la aportación de la potencia media no emanaría de su bonanza económica sino de sus ideas y ejemplo.

Los informes de gobierno de López Portillo son reveladores al respecto. En los primeros dos (1977-1978), el mandatario clamó por un nuevo orden socioeconómico mundial y denunció la arbitrariedad de los países poderosos, así como la inequitativa repartición global de la riqueza. En los siguientes tres (1979-1981) criticó el regreso de la Guerra Fría; aseguró que México no escatimaría esfuerzos para hacer escuchar su voz en favor del desarme y en pro de la concertación de una paz basada en la solidaridad internacional; subrayó la necesidad

⁷⁰ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 250-255. Algunas exposiciones y pronunciamientos acerca del regreso de la Guerra Fría se encuentran en Ojeda, *Alcances y límites...*, p. 214; López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, pp. 148, 184; *El Gobierno Mexicano*, 1981, abril, pp. 78, 109; agosto, p. 59; septiembre, pp. 229, 236; noviembre, p. 38; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 155.

⁷¹ Riguzzi, *Las relaciones...*, p. 416. La búsqueda de terceras vías de desarrollo político y económico dató al menos de 1955 (Meyer, "La guerra fría...", p. 101), no obstante, entonces fueron esbozadas más bien con miras a permanecer relativamente al margen de la Guerra Fría. La exploración de nuevas opciones adquiere mayor sentido en épocas de descomposición como la detonada por el *shock* petrolero.

de fomentar el desarrollo, lo mismo que de establecer relaciones horizontales; redundó en los planteamientos del nuevo orden, y adelantó que el oro negro contribuiría a dicha meta.⁷²

Independientemente de que en todos esos informes presidenciales se externara la premura por instaurar un nuevo orden –término que Luis Echeverría también empleó a raudales–, hay una diferencia sutil entre los primeros dos y los segundos tres, correspondientes a las fases de repliegue y reactivación de la política exterior, respectivamente. Mientras que entre 1977 y 1978 el mensaje consistió más bien en un diagnóstico de las dolencias globales, entre 1979 y 1981 se pormenorizó el papel activo de México en su alivio.

No creo desacertado suponer que la pretensión global comunicada durante el repliegue significara poco a quienes se enteraron de ella, posiblemente sólo se interpretó como una cuestión inercial, una manifestación de buenos deseos o el requerimiento de seguir un guion. De forma opuesta, conforme la efímera bonanza permitió ejercer una política exterior más activa, los llamados a hacer de México un país influyente formaron parte relevante en la promoción del régimen. Se trató de un conjunto de planteamientos mediante el cual se dio entender que, ante el presente amenazante y el futuro incierto, sólo había una alternativa idónea, cabal y provechosa: el plan de la potencia media.

Para ilustrar, el 19 de abril de 1982, Margarita López Portillo, directora general de Radio, Televisión y Cinematografía de la Secretaría de Gobernación, proclamó que frente a un contexto global en el que el hombre se debatía entre los extremos de ideologías que lo marginaban, el mundo observaba con esperanza las luchas que su hermano, el presidente de México, libraba en favor de las naciones débiles. Al día siguiente, Enrique Gómez Corchado, diputado y secretario general de la Unión de Expendedores de los Periódicos de México, afirmó que su nación defendía “lúcida y empeñosamente” a pueblos cercanos y distantes.⁷³

Así pues, se vislumbró una oportunidad para los numerosos países deteriorados por la Guerra Fría y el predominio de unas pocas potencias. Empero, como mencioné anteriormente, los pros globales que la potencia media se adjudicó no se basaron en un papel de protector y beneficiario semejante al ejercido en favor de Nicaragua, ni siquiera en su impacto como gran productor de hidrocarburos. Al contrario, la administración

⁷² López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, *passim*.

⁷³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, abril, pp. 43, 51.

lopezportillista se aludió a sí misma como la descubridora –aunque en realidad no lo fuera del todo–y promotora del camino para subsanar las calamidades que azotaban el mundo. La exposición más completa de esta solución definitiva sería pronunciada en Cancún.

En octubre de 1981, México albergó una cumbre internacional descrita por el jefe del Ejecutivo como la respuesta de su nación a los conflictos entre los pueblos –estadounidense y soviético incluidos–, y también como la chispa que permitiría sacar del estancamiento y la frustración las negociaciones económicas entre países ricos y pobres.⁷⁴ El magno evento, oficialmente llamado Reunión Internacional de Cooperación y Desarrollo, mejor conocido como diálogo Norte-Sur y celebrado el 22 y 23 de octubre de 1981 en Cancún, Quintana Roo, representó la segunda gran iniciativa derivada de la pretensión global de la potencia media (la primera fue el Plan Mundial de Energía).

El diálogo Norte-Sur fue un tema referido con gran asiduidad durante los meses previos a su celebración, máxime en eventos diplomáticos, al grado de que hubo visitas de Estado a México en las que se comunicó que la planeación de dicho encuentro había sido el asunto primario a tratar. Representantes de países como Colombia, Perú, España, Portugal, Irlanda e Israel tocaron el tema, y en términos bastante favorables por parte de quienes expresaron su postura. Entre abril y octubre de 1981, los primeros ministros de Australia y Granada afirmaron que la cumbre ayudaría a “crear un mundo seguro, justo y próspero”, y que más de 120 países pobres habían depositado sus esperanzas en ella como medio para instaurar el nuevo orden; a su vez, los presidentes de Honduras y Francia la describieron como una “reunión trascendental” y como una “oportunidad histórica para la paz del mundo”; en tanto que Henry Kissinger señaló la posibilidad de que evento tuviera una repercusión global.⁷⁵

Ciertamente el optimismo manifestado en mucho obedeció a cuestiones protocolarias. Antes bien, hay que destacar que los halagos no alcanzaron un grado equivalente en otras iniciativas, como la Declaración Franco-Mexicana. De hecho, el mismo día (9 de septiembre de 1981) en que los embajadores de los países mencionados en el párrafo anterior externaron su confianza en los resultados de la ya cercana cumbre, difirieron en sus opiniones concernientes a la iniciativa sobre El Salvador.⁷⁶ Por tanto, podría afirmarse que, además de

⁷⁴ López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, p. 184.

⁷⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1981, abril, pp. 113, 121; septiembre, p. 254, octubre; pp. 11, 104.

⁷⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, p. 127.

un asunto de cortesía diplomática, el respaldo se debió al carácter impreciso y en cierta medida inofensivo de la cumbre de Cancún.

Los elogios vitoreados al interior no se quedaron atrás, se habló del diálogo Norte-Sur como un esfuerzo encomiable para lograr la paz y el equilibrio entre los pueblos, así como una forma de defender los “más altos valores de la humanidad” frente al contexto imperante de turbulencias, retrocesos y confrontaciones bélicas.⁷⁷ Por supuesto, no es de extrañar el carácter eufórico de semejantes posicionamientos, pero sí digno de resaltar en función de su momento: la crisis. A saber, en la segunda mitad de 1981 comenzó a desmoronarse el proyecto de desarrollo nacional, de tal suerte, la política exterior representó uno de los pocos ámbitos ostentables.

En cuanto al vitoreado evento, la Reunión Internacional de Cooperación y Desarrollo⁷⁸ consistió en un encuentro de 22 jefes de Estado —o, en su defecto, ministros de relaciones exteriores— pertenecientes a países desarrollados y subdesarrollados. Se trató de una cumbre organizada por México y Austria en tierras paradisíacas y constituida por representantes de Argelia, China, Yugoslavia, Nigeria, Filipinas, la India, Guyana, Bangladesh, Venezuela, Arabia Saudita, Brasil, Suecia, Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Canadá, Japón, entre otros. Su objetivo fue la exposición de diferentes puntos de vista en torno a asuntos internacionales tales como alimentos, energéticos, comercio, finanzas e industria. Hubo manifestaciones en pro de la instauración del nuevo orden y en contra de los incrementos en el gasto militar, planes para erradicar el hambre del mundo hacia el año 2000, etcétera.

Durante la ceremonia de apertura, el presidente de México pronunció un discurso de conciliación y tolerancia en el que llamó no a vencer sino a convencer, igual que a privilegiar la solidaridad en vez de la subordinación. Más adelante expresó su planteamiento central: que las calamidades que azotaban al mundo procedían de la “hiriente contradicción entre la opulencia y la miseria”, o sea, que la pobreza y la inequidad eran la causa de la inestabilidad y la violencia recientemente agravadas. Ergo, si se quería remediar tales desventuras, incluida la recesión económica mundial, habría que empezar apoyando a los países subdesarrollados, pues semejante asistencia no se trataría de un sacrificio ni de un acto de caridad, sino del único camino, uno que beneficiaría a todos en el largo plazo. Finalmente, aseveró que el

⁷⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1981, octubre, pp. 39, 54, 94, 298.

⁷⁸ El diálogo Norte-Sur se encuentra en *El Gobierno Mexicano*, 1981, octubre, pp. 107-225. A continuación presento una síntesis del evento.

primer paso para resolver el problema estribaría en reconocerlo, ubicarlo en su contexto y admitir que no se trataba de una cuestión coyuntural sino, podría apuntarse, una adversidad ancestral.

Acabada la reunión, el gobernante nacional dio a entender que la falta de acuerdos concretos había sido producto, precisamente, de la virtud esencial de la cumbre: ser una especie de semilla intangible de la que brotarían futuras acciones puntuales y trascendentes. Después de todo, no era su intención “repartir bolsas de sándwiches y tortas a todos los países”, sino concientizar sobre la existencia de una adversidad planetaria que, como tal, debía ser atendida por todos a través de los grandes organismos internacionales. Por lo tanto, la aportación del evento radicaría en haber dado a luz el “espíritu de Cancún”: un ánimo conciliatorio que imperaría a partir de entonces y que se traduciría en voluntad política para construir el nuevo orden por medio de negociaciones en la ONU.

La emisión de un timbre conmemorativo con valor de cuatro pesos y dotado de un logotipo con espigas de trigo y 22 lanzas apuntando hacia la leyenda “Cancún” no fue la única acción del gobierno a fin de hacer memorable el recién consumado encuentro. En armonía con los recurrentes y favorecedores prolegómenos, los ecos del diálogo Norte-Sur fueron una jubilosa referencia continua y casi obligada en numerosos eventos de índole variada. Sirva como ilustración que al mes siguiente de la cumbre, López Portillo identificó la llegada de empresarios japoneses a México como una derivación del espíritu de Cancún, o sea, el interés de una nación desarrollada por fortalecer lazos comerciales con una subdesarrollada.⁷⁹

Las alabanzas tampoco se hicieron esperar. Pocos días después del evento, un funcionario del Distrito Federal dijo que el jefe de las instituciones nacionales había levantado su voz “para ser escuchada por la humanidad que sufre, padece y busca con urgencia una puerta...”; el 18 de diciembre del mismo año se anunció que el barco atunero más grande construido en México llevaría el nombre de Cancún en homenaje al recién celebrado encuentro, y en abril de 1982 Raúl Valdez, representante de la Asociación del Servicio Exterior Mexicano, clasificó la cumbre dentro de “los momentos más brillantes de la historia de la diplomacia mexicana”.⁸⁰

⁷⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1981, noviembre, p. 51.

⁸⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1981, octubre, p. 70; diciembre, p. 120; *El Gobierno Mexicano*, 1982, abril, p. 17.

Resta señalar que las expresiones provenientes del exterior no restaron armonía. En eventos diplomáticos celebrados entre enero y abril de 1982, personajes como el primer ministro de Canadá, el rey de Suecia y el ministro de relaciones exteriores de Yugoslavia describieron el diálogo Norte-Sur como un “gran éxito”; exhibieron fe en el “espíritu de Cancún”; se dijeron dispuestos a seguir sus postulados básicos y rindieron pleitesía al mandatario mexicano al referir su “liderazgo en el mundo”, su “valiente papel” y la esperanza de que, una vez entregado el poder, pusiera “sus servicios a disposición de la humanidad”.⁸¹

Así, este evento fue presentado prácticamente como un hito en la historia mundial contemporánea, como el inicio de una nueva era en la que la raíz de los grandes males por fin había sido identificada, posibilitando su futura supresión definitiva. En cierta manera, podría hablarse de una versión desmesurada de la Carta Echeverría, lo mismo que del desarrollo compartido y, por encima de todo, de la administración de la abundancia: supuestos puntos de inflexión que inaugurarían un mejor mundo o país tras haber hallado la razón última de los sufrimientos. No obstante, el diálogo Norte-Sur fue intrascendente, sobre todo con relación a una dinámica tan formidable como la Guerra Fría. Así como la Carta de Derechos y Deberes, la cumbre de Cancún quedó más bien como un manifiesto de buenas intenciones que a muchos les pareció bien suscribir pese a la improbabilidad de su realización; se trató de un evento lo bastante ambiguo como para que participar en él careciera de riesgos significativos, excepto el caso cubano.⁸²

Con todo y el fracaso atinente a sus cometidos oficiales, la cumbre resultó útil en la promoción del país sede y, al interior, del régimen que la organizó. En este caso, se mostró la imagen de un gobierno progresista y de una nación digna de prestigio que, presuntamente alarmada por el curso global, ofreció una alternativa viable a las contrariedades del presente y los posibles cataclismos futuros. Ahora bien, sin duda el diálogo Norte-Sur fue el instrumento más acabado para dar a conocer cómo es que la potencia media pretendía consumir su misión; empero, el proyecto utópico mexicano no se sintetizó ni pormenorizó en un solo evento, mensaje o texto, de modo que hay que rastrear lo disperso en un sinfín de actos públicos. A continuación presentaré el resultado de mis inquisiciones de forma breve, selectiva y estructurada.

⁸¹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 150, 178; abril de 1982, p. 17.

⁸² Hubo una polémica en torno a la asistencia de Fidel Castro a la reunión debido a que Ronald Reagan y Margaret Thatcher se mostraron indispuestos a asistir si el comandante cubano se hacía presente.

2.3.2 ¿Cómo salvar el mundo?

Conviene iniciar con el planteamiento del problema, es decir, la forma como se expuso la situación global. En su segundo informe de gobierno, el Primer Magistrado habló de tiempos insanos en los que cualquier convivencia internacional saludable se veía inhibida por el predominio de las superpotencias, así como por una dinámica entre países ricos y pobres en la que los primeros actuaban como “lobos”, mientras que los segundos eran tratados como “corderos de todos los lobos”. En otras ocasiones la atención recayó en un elemento adicional de la Guerra Fría: la carrera armamentista; el 10 de septiembre de 1981, la cabeza del Ejecutivo lamentó el incremento del gasto militar, el desarrollo de la bomba de neutrones y la poca disposición de soviéticos y estadounidenses para perseverar en los tratados SALT; por consiguiente, los exhortó a reorientar sus gastos y a alejarse del “riesgo de un colapso definitivo”.⁸³

Una vez diagnosticada la enfermedad, resta dar a conocer la cura. La propuesta mexicana se basó en un cambio de enfoque, es decir, en dejar de interpretar las relaciones internacionales en función de estructuras ideológicas y comenzar a entenderlas a partir de niveles de desarrollo. En términos simples, se preconizó dividir el mundo no en naciones capitalistas y comunistas, sino en desarrolladas y subdesarrolladas. O en términos aún más simples, reemplazar el esquema “este-oeste” (comunismo-capitalismo) por el “norte-sur” (desarrollo-subdesarrollo). De hecho, López Portillo fue tan insistente en los vocablos “países del norte” y “países del sur”, que por momentos pareció rivalizar con Echeverría en su afán por evocar el tercer mundo en cada momento y oportunidad.

Las conferencias de prensa concedidas a periodistas extranjeros fueron el medio más habitual para detallar semejantes convicciones. Por medio de ellas, el gobernante explicó que “el problema del mundo” se agravaba porque las relaciones entre las naciones seguían la lógica este-oeste en vez de la dinámica norte-sur. Al respecto, Centroamérica le pareció un caso representativo y paradójico en vista de que la falta de pluralidad en la zona, así como la rigidez con la que ahí se combatía al marxismo, eran justamente los factores que, según él, en vez de resolver las desventuras, incrementaban las posibilidades del triunfo revolucionario en la zona al reducir las opciones a dos alternativas, “son como dice un juego de niños en

⁸³ López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, pp. 82-83; *El Gobierno Mexicano*, 1981, noviembre, p. 38.

México. ¿Con quién te vas? ¿Con melón o con sandía?”, comentó. Por ende, el remedio precisaría de diálogo y negociación entre el norte y el sur, de preferencia en la ONU.⁸⁴

Los encuentros entre jefes de Estado sirvieron para el mismo propósito. Ilustro con dos casos. El 24 de septiembre de 1981, durante la visita del ya mencionado Maurice Bishop, primer ministro de Granada, López Portillo hizo un llamado en contra de la “desenfrenada carrera armamentista” producto de las rivalidades este-oeste. Entretanto, el 21 de febrero de 1982 en Nicaragua, proclamó que así como las luchas asiáticas y africanas no habían podido insertarse en la “terrible dicotomía este-oeste”, las revoluciones centroamericanas se resistían a “clasificaciones maniqueistas[sic] [...] de la política concebida como geometría, o de la pretensión humillante de que quien no está conmigo está contra mí.”⁸⁵

Por todo lo dicho, es posible concluir que el planteamiento consistió en un rechazo a la lógica de la Guerra Fría por limitarse ésta a una concepción binaria del mundo (comunismo-capitalismo) que, en su opinión, eclipsaba la verdadera y también binaria raíz de los infortunios (desarrollo-subdesarrollo), cuatro puntos cardinales (oeste-este-norte-sur) que, según el elocuente parecer presidencial, crucificaban y “descuartizaban a la humanidad”.⁸⁶ De tal forma, la solución a la violencia, inestabilidad y sufrimientos no residiría en el uso de la fuerza, sino en un cambio de enfoque que llevara a atender la relación de los países del norte con los países del sur a través de asistencia económica y tolerancia política.

Desde esa perspectiva, no habría sido fortuito el apoyo político y económico mexicano en favor de Centroamérica y el Caribe; la potencia media presentó su mira regional como demostración embrionaria de la viabilidad de su propuesta, como prueba piloto de la eficacia de sus postulados. Me explico, el Acuerdo de San José fue expuesto en múltiples ocasiones como aplicación directa del Plan Mundial de Energía, y este último como “camino metodológico a un nuevo orden internacional” que permitía “predicar con el ejemplo”.⁸⁷ Por tal motivo, la política mexicana hacia Centroamérica se explicó como el paradigma que los países del norte deberían seguir en cuanto a su relación con los del sur.

⁸⁴ Respuesta a Laurie Kassman, de *NBC Radio* durante la inauguración del Centro de Prensa Extranjera el 17 de julio de 1981; entrevista concedida a Robin Lloyd, corresponsal de la *NBC* el 23 de junio de 1981; al periódico *Mainichi* de Japón el 28 de febrero de 1982, y a Abraham Rosenthal, Director Ejecutivo de *The New York Times* el 11 de marzo de 1982. *El Gobierno Mexicano*, 1981, junio, p. 69; julio, pp. 71-72, 77; *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 103; marzo, pp. 47, 49, 51.

⁸⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, p. 268; *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 169.

⁸⁶ López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, p. 188; *El Gobierno Mexicano*, 1982, marzo, p. 74.

⁸⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, p. 176.

Como añadidura, el mérito del Acuerdo de San José no radicaría únicamente en su contenido, sino en la identidad de sus autores: naciones no industrializadas. Tanto en su cuarto informe de gobierno como en una entrevista concedida el 19 de noviembre de 1981, el Primer Magistrado dio por sentado que si los países adinerados siguieran los pasos de México, la humanidad mejoraría mucho y sin grandes sacrificios.⁸⁸ Asimismo, el 23 de septiembre de ese año, como respuesta a T. Varkonyi, del periódico húngaro *Magyar Nemzet*, el mandatario pormenorizó su política centroamericana como un dechado que el resto del mundo debía seguir, ya que, al haber sido descubierta la cura, sólo restaría “generalizar esta particularidad”.⁸⁹ Dicho de otra manera, dio a entender que Centroamérica no era un fin en sí mismo, sino el *laboratorio* donde la potencia media probaría la validez de su *fórmula*.

En suma, la propuesta mexicana para resolver los malestares e injusticias globales (adversidad ancestral), lo mismo que la segunda Guerra Fría (adversidad reciente) estribó en:

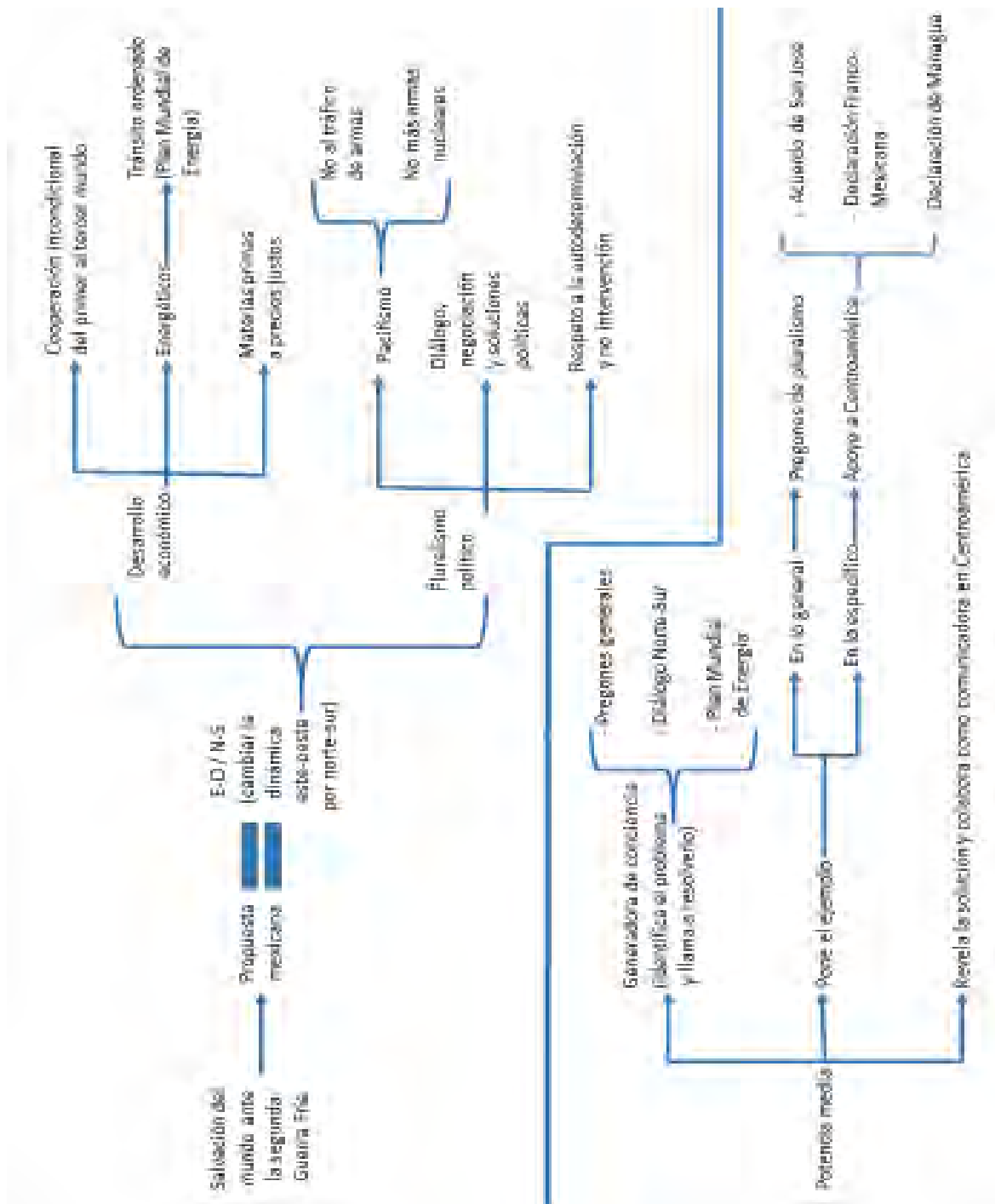
1. Cambiar el enfoque este-oeste por el norte-sur.
2. Incentivar el desarrollo económico de los países no industrializados a partir de:
 - 2.1 Asistencia no condicionada como el Acuerdo de San José.
 - 2.2 Medidas de impacto extendido como el Plan Mundial de Energía.
3. Pacifismo y oposición a la carrera armamentista.
4. Apertura hacia el pluralismo político.
 - 4.1 Diálogo, negociaciones y búsqueda de soluciones políticas.
 - 4.2 Respeto a los principios de autodeterminación de los pueblos y no intervención.

O, si se prefiere un desglose más gráfico y detallado del plan para convertir el mundo en una utopía (solución definitiva), lo mismo que del pretendido papel mexicano:

⁸⁸ López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, p. 149; *El Gobierno Mexicano*, 1981, noviembre, p. 57. En realidad, pese al apoyo a Centroamérica, las relaciones económicas de México apuntaron fundamentalmente hacia las naciones industrializadas, en tanto que el tercer mundo, América Latina incluida, ocupó un lugar claramente secundario. Isabel Turrent “Las relaciones comerciales de México con América Latina, 1976-1982”, *Foro Internacional*, Vol. XXIV, enero-marzo de 1984, pp. 311-312, 325.

⁸⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, pp. 165-166.

Diagrama 1. Propuesta mexicana frente a las adversidades globales.



Elaboración propia con base en la información provista en *El Gobierno Mexicano*.

Una vez expuesta la proposición mexicana, resta analizarla en función de cuatro ámbitos. El primero atañe a los mecanismos en la política internacional: apenas iniciada la década de los sesenta, Hans Morgenthau señaló dos posibles artificios para lograr la paz en el mundo: (1) el equilibrio de poder y (2) la limitación normativa mediante la opinión pública, el derecho

y la moral internacionales.⁹⁰ El presente caso significó un intento de tránsito entre ambos puntos, a saber, frente al amenazante y repentino desequilibrio de poderes que siguió al *shock*, los planteamientos mexicanos se aproximaron a la segunda posibilidad.

El siguiente ámbito versa sobre la forma como la potencia media se promocionó a sí misma: no sólo como descubridora de una auténtica panacea,⁹¹ sino como divulgadora al organizar la cumbre de Cancún y como realizadora al valerse de su zona de influencia para poner en práctica sus propios postulados: apoyo económico (Acuerdo de San José), igual que pluralismo y diálogo (Declaración Franco-Mexicana y Declaración de Managua). En pocas palabras, el plan, tanto para resolver los viejos males del mundo como para llevar a buen término la disputa bipolar, habría tenido a México como autor, impulsor y primer practicante.

El tercero concierne a las raíces históricas del gran proyecto. Además de la óptica tercermundista aún existente, la potencia media recogió elementos de la política exterior mexicana de las seis décadas precedentes: la Doctrina Carranza (1918) y su llamado a que, a fin de imponer la paz, los países no industrializados se negasen a abastecer de materias primas a las potencias que entonces protagonizaban la Gran Guerra; la Conferencia de Chapultepec (1945), reunión donde se aseguró que si Estados Unidos financiaba los proyectos de desarrollo de sus vecinos del sur, estos últimos generarían caudales provechosos a todo el continente; el Tratado de Tlatelolco (1967) en cuanto a sus propósitos de desnuclearización, y la Carta Echeverría (1974) con relación a sus clamores por transformar el mundo en un espacio más habitable para las naciones menesterosas.

Así pues, los planteamientos lopezportillistas significaron la recuperación de al menos cuatro momentos estelares o peculiares de la política exterior mexicana, pero maximizados. Es decir, a diferencia de 1918, cuando el enfoque recayó en una sola guerra; de 1945, cuando se apuntó primordialmente hacia la generación de riqueza; de 1967, cuando la mira se restringió a Latinoamérica, y de 1974, cuando el pregón básico fue en favor de los países pobres; entre 1980 y 1981 se rechazó todo conflicto bélico internacional sin importar la identidad de los contendientes; la expectativa de ensanchamiento económico se complementó

⁹⁰ Morgenthau, *La lucha...*, p. 40.

⁹¹ Puntos centrales del planteamiento mexicano, como el enfoque “Norte-Sur”, el rechazo al armamentismo y la necesidad de impulsar el desarrollo de los países pobres, fueron expuestos de manera más o menos simultánea por el Informe Brandt en 1980. Gerard de Bernis, “El informe Brandt: un intento de resolver la crisis dentro del orden capitalista”, en *Investigación Económica*, Vol. 40, Núm. 157, julio-septiembre de 1981, pp. 60 y ss.

con la de paz social y estabilidad política; los reproches en contra de la proliferación armamentista abarcaron el planeta entero, y los clamores en pro de un nuevo orden incluyeron consideraciones más amplias sobre la conveniencia que este último representaría a las naciones industrializadas. A su vez, cabe reparar en un paralelismo adicional: su insignificante impacto, puesto que, salvo el Tratado de Tlatelolco, fueron propuestas que pasaron más bien inadvertidas.

Finalmente, el cuarto ámbito corresponde a la estructura de expectativas que compartieron la potencia media y la administración de la abundancia. *Grosso modo*, inserto en un escenario poco alentador (austeridad financiera, repliegue en el activismo internacional) y opuesto a las inclinaciones de Echeverría (gasto público exacerbado, tercermundismo), el gobierno lopezportillista trazó objetivos medidos (atenuar la debacle económica mexicana, contribuir tanto a la estabilización del mercado energético internacional como a la paz centroamericana) a consumir mediante una respuesta circunstancial centrada en la exportación de crudo (viraje de Pemex primero, Plan Mundial de Energía y Acuerdo de San José después). Más adelante, las expectativas se desbocaron: con base en el supuesto hallazgo de un vetusto mal de raíz (la incapacidad para acumular riqueza verdadera a lo largo de los siglos, la explotación del sur a manos del norte), agravado por una calamidad reciente (la crisis de 1976, la segunda Guerra Fría), se pregonó una solución definitiva (el FNE y la siembra de petróleo por un lado, la *fórmula mexicana* por el otro) que conduciría a un fin último (un México desarrollado, un mundo justo y en paz). En ambos casos, el discurso de la eficacia siguió el mismo patrón desbordante en cuanto a la supuesta capacidad del gobierno en turno para identificar y resolver problemas, primero coyunturales, luego ancestrales.

Por lo que toca al papel del oro negro, en ambos casos se percibe una mengua gradual. Así como se especificó que dicho recurso únicamente fungiría como el pivote de la estrategia de desarrollo pensada con miras al año 2000 –cuando el sostén económico nacional no sería la venta de hidrocarburos sino las industrias basadas en bienes renovables–, se dio a entender que el petróleo sólo cabría en el proyecto global de la potencia media como una forma de adquirir presencia y captar la atención del resto del orbe.⁹² Una vez consumado tal empeño,

⁹² Acerca de la política exterior, en su III Informe de Gobierno, López Portillo aseveró que “el petróleo no es el objetivo final de los esfuerzos de mi régimen”. López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, pp. 98, 143.

la trascendencia mexicana no radicaría en sus yacimientos, sino en sus ideas y diplomacia. A este respecto, es indudable que las altas metas de resolver la Guerra Fría y dar a luz un planeta justo eran inalcanzables para un país periférico sin importar la dimensión de sus pozos; caso distinto al tratarse de uno que se presumía con las respuestas y capacidad de persuasión necesarias para sumar al mundo a su cruzada y, por medio de la acción conjunta, lograr un cambio deseable y absoluto.

Considero que el principal mérito de semejante proyección no estribó en la originalidad de las ideas preconizadas –variaciones del tercermundismo–, y menos aún en su viabilidad, sino en que evidenció la capacidad del régimen para adaptar su política exterior a la cada vez más desfavorable situación económica nacional. El rechazo a limitar las relaciones internacionales al petróleo sin lugar a dudas concuerda con los llamados presidenciales a hacer de ese líquido inflamable la palanca mas no el eje del desarrollo. Sin embargo, el impacto real de México se debió justamente a la primera fase de su política exterior: usar el crudo de forma directa (Acuerdo de San José) e indirecta (aprovechar la bonanza para ayudar a Nicaragua). A continuación se dio prioridad a las propuestas (Declaración Franco-Mexicana, Declaración de Managua, diálogo Norte-Sur), aunque, a mi parecer, no porque la potencia media hubiera madurado hasta advertir que es en las ideas y no en los hidrocarburos donde yace el verdadero cambio, sino porque entonces era lo único que podía ofrecer a raíz de su derrumbe financiero. En consecuencia, el gobierno mexicano logró ostentar su impotencia como una virtud.

Desde esta lógica hay que analizar el diálogo de Cancún: éste se programó con muchos meses de anticipación, a lo largo de los cuales la economía mexicana empezó a hundirse, de modo que cuando se cumplió la fecha del evento ya se tenía claro que el país sede no podía ni consigo mismo, y, por tanto, mucho menos con un proyecto alternativo de alcance global. Nada de arbitrario que este último fuera irrelevante en su momento y hoy diste de ser recordado como el apogeo de la diplomacia mexicana. La cumbre se llevó a cabo por cuestión de inercias, las palabras reconfortantes de los ponentes extranjeros obedecieron fundamentalmente a cortesías diplomáticas, en tanto que las alabanzas internas, al seguimiento de guiones. Entonces se ensanchó aún más la diferencia entre lo formal y lo real, pues al mismo tiempo en que se hablaba de salvar el mundo, el ambicioso proyecto de desarrollo nacional había comenzado a resquebrajarse. Y lo peor aún no llegaba.

2.4 Prepotencia consumida

Ustedes vienen con una jícara y creen que pueden cambiar el curso del río a jicarazos.* La potencia media se desmoronó en 1982; empero, antes de dar a conocer sus postrimerías, es necesario hacer un paréntesis a fin de ahondar en cuatro asuntos ya esbozados, pero cuyo desarrollo me parece indispensable para comprender la política legitimaria de promoción basada en ella. Así pues, en lo sucesivo expondré los motivos que provocaron su despertar, el supuesto origen de su pretendida clarividencia, sus atributos autopromovidos como país de renombre, así como el reconocimiento internacional.

2.4.1 *Loas a la potencia media*

Las causas primordiales de la política exterior lopezportillista fueron evocadas en al menos una veintena de actos oficiales. Se trató de una explicación con dos vertientes, una concreta y otra abstracta. Con relación a la primera, y como argumentara Echeverría unos años atrás, en repetidas ocasiones los portavoces del gobierno afirmaron que México había salido de su posición defensiva por así convenirle a la nación. Es decir, ya que el vaivén mundial afecta decisivamente el proceso interno, se aseveró que sólo una participación continua allende las fronteras permitiría soslayar los propios obstáculos, o en términos del gobernante nacional: “no podemos arreglar la casa [...] cuando la corriente exterior, fuera de nuestro control, nos empuja, nos precipita y nos detiene”.⁹³

La segunda vertiente apeló al altruismo: la “responsabilidad” mexicana para con Centroamérica; el deseo de “hacer más breve el camino de la sangre” (reducir el nivel de violencia); lo mismo que la oportunidad de serle “útil a la humanidad” al contribuir a un mundo pacífico, libre y justo. También se subrayó que era una cuestión de “principios” (puesto que, según el mandatario, sin ellos “la vida no vale nada”) y que “la razón” no admitía tolerar dinámicas como la que entonces imperaba.⁹⁴

* Héctor Aguilar Camín, *Morir en el Golfo*, México, Ediciones Océano, 1986, p. 129.

⁹³ López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, pp. 184, 196; *El Gobierno Mexicano*, 1981, abril, p. 80; *El Gobierno Mexicano*, 1982, abril, pp. 13-14; junio, p. 139; noviembre, pp. 88, 263.

⁹⁴ López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, pp. 98; *El Gobierno Mexicano*, 1981, abril, p. 79; junio, p. 47; julio, p. 78; septiembre, pp. 69, 175; *El Gobierno Mexicano*, 1982, marzo, pp. 77, abril p. 113; mayo, p. 45; junio, p. 127; octubre, p. 64.

Obviamente no fue una dilucidación veraz, aunque tampoco me parece un embuste llano. Creo que la vertiente concreta fue genuina hasta cierto punto, principalmente en función de la mira regional; por su parte, la vertiente abstracta sirvió para promover la imagen del país y, por añadidura, la de su gobierno. Sirva como fundamento la tesis básica de Morgenthau: que los ejes centrales la política exterior de cada país no están determinados por preceptos morales ni preferencias personales –ni siquiera por convicciones ideológicas–, sino por el interés nacional, de ahí que los Estados actúen según éticas políticas.⁹⁵

En el presente caso, el interés nacional habría sido la ya mencionada atemperación de los conflictos centroamericanos y caribeños, mas no por razones humanitarias, sino para prevenir que la inestabilidad sureña se agravara hasta repercutir en México.⁹⁶ Por lo que concierne al otro objetivo, promover la imagen del país y de su régimen, este último se valió tanto de la acción en Centroamérica como de la pretensión global y sus llamados en pro del nuevo orden, del fin de la Guerra Fría y del tránsito ordenado hacia la era de los energéticos alternativos, medidas progresistas emanadas de un gobierno autoritario.

En suma, el interés nacional fue defendido primordialmente a través de la mira regional y en menor grado, de la pretensión global; entretanto, la política legitimaria de promoción fue implementada por medio de ambos rubros, los cuales sirvieron para difundir la imagen de un país desinteresado, influyente, potente y ascendente. En este contexto, Morgenthau señala que una política de prestigio consiste en la búsqueda de reputación de excelencia a fin de incrementar la seguridad, la riqueza o el poder; en términos simples, es el intento de impresionar al otro con aquello que se posee o que se aparenta tener. Entre 1979 y 1982 el gobierno mexicano emprendió una política de prestigio, aunque –hay que insistir y recalcar– más enfocada a promocionarse al interior que al exterior, a fin de cuentas, los éxitos de un país suelen servir como paliativo a las ambiciones sociales no satisfechas de su gente.⁹⁷ Así, además de la defensa del interés nacional, con la acción externa se buscó ganar respaldo en

⁹⁵ Morgenthau, *La lucha...*, pp. 16-19, 24. Aun cuando Morgenthau concedió muy poco peso real a la ideología, es posible hallar excepciones, máxime en países que recién experimentan procesos revolucionarios, como los rusos a inicios de los años veinte.

⁹⁶ Existe la posibilidad de que hubiera una meta a largo plazo: el dominio económico de Centroamérica basado en la expectativa de un crecimiento productivo mexicano tan vigoroso como para requerir de un mercado más amplio de lo que el consumo interno podía proporcionar; tanto así que hubo preocupaciones relativas a que México fuera a convertirse en un país imperialista. Empero, la abrupta interrupción de la potencia media por la crisis de 1982 dificulta esclarecer dicha hipótesis.

⁹⁷ Morgenthau, *La lucha...*, *passim*.

favor del régimen al mostrarlo como adalid de una política internacional atractiva y propia de un actor en auge.

Resta destacar los momentos de preponderancia entre ambas vertientes. Los llamados a hacer del mundo un lugar mejor (justificación moral) fueron más comunes durante los años de bonanza, cuando México lucía radiante y con mucho que aportar. En cambio, la aseveración tocante a que el activismo externo era condición de posibilidad para resolver las calamidades internas resonó sobre todo a lo largo de los meses de derrumbe económico. Ergo, el tipo de fundamento esgrimido, ya fuera el moral o el de beneficio propio, obedeció a su temporalidad específica: épocas de auge o de carencias.

El siguiente asunto a desarrollar fue expresado de forma más vaga y enmarañada: la razón de la sapiencia mexicana. Después de todo, si la adversidad ancestral (pobreza e injusticia) y la reciente (segunda Guerra Fría) eran fenómenos que perjudicaban a todo el globo, ¿por qué habría sido México el país que hallara la presunta solución definitiva?, ¿a qué se habría debido que advirtiera lo que a otros actores con más recursos y mayor desarrollo les pasó desapercibido?

Es posible rastrear la presunta respuesta en varios actos oficiales, en especial dos celebrados en septiembre de 1981. El primero fue la inauguración del Museo Nacional de las Intervenciones, evento en el que el director del Instituto Nacional de Antropología e Historia sostuvo que las guerras e invasiones afrontadas en el pasado habían definido el carácter de los mexicanos. En consecuencia, aseguró que la política exterior lopezportillista era reflejo de la voluntad colectiva de evitar los sufrimientos de quienes se encontraban inermes, pues al haber sido México, tiempo atrás, víctima de los poderosos y su “insana manía de grandeza”, se declaraba enemigo de todo tipo de hegemonía. Con relación al segundo —una conferencia de prensa concedida a columnistas de *The New York Times*—, cuando los periodistas le preguntaron al jefe del Ejecutivo si se consideraba socialista, éste contestó: “No, señora. Yo soy un revolucionario convencido [...] Creo que el sistema de instituir una revolución como la nuestra es la salida, desde luego para el país, y es una auténtica tercera opción entre las dos grandes corrientes que hegemónicamente se disputan al mundo”.⁹⁸

Así, la primera parte de la respuesta se desprendería del proceso histórico mexicano: ser una nación en esplendor con un pasado reciente de penurias, cuyas lastimosas

⁹⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, pp. 138, 179.

experiencias aún frescas la dotaban de una percepción distinta a la de los potentados, le permitían empatizar con el sufrimiento de los débiles. Por tal motivo, su hipotética vocación humanitaria habría derivado de una cualidad exclusiva: ser un país boyante con la sensibilidad de una víctima. Ciertamente había naciones más poderosas, pero ninguna genuinamente preocupada por los menesterosos, y sin duda sobran los países que comprendían el dolor ajeno, mas solamente uno de ellos tendría la fuerza necesaria para hacerse notar.

En cuanto a la segunda parte, y a semejanza de lo dicho acerca del Plan Mundial de Energía, México habría descubierto una panacea global gracias a su singularidad, a que, según él, no se hallaba del todo inserto en ninguno de los cuatro puntos cardinales. A mayor abundamiento, si bien esperaba industrializarse en el mediano plazo, aún no pertenecía al primer mundo (norte), pero tampoco parecía un caso representativo de las naciones pobres (sur) dada su bonanza repentina. De hecho, en su VI Informe de Gobierno, López Portillo definió a México como país “semiindustrializado”, y ante la ONU lo identificó como “frontera entre el Norte y el Sur”.⁹⁹ Asimismo, evidentemente se encontraba lejos de la esfera comunista (este); no obstante, sus llamados en pro del nuevo orden y sus fricciones con Estados Unidos parecían encaminados a presentarlo como un ente ajeno a los intereses del bando contrario (oeste), pese a que su estructura fuese capitalista.

En marzo de 1982 el gobernante nacional le dijo a un periodista estadounidense que la Revolución Mexicana se resistía “a ser clasificada en la geometría política”, y que, a diferencia de los estados capitalistas donde había libertad pero no justicia, y de los socialistas donde se gozaba de justicia mas no de libertad, en México se conjugaban ambas virtudes,¹⁰⁰ lo mejor del este y del oeste, cual *raza cósmica*. Por ende, aunque en términos prácticos se tratase un país marginal (sur) y capitalista (oeste), su avidez por rechazar toda posible catalogación denota el cometido de ostentarse como el centro de los cuatro puntos cardinales, posición privilegiada que le habría permitido vislumbrar una solución clara a sus ojos pero imperceptible para el resto de la humanidad.

De esta forma la potencia media nuevamente le habría hecho honor a su apelativo, mas no sólo por su poderío mediano (vigoroso para los países débiles y débil para los vigorosos),

⁹⁹ López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, p. 215; *El Gobierno Mexicano*, 1982, octubre, p. 145.

¹⁰⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1982, marzo, p. 82.

sus posiciones intermedias (entre el capitalismo y el socialismo, entre la revolución y el *statu quo*, entre la OPEP y el primer mundo) ni por estar a mitad de su proceso ascendente (ya bien encaminada hacia sus objetivos pero aún lejos su cenit), sino también por ubicarse en medio de la cruz cardinal y porque aspiraba a mediar —o “comunicar”, en sus palabras—. Por consiguiente, y como se retrata en el filme *Metrópolis* de Fritz Lang, entre tantos extremos que “crucificaban” a la humanidad, se habló de la emersión de un nuevo actor, el único capaz de convergir a los opuestos y reconciliar los puntos en discordia gracias que se hallaba en el centro de los cuatro rumbos, conocía la solución absoluta, quería beneficiar a otros y era capaz de hacerse oír dada a su condición de país en apogeo.

La adopción de una perspectiva más amplia servirá para calibrar estas desafortunadas pretensiones. Encuentro similitud entre el presente caso y la era de catástrofes que las naciones occidentales sufrieron entre 1914 y 1945. Al tiempo en que estas últimas eran vapuleadas por una serie de desastres sucesivos, algunos de sus intelectuales, artistas, periodistas y académicos como Frank Tannenbaum, John Reed, John Kenneth Turner, Anita Brenner, Tina Modotti y Pablo O’Higgins vieron al México de la posrevolución de manera positiva, como un país radiante que, con todo y su rezago, tenía bastante que aportar; uno encaminado a lograr mucho con muy poco, lleno de energía, capaz de crear algo nuevo y, por ende, de darle una lección al resto del globo.¹⁰¹ Medio siglo después, México sería autopromocionado como un actor exitoso y como el descubridor, propalador y emprendedor de la salida a un escenario en cierta forma más amenazante que aquél sellado con el bombardeo atómico a Japón. De tal manera, la potencia media buscó ser vista como el ente que brindó una alternativa debido a que sus peculiaridades impidieron que su vista se nublara y su criterio se embelesara.

En cuanto a sus atributos autodesignados,¹⁰² en primer lugar resaltó el pacifismo,¹⁰³ tanto por su rechazo a las guerras y a la violencia en general, como por sus censuras en contra

¹⁰¹ Alicia Azuela, *Arte y poder: renacimiento artístico y revolución social, México, 1910-1945*, México, El Colegio de Michoacán–Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 202, 251 y ss. Aun cuando la autora centró su mirada en el florecimiento artístico de la posrevolución, es posible aplicar este principio en el ámbito político social (reforma agraria, cruzadas alfabetizadoras) a fin de captar la imagen proyectada de un México fértil y dinámico en medio de un mundo estéril, corrompido, artificioso, materialista y decadente.

¹⁰² La autopresentación o autoconstrucción del hablante es un tema común en el ADP. Dijk, “¿Qué es el análisis...”, p. 38; Salgado, *El discurso...*, pp. 58-60.

¹⁰³ López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, p. 83; *El Gobierno Mexicano*, 1981, junio, pp. 66-67; septiembre, pp. 175-176, 245; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 86; febrero, pp. 84, 90; marzo, pp. 45, 73, 79; julio, p. 127; octubre, pp. 134, 138.

del tráfico de armas y de la carrera nuclear. El segundo puesto fue complementario: el propósito de conciliar y distender a los distintos países en pugna.¹⁰⁴ El tercero lo compartieron el pluralismo, el carácter inclusivo y la defensa de los principios de autodeterminación y no intervención.¹⁰⁵

En cuarto, su preferencia por las soluciones políticas en vez de las militares.¹⁰⁶ Después, su carácter antidiscriminatorio, incondicional y desinteresado,¹⁰⁷ como probaba el Acuerdo de San José y sus condiciones ventajosas para los compradores, igual que su apertura para todo país del área sin importar ideología ni sistema político. En sexto, su postura antihegemónica.¹⁰⁸ La sutil asunción del estatus de potencia fue la séptima particularidad, ya fuera al sugerir la conveniencia de que México “se hiciera cargo” de Nicaragua y Cuba, o al usar el epíteto de defensor de pueblos.¹⁰⁹ Al respecto, no sería un actor agresivo sino sereno,¹¹⁰ alguien que no quería imponer sus puntos de vista sino sólo difundirlos, y que no intervendría en Centroamérica más allá de la voluntad de sus partes. Por lo contrario, la novena característica radicaría en la inflexibilidad de su esencia,¹¹¹ porque sus principios, posición y cometidos básicos eran invariables.

La décima propiedad se inscribió en su papel como camino alternativo a la pugna bipolar.¹¹² Luego, su desinhibición para criticar la política exterior de Estados Unidos,¹¹³ ya fuera porque este último armaba a países convulsos, brindaba ayuda condicionada o propiciaba dictaduras militares. Acerca de su labor, la decimosegunda distinción se centró en su aptitud para comunicar entre sí a los actores en discordia,¹¹⁴ encomiable acto que basaba en su

¹⁰⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, p. 39; octubre, p. 115; *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 89, 171; marzo, p. 50; noviembre, p. 89.

¹⁰⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1981, abril, p. 79; septiembre, p. 118; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 108-109; febrero, pp. 89-90, 171; marzo, pp. 50, 83; mayo, p. 120; julio, pp. 123, 127; agosto, p. 69; octubre, p. 135; noviembre, p. 89.

¹⁰⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, marzo, pp. 49, 79.

¹⁰⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1981, abril, p. 79; julio, pp. 69, 82; septiembre, p. 302; *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 89; octubre, p. 135.

¹⁰⁸ Gálvez, *Crisis del crecimiento...*, p. 191; *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, p. 37; septiembre, p. 138; febrero, p. 177; *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 127, 283; octubre, p. 139; noviembre, pp. 171, 249.

¹⁰⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, p. 39; *El Gobierno Mexicano*, 1982, abril, p. 51.

¹¹⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, p. 80; octubre, p. 115; *El Gobierno Mexicano*, 1982, mayo, p. 78.

¹¹¹ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio de 1981, p. 69; *El Gobierno Mexicano*, 1982, mayo, p. 45.

¹¹² *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, p. 179; *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 103, 184; mayo, p. 120; noviembre, p. 90.

¹¹³ *El Gobierno Mexicano*, 1981, junio, pp. 66-67; *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 88; marzo, p. 45.

¹¹⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1981, junio, p. 47; septiembre, p. 176; *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 171, 175; marzo, p. 77; mayo, p. 78; octubre, p. 134.

decimotercera y última singularidad: ser amigo de todos,¹¹⁵ tanto de Estados Unidos y Europa como de Nicaragua, Cuba y la Unión Soviética.

En resumen, se promocionó a un país merecedor del estatus de potencia, pero una cualitativamente distinta a las demás: pacífica, plural, inclusiva, conciliadora, negociadora, defensora de los principios de autodeterminación y no intervención, hostil a todo tipo de hegemonía y de discriminación, ávida de brindar apoyo incondicional y desinteresado, amiga de todos los actores en pugna, moderada en sus caminos e inflexible en su esencia, opuesta a la Guerra Fría, crítica frente a Estados Unidos y capaz de paliar las tensiones del momento como resultado de sus dotes para incentivar el diálogo entre las naciones.

Con semejante suma de atributos se dio a entender que la potencia media jamás seguiría los oprobiosos pasos de los poderosos, obvia analogía con la administración de la abundancia: una estrategia de desarrollo que, según sus portavoces, no repetiría los errores del pasado (desarrollo estabilizador) ni los yerros de otras naciones súbitamente enriquecidas como Arabia Saudita e Irán. Por otra parte, también es posible entender este listado de virtudes como uno de los privilegios de los débiles en la política internacional: es más fácil que un país actúe como censor moral cuando su impacto es reducido y sus propuestas difícilmente se llevarán a cabo. De forma opuesta, a las potencias suele complicárseles más la promoción de sí mismas como bondadosas, ya que el mantenimiento de su hegemonía les precisa la ejecución de actos abominables de amplia resonancia.

Esta autopromoción recuerda el concepto de poder blando (*soft power*) de Joseph Nye: una forma indirecta y sutil de incidir en las acciones o intereses de otros actores del concierto internacional a través de recursos intangibles como la cultura y la ideología. Es una suerte de cooptación basada en la capacidad de influenciar las preferencias y el comportamiento de terceros –“hacer que otros quieran lo que tú quieres”, en palabras Nye– mediante la ostentación del Estado en turno como un ente legítimo y con autoridad moral, así como una exhibición atractiva de sus ideas y proyectos encaminada a que otros deseen sumarse ellos, o por lo menos que adopten su agenda.¹¹⁶ Con la diferencia de que la potencia media no trataba de cambiar el mundo, pienso que su proyecto global era más un mensaje al interior.

¹¹⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, p. 176; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 109; febrero, pp. 93, 103, 171, 175; marzo, pp. 50, 77; abril, p. 27.

¹¹⁶ Joseph Nye Jr., *Understanding International Conflicts. An Introduction to Theory and History*, Nueva York, Addison Wesley Longman, 2000, pp. 57-58.

Resta sintetizar los encomios externos. Tan sólo durante el último año y medio del sexenio hubo más de 50 eventos en los que numerosos ponentes foráneos (presidentes, primeros ministros, embajadores, funcionarios, periodistas y un rey) calificaron positivamente el activismo mexicano.¹¹⁷ Unos puntualizaron su aprobación, solidaridad, aprecio, admiración o “profundo respeto”; otros agregaron que las tesis de la potencia media concordaban con las de sus respectivos países en lo general y que eran idénticas en algunas de sus particularidades. En cuanto a las iniciativas concretas, François Mitterrand y Leopoldo Calvo-Sotelo, presidentes de Francia y España, respectivamente, ponderaron el Acuerdo de San José y el Plan Mundial de Energía como medidas inteligentes, desinteresadas, generosas y admirables. Por su parte, Pierre Trudeau, primer ministro de Canadá, identificó el diálogo Norte-Sur como la realización del sueño de Simón Bolívar.¹¹⁸

A su vez, personajes como los ya mencionados Mitterrand, Calvo Sotelo, los primeros ministros de la República Popular China y de Belice, el presidente de Panamá, el alcalde de Santo Domingo, el ministro de Relaciones Exteriores de Honduras, funcionarios de Yugoslavia y Bulgaria, además de un periodista de la India, pintaron a México como una “gran nación” de trascendencia continental, muy estimada en el tercer mundo y respetada por la comunidad internacional. También, como uno de los pocos estados que luchaba genuinamente por la implantación del nuevo orden, un país con “posibilidades extraordinarias”, lo mismo que un actor en “un momento espectacular de su historia” y que iniciaba un “gran destino universal”. Le llamaron “superpotencia” en el ramo energético, protagonista del concierto internacional, dechado para el planeta entero, cabeza del tercer mundo, baluarte de la paz mundial, sinónimo de amor a la libertad, adalid de las causas justas, apoyo moral del Caribe, entre otros epítetos.¹¹⁹

Hubo deferencias dedicadas al Primer Magistrado. Apenas terminada la cumbre de Cancún, un corresponsal venezolano vaticinó que a partir de entonces se hablaría de un “antes de López Portillo y después de López Portillo”. Más llamativo aún fue que en las semanas posteriores a la devaluación de febrero de 1982, cuando la figura presidencial era motivo de

¹¹⁷ *El Gobierno Mexicano*, varios tomos.

¹¹⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, pp. 166-167; septiembre, p. 275; octubre, pp. 105, 234; noviembre, p. 23; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 156, 159, 191; mayo, pp. 69, 98; junio, p. 17; septiembre, p. 260.

¹¹⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1981, junio, pp. 34, 116, 120, 153; julio, pp. 159, 177; septiembre, p. 251; octubre, pp. 183; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 150; febrero, pp. 104, 164; marzo, p. 94; abril, pp. 15, 17; junio, p. 18; octubre, p. 160; noviembre, pp. 185, 187-188, 181.

las mayores críticas y cuestionamientos, un periodista de la cadena de televisión estadounidense CBS lo llamó “estadista”, la Universidad Hebrea de Jerusalén dio a conocer su nueva “cátedra José López Portillo” en Ciencia Política, y tanto el embajador de Cabo Verde como el ministro de Energía de Estados Unidos se refirieron a él como uno de los hombres que mejor comprendía el tercer mundo. Ya en octubre, el alcalde de Santo Domingo lo llamó “gobernante de talla continental” y “líder de América Latina”, en tanto que el presidente de Gambia aseveró que su homólogo mexicano ya tenía un nombre en el mundo gracias a sus iniciativas y esfuerzos para remediar las carencias de los países del sur.¹²⁰

Más allá del carácter aparatoso de tal conjunto de apologías, hay que tomar en consideración que éstas correspondieron específicamente a actos realizados en México o directamente relacionados con él y que, por tanto, más bien pueden entenderse como cortesías diplomáticas de bajo costo para sus emisores, las cuales difícilmente habrían sido articuladas en situaciones distintas. Por poner un caso, seguramente a Pierre Trudeau le fue más sencillo criticar las políticas militaristas estando en México que en territorio estadounidense. Asimismo, queda claro que la opinión favorable del ministro de Energía de Estados Unidos no reflejó la posición de Ronald Reagan.

Sin duda alguna, el reconocimiento internacional fue un bien atesorado para el régimen mexicano, tanto por servir como respaldo a su acción y propuestas, como por significar una promoción más sólida y creíble que las alabanzas de connacionales. Por lo que atañe a su distinción temporal, la crisis de 1982 provocó que dicho reconocimiento internacional fuera mostrado más como una suerte de compensación ante las desventuras económicas, o sea, como la prueba de que al menos en la política exterior el gobierno había sido exitoso y eficaz.

En fin, todos estos temas apuntan a un México sustancialmente distinto al resto del orbe y, por ende, capaz de ofrecer una solución tan definitiva a los agobios mundiales como la que proclamaba al interior de sus fronteras: aquel plan de desarrollo interno hipotéticamente capaz de dar el tan anhelado como frustrado salto hacia el primer mundo. Sin embargo, paralelamente a sus más que desmesurados pregones y congratulaciones, la potencia media se desvaneció; por consiguiente, y para retomar la parte final del apartado anterior, es momento de dar un vistazo a su implosión.

¹²⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1981, octubre, p. 170; *El Gobierno Mexicano*, 1982, marzo, pp. 78, 93, 97, 120; octubre, pp. 159, 176.

2.4.2 *Tragedia didáctica*

La crisis económica de 1982 debilitó el impulso de la política exterior mexicana y eclipsó sus anteriormente jubilosas evocaciones. Sirvan como ilustración las conferencias de prensa ofrecidas por el mandatario entre la devaluación de febrero y el fin de sexenio: en general se ahondó primero en el lastimoso estado de las finanzas nacionales, para después hablar sobre la potencia media. El orden temático no me parece fortuito debido a que esta última, además de recibir menor desarrollo, ya no fue expuesta tanto como un asunto en sí, sino como apéndice. Ciertamente la Guerra de las Malvinas (abril-junio de 1982) dio pie a que México volviera a preconizar sus ya conocidos postulados de resolución pacífica de los conflictos a través de negociaciones en foros internacionales. Con todo, rechazó cualquier posibilidad de actuar como mediador;¹²¹ tal vez no sólo por tratarse de un enfrentamiento ajeno a su pretendida zona de influencia, sino porque su propia debacle lo obligó a ahorrar energía a fin de concentrarse en sí mismo.

De nueva cuenta, las conmemoraciones cívicas fueron útiles para justificar la acción externa del presente por medio de su vinculación con el pasado, con la diferencia de que en 1982 se apuntó más a refutar la escalada de vituperios en contra de la costosa “aventura centroamericana”.¹²² La potencia media fue descrita como prueba de la vigencia del juarismo (CLXXVI aniversario del natalicio del Benemérito); reflejo de (1) la defensa de los intereses hemisféricos que la nación mexicana habría practicado desde sus albores (bicentenario del natalicio de Vicente Guerrero); (2) la “generosa pasión de justicia y libertad” que Lázaro Cárdenas brindó hacia Abisinia y España (LXXXVII aniversario del natalicio de Cárdenas), y (3) la política de Plutarco Elías Calles hacia Nicaragua en torno a la “hospitalidad” que ofreció a Augusto César Sandino (XXXVII aniversario luctuoso de Calles); lo mismo que un regreso a las raíces de 1910 al solidarizarse con movimientos en Centroamérica que buscaban mejoras sociales, es decir, sería una revolución que veía por otras (LXXII aniversario de la Revolución Mexicana).¹²³

Paralelamente al esfuerzo por defender una política exterior activa en circunstancias ominosas, las evocaciones sobre la potencia media, reitero, permitieron exhibir algo positivo de un régimen cuyo gran proyecto de desarrollo se desmoronaba. Durante el LIV aniversario

¹²¹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, abril, pp. 112-113; mayo, pp. 29, 70, 79; agosto, p. 31.

¹²² *Unomásuno*, 9 de octubre de 1982, p. 1; 15 de octubre de 1982, p. 2.

¹²³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, marzo, p. 175; abril, p. 100; mayo, p. 118; octubre, p. 80; noviembre, p. 171.

luctuoso de Álvaro Obregón, el ponente, un funcionario de la SEP, destacó que en un planeta aciago México fuera “un país profundamente vital” que le había “demostrado al mundo su inquebrantable vocación libertaria”. Mes y medio después, como contestación al VI Informe de Gobierno de López Portillo, el diputado Humberto Lugo Gil describió las iniciativas para mejorar las relaciones internacionales como “manifestaciones esenciales” de la “vigorosa, realista y digna postura mexicana.”¹²⁴ En pocas palabras, se apeló a la historia para justificar el activismo internacional, al tiempo en que las virtudes de este último fueron resaltadas a fin de no parecer en el completo fracaso.

Con todo y el afán apologético de tales señalamientos, López Portillo rechazó los intentos de interpretar el acabose económico como un castigo de Washington por las acciones en Centroamérica. Cuando el 11 de mayo y el 7 de junio se tocó el tema ante periodistas, el gobernante respondió que si bien acogerse a tal hipótesis le resultaría “cómodo” al ser ésta una “justificación heroica por haber mantenido una política internacional acorde a los principios”, no caería en tamaña irresponsabilidad. Sin embargo, el 3 de septiembre se retomaría el asunto de forma distinta, sino es que contradictoria, ya que Leandro Roviroso Wade, gobernador de Tabasco, identificaría la política exterior “en defensa de los débiles” como una de las causas que habían provocado el escarmiento de México por parte de mecanismos financieros externos e internos.¹²⁵

Más allá de semejante discordancia, los voceros gubernamentales coincidieron en la afirmación de que la crisis económica nacional era consecuencia, tal vez no de un complot contra México, pero sí de la displicencia de los países opulentos para con las iniciativas de este último. El 5 de enero, durante una conferencia de prensa, el Primer Magistrado comentó que el desplome financiero se debía al efecto combinado de la baja en el importe de las materias primas y del alza en el precio del dinero, acontecimiento que trataré a fondo en el siguiente capítulo y que López Portillo atribuyó a la poca solidaridad de los países ricos hacia los países pobres. Por lo tanto, dio a entender que la raíz del deterioro mexicano no yacía en las debilidades de la estrategia interna de desarrollo, sino en que el primer mundo no llevaba a la práctica los preceptos de Cancún.¹²⁶

¹²⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1982, julio, p. 120; septiembre, p. 82.

¹²⁵ Ojeda, “México: su ascenso...”, p. 26; *El Gobierno Mexicano*, 1982, mayo, p. 45; junio, p. 142; septiembre, p. 127. Esta declaración fue otro de los pocos casos en que no hubo armonía con las posturas presidenciales.

¹²⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 23-24.

Una mención más concreta de esta idea fue expresada el 23 de septiembre, cuando cierta periodista le preguntó al mandatario por el mensaje que leería en la ONU la siguiente semana. Éste respondió que, aun cuando no iría como “chivo loco” a manifestar reproches ni tampoco a “romper platos en las Naciones Unidas”, daría cuenta de los infortunios mexicanos como caso representativo de los males del sur, para a continuación recordarles a sus escuchas que la generalización de la particularidad seguía pendiente en vista de que el diálogo Norte-Sur no había sido “suficientemente entendido” ni el Acuerdo de San José era aún imitado. De tal modo, anticipó que expondría la situación nacional como muestra de lo que no debía pero podría pasarle al resto de los países subdesarrollados, con el subsiguiente ennegrecimiento de la perspectiva global.¹²⁷

Así, el 1º de octubre de 1982, José López Portillo tomó el estrado en la XXXVII Asamblea General de la ONU a fin de pronunciar un extenso y por momentos trastabillante discurso.¹²⁸ Tras referir los fundamentos de la potencia media en cuanto a su pluralismo y pacifismo, y asegurar que la negociación política era el único camino para bajar a la “humanidad entera” de esa cruz de cuatro puntos cardinales donde se encontraba, sentenció que ningún país podría salvarse solo si los otros se condenaban, y aun advirtió a las naciones ricas que el abuso continuado de su poder provocaría un incendio que acabaría con todo.

Más adelante lamentó que a casi un año del diálogo en Cancún el horizonte mundial hubiera empeorado política y económicamente, máxime en el sur, cuyos integrantes eran más vulnerables a la recesión, se veían obligados a hacer sacrificios lastimosos, interrumpían su desarrollo como efecto de los elevados intereses de sus deudas, e involuntariamente ponían en peligro la estabilidad del sistema financiero mundial dada su incapacidad para pagarlas. O en sus palabras: “los países del Sur estamos a punto de quedarnos sin fichas, y si no pudiésemos continuar en el juego, éste terminaría con una derrota general.” Reiteró que la salida no consistiría en la victoria unilateral de unos cuantos, sino en la armonía del norte y el sur, porque, en alusión a su vieja frase de campaña, “la solución somos todos”.

A continuación identificó el caso mexicano como “ejemplo vivo” del infortunio que dichos males provocaban en las naciones inocuas. Así, dio a entender que tanto el derrumbe

¹²⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 233-235.

¹²⁸ LaRouchistasMX. (22 de julio de 2012). *Discurso de José López Portillo en la ONU*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=u0bv5Mb4Cdg> [consultado el 12 de septiembre de 2018]; *El Gobierno Mexicano*, 1982, octubre, pp. 129-152. En los siguientes tres párrafos sintetizo su mensaje.

mexicano como el incierto curso global habrían sido evitados si el resto de los países hubiera hecho caso a sus clamores en favor de la tolerancia y la solidaridad entre los pueblos. No obstante, cerró su participación con un viso de esperanza al anunciar que todavía quedaba tiempo para corregir y encarnar el espíritu de Cancún, asunto que retomó apenas llegado a México cuando declaró que de poco servirían las medidas que su gobierno adoptara si la comunidad internacional, sobre todo el norte, no correspondía.

Dada la forma y la sustancia de tales planteamientos, creo razonable postular el 1º de octubre de 1982 como la fecha de *defunción* de la potencia media. Aquel ciclo que comenzó en 1979 y que alcanzó su cenit en 1981, acabó en medio de lamentaciones al año siguiente, vociferante pero irrelevante. Tres semanas después, cuando la cabeza del Ejecutivo aprovechaba su gira por Quintana Roo para develar un mural alusivo al diálogo Norte-Sur, Pedro Joaquín Coldwell, gobernador del estado, sostuvo que si un año atrás las naciones del norte hubieran escuchado las voces del sur, el mundo no se encontraría sacudido por una crisis tan funesta. De tal manera, aquel ambicioso proyecto para acabar con la Guerra Fría y resolver las adversidades de la humanidad, tanto las repentinas como las inmemoriales, acabó reducido a un mural y a un reproche.¹²⁹

Más aún, considero que el ocaso de la potencia media fue dotado de un carácter trágico. Mientras que a lo largo de los años previos se habló de ésta como un modelo gracias a su tolerancia y solidaridad, para finales de 1982 se habría transformado en un ejemplo preventivo, en la prueba viviente de lo que le depararía a las demás naciones subdesarrolladas si no se daba vida al espíritu de Cancún. Así, en lugar de ser visto como una alternativa múltiple, México quedó reducido a la esperanza de que el resto del globo recapacitara con motivo de su colapso. Ahí se hallaría la tragedia, en que las desgracias de la recesión internacional no hubiesen caído de lleno sobre quienes habían permanecido indiferentes al llamado en pro de un mundo mejor, sino justamente en la única nación que, según ella, había hecho todo lo que le tocaba, la que había descubierto, propalado y aplicado la hipotética solución definitiva a las grandes carencias de la humanidad. Por lo tanto, contrario a la fábula de la hormiga y la cigarra (castigo para el necio e inmunidad para quien actúa previsoramente), el galardón por hacer lo correcto habría sido la ruina, convertirse en un

¹²⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, octubre, pp. 199-200.

sacrificio involuntario, en la víctima más inocente, la que menos merecía sufrir pero que precisamente había terminado condenada a soportar los frutos de la displicencia ajena.

Con esta fase la potencia media cerró su ciclo. Fue un proceso en cuyo clímax se elucubró la posibilidad de arribar a una nueva era, pero al final sólo hubo espacio para deslindar responsabilidades y lamentar el destino; de la *cosmofagia (comerse al mundo)*, la política exterior lopezportillista terminó en una derrota contundente, *mordiendo el polvo*. De tal suerte, el avance de la crisis provocó el tránsito de la promoción a la justificación, en este caso, una de carácter doble, primero al achacar el declive económico nacional al vaivén externo, y después al explicar la poca eficacia de las medidas anticrisis como consecuencia de una comunidad internacional impávida. Tales argumentos formarían una parte de la justificación rendida al interior por el fracaso del plan de desarrollo; sin embargo, hay que aguardar al siguiente capítulo para profundizar al respecto.

Por lo que toca al futuro inmediato, aun cuando los numerosos proyectos de cooperación económica con Centroamérica se vieron truncados, la administración sucesora, encabezada por Miguel de la Madrid, se mantuvo activa en la región mediante el grupo Contadora, un organismo multilateral conformado por México, Colombia, Panamá y Venezuela que promovió la paz en la región. Las tesis fundamentales, relativas a la negociación, tolerancia, lógica norte-sur y demás, tampoco fueron abandonadas, y mucho menos el Acuerdo de San José –de hecho, este último se vio enriquecido al estipular la suspensión de abastecimiento petrolífero a cualquier país beneficiario que emprendiera acciones bélicas contra otras naciones del área–.¹³⁰ Por tanto, en opinión de Mario Ojeda, muchos de los cambios en la política exterior fueron más bien de estilo, enfoque y detalles: mayor discreción diplomática, menor ayuda a los sandinistas, multilateralidad, etc.; entretanto, para Sergio Aguayo y René Herrera se trató fundamentalmente de una automoderación; en cambio, Lorenzo Meyer sostuvo que fue más bien una retirada discreta y negociada.¹³¹

En efecto, las políticas exteriores lopezportillista y delamadridista tuvieron varias similitudes –una adicional sería la irrelevancia debido a que el grupo Contadora tampoco

¹³⁰ *Paz en Centroamérica. La diplomacia de México en acción*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores–Fondo de Cultura Económica, 1988, pp. 16-18, 130, 138-139.

¹³¹ Ojeda, “México: su ascenso...”, pp. 28, 31-35; Aguayo, “La seguridad nacional”, p. 63; Herrera, “Las relaciones...”, pp. 142-149, Herrera y Ojeda, *La política de México...*, pp. 108-111; Chavarría, “Las relaciones...”, p. 109; Meyer, “La guerra fría...”, p. 111.

logró la influencia esperada—. No obstante, hubo al menos una diferencia medular, la evanescencia de las aspiraciones de potencia media después de la crisis. Para que se entienda, a pesar de que no hubiera un repliegue equivalente al de 1976, las metas anunciadas por la administración sucesora exhibieron un carácter modesto: ya no hubo autorreferencias a México como descubridor, divulgador y primer practicante del plan para resolver los grandes percances mundiales, como tampoco se buscó apadrinar a Nicaragua ni ser la punta de lanza de la transición entre la era de combustibles fósiles y la de energéticos alternativos.

El desplome de 1982 impidió que México pudiera volver a presentarse como el virtuoso punto medio capaz de impulsar y encabezar las negociaciones entre los extremos en discordia: desde la OPEP y los grandes importadores de crudo, hasta las naciones del norte y las del sur. En consecuencia, así como Júpiter y su condición de estrella fallida,¹³² la nación mexicana no pudo consolidar su pretendido estatus de potencia media, ni siquiera el estado de pre potencia dado que no sólo detuvo su avance, sino que con el paso de los años se retrajo al punto de llegar a la más que discreta política exterior actual y su falta de un norte claro.

En suma, la potencia media fue tan intensa como fugaz, tan sólo entre 1979 y 1982 experimentó su albor, cenit y ocaso. Concordó con el efímero México de la abundancia por la estructura de sus expectativas: en ambos casos, tras un breve periodo de discreción se trazaron una serie de objetivos medidos con base en los hidrocarburos, para después pregonar el hallazgo de la raíz más profunda de los malestares (mexicanos en un caso, mundiales en el otro), así como el de un camino que permitiría resolverlos y llevar a la colectividad a un fin último. Así pues, mientras que entre 1978 y 1980 se proclamó una estrategia encaminada a solventar definitivamente las carencias nacionales, hacia 1981 se llegó al grado de insinuar que México no sólo podía cargar consigo mismo, sino también, en cierta forma, con la humanidad entera gracias a que su carácter céntrico lo volvía capaz de mediar entre los extremos antagónicos y divisar una salida oculta para el resto del orbe. Luego —asunto que abarcaré en el siguiente capítulo—, cuando la crisis redujo a escombros las altas expectativas internas y externas, la promoción se transformó en justificación, primero en el intento de depositar la culpa de la catástrofe en una coyuntura global desfavorable; después en una traición interna perpetrada por un enemigo intemporal.

¹³² Dicho planeta pudo haber sido la segunda estrella del sistema solar si hubiese tenido una masa mayor que provocase el desencadenamiento de las reacciones nucleares de fusión que todo astro requiere. http://www.astronavegador.com/Sistema_Solar/Jupiter.htm [consultado el 12 de septiembre de 2018].

3. Punzocortante

3.1 Inflexión

He aquí vienen siete años de gran abundancia en toda la tierra de Egipto.
Y tras ellos seguirán siete años de hambre; y toda la abundancia será olvidada en la tierra de Egipto, y el hambre consumirá la tierra.*

El desarrollo humano no se ha caracterizado por un trayecto homogéneo, sino por múltiples variaciones según la civilización en turno y la época en cuestión. Así, más que un devenir uniforme y estable, la dinámica general ha sido de ciclos: eras de avances y retrocesos que se alternan entre sí, máxime en la esfera económica. A la manifestación más dramática de estas perturbaciones se le conoce como crisis. Originalmente asociado a la medicina, este vocablo de origen griego sirvió para denominar una etapa específica en el proceso de las enfermedades, el momento crucial en el que el paciente modifica su estado, ya sea para comenzar su alivio o para agravarse hasta la agonía. Con el tiempo, el rango de la definición fue ampliado al punto de referir casos de ruptura o mutación en los más distintos procesos; hoy en día se le acota a su acepción negativa, a saber, las situaciones complicadas e indeseables que urgen arreglo inmediato.¹

En cuanto a su categoría económica actual, las crisis suelen implicar ajustes a las tendencias de crecimiento, escasez, bajas en las tasas de utilidades y riesgo de colapsos financieros; además, su alcance es tan amplio que trascienden en ámbitos como el político, social, cultural, religioso, artístico y tecnológico. Tales percances han acompañado al hombre prácticamente desde el inicio de la civilización, al menos desde la composición del *Génesis* y su relato de las *vacas gordas* y las *vacas flacas*. A partir de entonces han abundado testimonios acerca de las alteraciones en los procesos productivos, ya fueran los años de carestía que sucedieron al esplendor del Imperio Romano, las hambrunas del siglo XIV, o la debacle de finales del XVIII y su influencia en el fin del Antiguo Régimen. Por su parte, la edad contemporánea supuso la aceleración del ciclo, primero con una periodicidad

* *Génesis* 41:29-30.

¹ Pablo González Casanova, "México ante la crisis mundial", en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, pp. 13-14; José Moreno de Alba, *Suma de las minucias del lenguaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 175-176; <http://lema.rae.es/drae/?val=crisis> [consultado el 12 de septiembre de 2018].

sorprendente –una crisis por década entre 1848 y 1914, incluyendo una de escala global en 1873– y más adelante de forma irregular.²

Los movimientos cíclicos de la primera mitad del siglo XX se vieron eclipsados por la Gran Depresión de 1929, una catástrofe económica lo suficientemente impactante como para renovar el interés por comprender las razones de las crisis a fin de eludirlas, contrarrestarlas o al menos mitigarlas. Durante siglos, la sucesión continua entre tiempos de bonanza y de carestía permaneció como un misterio, fue asumida básicamente como un designo ineludible de la Providencia. En cambio, el avance científico del siglo XIX y la inédita aceleración del ciclo económico animaron la concertación de esfuerzos sistemáticos para entender dicha alternancia entre épocas de prosperidad y de recesión.³

Karl Marx fue de los primeros en ofrecer respuestas; él explicó las crisis como la ruptura o bloqueo de la reproducción del capital social en su conjunto, y, en su forma moderna, como un trastorno constitutivo del ciclo capitalista debido al desequilibrio entre producción y consumo. Para Clément Juglar, la razón de estas alteraciones se halló en cuestiones de índole psicológica, en tanto que otras variables como las innovaciones empresariales serían postuladas más tarde por Joseph Schumpeter.⁴

Frente al impacto de la Gran Depresión, John Maynard Keynes no sólo intentó explicar las crisis, sino vencerlas. Basado en su convicción respecto de que, a corto plazo, las fuerzas impersonales del mercado no tienden al equilibrio, propuso dotar a los gobiernos de funciones de regulación macroeconómica que les permitieran emplear gasto público para aumentar la productividad ante cualquier síntoma recesivo. La aplicación de este principio, aunada al estímulo que significaron los gastos militares de la Segunda Guerra Mundial, permitieron superar las secuelas de 1929 y crear un contexto propicio para que los años cincuenta y sesenta fueran de crecimiento económico acelerado, sostenido y generalizado. A lo largo de esas décadas la intervención estatal empezó a ser vista como una pieza esencial para alcanzar el equilibrio económico, al tiempo que las democracias inventaron el Estado de bienestar y procuraron alcanzar y mantener el pleno empleo. De esta manera, con base en

² Gabriel Tortella y Clara Núñez, *Para comprender la crisis*, Madrid, 2010, Gadir Editorial, 2010, *passim*; Carlos Marichal, *Nueva historia de las grandes crisis financieras*, Buenos Aires, Debate, 2009, pp. 28, 40-41.

³ *Ibid.*, p. 19.

⁴ Gabriel Tortella, *Introducción a la economía para historiadores*, Madrid, Tecnos, 1991, pp. 176-178; *Para comprender...*, pp. 20-24; Héctor Guillén Romo, *Orígenes de la crisis en México*, México, Era, 1992, p. 71.

la fórmula keynesiana de inyectar dinero ante el menor atisbo recesivo, los ciclos económicos del mundo desarrollado parecieron haber sido final y definitivamente superados.⁵

Sin embargo, el aclamado remedio se vio acompañado por el efecto secundario de la inflación acompañada de desempleo, fenómeno que se agravó en la medida del agotamiento del sistema económico mundial, sobre todo a partir de 1973, año en que la inflación “reptante” –moderada pero continua– comenzó a volverse “galopante” –superior al 10%–. La ineficacia de las viejas recetas favoreció la contraparte del keynesianismo, la escuela neoclásica monetarista encabezada por Milton Friedman y preconizadora de medidas antiinflacionarias que buscaban la reducción del papel estatal en la economía.⁶

La disputa entre keynesianos y monetaristas rebasó ampliamente el ámbito técnico y académico, se trató más bien de una guerra entre ideologías incompatibles que partían de visiones distintas tanto de la sociedad como del capitalismo, y que se traducían en políticas económicas opuestas. La principal expresión de esta rivalidad se halló en la batalla por explicar las causas de las crisis y contrarrestar sus efectos. Según los primeros, el Estado de bienestar alentaba la expansión económica al asegurar la demanda del consumidor. En cambio, para sus adversarios era justo ahí donde se hallaba la raíz de la inestabilidad. Por ende, adujeron que la inflación obedecía fundamentalmente a causas monetarias, que los preceptos keynesianos sólo empeoraban el problema y que la única alternativa viable consistiría en la ejecución de medidas que deprimieran la economía: políticas de austeridad basadas en la disminución del gasto público, alzas en los tipos de interés, congelación salarial, restricción en la emisión monetaria, etc. Más aún, el mismo Friedman equiparó los métodos keynesianos con las drogas, o sea, sustancias que, pasada la euforia inicial, requieren de dosis crecientes que terminan por minar la salud. Así pues, aseveró que las medidas antiinflacionarias debían ser suministradas y mantenidas con firmeza sin importar los costos sociales inmediatos.⁷

Tras algunas décadas de predominio keynesiano, el periodo de recesión inaugurado en los años setenta permitió que los monetaristas desplazaran paulatinamente a sus oponentes

⁵ Tortella y Núñez, *Para comprender...*, pp. 55-59, 68-70; Guillén, *Orígenes de la crisis...*, p. 17.

⁶ Tortella y Núñez, *Para comprender...*, pp. 72-73; Guillén, *Orígenes de la crisis...*, pp. 19-23.

⁷ González Casanova, “México ante la crisis mundial”, p. 14, 18, 24; Guillén, *Orígenes de la crisis...*, pp. 22-23; Tortella y Núñez, *Para comprender...*, pp. 74, 78; Tortella, *Introducción a la...*, p. 181; Jaime Estévez, “Crisis y proyecto nacional”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, p. 145.

en la conducción de la economía. En claro contraste con el 5.2% de crecimiento económico anual promedio que las naciones desarrolladas alcanzaron durante los años sesenta, el 1% conseguido a inicios de los ochenta evidenció la gravedad del nuevo escenario. No obstante, conviene reiterar que, a diferencia de la crisis de 1929, los peores estragos no acaecieron tanto en el primer mundo sino en los dos restantes. Por un lado, las economías socialistas se hundieron a finales de la década de los ochenta. Por el otro, la brecha entre países ricos y pobres se ensanchó debido a que estos últimos sufrieron estancamiento económico y aun caídas productivas, mientras que en el caso específico de Latinoamérica, se trató de una de las etapas más convulsas de su historia, su “década perdida”, un tiempo de escalada inflacionaria, parálisis en su ritmo de crecimiento y altos niveles de desempleo.⁸

Otro problema del tercer mundo fue el inmanejable endeudamiento que siguió al *shock*, ya que el subsecuente aumento en la circulación de petrodólares provocó una desesperada competencia interbancaria por encontrar colocación a los nuevos y abundantes recursos crediticios. Numerosos países subdesarrollados accedieron a préstamos cuantiosos; empero, la posterior lucha contra la inflación invirtió las condiciones: la banca internacional retrajo la oferta de nuevos créditos al tiempo en que sus tasas de interés, menores al 7% anual en los años setenta, alcanzaron hasta el 20% a inicios de los ochenta. A su vez, estas naciones vieron deterioradas sus balanzas comerciales por la baja en los precios de las materias primas y el endurecimiento en las medidas proteccionistas del primer mundo, de manera que el grueso de los cada vez más escasos préstamos destinados a ellas tuvo que ser canalizado al pago del servicio de las deudas contraídas en vez enfocarse hacia actividades productivas.⁹

En suma, la trascendencia de las crisis económicas es inmensa, casi tanto como su antigüedad, lo suficiente como para que las polémicas atinentes a sus causas no se limiten al mero deseo de resolver un enigma, sino que se conviertan en una guerra cuyo premio incluye el derecho a diagnosticar y, en consecuencia, prescribir soluciones globales. Dicho de otra forma, transitar de la comprensión a la explicación, de la explicación al predominio y del predominio a la acción. Desde dicha perspectiva abordaré la explicación oficial de la crisis mexicana de 1982, pues esta última conjugó cuatro factores: la dificultad de esclarecer un fenómeno misterioso y controversial; los intereses ideológicos y prácticos que había en

⁸ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 403 *et passim*; José Miguel Insulza, “El contexto global de la crisis”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, p. 29.

⁹ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, p. 421; Estévez, “Crisis y proyecto nacional”, pp. 48-49.

juego; las decisiones que siguieron al diagnóstico final ofrecido por el gobierno —la nacionalización bancaria y el control generalizado de cambios—, igual que el amplísimo contraste entre las altas perspectivas tan animosamente inculcadas y el súbito despertar.

3.1.1 *Una enfermedad, muchos doctores*

La explicación gubernamental de la crisis de 1982 fue una construcción gradual y un tanto improvisada que buscó justificar al régimen, y que, como en los casos anteriores, partió del petróleo para luego casi olvidarse de él. Si bien no se trató de una proyección a futuro, sino de un análisis del pasado reciente, este asunto tiene cabida en el presente trabajo porque sirvió como preámbulo a la última gran esperanza del sexenio, constituyó una variación del discurso de la eficacia —en este caso, la divulgación de las razones que supuestamente habrían limitado las capacidades del gobierno— y, más aún, porque siguió la estructura básica que delineó las expectativas del lopezportillismo. A mayor abundamiento, en un principio la baja en los precios internacionales de los hidrocarburos fue postulada como la causa del decaimiento nacional (inicio concreto y medido); no obstante, con el paso de los meses el énfasis se desplazó hacia una serie de factores internos que podrían resumirse en la denuncia contra un enemigo esencial (desenlace ambiguo y desmedido). Este viraje permitiría la gestación de la última etapa de la política de administración de expectativas, la cual nuevamente postularía el hallazgo del verdadero mal de raíz y su consecuente supresión definitiva, así como el advenimiento de una nueva era que conduciría hacia un estado último.

Para comprender el proceso de esta explicación justificante, en primer lugar es necesario dimensionar la crisis y ponerla en perspectiva. Los periodos 1973-1975 y 1981-1982 se caracterizaron por estancamiento para las economías avanzadas y para algunas de las subdesarrolladas,¹⁰ México entre ellas, pues esta periodización internacional se ajusta con aceptable precisión al ciclo mexicano en cuanto a los agitados finales de sexenio de Luis Echeverría y José López Portillo. La crisis de 1982 fue formidable en su proporción e impacto: incluyó un aumento inflacionario cercano al 100%, déficit público de casi el 17% del valor monetario del PIB, decrecimiento económico, duplicación del desempleo, devaluaciones, disminución de los salarios reales, fuga de capitales, endeudamiento creciente, insolvencia financiera, pérdida de fuentes crediticias, confrontación con el sector

¹⁰ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, p. 405.

privado, controles de precios, etc. A su vez, en opinión de Enrique Cárdenas, esta debacle se convirtió en un punto de referencia para el siglo XX mexicano: el comienzo del periodo de transición (1982-1987) ubicado entre una larga época de crecimiento económico acelerado (1929-1981) y otra de bajo crecimiento y reformas estructurales (1988-presente).¹¹

El carácter repentino de esta crisis le añadió dramatismo puesto que no representó el desenlace agravado de una recesión añeja, sino una serie de contraposiciones desconcertantes: por un lado, los pregones relativos a la administración de la abundancia fueron reemplazados por justificaciones tocantes al fracaso de la estrategia de desarrollo. Por el otro, la efímera bonanza, y sus tasas de crecimiento económico mayores al 8% anual, fueron sucedidas por una época de rendimiento mediocre que persiste hasta el día de hoy y que ha permanecido incólume a pesar del viraje en el modelo económico y de la alternancia política. Inclusive, ambos cambios tuvieron a la crisis de 1982 entre sus causas, ya que el contundente fracaso del lopezportillismo facilitó el ascenso de la tecnocracia, al tiempo en que la nacionalización de la banca motivó suficiente desconfianza en el empresariado y en parte de los sectores medios como para apoyar al PAN hasta su victoria en los comicios presidenciales del año 2000.¹² En otros términos, tanto la crisis de 1982 como sus consecuencias fueron radicalmente opuestas a la situación previa (crecimiento económico), a las expectativas divulgadas (soluciones definitivas) y a las proyecciones que el régimen trazó de sí mismo (perseverar en el nacionalismo revolucionario y mantenerse en el poder). En vez de sentar las bases de un desarrollo sostenido, el crecimiento logrado durante el auge agudizó los desequilibrios y deformaciones estructurales de la economía mexicana.¹³

Tal juego de antípodas ha despertado los más diversos intereses por comprender las causas del derrumbe económico de 1982. A grandes rasgos éste puede entenderse como el resultado de un largo proceso declinante (agotamiento prolongado de la estrategia de desarrollo nacional y del sistema económico mundial) agravado por una coyuntura externa desfavorable (recesión y medidas antiinflacionarias adversas para el tercer mundo) y por

¹¹ Enrique Cárdenas, “La economía mexicana en el dilatado siglo XX, 1920-2009”, en Sandra Kuntz (coord.) *Historia económica general de México*, México, El Colegio de México–Secretaría de Economía, 2010, pp. 526-531, 544; Ariel Rodríguez Kuri y Renato González Mello, “El fracaso del éxito, 1970-1985”, en *Nueva Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 708-711; Riding, *Vecinos distantes*, p. 185

¹² Esta última idea ha sido sostenida por personajes de distinta formación, ocupación e intereses como Enrique Cárdenas, Carlos Elizondo Mayer-Serra, David Ibarra Muñoz y José María Basagoiti.

¹³ Casar y González, “Los empresarios...”, p. 125.

políticas internas contraproducentes (lopezportillismo). En términos más concretos, es posible explicarlo como producto de las limitaciones del desarrollo estabilizador y del fracaso de una política económica osada que durante los años setenta intentó acelerar el crecimiento vacilante y, a la vez, atenuar las fricciones sociales agravadas en la década anterior. Asimismo, el episodio en cuestión se inscribió adecuadamente en el proceso mundial de recesión generalizada e inflación galopante, y en el latinoamericano de deuda exacerbada. De hecho, México fue uno de los integrantes más destacados del grupo de países que entraron en una debacle calamitosa durante esos años, y que hasta la fecha, más de 35 años después, aún no logra recuperarse del todo, ya que no ha vuelto a cosechar altas tasas de crecimiento económico sostenido.

Una vez señaladas las generalidades de la crisis de 1982, y a fin de comprender mejor el objeto de estudio del presente capítulo, es momento de reflexionar en torno a las numerosas explicaciones de sus causas. Por tanto, a continuación daré cuenta de una serie de miradas habidas al respecto, no con la intención de ofrecer un muestreo representativo, sino de ilustrar la diversidad de opiniones y posturas existentes, lo mismo que de relacionarlas con los intereses, intencionalidades, convicciones o estructuras interpretativas del expositor en turno.

Comienzo con dos economistas, Héctor Guillén Romo y el ya mencionado Enrique Cárdenas. Para el primero, el fondo del problema no radicó en las acciones adoptadas por Echeverría y López Portillo, sino en el modelo de industrialización datado desde 1940; por tal motivo, las políticas emprendidas en el interior del país entre 1970 y 1982 más bien habrían precipitado lo que tarde o temprano tenía que estallar. Por su parte, aun cuando Cárdenas también advirtió las limitaciones de dicho modelo, centró su análisis en causas de mayor inmediatez: tanto la adopción de una estrategia económica errónea por parte de López Portillo, como la aplicación de una serie de medidas inadecuadas y contradictorias –producto de la competencia por la sucesión presidencial–, los enfrentamientos dentro del gabinete y la falta de voluntad política para actuar en el momento justo y con la intensidad necesaria cuando el expansionismo económico se volvió perjudicial.¹⁴

Contrarios a estas explicaciones, algunos integrantes del sector privado brindaron interpretaciones más viscerales y sin ánimos de imparcialidad ni de rigurosidad. El empresario José María Basagoiti dio a entender que el acabose derivó esencialmente del

¹⁴ Guillén, *Orígenes de la crisis...*, pp. 14 *et passim*; Cárdenas, “La economía mexicana...”, pp. 526 *et passim*.

“autocratismo total de tipo politicoide” que entonces imperaba, pues aseguró que dicho sistema centralizó el poder en un hombre con ánimos redentores que “le dio la espalda a la realidad” (Echeverría) y en un sucesor inepto, frívolo e inconsistente que se dejó llevar por consejos fatídicos (López Portillo). En una tónica similar, banqueros como Carlos Abedrop Ávila, Manuel Espinosa Yglesias, Agustín Legorreta Chauvet, José Pintado Rivero y José Carral señalaron al nacionalizador de la banca como el único responsable de la catástrofe económica dada su incompetencia, su desmedido afán de prestigio, la manipulación de la que fue presa por parte de grupos izquierdistas, y su ilusoria creencia en el ascenso ininterrumpido de los precios del petróleo.¹⁵

Para terminar, varios servidores públicos también ofrecieron su visión sobre las causas del desplome. Según Carlos Tello, titular de la Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP) entre 1976 y 1977, y director general del Banco de México de septiembre a noviembre de 1982, éste fue consecuencia de los ataques promovidos por el sector privado, de las presiones estadounidenses en contra de política exterior mexicana y del efecto combinado del descenso en los precios del petróleo y del alza en las tasas internacionales de interés. En cambio, para David Ibarra, secretario de Hacienda entre 1977 a 1982, el declive nacional más bien se habría debido a la incapacidad de la administración lopezportillista –de la que él formó parte– para advertir los cambios en la economía mundial, propiciar tranquilidad en los cuentahabientes nacionales y renegociar la deuda externa en términos favorables.¹⁶

Gustavo Romero Kolbeck, director general del Banco de México entre 1977 y 1982, no responsabilizó directamente al gobernante nacional por los percances, sino a los asesores que lo instaron a aplicar una estrategia populista de desarrollo acelerado que vulneró la economía nacional y que, para remediar el posterior desastre, lo convencieron de ejecutar una serie de medidas antieconómicas que agravaron la situación. A su vez, para Miguel Mancera Aguayo,

¹⁵ José María Basagoiti, “La nacionalización de la banca y ‘México en libertad’”; Carlos Abedrop Ávila, “Motivos y costos de la expropiación bancaria”; Manuel Espinosa Yglesias, “Bancomer: logro y destrucción de un ideal”; Agustín Legorreta Chauvet, “Cómo fue la expropiación anticonstitucional de la banca en México: ocaso de una régimen político obsoleto, 1º de septiembre de 1982”; José Pintado Rivero, “La nacionalización de la banca privada en México”; José Carral, “La banca extranjera y la estatización de la banca”, en Amparo Espinosa Rugarcía y Enrique Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria, 25 años después. La historia contada por sus protagonistas*, vol. II, México, Centro de Estudios Espinosa Yglesias, 2008, *passim*.

¹⁶ Carlos Tello, “La crisis en 1985: saldos y opciones”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. II, pp. 400-401; Ibarra dio a entender que los errores cruciales en el manejo de la crisis se cometieron después de su salida de la SHCP. David Ibarra Muñoz, “Una visión de las causas de la nacionalización bancaria y sus consecuencias”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, pp. 163 y ss.

sucesor de Kolbeck y de Tello en el Banco de México (1982-1998), el problema radicó en que los años de auge obnubilaron a los dirigentes del país al grado de repetir los errores del sexenio echeverrista: “orgía de gastos”, déficit, obras “faraónicas”, etcétera.¹⁷

Por último, José Ramón López Portillo, subsecretario de Programación y Presupuesto a finales del sexenio, e hijo del entonces presidente, coincidió en la mayoría de los factores enunciados con anterioridad, mas no en su jerarquización puesto que para él la crisis se desprendió más de la coyuntura externa que de la política económica nacional. Además, pese a que admitió la ineficacia de las acciones gubernamentales, las describió como producto de la incertidumbre de la época, y aseveró que el expansionismo económico de entonces era visto como la única forma de cumplir con el servicio de la deuda.¹⁸

Tras haber presentado algunas miradas e interpretaciones relativas a la crisis, hay que analizarlas para dar sentido a sus similitudes y diferencias. En el caso de los académicos, Guillén Romo criticó el afán por privilegiar factores inmediatos y superficiales en vez de enfocarse en los estructurales, o sea, las contradicciones del modelo de acumulación capitalista en México; por lo contrario, si bien Cárdenas también prestó atención a estos últimos, para él la política económica lopezportillista y sus desafortunadas medidas anticrisis fueron determinantes. Así, aunque ambos autores emprendieron un análisis de perspectiva temporalmente amplia, sólo el primero, en función de su pensamiento marxista, se enfocó en las causas a su parecer más hondas y señaló la inevitabilidad del colapso, mientras que el segundo estimó que la convulsión de 1982 se debió ante todo a las acciones realizadas a partir de 1976. Asimismo, es necesario tener presente que el texto de Guillén Romo en buena medida puede entenderse como una refutación en contra de los monetaristas, a diferencia de Cárdenas, quien, habiendo escrito mucho tiempo después, denota menor combatividad.

En cuanto a los integrantes del sector privado, éstos no atendieron causas económicas estructurales, sino que se limitaron a criticar la centralización del poder político en personas dañinas a sus intereses. Por lo tanto, en lugar de razones profundas y complejas, sus

¹⁷ Gustavo Romero Kolbeck, “Testimonio sobre las condiciones que prevalecían en México y que llevaron a la nacionalización de la banca”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, pp. 181 y ss.; Miguel Mancera Aguayo, “Crisis económicas en México en el periodo 1976-2008”, en Federico Reyes Heróles y Francisco Suárez Dávila (coords.), *La crisis: testimonios y perspectivas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, pp. 69-72.

¹⁸ José Ramón López Portillo y Romano, “El proceso que llevó a la nacionalización de los bancos”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, pp. 224 y ss.

exposiciones sobre los motivos de la crisis más bien giraron en torno a una búsqueda de culpables, cuyo resultado apuntó hacia López Portillo y sus colaboradores. El primero fue tildado de inepto, ignorante y frívolo; los segundos, vituperados por haber manipulado al jefe de las instituciones nacionales a fin de ejecutar una política económica populista y contraproducente. De hecho, esta opinión es semejante a la de dos miembros del último grupo, pues Kolbeck y Mancera también explicaron la debacle con base en factores internos inmediatos –las acciones del gobierno en turno– originados por la influencia perniciosa de un número reducido de funcionarios.

David Ibarra podría catalogarse como un término medio que no se enfocó en criticar ni en defender la estrategia general, aunque tampoco dudó en subrayar que la administración lopezportillista, en la cual participó, no se desempeñó correctamente, ni en los años de auge para fortalecer las finanzas nacionales, ni en los aciagos para aliviarlas. Finalmente, Carlos Tello y José Ramón López Portillo representan el extremo opuesto ya que para ellos el acabose fue producto de la coyuntura internacional desfavorable y de las presiones ejercidas por el sector privado, es decir, cuestiones ajenas a la acción gubernamental; mientras que en el caso específico del hijo del mandatario, éste resaltó por justificar los errores de la administración mexicana al mostrarlos hasta cierto punto como naturales.

Con respecto a las intencionalidades de todos estos expositores, el duro juicio de los hombres de negocios se explica por el menoscabo que a su gremio le significó la crisis, por su aversión general hacia el gasto público exacerbado y por la afrenta, traición o pacto roto que para ellos representó la nacionalización bancaria. De ahí se desprende no sólo su tono peyorativo en contra de las políticas “izquierdizantes” y “populistas” de entonces, sino también su desinterés o falta de capacidad para abordar causas profundas que involucraran críticas a su añorado desarrollo estabilizador. Dicho de otra manera, desde esta óptica se entiende la razón de su empeño por privilegiar los factores más inmediatos: personajes específicos que los perjudicaron y hacia los que décadas después –al menos hasta la publicación de sus textos en 2008– aún expresaron animadversión personal.

En el caso de los servidores públicos, la bifurcación expositiva tiene sus raíces en las mismas divisiones que imperaron dentro del gabinete económico. Por un lado estuvieron los keynesianos: principalmente José Andrés de Oteyza, Carlos Tello, José Ramón López Portillo y David Ibarra; por el otro, los monetaristas: Miguel De la Madrid, Gustavo Romero

Kolbeck y Jesús Silva-Herzog Flores (sucesor de Ibarra en la SHCP), entre otros.¹⁹ Con todo y que el gobernante nacional intentó fungir como punto medio entre ambas facciones, la estrategia general y varias de las medidas adoptadas presentaron un tinte bastante más afín al de Oteyza y compañía. A sabiendas de esta distinción, no es de extrañar que los primeros defendieran la estrategia y resaltaran la coyuntura global como razón del colapso,²⁰ en tanto que los segundos recalcaran el daño provocado por las acciones emprendidas en el interior, justo como hicieron los empresarios, aunque sin su vehemente animosidad. De igual forma, esta perspectiva explica el interés de ambos grupos por revelar las divisiones en el gabinete, ya que al no haberse impuesto del todo ninguna de las dos posiciones, tanto uno como el otro justificaron la ineficacia gubernamental en función del estorbo que representaron sus respectivos rivales: los keynesianos por no haber contado con un frente sólido, y los monetaristas porque sus políticas no prevalecieron desde el inicio.

En términos simples, de un mismo suceso surgieron exposiciones de distinta índole: propuestas explicativas, polémicas teóricas, expresiones de rivalidad, defensa de intereses, críticas indecorosas y justificaciones disimuladas, todas en función de las convicciones e intereses del expositor en turno. Falta esclarecer una interpretación más, la del gobierno al momento de la crisis, pues a diferencia del resto de las explicaciones citadas –todas concebidas y publicadas años sino es que décadas después de 1982–, ésta se construyó, enunció y aún modificó en forma paralela al avance del declive. Consistió en un asunto de singular importancia, las cuentas rendidas a la nación cuando las expectativas utópicas se vieron súbitamente reemplazadas por un colapso financiero de dimensiones inusitadas.

De las numerosas miradas sobre la crisis (académicas, empresariales, gubernamentales), la inmensa mayoría concede gran relevancia a un acontecimiento específico, el cual ha sido postulado como arranque del declive, punto de inflexión, suceso emblemático o al menos episodio de especial relevancia: la caída de los precios internacionales del petróleo en junio de 1981; conviene empezar por ahí.

¹⁹ Ambas denominaciones fueron referidas tanto por Héctor Guillén Romo, Enrique Cárdenas e Isabelle Rousseau, como por José López Portillo y su hijo José Ramón. López Portillo y Romano, “El proceso...”, pp. 210 y ss. Rousseau, *México...*, pp. 111 y ss.

²⁰ A lo anteriormente expuesto, José Ramón López Portillo añadió la poca disposición de ayuda por parte de Estados Unidos, pues, según él, a esta poderosa nación le bastaba con que México “sobreviviera” hasta la toma de posesión de Miguel de la Madrid y el consecuente cambio de orientación en el modelo de desarrollo. López Portillo y Romano, “El proceso...”, p. 248.

3.2 El origen de todos los males

Esta oscuridad, llegada del oeste, cubrió la enorme ciudad. Desaparecieron los puentes, los palacios. Desapareció todo, como si nunca hubiera existido. Un hilo de fuego atravesó el cielo. Luego un golpe sacudió la ciudad. Se repitió y empezó la tormenta.*

Tanto en su sentido original como en el moderno, los años setenta colmaron al mundo de crisis, es decir, de momentos álgidos que definieron cambios profundos de repercusiones globales, ya fuera el comienzo de una nueva era de aprietos económicos, la segunda Guerra Fría, la tercera ola de revoluciones, lo mismo que el ascenso, cénit y ocaso del predominio de la OPEP. Entre 1973 y 1981 el mercado internacional de hidrocarburos se desempeñó en favor de los vendedores gracias a las tarifas ascendentes del preciado recurso. Si bien entonces se creyó que dicha tendencia sería duradera, la década siguiente se caracterizó por el fenómeno inverso: preeminencia de los compradores y descenso en los precios del petróleo. Así, de 1973 a 1980 el importe del barril de crudo aumentó de tres a 40 dólares, para perder hasta el 40% de su valor comercial en el transcurso de la década siguiente.²¹

Contrario a la expectativa divulgada en 1978 respecto de la hipotética escasez de hidrocarburos que el mundo sufriría a partir de 1985,²² los años que siguieron al segundo *shock* se distinguieron por sobreoferta en el mercado petrolero. La razón de este escenario imprevisto se halló justamente en las dos crisis de escasez recién sobrellevadas. En cuanto a la primera, los trastornos de 1973 motivaron la reducción del derroche energético en el primer mundo, así como el desarrollo intensivo de yacimientos prometedores ubicados en regiones ajenas a la OPEP, tales como México, Alaska y el Mar del Norte. Por lo que corresponde a la segunda, el declive productivo de 1979-1980 fue compensado mediante incrementos en las exportaciones de crudo de Arabia Saudita y otros países, la posterior recuperación de la industria petrolera iraní y la comercialización de millones de barriles que las transnacionales almacenaron a lo largo del último lustro con propósitos preventivos y especulativos.

De tal suerte, las medidas adoptadas por las naciones occidentales para neutralizar a la OPEP e inmunizarse en contra de sus temibles facultades –elevar precios y reducir su oferta petrolera– rindieron fruto hacia los albores de la década de los ochenta. Incluso es posible

* Mijail Bulgákov, *El maestro y Margarita*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 473.

²¹ Gabriel Székely, “La crisis de los precios del petróleo”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, p. 236; Guillermo Guajardo Soto *et al*, “Energía, infraestructura y crecimiento, 1930-2008”, en Kuntz, *Historia económica general...*, p. 684.

²² *Revista Mexicana del Petróleo*, año XV, Núm. 262, noviembre-diciembre de 1978, p. VIII.

que se superaran las proyecciones iniciales, puesto que a partir de 1981 el precio del barril mostró una tendencia decreciente por primera vez desde el *shock*. El nuevo escenario trajo consigo alteraciones significativas en el comercio mundial de hidrocarburos, mas algunos productores, México entre ellos, no sólo tardaron en asimilarlas y en actuar en concordancia, sino que aun les costó trabajo dar crédito a la nueva situación. De hecho, hubo quienes negaron que la tasación petrolera realmente estuviera cayendo y, en su lugar, sostuvieron que se trataba de un artilugio mercantil.²³

Con base en una lógica económica, las alternativas de Pemex se redujeron a una disyuntiva simple: reducir sus precios de exportación a fin de mantener competitividad o arriesgarse a perder su clientela. Así lo vieron Ibarra, De la Madrid y Kolbeck, y de igual forma lo manifestó públicamente Jorge Díaz Serrano el 1º de junio de 1981, día en que si bien aceptó que tal rebaja afectaría las finanzas públicas, trató de atenuar el impacto de sus palabras al externar su confianza en una futura alza en la cotización de los hidrocarburos. No fue un anuncio oficial, aunque así pudo tomarse, máxime porque previamente el aún director de Pemex informó en privado a la clientela estadounidense sobre la inminente depreciación del barril de crudo mexicano en cuatro dólares.²⁴

Se trató de una semana intensa para Pemex y fatal para Díaz Serrano, ya que cinco días después se vio obligado a renunciar a la dirección de la paraestatal e iniciar un trajín de desventuras que no sólo desembocaría en el ostracismo político, sino también en la pérdida de su libertad. Su reemplazo al frente de la industria petrolera recayó en Julio Rodolfo Moctezuma Cid, descendiente del antepenúltimo tlatoani, titular de la SHCP (1976-1977) y coordinador de proyectos de desarrollo de la presidencia (1979-1981).²⁵

José Andrés de Oteyza aprovechó el inesperado cambio administrativo para acrecentar su influencia en el delineamiento de la política petrolera. Basado en los supuestos de que la baja en la cotización del crudo era transitoria, y de que el mundo podría enfrentar escasez energética en el corto plazo, criticó públicamente a Díaz Serrano por malbaratar un recurso que, según él, pronto se revaloraría, adelantó que la lista de clientes petroleros sería depurada,

²³ Ibarra, “Una visión...”, p. 167.

²⁴ De tal manera, la cotización del barril de crudo Istmo bajó a 34.50 dólares, el Maya a 28 y la mezcla a 30.60. Isidro Morales, *La formación de la política petrolera en México, 1970-1986*, México, El Colegio de México, 1988, p. 156; Gálvez, *Crisis del crecimiento...*, p. 167; *El Gobierno Mexicano*, 1981, junio, pp. 139-141; López Portillo y Romano, “El proceso...”, p. 302.

²⁵ *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 274, mayo-junio de 1981, p. 9; Núm. 275, julio-agosto de 1981, p. 9.

e inclusive remató con la amenaza de no volver a suministrar energéticos a quienes se mostraran disconformes con las tarifas de Pemex. En consonancia con tan audaces declaraciones, para finales de mes Moctezuma Cid anunció un alza de dos dólares en el importe del barril. Desgraciadamente para la causa nacional, la imprudencia cometida incitó a diversos clientes a suspender o al menos modificar sus contratos con Petróleos Mexicanos, entre ellos empresas de Estados Unidos, Suecia, la India, Yugoslavia, Filipinas y Francia. De tal manera, la cuota de exportación se redujo de 1.3MMBD a menos de 500MBD, mientras que las pérdidas económicas se aproximaron a los mil millones de dólares.²⁶

Frente a tamaña debacle, la actitud mexicana pasó de la osadía a la desesperación: se redujo la tarifa petrolera aproximadamente dos dólares por barril –quedando prácticamente al precio establecido por Díaz Serrano–, al tiempo en que se incrementó la cantidad de crudo tipo Istmo –de mejor calidad– en su mezcla destinada al exterior. A pesar de que las nuevas disposiciones permitieron que Pemex recuperara el volumen de su mercado externo hacia el mes de agosto, la convulsión experimentada redujo en un tercio los ingresos previstos para ese año, evidenció las limitaciones de la estrategia de desarrollo imperante, debilitó la confianza de los sectores nacionales y extranjeros en la capacidad de gestión gubernamental, y representó el fin de la administración de la abundancia.²⁷ Por esta razón, la primera semana de junio de 1981 no sólo marcó una nueva etapa en el devenir de la industria petrolera mexicana, sino en el destino de la nación entera, el comienzo de la crisis económica.

Como adelanté en el apartado anterior, la mayor parte de los políticos, empresarios y académicos analizados se posicionaron en torno al acontecimiento. Respectivamente, David Ibarra, Gustavo Romero, Miguel Mancera Aguayo, Miguel de la Madrid y José Ramón López Portillo lo describieron como un “error gravísimo”; el suceso que resquebrajó el modelo de desarrollo; un *parteaguas* en el ascenso y descenso del régimen; un “terrible fin de fiesta” que marcó el arranque del desprestigio gubernamental, así como el punto de quiebre que desmoronó la impresión de éxito. En cuanto a miradas académicas, Soledad Loaeza lo categorizó como el primer augurio del fin de la época de bonanza, mientras que Eduardo

²⁶ *Ibid.*, Núm. 274, mayo-junio de 1981, pp. 9, 41-46; Núm. 275, julio-agosto de 1982, pp. 9, 11; Gálvez, *Crisis del crecimiento...*, p. 168; *El Gobierno Mexicano*, 1981, junio, pp. 32, 91 *et passim*; Morales, *La formación...*, p. 161; Jesús Silva-Herzog Flores, “La crisis de 1982 y la nacionalización de la banca”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, p. 320.

²⁷ *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 275, julio-agosto de 1981, p. 11; Morales, *La formación...*, pp. 161-163; Gil Villegas, “La crisis...”, p. 85.

Turrent Díaz remarcó sus efectos en el desequilibrio financiero y en el endeudamiento. Antes bien, es importante distinguir entre la caída en la cotización petrolera y la consecuente reacción mexicana. Tiempo después, David Ibarra, Jesús Silva-Herzog Flores, Miguel Mancera y Federico Reyes Heróles precisarían que el desastre no derivó en sí de aquel suceso de repercusión global –cuyas causas rebasaban ampliamente el alcance de la administración lopezportillista–, sino específicamente de la forma como se reaccionó; inclusive Alan Riding, entonces corresponsal en México de *The New York Times*, se referiría al primero como una oportunidad perdida: el momento propicio para ajustar el manejo económico.²⁸

Huelga aclarar que también hubo quienes desestimaron el episodio. Banqueros como Manuel Espinosa Yglesias y Agustín Legorreta, o periodistas como Sergio Sarmiento, sostuvieron que el germen de la crisis no se halló ahí sino en el alto nivel de gasto público ejercido a lo largo de los once años previos, o al menos en las ilusiones vanas depositadas en el petróleo desde 1977. Asimismo, por lo que toca a académicos, Héctor Guillén Romo no matizó el hecho en virtud de su búsqueda de causas estructurales, en tanto que Francisco Gil Villegas y Jaime Ros resaltaron que los problemas fueron graves desde antes de 1981.²⁹

En suma, se trató de un suceso digno de consideración. Las polémicas atinentes a si el punto de inflexión que devino en catástrofe se halló específicamente en la baja de la cotización internacional de los hidrocarburos; en la imprudente reacción de Pemex; en la elección de una estrategia de desarrollo basada en el supuesto errado de que los precios del petróleo se mantendrían al alza; en la acumulación de doce años de gasto público creciente; o en la misma estructura económica mexicana derivan de las más diversas razones, desde la capacidad analítica, la estructura interpretativa y el enfoque adoptado, hasta el propósito del emisor en turno, ya fuera explicativo, difamatorio o apologético. Independientemente de la sobreestimación o subestimación de la debacle de Pemex como causa de la crisis, este hecho

²⁸ Ibarra, “Una visión...”, pp. 163, 167; Romero Kolbeck, “Testimonio sobre...”, pp. 191-192; López Portillo y Romano, “El proceso...”, p. 229; Silva-Herzog, “La crisis de 1982...”, p. 302; Miguel de la Madrid, “Cambio de rumbo”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, p. 134; Soledad Loaeza, “Las clases medias...”, p. 232; Eduardo Turrent Díaz, *Estatización bancaria en México*, México, Centro de Estudios Espinosa Yglesias, 2009, p. 30; Federico Reyes Heróles y Francisco Suárez Dávila, “Presentación”, en *La crisis: testimonios...*, p. 13; Mancera, “Crisis económicas...”, p. 71; Riding, *Vecinos distantes*, p. 181.

²⁹ Espinosa, “Bancomer: logro...”, p. 35; Legorreta, “Cómo fue la...”, p. 94; Sergio Sarmiento, “Ya nos saquearon”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, p. 232; Gil Villegas, “La crisis...”, pp. 83-84; Jaime Ros, “La crisis económica: un análisis general”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, p. 139.

es fundamental para el presente trabajo, ya que marcó el principio de la justificación que durante más de un año el régimen construyó de forma gradual y paralela a la ruina económica.

Para tratar esta justificación es necesario atender las intencionalidades habidas tras los distintos diagnósticos. Mientras que, muchos años después, políticos y analistas admitirían que el punto de no retorno realmente se halló en la reacción de Pemex, al tiempo en que los banqueros infravaloraron el hecho en pos de esgrimir críticas de mayor gravedad en contra del gobierno mexicano –apuntalar que las calamidades no se originaron en una coyuntura desafortunada, sino en las contradicciones del lopezportillismo–, los portavoces de este último procederían justamente a la inversa de ambos casos: con el fin de evadir recriminaciones asignarían gran importancia al acontecimiento, pero únicamente en lo tocante a la declinación mundial y, por tanto, sin mencionar la reevaluación de dos dólares al barril mexicano ni las amenazas proferidas en contra de la clientela foránea.

En consecuencia, dedicaré el resto del capítulo a reconstruir y analizar dicha explicación justificante, mas no como si ésta hubiera sido formulada y difundida en un mismo momento, sino respetando su conformación paulatina y escalonada. Es importante proceder así porque a diferencia de los diagnósticos comentados arriba, el gubernamental se divulgó paralelamente a los percances y, por tanto, varió según el desarrollo de estos últimos; de ahí que la interpretación oficial incrementara su dramatismo en la medida en que las finanzas nacionales decaían. Por lo que toca al siguiente apartado, me restringiré a los sucesos ubicados entre el inicio de la crisis y la devaluación del peso mexicano en febrero de 1982, intervalo en el que hubo dos grandes exposiciones –una embrionaria en julio y otra más desarrollada en septiembre–, igual que varias referencias sucintas.

3.2.1 *Del negacionismo al imán de infortunios*

El 10 de julio de 1981, con Pemex en caída libre, López Portillo divulgó su primera explicación a fin de clarificar el “problema petrolero” y despejar la “espesa carga emocional” que percibía en el ambiente. Por medio de una conferencia de prensa³⁰ –que llamaré *versión A*– el Primer Magistrado aseveró que el descenso en la cotización internacional de los hidrocarburos no lo había tomado por sorpresa, para después pronunciar un dilatado análisis que incluyó un recuento de méritos como la superación adelantada de la crisis de 1976 y el

³⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, pp. 27-32.

crecimiento acelerado, seguido de una defensa en favor del intervencionismo estatal en la economía y de su estrategia de desarrollo basada en la exportación de crudo. Por lo que concierne a esta última, recordó que su éxito dependía del cumplimiento estricto de ciertas circunstancias exteriores que sobrepasaban por mucho el alcance del gobierno mexicano, no sólo la baja en los precios del petróleo y de otras materias primas, sino también el alza en las tasas internacionales de interés.³¹

Más adelante describió los pesares de entonces simplemente como “un problema de financiamiento a corto plazo” que generaba inflación, y como una falta de liquidez que sería superable siempre y cuando no se esparciera el miedo, o en sus palabras, “a lo que le temo es al temor [...] si nos aterrorizamos y nos cargamos de un solo lado de la nave, la podemos hundir.” Incluso relató una parábola³² para esclarecer su advertencia con respecto a que la solidez arduamente edificada podría desvanecerse si los rumores producían un clima enviciado, y, como arenga, hizo un llamado a favor de la solidaridad y en contra de toda preocupación pueril que condujera al “autosuicidio”. Finalmente, como punto más concreto, dio a conocer las acciones para enfrentar aquellos contratiempos a su parecer manejables pero potencialmente fatales: contracción del gasto público en 4%, reducción de importaciones, estimulación de exportaciones, deslizamiento del peso, e iniciativas en Pemex para recuperar su mercado externo.

A partir de esa conferencia, ya fuera mediante exposiciones amplias o comentarios sucintos, la caída de los precios internacionales del petróleo figuró asiduamente en las explicaciones oficiales sobre los motivos del desplome nacional. Aun cuando buena parte de la perspectiva, estructura, argumentos y datos expresados el 10 de julio persistieron en el resto de las explicaciones justificantes, con el paso de los meses se añadió una serie de factores, detalles, enfoques e incluso contrastes. Empezaré con el más discordante respecto de los demás: a lo largo del segundo semestre de 1981, algunos de los mensajes del gobierno relativos al apremio económico resultaron negativos, mas no por exhibir un carácter

³¹ Asimismo, el gobernante dio cuenta de factores internos que según él abonaban el problema, empero, en esta ocasión les asignó una importancia menor.

³² *Grosso modo* habló sobre un pueblo que se fue a la ruina por sospechas infundadas, pues la intuición de uno de sus habitantes –concerniente a que algo malo ocurriría– se esparció y se deformó al grado de que todos temieron lo peor. Por tal motivo, muchos abandonaron el lugar, entre ellos un hombre que aun quemó su casa e, involuntariamente, provocó un incendio que abrasó el poblado entero. Esta historia básicamente comprende la trama de *Presagio*, película mexicana de 1974 que contó con Gabriel García Márquez como guionista.

pesimista –de hecho, resultaron inquietantemente esperanzadores–, sino por rechazar que el proyecto de desarrollo se encontrara al borde del precipicio.

Me explico, uso el término “negación” por la asimetría habida entre parte del discurso oficial y las adversidades que siguieron a la caída de las exportaciones petroleras, tales como recortes en el gasto público, agravación del déficit comercial y fugas de capitales. De forma desconcertante, este cúmulo de infortunios fue acompañado a ratos por declaraciones propias de los mejores años de la bonanza petrolera: durante una ceremonia en Los Pinos llevada a cabo a principios de octubre, el presidente insistió en la meta de lograr el pleno empleo antes del año 2000. En la misma tónica, el 11 de noviembre Oteyza reiteró sus expectativas de mantener altas tasas de crecimiento económico a lo largo de la década de los ochenta. Al mes siguiente, Tulio Hernández, gobernador de Tlaxcala, proclamó que la solidez nacional garantizaría un “luminoso porvenir” siempre y cuando los mexicanos persistieran en el camino del trabajo, la solidaridad y el patriotismo.³³

En pocas palabras, por un lado se aceptó la existencia de adversidades, aunque por el otro se insistió en la expectativa de administrar la abundancia sin importar el cambio en las condiciones materiales que hasta entonces habían respaldado las promesas. Me parece que tales exhibiciones de alborozo desfasado no sólo fueron producto de una cuestión inercial, sino del momento de su divulgación: después de que Pemex recuperó su nivel de exportaciones (agosto de 1981) pero antes de que el peso se devaluara (febrero de 1982); esto es, justo en el ojo del huracán, el periodo situado entre dos convulsiones, cuando pudo parecer que ya había sucedido lo peor.

Con todo, si bien fueron momentos de poca claridad en torno al nivel de detrimento económico, dudo que después de junio de 1981 quedaran razones sólidas para que los administradores del país exhibieran semejante fe en su ambicioso proyecto con miras al siglo XXI. Por lo tanto, es más razonable argüir que con semejante optimismo se buscó impedir la proliferación del miedo. No es de extrañar que desde el 21 de julio el jefe del Ejecutivo dijera que todo regresaba su “caja” gracias a que, según él, la cuestión petrolera estaba prácticamente resuelta y muchos otros aprietos se encontraban en vías de solución.³⁴

³³ *El Gobierno Mexicano*, 1981, octubre, p. 16; noviembre, p. 110; diciembre, p. 108.

³⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, p. 91.

Empero, dicha propensión fue marginal, es decir, a lo largo de la segunda mitad de 1981 hubo pocas menciones acerca de la presunta solidez económica del país y el futuro supuestamente utópico que le aguardaba a los mexicanos. Por lo contrario, en la mayoría de los diagnósticos sobre la situación nacional se aceptó la existencia de contrariedades, aun cuando la forma de exponerlos resultó peculiar. Con base en los puntos centrales de la *versión A*, durante varios actos públicos se habló acerca de los apuros internos desde una perspectiva que privilegió los factores externos como causa. En efecto, el azaroso contexto mundial fue un tema evocado asiduamente a fin de recordar que el desorden imperante no era un estado privativo de México, y para mostrar que los males sufridos no se habían generado en el interior sino que habían llegado desde lejos.

A diferencia de las manifestaciones de optimismo anteriormente citadas, los señalamientos relativos a las calamidades externas fueron tan numerosos que se vuelve necesario dividirlos en categorías. En la primera pueden agruparse las menciones que se limitaron a dar cuenta de los infortunios globales. Ilustro con dos casos, el 18 julio Arsenio Farrell, director del IMSS, habló del “largo estremecimiento de violencia, incertidumbre y dolor” que parecía abatirse sobre el mundo. El 8 noviembre, Alejandro Cervantes, gobernador de Guerrero, se refirió a su presente como una época de tensiones internacionales y convulsiones que agobiaban al hombre.³⁵

En la segunda categoría se hallan los mensajes que conectaron explícitamente tal panorama con el acontecer mexicano. Entre otros, el 15 de febrero de 1982 Rodolfo Higareda, expresidente de la Asociación de Economistas al Servicio del Estado, aprovechó su estadía en Los Pinos para dejar constancia “a los que no saben o no quieren entender”, que el sector interno y el externo estaban indefectiblemente relacionados, de modo que había que tomar en cuenta lo que ocurría afuera.³⁶

En tanto que la tendencia a explicar los percances internos con base en coyunturas internacionales ha perdurado a través de los sexenios, la tercera categoría es, hasta donde he podido corroborar, poco menos que exclusiva del lapso 1981-1982: la insistencia en resaltar las supuestas ventajas de México sobre el resto del mundo. En múltiples ocasiones se dio a entender que no obstante la situación nacional, los demás países se hallaban en peor estado.

³⁵ *Ibid.*, p. 148; noviembre, p. 108.

³⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 32. Declaraciones similares se encuentran en *El Gobierno Mexicano*, 1981, agosto, pp. 15, 31.

Se trató de una ostentación recurrente a pesar de —o más bien debido a— los problemas financieros al interior, la cual posiblemente derivó de la mezcolanza entre los rescoldos de la retórica promocionista y la insistencia por dar cuenta del caótico devenir global.

Para ilustrar, el 21 de julio de 1981, ante miembros del Congreso del Trabajo, López Portillo aceptó que la nación atravesaba dificultades, pero agregó que en un mundo “maniqueo”, ésta mantenía su propio rumbo y era uno de los pocos países que podía llamar a los sectores organizados de la sociedad para buscar en conjunto las soluciones más adecuadas. A la semana siguiente las comparaciones adquirieron una tesitura más concreta, cuando David Ibarra destacó que al tiempo en que México crecía con justicia, libertad y tranquilidad social, afuera prevalecían el desorden, el retroceso y la violencia. Misma idea que expuso Francisco Luna Kan, gobernador de Yucatán, el 3 de septiembre del mismo año. Finalmente, el 5 y 17 de enero de 1982, el Primer Magistrado recordó el desempleo y nulo crecimiento económico que entonces experimentaban los países ricos, para a continuación ostentar que al menos la “inflación escandalosa” mexicana iba acompañada de mejoras salariales, alzas en el empleo y mantenimiento de subsidios. Asimismo, aseguró que quienes habían viajado al extranjero podían confirmar la afortunada condición mexicana, y remató al decir que prefería crecimiento inflacionario que inflación controlada sin crecimiento.³⁷

La cuarta categoría es, creo yo, la más original: una serie de expresiones que, de manera sutil, dieron a entender que la nación padecía en virtud de su éxito, pues era insostenible la existencia de un país ascendente dentro de un mundo tambaleante. Este postulado data al menos de mediados de 1981 y fue enunciado tanto por Oteyza cuando inauguró un evento de política energética, como por el gobernante nacional en la *versión A*. Empero, las referencias más completas, puntuales e insistentes salieron de la boca de este último hasta el 5, 7 y 21 de enero de 1982. En esos días afirmó que el proceso industrializador y las mejoras en el nivel de vida de la gente habían incentivado la demanda interna y, por ende, incrementado las importaciones. Ergo, la boyante nación mexicana había sido vista como un mercado atractivo, al que todos quisieron venderle, pero casi nadie comprarle, no por falta de competitividad en sus productos, sino por los problemas financieros de los socios comerciales. En otros términos, según el mandatario la economía mundial era como un

³⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, pp. 91, 119; septiembre, p. 108; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 18, 110-111.

“sistema de vasos comunicantes” en el que todo país que creciera en épocas de escasez sería drenado para nivelar al resto.³⁸ En parte, la imagen pregonada podría sintetizarse en un buen nadador que se hunde debido a que los demás, en su desesperación por salvarse, lo jalan hacia abajo.

Por lo tanto, la razón del deterioro nacional no sólo habría derivado de un mundo contagioso que transmitía su malestar indiscriminadamente, sino, cual funesta paradoja, de la atracción ejercida por el supuestamente excepcional progreso mexicano de los últimos años. Entonces, México no sufriría por sus errores y deficiencias, sino por haber actuado correctamente y por haber logrado lo que ningún otro –justo como unos meses después el jefe de Ejecutivo aseveraría en la ONU al dar a entender que la potencia media se desmoronaba por culpa de un mundo apático–. Así se dio respuesta a la antinomia entre una economía que se precipitaba hacia el abismo y el raudal de méritos pregonados una y otra vez por los portavoces gubernamentales.

Tras ofrecer esta vista panorámica, ya sólo resta dar cuenta de la segunda gran explicación justificante divulgada durante el segundo semestre de 1981: el V Informe de Gobierno de José López Portillo,³⁹ el cual identificaré como *versión B*. A lo largo de esta rendición de cuentas, el jefe de las instituciones nacionales retomó, englobó y, en algunos casos, desarrolló las ideas expresadas tanto en la *versión A* como en los demás eventos citados. Una vez exhibidos los méritos de su administración,⁴⁰ habló de un mundo involuntariamente perjudicial y contagioso; luego, de la atracción de males que ejercía el país de, hipotéticamente, mejor desempeño, y al final, de una nación que pese a todo resistía los embates de la mejor manera, al grado de ofrecer condiciones envidiables a nivel global.

En conclusión, los puntos centrales y pautas generales de toda esta argumentación desarrollada a lo largo casi ocho meses (de junio de 1981 a febrero de 1982) hallaron su origen en la *versión A*, y su desarrollo integral en la *versión B*. Empero, incluí el contenido

³⁸ Durante la citada conferencia de prensa del 10 de julio de 1981, el gobernante también señaló que las mejoras en el nivel socioeconómico de muchos mexicanos habían favorecido el desbalance financiero como resultado del afán de éstos por hacer turismo en otros países y comprar artículos foráneos. *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 276, septiembre-octubre de 1981, p. 25; *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, pp. 33-34; agosto, p. 30; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 16, 57, 123.

³⁹ López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, pp. 157-189.

⁴⁰ Al tratarse de un balance general de su gobierno, no resaltó solamente los logros económicos (como hizo en la conferencia de prensa del 10 de julio), sino también los éxitos del Sistema Alimentario Mexicano y, con especial entusiasmo e insistencia, la Reforma Política.

de varios eventos adicionales para mostrar que no se trató de un mensaje divulgado únicamente en un par de ocasiones, sino de una exposición constante, aunque –hay que subrayar– selectiva. En otros términos, más que una sola interpretación dada a conocer el 10 de julio de manera germinal, y el 1º de septiembre con mayor detalle, hubo una evocación frecuente, pero no del cúmulo de ideas en sí, sino del de sus partes por separado, las cuales fueron retomadas, ahondadas o precisadas según el momento específico.

Así, en vez de una sola explicación atemporal, el mensaje construido lució como una dinámica de niveles progresivos que es posible reducir a la siguiente cadena: primero, la nación mexicana se encuentra en auge; después, ésta se ve perjudicada por el estancamiento mundial, y al último, el país se tambalea porque su excelente desempeño atrae infortunios, si bien, con todo, es una fortuna vivir en México ya que el resto del orbe se encuentra en peor estado. En pocas palabras, los elementos vislumbrados en julio y ahondados en septiembre fueron recuperados en otras ocasiones, mas no en conjunto sino aisladamente, la elección del factor a comentar –la situación internacional, el contagio, la fortuna de vivir en México–, así como el énfasis dado, derivaron de la naturaleza del evento y, sobre todo, del estado financiero del país al momento de la enunciación.

Es indicativo el que una constante en tal escalonamiento fuese el afán por especificar que los padecimientos de entonces eran generalizados, provenían del exterior y rebasaban el alcance del gobierno mexicano. En cambio, complementariamente se dio a entender que los elementos positivos como el crecimiento de los últimos años no eran consecuencia del devenir global, sino del proyecto lopezportillista. En términos simples, los elementos indeseables serían producto del exterior; los provechosos, del interior.

Cabe advertir, sin embargo, que no hubo una correlación exacta ni minuciosa, pues aun cuando en términos generales se percibe una tendencia progresiva y proporcional –la que expongo–, hay casos que parecen desfasados; o sea, declaraciones que no corresponden a su momento, principalmente la pervivencia de anuncios sobre un futuro prometedor a pocas semanas de la devaluación del peso. Creo que estas desconexiones se deben a que, a semejanza de la retórica de la abundancia, no fueron explicaciones estructuradas con suficiente anticipación, sino construidas e instrumentadas al ritmo de la incertidumbre propia de esos meses de inestabilidad, cuando aún no era clara la hondura del declive.

3.2.2 *Cuesta de enero*

En enero de 1982, el panorama vislumbrado tras seis meses de deterioro financiero distaba de la euforia, el triunfalismo y las altas expectativas de los últimos años. Ciertamente hubo alocuciones sobre el alto crecimiento económico reciente, pero esta vez por razones defensivas: exhibir todo mérito y elemento rescatable⁴¹ con el fin implícito de aminorar la desazón gestada a lo largo del último semestre. Como si se tratara de un despertar severo, las tradicionales saluciones de año nuevo, expresadas al mandatario por parte de personajes políticamente relevantes, no incluyeron pregones sobre el advenimiento de la abundancia que, según se anunció tres años atrás, ya debía haber empezado a manifestarse en concreto, sino que en su lugar predominaron recordatorios atinentes a la coyuntura mundial adversa, así como llamados a solidarizarse en favor del país.

Igualmente indicativa resultó una conferencia de prensa llevada a cabo el 5 de enero, mas no tanto por las ingeniosas respuestas de López Portillo,⁴² sino por las preguntas de los periodistas, las cuales, a mi parecer, dan cuenta de parte de las preocupaciones generales ante la incertidumbre de los últimos meses; de ahí que en vez de hablar sobre propósitos de año nuevo y demás asuntos habituales, buena parte de las cuestiones giraran en torno a la deuda externa, las posibilidades de una devaluación brusca y el riesgo de inestabilidad política. Además, la solicitud de un balance sobre el auge petrolero permite sostener que para entonces ya había importantes críticas con respecto al ambicioso proyecto de desarrollo.

Dos entrevistas concedidas a medios extranjeros de Canadá y Suecia los días 11 y 17 de enero sirvieron como complemento, puesto que además de asuntos bilaterales y de política exterior, el petróleo fue un tema muy solicitado por las dos periodistas en turno. En dichos eventos el presidente explicó los desajustes financieros con base en los 10 mil millones de dólares perdidos por la debacle de Pemex y por la caída de los precios de otras materias primas.⁴³ De tal forma, en el arranque de su último año en el poder, se mantuvo firme en

⁴¹ La histórica producción agrícola obtenida en 1981 fue uno de los casos más señalados. *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 54, 58, 203.

⁴² Ante las inquietudes por el endeudamiento, el mandatario puso de relieve la sólida confianza que México inspiraba en el exterior para que le prestaran tanto; cuando le preguntaron sobre el avance de la corrupción, aseguró que ésta se había vuelto escandalosa en virtud de que por primera vez era combatida a gran escala, y al ser mencionado su nepotismo, replicó con una amplia disertación con bases etimológicas e históricas en la que dio a entender que mayor falta sería cerrar posibilidades de ascenso a gente sobradamente capaz sólo por compartir lazos sanguíneos, y que de actuar así, los parientes desplazados se dedicarían al *influyentismo*. *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 35-37.

⁴³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 81-87, 107-112.

cuanto a la adjudicación del “problema petrolero” como razón de los pesares; empero, a partir de entonces este aceite inflamable comenzaría a perder protagonismo en las explicaciones de la crisis, al punto de ser relegado por otros factores y quedar como el elemento que desencadenó la catástrofe, pero nada más; hasta ahí llegó el uso político del petróleo como justificación.

Por otra parte, en estas entrevistas el gobernante nacional ostentó un rescoldo de la retórica de la abundancia, pues nuevamente externó sus expectativas con miras a que en el año 2000 hubiera suficientes empleos para angostar la inequidad social. Sin embargo, el que entonces López Portillo hubiera categorizado a México como un “país de futuro” pudo implicar la admisión tácita de que ya sólo quedaba la esperanza, o tal vez trató de dar a entender que su administración no debía ser vista como un fracaso, sino como el paso intermedio de una estrategia a largo plazo que tardaría en dar frutos. Así pues, se trató de un periodo en el que la política de expectativas alcanzó sus límites debido a que las promesas perdieron respaldo real. En una expresión, las previsiones divulgadas empezaron a convertirse en meras esperanzas, a degenerar en *wishful thinkings*.

Por último, hay que subrayar el señalamiento relativo a que todo obstáculo podría ser superado siempre y cuando se obrara correctamente al interior –convicción expresada por López Portillo cuando se dijo temeroso del temor, así como por Tulio Hernández, gobernador de Tlaxcala–.⁴⁴ La premisa básica fue que, en última instancia, el proyecto nacional no estaba subordinado a los precios del petróleo sino al actuar de la gente, de modo que el punto de inflexión –hacia la ruina o hacia el restablecimiento– no dependería de coyunturas internacionales, sino de la cohesión y confianza de los mexicanos. Con base en este postulado, las exposiciones sobre el colapso financiero experimentado pocos meses después ya no enfatizarían el ambiente externo, sino una traición cometida en el interior. Así como con las expectativas, el discurso de la eficacia –esta vez manifestado a través de la explicación de la crisis de 1982–, transitaría de cuestiones concretas al desborde de sus planteamientos.

⁴⁴ Se sostuvo tal convicción en una reunión con integrantes del Congreso del Trabajo el 21 de julio de 1981, un desayuno con miembros de la Concamin el 10 de agosto siguiente y una salutación de año nuevo el 6 de enero de 1982. *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, p. 91; agosto, p. 27; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 49.

3.3 El banquete del banquero

Surgió, pues, para ellos, angustiada y perentoria la necesidad de explicar ese fracaso, pero de manera [...] que pudieran eximirse de la culpa. Y es claro, entonces, que semejante vía de salvación tenía que consistir en responsabilizar a otro, pero a otro idóneo para sumir la culpa, es decir, no sólo capaz, por su potencia, sino por sus intenciones. En suma, en otro que aparecerá como la encarnación de un poderoso espíritu maligno.*

Según Reinhart Koselleck y Eric Hobsbawm, pocos eventos aguzan tanto la mente de los historiadores como las derrotas, a saber, los yerros, el incumplimiento de sus previsiones. Dicho de otra forma, cuando ocurre lo que anticiparon suelen atribuir sus aciertos a meras cuestiones teleológicas, pero cuando no, se ven obligados a examinar su objeto de estudio con más cuidado y desde nuevos ángulos, procedimiento que, además de permitirles encontrar los errores específicos de sus trabajos, estimula el desarrollo de la comprensión histórica.⁴⁵ Parte de este principio puede aplicarse a las exposiciones gubernamentales de la crisis económica de 1982, mas no en cuanto a su rigurosidad ni validez, sino al número, constancia y complejidad de los argumentos formulados. Durante el auge petrolero no hubo gran énfasis en esclarecer la razón del éxito más allá de expresiones un tanto simplistas como la prodigalidad de los recursos y el ahínco de la gente. Por el contrario, entre junio de 1981 y noviembre de 1982 rebosaron las interpretaciones acerca del derrumbe. Unas veces fueron concretas, otras, poco menos que etéreas, pero en conjunto resultaron bastante elaboradas.

Como expuse en el apartado anterior, las primeras explicaciones oficiales de la crisis atribuyeron un peso mayúsculo a los factores externos.⁴⁶ A través de ellas, se dijo que los problemas económicos internos eran fruto de un mundo desarrollado que transmitía su decadencia al resto del globo, especialmente a México, pues, como si de un imán maldito se tratase, su éxito irónicamente había atraído desequilibrio financiero. Con todo, se añadió que la situación nacional era comparativamente mejor a la de muchos otros países, mas no sólo por la estabilidad política y el crecimiento económico reciente, sino porque toda amenaza podría ser superada en tanto los mexicanos presentaran un frente unido y solidario.

Conforme transcurrió el último año del sexenio, el enfoque de tales explicaciones fue orientado de forma sutil y paulatina hacia los factores internos. *Grosso modo* se habló de una

* O’Gorman, *México, el trauma...*, p. 50. Se refiere a los liberales del siglo XIX.

⁴⁵ Eric Hobsbawm, “El presente como Historia”, en *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica-Biblioteca de Bolsillo, 2002, p. 241.

⁴⁶ Arturo Guillén Romo afirmó que la “crisis por contagio” ha sido una de las explicaciones favoritas de las clases dominantes en México. Arturo Guillén Romo, “Interpretaciones sobre la crisis en México”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, p. 156.

especie de fisura en el frente nacional, una grieta perpetrada por un grupo de malos mexicanos que habría saboteado el esfuerzo colectivo para resistir el embate externo. Así, al tiempo en que un gobierno probo y un pueblo bienintencionado aguantaban el desplome, dicho grupo habría inclinado la balanza en contra de su nación a través de sabotajes financieros y campañas de rumores encaminadas a envenenar la conciencia de la gente. Para comprender este viraje en la explicación oficial de la crisis, es necesario llevar a cabo una serie de pasos, el primero consiste en brindar una exposición panorámica sobre del acontecer nacional entre febrero y agosto de 1982, periodo en el que se enfocará el presente apartado.

3.3.1 *Crisis en ebullición*

Ocho meses habían transcurrido desde la renuncia de Jorge Díaz Serrano, 35 semanas de incertidumbre financiera, expectativas tambaleantes y un proyecto nacional evanescente. Inmersa en tales circunstancias, la V Reunión de la República (4 y 5 de febrero de 1982) adquirió un cariz particular que la distinguió de las cuatro anteriores –eran eventos anuales transmitidos por radio y televisión con el fin expreso de “analizar nuestra realidad y ajustar a ella nuestras instituciones”–.⁴⁷ En un inicio, muchos de los balances ofrecidos parecieron ajenos a la realidad, ya que sus numerosos ponentes: secretarios de Estado, gobernadores, legisladores, entre otros, exhibieron un tono triunfalista en sus valoraciones del sexenio.⁴⁸

En cambio, López Portillo cerró el acto con un discurso menos entusiasta. Insistió en los motivos externos de los percances, justificó tanto la política petrolera como la búsqueda de crecimiento económico a toda costa, y categorizó la crisis como un problema no estructural sino solamente de financiamiento. Empero, la trascendencia de su mensaje se halló hasta el final, a través de una expresión que pasaría a la posteridad como “el discurso del perro”. En efecto, pese a que David Ibarra (SHCP) le hubiera pedido que evitara menciones sobre el tipo de cambio,⁴⁹ el presidente aseguró que defendería el peso como un can, y aún excusó el término al resaltar la valentía del único animal que, según sus observaciones empíricas, no huía de los helicópteros sino que los enfrentaba.⁵⁰ Así pues, tras

⁴⁷ *Unomásuno*, 5 de febrero de 1982, p. 1.

⁴⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 133 y ss.

⁴⁹ Ibarra, “Una visión...”, pp. 167-168.

⁵⁰ Mencionó que cuando despegaba o aterrizaba a bordo de un helicóptero, veía cómo los animales cercanos se alejaban con temor, excepto los perros. *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 153. Con esta comparación, López Portillo actuó a contracorriente en el uso de metáforas animalescas propias del discurso político: el

dar cuenta de semejante arquetipo de tenacidad y coraje, llamó a la gente a unirse en favor de la moneda nacional, e incluso, para disminuir la fuga de divisas, pidió evitar los viajes al extranjero y la compra de bienes foráneos.⁵¹

Tales palabras resonaron con hondura, aunque no como se esperaba; de hecho, el efecto logrado resultó opuesto al perseguido, ya que la manifestación de tan férrea voluntad para defender a ultranza el tipo de cambio recrudesció la salida de capitales al punto que la devaluación monetaria se volvió ineludible.⁵² A este respecto, es importante considerar que, independientemente de sus posibles ventajas macroeconómicas, las devaluaciones no se han caracterizado por su popularidad en la sociedad mexicana. El mismo López Portillo dudaba de su utilidad financiera;⁵³ además, sostenía que si devaluaba la moneda se devaluaría a sí mismo, de ahí que aplazara la medida hasta más no poder.

El “discurso del perro” no fue sino la puntilla que provocó el desajuste abrupto en una paridad cambiaria que debió haber sido modificada al menos desde la debacle de Pemex. Por desgracia, tal opción se rechazó varias veces en favor del incremento de la deuda con base en la esperanza de una pronta revaluación del crudo. El fallo en esta previsión, la falta de competitividad de las exportaciones no petroleras, la incapacidad para reducir las importaciones, la contratación de deuda a corto plazo, el incremento en las tasas internacionales de interés, la especulación empresarial y la fuga de capitales impidieron cualquier recuperación. A partir de entonces, el sector privado desarrolló expectativas devaluatorias al tiempo en que los bancos internacionales comenzaron a mostrar reticencias para aprobar más créditos. Por su parte, las divisiones en el interior del gabinete económico, así como la información contradictoria que cada bando proporcionaba –al parecer en función de motivaciones políticas inscritas en la sucesión presidencial–, dificultaron la toma de decisiones coherentes entre sí. El resultado fue contradictorio: gasto público que se expandía con vacilación, y medidas de austeridad que no acababan de aplicarse.⁵⁴

nosotros suele asociarse a seres como leones, tigres o águilas, en tanto que el *ellos*, los enemigos, a hienas, ratas, cucarachas y perros. Dijk, “¿Qué es el análisis...”, p. 61.

⁵¹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 145 y ss.

⁵² Enrique Cárdenas, “Historiando el presente. La nacionalización de la banca en México” en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, p. 58; Ibarra, “Una visión...”, p. 168.

⁵³ Ibarra, “Una visión...”, p. 165.

⁵⁴ López Portillo y Romano, “El proceso...”, pp. 231, 237 y ss.; Cárdenas, “La economía mexicana...”, pp. 526-527; Ibarra, “Una visión...”, p. 167.

El empeño presidencial en favor del peso alcanzó sus límites el 17 de febrero, cuando la combinación de todos los elementos anteriormente enlistados obligó a una devaluación repentina que se anunció de manera un tanto eufemística como “retiro del Banco de México del mercado cambiario”. En un primer momento, la cotización del dólar pasó de \$27 a \$38.10, luego, para el día 26, alcanzó los \$47.25, cifra que permanecería estable hasta principios de agosto en un rango que osciló entre los \$45.84 y los \$49.36.⁵⁵ Se dijo entonces que la paridad monetaria ya no se establecería de manera artificial, sino en función de las fuerzas del mercado, mientras que, a grandes rasgos, la caída del peso fue explicada como efecto de un crecimiento económico demasiado acelerado y de una fuga de capitales orquestada por parte de la élite económica.⁵⁶

Una de las primeras consecuencias de la nueva cotización fue la exigencia promovida por la CTM de un alza salarial que compensara el encarecimiento provocado por la caída del peso. En respuesta, y tal vez con miras a los comicios federales de julio, el 19 de marzo el Ejecutivo dispuso incrementos generalizados del 10, 20 y 30% inversamente proporcionales al ingreso de los beneficiarios, o sea, 30% para quienes ganaran menos y 10% para los que percibieran más. Se trató de una noticia que estremeció al sector patronal dado que sus integrantes esperaban que el porcentaje concedido no rebasara el 9%; sin embargo, la presión estatal y obrera lo obligó a ceder, si bien millones de trabajadores no sindicalizados quedaron al margen.⁵⁷ En opinión de Enrique Cárdenas y de los dos titulares de Hacienda de ese año, David Ibarra y Jesús Silva-Herzog –el primero fue removido por sus reservas frente a la medida, mientras que su reemplazo tampoco se mostró entusiasta al respecto–, esta decisión significó un craso error económico que anuló las posibles ventajas devaluatorias y provocó la animadversión empresarial, muchos de cuyos integrantes emplearon sus recursos económicos como arma política, es decir, aceleraron la fuga de capitales.⁵⁸

⁵⁵ *Unomásuno*, varios números.

⁵⁶ *Unomásuno*, 18 de febrero de 1982, p. 1; 12 de mayo de 1982, p. 4; 19 de mayo de 1982, p. 1; 4 de junio de 1982, p. 8.

⁵⁷ *Unomásuno*, 28 febrero de 1982, p. 1; 20 de marzo de 1982, p. 1; 20 de junio de 1982, p. 2.

⁵⁸ Cárdenas, “La economía mexicana...”, p. 527; “Historiando el presente...”, pp. 38 y ss.; Ibarra, “Una visión...”, pp. 169-171; Silva-Herzog, “La crisis de 1982...”, pp. 308-309; Casar y González, “Los empresarios...”, p. 130. En cuanto al manejo financiero del país, Miguel de la Madrid, entonces candidato, se mostró favorable a la línea gubernamental, aunque con cierta ambivalencia. En términos generales, repitió los postulados lopezportillistas en pro de la rectoría estatal de la economía; no obstante, hubo momentos en los que manifestó desconfianza en los subsidios, pidió realismo en los programas gubernamentales, aceptó que el endeudamiento era excesivo, criticó el populismo y anunció que atacaría tanto la inflación como la corrupción. *Unomásuno*, 8 de marzo de 1982, p. 1; 2 de abril de 1982, p. 1; 3 de abril de 1982, p. 1; 17 de abril de 1982, p.

Frente a los magros resultados –inflación elevada y desborde en la descapitalización–, en marzo también se anunció un recorte en el gasto público que no terminó de llevarse a cabo. A continuación, abril dio paso a un nuevo y más drástico plan de estabilización monetarista, un programa semejante a los que entonces imponía el FMI, uno que, como en los casos anteriores, tampoco se ejecutó a cabalidad. El motivo de esta irresolución puede hallarse en la inercia del gasto público, sobre todo porque la proximidad de los comicios federales volvía políticamente inadecuada la aplicación de una austeridad a rajatabla. De tal suerte, otra vez se recurrió a la única medida de financiamiento que había permanecido incólume a lo largo de los últimos años: la deuda.

Así, el 1º de julio se firmó un crédito por 2500 millones de dólares. Sin embargo, como si de un pozo sin fondo se tratara, no hubo suma que bastase. Ciertamente, entraba una gran cantidad de divisas, pero éstas salían en mayor volumen debido a las importaciones, los intereses de la deuda y una incontrolable fuga de capitales que recientemente se había desbocado, ya que la poca confianza que inspiraba el peso movía a los depositantes mexicanos a comprar dólares. En consecuencia, el tambaleo económico provocó que a la nación le fueran cortadas sus líneas crediticias, momento en que el único paliativo de los últimos meses dejó de figurar como opción. La ineficacia y pérdida de credibilidad del gobierno devinieron en una crisis de legitimidad que tendió a centrarse cada vez más en la figura del presidente, quien parecía haber perdido el control.⁵⁹

Ya sin alternativas financieras y con una serie de males acumulados, el mes de agosto llegó con una noticia aún más dramática: la cancelación de muchos subsidios y, por consiguiente, incrementos repentinos de entre el 30 y el 100% en el precio de productos y servicios básicos como la tortilla, el pan, el combustible y la energía eléctrica –después de todo, ya habían transcurrido los comicios, de modo que el costo político no sería tan grave, al menos en el corto plazo–. Pasados cinco días, el peso volvió a devaluarse de súbito, aunque

1; 21 de abril de 1982, p. 1; 20 de abril de 1982, p. 1; 27 de abril de 1982, p. 1; 2 de mayo de 1982, p. 1; 4 de mayo de 1982, p. 1; 14 de mayo de 1982, p. 1; 25 de mayo de 1982, p. 1; 26 de mayo de 1982, p. 1; 30 de mayo de 1982, p. 1; 4 de junio de 1982, p. 3; 5 de junio de 1982, p. 4; 16 de junio de 1982, p. 1.

⁵⁹ Cárdenas, “La economía mexicana...”, p. 527; “Historiando el presente...”, p. 41; López Portillo y Romano, “El proceso...”, pp. 242-243; Silva-Herzog, “La crisis de 1982...”, pp. 311 y ss; Rosario Green, *La deuda externa de México: 1973-1987. De la abundancia a la escasez de créditos*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores—Editorial Nueva Imagen, 1988, pp. 397 y ss; Juan Carlos Moreno-Brid y Jaime Ros, “La dimensión internacional de la economía mexicana”, en Kuntz, *Historia económica general...*, p. 772; Gil Villegas, “La crisis...”, p. 86.

con la novedad del establecimiento de un tipo de cambio doble. El primero, llamado “preferencial”, sería destinado a las importaciones indispensables y a los intereses de la deuda, y su paridad se mantendría aproximadamente en \$50, aunque sujeta a deslizamiento diario. El segundo sería libre, es decir, su cotización dependería del mercado y permanecería disponible para cualquiera que deseara comprar divisas. El precio del dólar libre partió de \$77 a \$84, si bien resultó de lo más volátil, tanto que para el día 14 alcanzó los \$150, mientras que a finales de mes se mantuvo en un rango poco mayor a \$100.⁶⁰

Criticado por el PAN y el sector privado, aunque respaldado tibiamente por los partidos de izquierda, el control de cambios dual generó tal desbalance que fue necesario aclarar que no hubo “mala fe” en su gestación ni aplicación, sino que se trató de un mal necesario.⁶¹ Más grave resultó su poca eficacia en cuanto al cometido básico: combatir la especulación y detener la fuga de capitales. De tal forma, ya prácticamente sin reservas, entre el 12 y el 19 de agosto el mercado de cambios permaneció cerrado para no perder las pocas divisas que le quedaban. Acto seguido, cundió el descontento en los cuentahabientes nacionales por el anuncio de que los bancos pagarían las cuentas en moneda extranjera (*mexdólares*) con pesos a un tipo de cambio de \$69.50, tasación menor a la que imperaba en el mercado.⁶²

El 20 de agosto, con las arcas casi vacías, sin líneas crediticias en el exterior y con los plazos del servicio de la deuda próximos a vencer,⁶³ el titular de Hacienda viajó a Nueva York en busca de un arreglo. Se trató de un asunto de interés global, tal vez lo suficiente como para que por un instante las cabezas financieras del mundo suspendieran el aliento: el riesgo de una moratoria que podría extenderse, para empezar, a toda Latinoamérica, ya que si México suspendía sus pagos, otras naciones podían seguir su ejemplo y provocar un colapso en el sistema bancario internacional. Fue el comienzo de una nueva fase del proceso económico mundial: las crisis de deudas soberanas.⁶⁴

⁶⁰ *Unomásuno*, mes de agosto de 1982.

⁶¹ *Unomásuno*, 13 de agosto de 1982, p. 5.

⁶² *Unomásuno*, mes de agosto de 1982; Cárdenas, “La economía mexicana...”, p. 527; López Portillo y Romano, “El proceso...”, p. 273.

⁶³ Al Estado le quedaban aproximadamente 180 millones de dólares cuando, tan solo para a fines de mes, debía pagar más del doble a la banca internacional. Green, *La deuda externa...*, p. 59.

⁶⁴ Green, *La deuda externa...*, p. 59; Cárdenas, “La economía mexicana...”, p. 527; Silva-Herzog, “La crisis de 1982...”, p. 316; Riguzzi, *Las relaciones...*, p. 441; Marichal, *Nueva historia...*, pp. 24, 208-209. Eric Hobsbawm describió la posible moratoria de los deudores tercermundistas como uno de los momentos más peligrosos de la economía mundial desde los años treinta. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 421-422.

La premisa mexicana podría simplificarse con la frase popular empleada posteriormente por Silva-Herzog Flores: “debo, no niego; ¿pago?, no tengo”.⁶⁵ Por ende, el secretario pidió a sus acreedores una prórroga de 90 días y un nuevo macro préstamo, esta vez de 3800 millones de dólares, pero ya no para financiar el desarrollo nacional, ni siquiera para sufragar el gasto corriente, sino tan sólo para pagar el servicio inmediato de la deuda. La respuesta inicial fue dubitativa, empero, la posibilidad de reorientar el manejo económico de México y, más aún, la amenaza, tanto de un pánico financiero generalizado como de un efecto dominó que el quiebre mexicano podría desencadenar –si los deudores suspendían pagos, los acreedores estarían técnicamente en bancarrota–, motivó la concertación de un *paquete de rescate* de 4000 millones de dólares.⁶⁶

Huelga señalar que para recibir un adelanto de mil millones, las autoridades mexicanas se vieron obligadas a aceptar la propuesta de abastecer por cinco años la reserva estratégica petrolera de Estados Unidos, pero en condiciones tan abusivas dadas las altas tasas de interés del préstamo y el bajo precio del crudo mexicano, que, según Joseph Kraft, cuando Ronald Reagan se enteró de las características del acuerdo, llamó a su negociador *son of a bitch*.⁶⁷

Llegado a este punto, es adecuado alzar la mirada y reparar en que, desde la década anterior, el sistema económico global dio pie a una espiral de endeudamiento en los países subdesarrollados que favoreció el predominio de la ortodoxia financiera. Fueron años en que el tercer mundo accedió a préstamos cuantiosos gracias a los innumerables petrodólares que los *shocks* trajeron consigo, los cuales permitieron mantener tasas relativamente altas, aunque artificiales, de crecimiento económico. Antes bien, las naciones subdesarrolladas ni se industrializaron ni lograron saldar sus adeudos, y tuvieron que seguir pagando sin importar el costo social. En pocas palabras, México no fue el único caso, pero sí uno particularmente dramático. Basta mencionar que entonces recibió el apelativo de “el país más endeudado del mundo”⁶⁸; poco después sería de los primeros en verse forzado a remplazar su política de endeudarse para crecer, por la de dejar de crecer para pagar a sus acreedores, y más adelante

⁶⁵ Luciana Kaplan y Diego Delgado (directores), 2007, *1982. La decisión del presidente*. [documental].

⁶⁶ Silva-Herzog, “La crisis de 1982...”, pp. 321-322; Green, *La deuda externa...*, p. 185; Marichal, *Nueva historia*, p. 210-216.

⁶⁷ Joseph Kraft, *The Mexican Rescue*, Nueva York, The Group of Thirty, 1984, p. 16.

⁶⁸ *Unomásuno*, 25 de mayo de 1982, p. 2; 10 de julio de 1982, p. 1.

recibiría críticas por haberse negado a utilizar “el poder que le daba la deuda”, o sea, organizar a otros países endrogados para imponerse a través de una negociación conjunta.⁶⁹

En resumen, entre febrero y agosto de 1982, México pasó del triunfalismo intermitente, a la insolvencia financiera; del llamado a defender el peso como un perro, a que la moneda nacional valiera menos de un centavo de dólar; de las alzas salariales, al encarecimiento generalizado; de las esperanzas en incrementar las exportaciones, a la fuga desbordada de divisas; del endeudamiento progresivo, a la pérdida del crédito internacional, y de las políticas de austeridad moderada que no se cumplieron, a las políticas de austeridad drástica que tampoco se cumplieron.

Medidas contradictorias, un país cimbrado, un gobierno rebasado. Frente a tal ambiente, el VI Informe de Gobierno (1º de septiembre de 1982) generó gran expectación, posiblemente más que cualquier otro previo y posterior, pues se le consideró ocasión propicia para saber si, pese a todo, el Ejecutivo podría dar una respuesta contundente que aminorara los agobios, o al menos si sería capaz de fijar una ruta precisa que compusiera el trayecto caótico imperante, respecto del cual sólo se tenía una certeza: que iba hacia abajo.

El VI Informe de Gobierno rebasó ampliamente las expectativas en cuanto a su trascendencia. Además de las rutinarias sucesiones de cifras y aplausos, incluyó una explicación de la crisis que no se limitó al señalamiento hecho a lo largo de 1981 en cuanto al mal contagiado, sino que encauzó sus energías hacia la denuncia de una traición interna y remató con dos decretos –la nacionalización bancaria y el control generalizado de cambios– a partir de los cuales se construiría la última gran esperanza del lopezportillismo, una nueva búsqueda de legitimidad. Pese a la sorpresa que causó, ni la explicación ni las medidas anunciadas tuvieron el carácter espontáneo que se les atribuyó en su momento. Para comprender su conformación es necesario dar el segundo paso; por lo tanto, tras haber ofrecido una vista panorámica del devenir general de esos meses, me centraré en las lecturas oficiales dadas a tal acontecer.

⁶⁹ Guillén, *Orígenes de la crisis...*, p. 113; Jesús Silva-Herzog Flores, “La crisis de ayer... la crisis de hoy”, en Reyes Heróles y Suárez (coords.), *La crisis: testimonios...*, p. 54; Clemente Ruiz Durán “El perfil de la crisis financiera”, en González y Aguilar (comps.), *México ante la crisis*, vol. I, p. 196; Muñoz Ledo, “El hambre...” p. 21; Green, *La deuda externa...*, p. 409; Marichal, *Nueva historia...*, pp. 194, 196.

3.3.2 *Del tijeretazo a la puñalada*

Como ya he aseverado, la explicación oficial de la crisis de 1982 no fue estática, al contrario, se transformó al ritmo del desmoronamiento económico. Una de las principales novedades que trajeron consigo los meses más convulsos (febrero-agosto) giró en torno a la categorización del problema, es decir, la postura en cuanto a si los apremios alcanzaban o no el rango de crisis. La posición inicial del gobierno resultó un tanto controversial, máxime si se le contrasta con fuentes como las hemerográficas. De las 194 publicaciones habidas entre la devaluación y el VI Informe,⁷⁰ el diario *Unomásuno* incluyó encabezados de primera plana relacionados con la crisis –cotización del peso, inflación, austeridad, desempleo, entre otros– en el 84.5% del total, a saber, en 164.⁷¹ Asimismo, destaca el que más de la mitad del 15.5% restante se ubicara entre el 6 de junio y el 5 de julio, o sea, durante el mes previo a los comicios federales. Por lo tanto, la principal reducción en las menciones sobre el hundimiento no habría obedecido a una mejoría económica, sino al espacio demandado por las elecciones. Aunque ni así se interrumpieron del todo las notas sobre las contrariedades financieras, incluso hubo caricaturas que trataron simultáneamente ambos asuntos:



Figura 1. *Unomásuno*, 11 de mayo de 1982, p. 3.

⁷⁰ En realidad fueron 195, desgraciadamente no pude acceder a la primera plana del 21 de junio; en consecuencia, hice mis cuentas con base en un totalidad ligeramente menor.

⁷¹ De igual manera figuraron numerosos encabezados, no sólo en la primera plana, que emplearon la palabra “crisis”, sobre todo a partir de agosto: “Tiempos de crisis”, “Opinar y actuar en la crisis”, “Crisis. Rostro sin máscaras”, “Sacar partido de la crisis”, “Para vivir con la crisis”, “Crisis y debate nacional”, “De la crisis a la reconstrucción externa”, “La nación en el espejo de la crisis”, “Ante el Informe. Autoritarismo y crisis”.



Figura 2. *Unomásuno*, 16 de julio de 1982, p. 3.

Al tiempo en que la crisis significaba el principal tema a nivel nacional, en repetidas ocasiones los portavoces del gobierno se mostraron renuentes incluso a llamarla por su nombre. En cambio, abundaron eufemismos tales como “circunstancias transitorias”, “etapa de ajustes”, “problemas circunstanciales”, “problema de liquidez”, “problema financiero coyuntural”, “ligeros nubarrones” y “tropezón”.⁷² De entre todos, el más socorrido fue este último, aunque es importante resaltar que no hallé menciones suyas a partir de julio, tal vez porque entonces la agudización de las calamidades lo volvió absurdo hasta para quienes se esforzaban al máximo por edulcorar las lecturas de la realidad.

Como aditamento al uso de eufemismos, hubo un notable énfasis en reafirmar que el padecimiento era superficial, en palabras de Silva-Herzog Flores, un “problema de caja”. Así, en más de diez eventos se aseguró que la estructura económica del país estaba sana y, por tanto, que su capacidad productiva seguía boyante, indemne y lista para ensancharse, pues, se dijo, las inversiones en infraestructura pronto rendirían frutos.⁷³ Declaraciones como éstas adquieren sentido al pensarlas como parte de un esfuerzo sistemático de lucha contra el miedo colectivo. Este empeño incluyó llamados a mantener la calma, exhibiciones públicas de confianza por parte de obreros, y proyecciones sobre una recuperación en el corto plazo

⁷² *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 12, 49, 124; febrero, pp. 50, 66, 154; marzo, pp. 99, 113-114, 165, 168-169; abril, pp. 74, 118; junio, pp. 46, 53, 107, 142; julio, pp. 78, 84. Los eufemismos sirven para fortalecer el hilo argumentativo del discurso político. Dijk, “Qué es el análisis...”, p. 55; Giménez, *El debate...*, p. 242.

⁷³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 82, 151; marzo, pp. 99, 101-102; abril, pp. 39-40, 81, 83; julio, p. 84; agosto, pp. 12, 15.

fundamentadas en la abundancia de recursos naturales y humanos, y aun en la curiosa convicción de que, al haber tocado fondo, el país ya no podía caer más abajo.⁷⁴

Con todo, la palabra “crisis” ganó terreno conforme los percances arreciaron. Dicho ascenso se evidencia al compararlo con el periodo anterior, pues entre junio de 1981 y enero de 1982, ésta se empleó en su acepción económica durante 17 actos públicos, de los cuales solamente en tres fue con relación al México de esos días.⁷⁵ Las otras 14 refirieron situaciones foráneas –los trastornos mundiales– o antañanas –la crisis mexicana de 1976–, evocaciones útiles para relativizar y justificar los agobios vigentes.

En cambio, entre febrero y agosto de 1982 la utilización del vocablo se triplicó, al grado de ser enunciado en, por lo menos, 49 actos públicos. Aun cuando este incremento apunta hacia la aceptación del problema, el contenido de los mensajes muestra que la búsqueda de atenuantes no cesó del todo. En las primeras semanas, el término volvió a ser empleado para denominar crisis de otras épocas y lugares, así como para rechazar que hubiera una en México y, por consiguiente, acusar de malicia o ignorancia a quienes sostuvieran lo contrario. No obstante, dado el agravamiento de los males y, por ende, lo impráctico de negar lo innegable, a partir del 15 de marzo las menciones se concentraron casi de lleno en el presente mexicano, aunque siempre con algún complemento absolutorio (la decadencia venía de afuera), mitigante (no era tan honda), positivo (podía dar paso a transformaciones benéficas), esperanzador (pronto acabaría), constructivo (había que actuar correctamente para vencerla), o incluso denunciante (era agravada por ciertos conciudadanos).⁷⁶ Es decir, como si se tratara de una regla inexcusable, no hallé caso alguno en el que se usara el sustantivo crisis para describir la situación nacional imperante, sin que inmediatamente se añadiera algún aditamento compensatorio.

Por encima de este tránsito, que partió de los eufemismos y desembocó en el empleo llano y recurrente del vocablo crisis, estuvo propiamente la explicación, el porqué del derrumbe. De febrero de 1982 en adelante se añadió una serie de factores distintos a los

⁷⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 32, 53, 66, 79-82, 141, 150, 155; marzo, pp. 43, 61, 100, 103, 111, 118, 183, 191, 195; abril, p. 40, 73, 81, 83, 118, 130; mayo, pp. 9-10, 15, 30, 43-46, 52, 83, 119-122; junio, pp. 9, 48, 84, 121, 106-107, 139-141; julio, pp. 14, 28, 33, 37, 52, 78, 127, 145; agosto, pp. 14, 25-26, 33, 45-48, 80.

⁷⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, p. 68; agosto, p. 88; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 100.

⁷⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 33, 78, 95, 129, 149, 151, 177; marzo, pp. 18, 42, 112, 118, 131, 155, 177, 193, 199; abril, pp. 81, 84; mayo, pp. 9, 11, 37, 93, 118; jun, pp. 23, 25, 39, 48, 77, 84, 113, 125, 127, 139, 141; agosto, pp. 14, 29, 33, 46-47, 64-65, 67-68, 80, 91, 105.

divulgados en los meses previos, no al grado de refutarlos ni reemplazarlos del todo, sino de enriquecerlos. La combinación de atribuciones antiguas y nuevas dio como resultado una óptica inédita, la versión final dada a conocer durante el VI Informe de Gobierno. Para comprender este proceso es necesario atender tanto las novedades como las reiteraciones, comenzaré con estas últimas.

A lo largo de los siete meses que siguieron a la devaluación de febrero, los portavoces gubernamentales insistieron en las principales ideas relativas a un mundo turbulento y a un México cuyo éxito atraía problemas, pero cuya situación, pese a las dificultades importadas, todavía era envidiable en comparación con la de otros países. Dicho de otra forma, aun cuando entre 1981 y 1982 el acento en la explicación se trasladó hacia las causas internas, las externas no se desvanecieron, es más, se incrementaron en términos absolutos. En al menos 16 eventos los ponentes aseguraron que el “tapete nacional” era “jalado desde afuera”, mientras que en otros cuatro el mandatario indicó que ciertos países estaban “chupando nuestro progreso y nuestros avances”, pues exportaban sus bienes a los pocos que tenían capacidad de adquirirlos, pero no correspondían con importaciones, de modo que México sufría por haber ascendido en medio de un mundo estancado.⁷⁷

Tan frecuentes resultaron las exposiciones sobre el origen foráneo de los estragos, que, como si de una muletilla se tratara, en diez ocasiones el mandatario tuvo que aclarar que no pretendía “eludir responsabilidades” al dar cuenta de los infortunios globales, sino esclarecer las razones profundas de los trastornos para hallar su solución, pues –bien pudo argumentar– un diagnóstico errado no sólo deja intacta la enfermedad, sino que puede ser fatal para el paciente. Más aún, y pese a que no hubiera presiones para que renunciara, el 11 de mayo exclamó que si de algo le sirviera a México que su presidente se culpara a sí mismo por el acabose, se sacrificaría sin dudar, pero añadió que no sólo sería un acto inútil, sino perjudicial, pues se desatendería la raíz del problema –la situación mundial–, incluidas las agravantes internas: mexicanos desinformados o insolidarios que, al sentirse absueltos de

⁷⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 12, 48, 66, 193; marzo, pp. 64, 69, 99, 167, 118, 192; abril, pp. 106, 125; mayo, pp. 32, 37, 68, 112; junio, pp. 107, 140-141; julio, pp. 28, 31-32, 35, 39, 49, 120, 125; agosto, pp. 35, 31, 41, 65, 77, 79-80.

responsabilidades, perseverarían en la compra excesiva de dólares y demás actos dañinos producto de sus intereses, egoísmos y pasiones.⁷⁸

Para terminar con las continuidades, resta distinguir la fijación gubernamental por comparar favorablemente a México con el resto del orbe. En al menos una docena de oportunidades, tanto el jefe del Ejecutivo como representantes de varias instituciones sugirieron que si bien la nación se hallaba en dificultades, en otros países el escenario era bastante peor. A continuación sintetizo las razones esgrimidas:

Tabla 1. Visión gubernamental sobre México y el exterior (1982)

México	Mundo entero o parte de
Armonía social y libertad de expresión	Represión a las voces discordantes
Reducción de la tasa de desempleo del 8 al 4.5%	Combate a la inflación a través del desempleo
Régimen democrático	Ausencia de comicios
Paz social	Violencia proliferada
Cuatro años de crecimiento económico elevado	Recesión económica
Petróleo en abundancia	Problemas en el abastecimiento energético

Fuente: elaboración propia a partir de *El Gobierno Mexicano*, 1982, marzo, pp. 19, 102, 169; abril, p. 70; mayo, pp. 40, 68; junio, pp. 32, 141; julio, pp. 16, 125-126; agosto, pp. 46, 90.

Ahora bien, por lo que toca a las novedades en la explicación, a diferencia del primer periodo (junio de 1981 a enero de 1982), en el segundo (febrero a agosto) las metáforas se convirtieron en un elemento recurrente. Tanto así que la memorable expresión de López Portillo: “soy responsable del timón pero no de la tormenta”, no se originó en el VI Informe de Gobierno, como bien podría suponerse.⁷⁹ En realidad, a lo largo del último año y medio del sexenio, el lenguaje náutico y meteorológico se empleó para exponer la situación nacional en al menos 23 eventos, 19 de ellos, entre la devaluación de febrero y el mes de noviembre. Entre otras expresiones afines, la crisis fue llamada “turbulencia”, “tempestad”, y mayoritariamente “tormenta”, una acompañada de “fuertes vientos” y “nubarrones de adversidad”. En esa tónica, los auxiliares del presidente serían la “tripulación”; el mandatario, el “capitán”, y México, la “nave”, una que había sido obligada a luchar contracorriente después de haber zarpado de puertos seguros en pos de un mejor destino.⁸⁰

⁷⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 66, 79, 146-147; marzo, pp. 43, 113, 168; mayo, pp. 31, 33; junio, p. 48; agosto, p. 46.

⁷⁹ Esta frase ni siquiera se usó exclusivamente en el ámbito económico, sino también con motivo de la erupción del volcán Chichonal en Chiapas a inicios de abril. *El Gobierno Mexicano*, 1982, abril, pp. 107, 114.

⁸⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1981, junio, pp. 43-44; julio, pp. 28, 57; diciembre, p. 11; *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 89; marzo, pp. 26, 60, 118, 165, 176-178, 192-193; junio, p. 46; agosto, pp. 27, 40; septiembre, 112, 146, 275; octubre 133, 137; noviembre, 42, 161, 169, 209.

Dentro de esta tormenta, el factor externo terminó caracterizado en función de los dos acontecimientos recientes que más habían perjudicado al país: la baja en los precios internacionales del petróleo, así como de las materias primas en general, y el alza en las tasas de interés que México pagaba a sus acreedores. En siete ocasiones, una en 1981 y seis entre enero y agosto del año siguiente, López Portillo usó el lenguaje figurado para describir ambos fenómenos como una “pinza nefasta”, o como “las dos hojas de una peligrosísima tijera” que había cortado “nuestras posibilidades de financiamiento”, ya que el efecto combinado de ambas distorsiones le había costado al país diez mil millones de dólares, estocada fatal para la consecución del proyecto de desarrollo.⁸¹

Paralelamente a las nuevas formas de expresar ideas pasadas, durante el periodo en cuestión se habló de factores distintos a la hipótesis del contagio. El 11 de mayo y el 10 de agosto, frente a periodistas y líderes empresariales, respectivamente, el gobernante nacional recordó los tres periodos bianuales en los que dividió su gestión seis años atrás: recuperación, consolidación y crecimiento acelerado. Acto seguido declaró que “la enorme confianza del país en sí mismo y en sus potencialidades” había provocado un traslape, o sea, que su administración optara por impulsar el crecimiento de la economía antes de que esta última terminara de consolidarse, de modo que construyeron “sobre terreno que tenía sitios falsos”. Para terminar, agregó que el resultado de tal superposición había sido ambivalente: por un lado, desarrollo de infraestructura y creación de millones de empleos; por el otro, la aparición de una serie de cuellos de botella que vulneraban el país ante el embate externo.⁸²

Un segundo factor estribó en el apunte hecho por López Portillo, en febrero, abril y julio, acerca de que los flagelos del presente eran el precio del auge experimentado en los años previos,⁸³ algo parecido al envaramiento muscular que sucede a una ardua jornada de ejercicio físico. Es cierto que tal postulado puede entenderse como una variación al de que el

⁸¹ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, p. 7; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 12; febrero, pp. 96, 149, mayo, pp. 38, 40; junio, p. 140; agosto, p. 46. Asimismo, al menos en otras once ocasiones se habló de la baja en los precios del petróleo y del alza en las tasas de interés como razón del debilitamiento económico mexicano, aunque sin metáforas de por medio. *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, pp. 28, 78; septiembre, 302; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 24, 28, 124; febrero, pp. 79, 146-147; marzo, pp. 99, 167, 193; julio, p. 127; agosto, p. 46.

⁸² *El Gobierno Mexicano*, 1982, mayo, p. 36; agosto, pp. 29-30. En el discurso político, cuando el emisor o su grupo han cometido una acción perjudicial o reprobable, el primero suele exponerlo como una excepción o incidente, en este caso, un “traslape”; en cambio, cuando el yerro provino del grupo rival o antagónico al enunciante, éste lo tilda de acto típico y natural de tales actores. Dijk, “¿Qué es el análisis...”, p. 53.

⁸³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 78; abril, p. 117; julio, p. 145.

éxito del país atraía problemas, con la diferencia de que ahora se habló de una especie de consecuencia natural e inevitable más que de un producto de la coyuntura mundial. Igual de llamativo fue el tercer factor, cuando, ajeno a relaciones causales, el 23 de junio el jefe del Ejecutivo se limitó a sostener que había “tiempos de normalidad y tiempos de crisis”, caso análogo a los tiempos de lluvias y de secas.⁸⁴

Por lo tanto, si bien no se llegó al grado de refutar la explicación basada en el contexto global, durante 1982 hubo momentos en los que fueron expuestas las razones del hundimiento sin apelar a lo externo, ya fuera por errores bienintencionados (el *traslape*), por tratarse de una situación natural, o incluso por motivos aleatorios que recuerdan los tiempos preindustriales, cuando las crisis eran vistas como un misterio profundo e impenetrable.

Sin embargo, la innovación principal en las explicaciones de esos meses no radicó en determinismos ni en errores inocentes, sino en la denuncia de una especie de puñalada por la espalda que habría provocado el enervamiento nacional. Esta afirmación fue expresada a cuentagotas y de forma breve en un sinfín de actos públicos de índole variada, así como en tres exposiciones amplias e integrales sobre el desmoronamiento del proyecto nacional. Dada su complejidad, desarrollaré las evocaciones sucintas en el siguiente apartado, y en lo que resta del presente me centraré en las dilatadas. A lo largo del periodo en cuestión, López Portillo ofreció cuatro explicaciones pormenorizadas en las que no se limitó al recuento inmediato ni a la descripción fáctica, sino que estableció principios causales relativamente complejos para desembrollar las razones de su fracaso. La primera se expuso en febrero, poco después de la devaluación; la segunda, en mayo, a raíz de los anuncios de recortes al gasto público dados a conocer en las semanas previas; la tercera, en agosto, producto de la interrupción de los subsidios, y la cuarta, en septiembre, durante el VI Informe de Gobierno.

El 26 de febrero, durante una entrevista concedida al diario francés *Le Monde*, el jefe de las instituciones nacionales explicó el declive de entonces básicamente como producto de las “dos caras” de petróleo: por un lado, recordó que la exportación masiva de este líquido inflamable había permitido superar la crisis de 1976, crecer económicamente a tasas anuales del 8%, generar millones de empleos y fortalecer la planta industrial. Empero, añadió que el desfinanciamiento motivado por la *tijera* había provocado el malestar económico de los

⁸⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1982, junio, pp. 75-76.

últimos meses. De tal manera, el interpelado atribuyó cierto carácter paradójico a este recurso finito: el de ser una solución que inesperadamente había generado contrariedades.⁸⁵

Para el 11 de mayo, con motivo de su encuentro con el grupo periodístico 20 Mujeres y Un Hombre, y como respuesta a la pregunta “¿Qué pasó, señor presidente?, íbamos muy bien y ahora tenemos muchos problemas”, el entrevistado aseguró que de nada serviría que él se culpara a sí mismo, ni tampoco que recriminara a otros, sino que, en vez de envenenar el ambiente y provocar antagonismos innecesarios, convenía analizar serenamente la realidad. Con base en tal afirmación, partió de la premisa de que los percances venían de afuera, si bien admitió la situación interna como agravante. Posteriormente recordó los logros iniciales de su proyecto de desarrollo basado en la exportación de crudo, para a continuación dar cuenta de los dos obstáculos que lo habían embotado: un error y una desgracia, es decir, el *traslape* y la *tijera*. Agregó que el desequilibrio financiero resultante había dado paso a que, desconfiados en la moneda nacional, muchos mexicanos compraran dólares en demasía y, por ende, que se volviera inevitable la aplicación de medidas lastimosas tales como devaluar, reducir importaciones, moderar el gasto público y permitir cierta desocupación laboral. Finalmente, y tras hacer una acusación velada al externar que a él, como cabeza de la nación, le quedaba menos credibilidad que al “empleado bancario de ventanilla” que recomendaba a sus clientes comprar dólares, declaró que era su deber alertar a la gente de que el riesgo de perseverar en la búsqueda de un beneficio personal a costa del interés colectivo no sería que “vayas a tener menos dinero; es el de que vas a tener menos país...”⁸⁶

Pasados tres meses, el 7 de agosto, con un país estremecido por la segunda devaluación y el fin de muchos subsidios, López Portillo ofreció una exposición de 47 minutos en la que se declaró responsable de la estrategia anticrisis, aunque no culpable de los trastornos que la hicieron necesaria. Posteriormente, imputó los agobios nacionales a la inestabilidad mundial, con la diferencia de que esta vez el señalamiento resultó fugaz, pues se concentró en los factores internos. Por un lado, atribuyó la nueva devaluación a la falta de solidaridad: a que la gente no se había transformado en una “jauría” protectora del peso. Por el otro, con relativa sutileza achacó la espiral inflacionaria a la conducta de dos tipos de mexicanos: una mayoría que, influenciada por rumores tendenciosos, había comprado dólares a destajo, y una minoría

⁸⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 95-97.

⁸⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, mayo, pp. 31 y ss.

que, obcecada por sus proyecciones de riqueza individual, se había dedicado a la especulación financiera y a la adquisición inmoderada de bienes foráneos.⁸⁷

Hasta este momento se percibe con claridad una gradación en las explicaciones, fundamentalmente en cuanto al acento: en febrero, la *tijera*;⁸⁸ en mayo, un punto medio entre los aprietos externos y las deficiencias internas, y en agosto, el actuar de los connacionales. De igual forma aplica con los causantes: durante la primera el énfasis no recayó en los responsables sino en las consecuencias; en la segunda, se habló de la búsqueda de culpables, pero para pedir su suspensión, y en la tercera fue el presidente mismo el que señaló con insistencia a estos últimos. Los tres niveles serían conjugados en el cuarto caso, aunque sin perder la progresión del afuera hacia el adentro.

El 1º de septiembre, durante casi cuatro horas y ante más de dos mil asistentes,⁸⁹ José López Portillo ocupó la tribuna del Palacio Legislativo de San Lázaro para rendir su explicación más amplia e integral sobre la crisis. Antes de partir hacia el recinto había adelantado que su mensaje trascendería, y no exageró, pues más allá de las decenas de interrupciones que los tradicionales aplausos provocaron en su lectura, o de momentos memorables como el puñetazo al estrado, las lágrimas presidenciales o el memorable “Ya nos saquearon, México no se ha acabado ¡No nos volverán a saquear!”, su VI Informe marcó un cambio en el rumbo nacional, aunque no fue ni remotamente el anunciado: en vez de crear un hito que catapultara el reavivamiento de la Revolución Mexicana, generó un breve rescoldo nacionalista que se extinguió tras unas cuantas semanas poco menos que delirantes. En realidad, sus efectos serían opuestos a lo pretendido, sólo que tardarían en manifestarse.

El VI Informe de Gobierno⁹⁰ en buena medida puede entenderse como una justificación dilatada por hundimiento nacional. Primero, el mandatario destacó todo lo destacable, en especial la Reforma Política, tal vez porque a falta de balances económicos positivos, le convino apelar al desarrollo democrático. También retomó varias de las categorías expresadas en los últimos meses: habló de una “peste financiera” que, “como en el medioevo”, “arrastraba país por país”; aseguró que era imposible “arreglar la casa” cuando

⁸⁷ *Ibid.*

⁸⁸ Ciertamente el tipo de evento (entrevista para un medio foráneo) pudo influir en la prelación dada las razones externas de la crisis; no obstante, resulta sugerente la gradación temporal entre febrero y septiembre.

⁸⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 103.

⁹⁰ Éste y los cuatro párrafos siguientes están basados en López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, pp. 191 y ss.

“la corriente exterior, fuera de nuestro control, nos empuja, nos precipita y nos detiene”, y resaltó las condiciones favorables de México con respecto a otras naciones, así como el imán de infortunios que su éxito le había significado.

En cuanto a tales infortunios, al empezar su discurso el mandatario anticipó que daría cuenta de un claroscuro. De tal suerte, tras haber ostentado la parte luminosa: crecimiento económico durante cuatro años, creación de empleos, autosuficiencia energética, etc., se enfocó en las sombras, sombras que habían sido producto de “condiciones fuera de nuestro control”; condiciones cuya drástica alteración –la *tijera*– nadie en el mundo había logrado prever; drástica alteración que había cimbrado las bases del proyecto nacional.

Al igual que en los meses previos, la *tijera* fue postulada como el origen de todos los males, como la bola de nieve que desencadenó el alud de percances: desequilibrio financiero, déficit comercial, endeudamiento descontrolado, inflación, austeridad y más. Luego, el exponente precisó que “si eso hubiera sido el problema, la potencialidad del país lo hubiera podido resolver”. De manera que el golpe final no habría llegado desde lejos, sino principalmente del interior, de una especie de conjura que habría alentado la desconfianza de la gente en torno a la moneda nacional, y logrado cuantiosos beneficios individuales a partir de la especulación financiera. ¿Cómo? Mediante fugas de capitales provocadas por el esparcimiento de rumores, los cuales habrían comenzado desde las ventanillas de los bancos, cuando los cajeros aconsejaban a su clientela comprar dólares. Inculpó también a rentistas mexicanos por haber llevado más dinero a Estados Unidos que el que había llegado a México durante toda su vida independiente por concepto de inversión extranjera,⁹¹ sobre todo por tratarse de montos que no regresaban a su país de origen y que ni siquiera pasaban por el erario. Y si bien aceptó que cada quien era libre de hacer con sus ingresos lo que mejor le pareciera, reprobó el desinterés de estos conciudadanos en el bien común.

Producto de tal análisis, aseguró que por fin habían “identificado los grandes males”: (1) el desorden externo, (2) la falta de solidaridad interna y (3) “el manejo de una banca nacional insolidaria y especulativa”, una que “ha pospuesto el interés nacional y ha fomentado, propiciado y aun mecanizado la especulación y la fuga de capitales”. Respecto del primer mal, evidenció que éste rebasaba por mucho el alcance de su administración, si

⁹¹ Datos cuantitativos como éste ilustran el objetivo persuasivo de un discurso formalmente informativo. Gutiérrez Vidrio, *Discurso...*, p. 168.

bien recordó que la potencia media había hecho el máximo esfuerzo para solventarlo. Por el contrario, proclamó que los dos restantes –que habrían “sacado más dinero del país, que los imperios que nos han explotado desde el principio de la historia”–, podían ser enfrentados, mas no en busca de venganza, sino para sanear la economía, detener la injusticia, impedir que el problema de “caja” se convirtiera en una crisis estructural y, por encima de todo, evitar que las desgracias volvieran a ocurrir. Anunció, en consecuencia, que había expedido dos decretos: la nacionalización de la banca privada⁹² y el control generalizado de cambios.

Antes de terminar, advirtió que la aplicación de dichas medidas conllevaría algunas molestias en la vida nacional; de tal forma, hizo un llamado al patriotismo, pues, apuntaló, sólo a través de tales decretos sería posible frenar las prácticas especulativas, controlar la inflación, acabar con el “sistema parasitario” imperante y detener los trastornos que nos “vacían las entrañas”. A su vez, más allá de lo inmediato, describió las nuevas disposiciones como el camino para “cortar de raíz el mal” y, allende lo económico, para romper tabúes y permitir que la Revolución Mexicana, una vez liberada de temores, acelerara su paso.

Las tres horas con 47 minutos que duró el VI Informe de Gobierno no sólo pueden entenderse como una extensa justificación respecto de la crisis, sino también de los decretos que coronaron el evento –como señalé al inicio del capítulo, las medidas a implementar frente a un problema dependen de su diagnóstico, en este caso, un desmoronamiento causado por la traición de los dueños de las instituciones crediticias del país–. Así, en términos de billar, podría hablarse de una *jugada a dos bandas*, o incluso a cuatro si se repara en que la nacionalización bancaria y el control de cambios fueron descritos como doblemente valiosos: medio para castigar a los culpables del derrumbe y camino para superar las distorsiones económicas.

De igual forma, el VI Informe consumó la explicación nacida el 10 de julio de 1981 (*versión A*). Del señalamiento de la baja de los precios del petróleo como razón del acabose, se terminó en recriminaciones contra un enemigo interno. Los decretos subsecuentes

⁹² Pese a su carácter sorpresivo, esta medida no fue una decisión improvisada, Miguel de la Madrid y Enrique Cárdenas sostuvieron que el mandatario la contempló como alternativa desde febrero de 1982 (De la Madrid, “Cambio de rumbo”, p. 137; Enrique Cárdenas, “Historiando el presente...”, p. 44). Para empezar a entenderla es oportuno considerar que la asesoría de dos académicos de Cambridge, John Eatwell y Ajit Singh, fortaleció las convicciones en favor de la rectoría estatal de la economía por parte de una presidencia que al interior de su seno se debatía entre la vereda keynesiana y la monetarista. Ibarra, “Una visión...”, p. 165; *Unomásuno*, 5 de junio de 1982, p. 9.

permitieron concebir una última gran expectativa que, como en los otros casos, empezó de forma concreta y medida, para después desbordarse hasta divisar un fin utópico, aunque con la diferencia de que ésta sería tan fugaz que muchos ni siquiera se percatarían de su fase más elevada. Para Gilberto Giménez, el VI Informe de López Portillo fue el “discurso transgresor por excelencia”, primero porque la función de este tipo de mensajes era reportar éxitos, no fracasos; segundo, porque fue más un discurso de intervención que de información, el cual usó para justificar tanto sus decretos como a sí mismo frente a la crisis.⁹³

Empero, no di cuenta de esta amplia explicación de la crisis solamente por haber sido el preámbulo de la esperanza final del lopezportillismo, sino porque su estructura se ajusta con precisión aceptable a la política de administración de expectativas, con todo y que se habló del pasado inmediato en vez del futuro distante. Como en los casos anteriores, las disertaciones gubernamentales sobre el declive nacional partieron de los hidrocarburos para después casi olvidarse de ellos, o al menos para atribuirles un papel secundario. Asimismo, éstas comenzaron de forma precisa a través de la identificación de causas eminentemente económicas (la caída de las tarifas petroleras); no obstante, con el paso de los meses las dilucidaciones se complejizaron (el éxito mexicano atrae los infortunios) y cambiaron de signo al grado de terminar en una concepción muy distinta a la inicial (la *puñalada*). Por encima de todo, en vista de que las crisis económicas y las promesas insatisfechas se cuentan entre los factores que minan la legitimidad,⁹⁴ la amplia y cambiante explicación oficial sobre el desplome financiero de 1982 bien puede entenderse como el intento de atenuar dicha socavación; se inserta, reitero, en la misma lógica del discurso de la eficacia, aunque no en función de las metas a lograr, sino de las razones que habrían impedido alcanzarlas.

En la primera expectativa se transitó de los pregones sobre la superación de la crisis de 1976 al México abundante, desarrollado, acreedor y de pleno empleo. En la segunda, del apoyo a Centroamérica a la resolución de la Guerra Fría y de la inequidad global. Por lo que toca al tercer caso, la explicación desarrollada a lo largo del presente capítulo, también hubo una escalada, la cual partió de un brete coyuntural concreto, la *tijera*, y terminó en la identificación de una adversidad ancestral difusa, no el actuar de los banqueros en sí, sino la existencia de un enemigo histórico sino es que eterno.

⁹³ Giménez, *El debate...*, pp. 110, 120, 131, 133.

⁹⁴ Rubio, *El acertijo...*, p. 138.

3.4 El Gran Satán

Please allow me to introduce myself
I'm a man of wealth and taste
I've been around for a long, long year
Stole many a man's soul and faith.

And I was 'round when Jesus Christ
Had his moment of doubt and pain
Made damn sure that Pilate
Washed his hands and sealed his fate.*

A pesar de no ser instrumentos bélicos, las tijeras pueden causar heridas cuando no hay prudencia en su uso. De esta forma se planteó el efecto combinado de la baja en los precios del petróleo y del alza en las tasas de interés: como un acontecimiento perjudicial pero involuntario, producto de entidades desconsideradas más que de fuerzas malignas. Por el contrario, los puñales son armas, su función es lesiva; además, su diminuto tamaño los vuelve idóneos para matar a traición. Así podrían ser condensadas las descripciones relativas al adversario interno, no los millares de mexicanos atemorizados que desconfiaron del peso, sino el grupúsculo que alevosamente habría derruido el proyecto nacional.

Por lo tanto, la explicación oficial de la crisis de 1982 se asemejó a dos objetos punzocortantes: uno distante y ajeno que, sin pretenderlo, desencadenó una coyuntura adversa pero superable; el otro, cercano y voluntarioso, cuyo daño resultó definitivo e insufrible debido a la naturaleza crítica de las circunstancias. Dicho de otra forma, la imagen divulgada podría sintetizarse en dos actos, primero un protagonista, encarnación del gobierno y del pueblo, que resistía con todo su ser el embate involuntario de la *tijera* externa; luego, un pérfido individuo que aprovechó el estruendo de la *tormenta* para asestarle una *puñalada* por la espalda, y así arruinar su briosa resistencia. El primer instrumento puntiagudo habría generado un entorno propicio para el segundo; la combinación de ambos, provocado el declive financiero y, por ende, el fin de la administración de la abundancia.⁹⁵

* The Rolling Stones, *Sympathy for the Devil*.

⁹⁵ Conviene precisar que, dentro del ámbito político, el “mito de la puñalada por la espalda” –la explicación de las derrotas a partir de una traición interna que disimule la superioridad de las fuerzas extranjeras, sino es que la debilidad propia– ha sido empleado muchas veces. El caso alemán derivado de la Gran Guerra fue especialmente dramático, pues la *dolchstosslegende* allanó el camino de los nazis hacia el poder. En Estados Unidos sirvió para encumbrar el macartismo después de la Revolución China (*Who lost China?*), así como para lidiar con los infortunados desenlaces de sus intervenciones armadas en Corea, Vietnam e Iraq. De hecho, en sus formas más incipientes, la necesidad de recurrir a la acusación de perfidias o subrepticios, producto del rechazo a aceptar la falibilidad del héroe, es tan antigua como las narraciones acerca de los decesos de Heracles, Cristo y Sigfrido. Kevin Baker, “Stabbed in the back! The past and future of a right-wing myth”, en *Harper's Magazine*, <http://web.archive.org/web/20080516233413/http://www.harpers.org/StabbedInTheBack.html> [consultado el 12 de septiembre de 2018].

La denuncia de la *puñalada* fue sucedida por una determinación tan categórica como sorpresiva, lo suficiente como para que, según *The Wall Street Journal*, México diera la noticia de la semana con la nacionalización bancaria y el control de cambios.⁹⁶ Ambos decretos resultaron igualmente inesperados al interior de las fronteras, tanto así que en vísperas del VI Informe las previsiones de la Canacindra no apuntaban hacia posibles expropiaciones, sino a nuevos incrementos salariales de emergencia.⁹⁷ En otras palabras, la postrera y rotunda inculpación a los banqueros motivó el asombro de muchos, a quienes les resultó por demás abrupto el salto entre el *tijeretazo* y la *puñalada*. Sin embargo, 1982 fue un año de continuas y numerosas evocaciones sobre el enemigo interno, las cuales, como se comprobará a continuación, acabaron en lo intangible: en la descripción de un antagonista primigenio y atemporal que debía ser encarado. Así como con las expectativas previas –un México rico y un mundo en paz–, la explicación oficial de la crisis terminó desbocada; el discurso de la eficacia siguió el patrón desbordante de los casos anteriores.

3.4.1 Batallas inmemoriales

Las fuentes hemerográficas permiten calibrar la hondura del desmoronamiento económico. Entre la devaluación de febrero y el VI Informe sobreabundaron las noticias acerca del insano endeudamiento,⁹⁸ las fugas de capitales perpetradas por los *sacadólares*,⁹⁹ los cientos de miles de desempleados,¹⁰⁰ las miles de huelgas emplazadas o estalladas,¹⁰¹ la carrera precios-

⁹⁶ Citado en *Unomásuno*, 4 de septiembre de 1982, p. 1.

⁹⁷ *Unomásuno*, 1º de septiembre de 1982, p. 9.

⁹⁸ Todas las referencias hemerográficas que figuren en el resto del capítulo corresponderán a 1982. *Unomásuno*, 28 de junio, p. 10; 1º de julio, p. 9; 2 de julio, pp. 1, 9-10; 4 de julio, p. 10; 9 de julio, pp. 1, 9; 10 de julio, p. 1; 13 de julio, p. 1; 14 jul, p. 4; 19 de julio, p. 1; 20 de julio, p. 1; 24 de julio, p. 9; 28 de julio, p. 8; 30 de julio, p. 2; 1º de agosto, p. 1; 2 de agosto, pp. 1, 8; 3 de agosto, p. 1, 9; 4 de agosto, p. 1; 5 de agosto, p. 1; 6 de agosto, p. 4; 7 de agosto, p. 10; 11 de agosto, p. 8; 18 de agosto, p. 1; 19 de agosto, p. 1; 20 de agosto, pp. 1, 8; 21 de agosto, p. 1; 24 de agosto, p. 2; 26 de agosto, p. 9; 28 de agosto, p. 1; 29 de agosto, p. 2; 30 de agosto, p. 8; 31 de agosto, p. 9; 1º de septiembre, pp. 8, 10.

⁹⁹ *Unomásuno*, 2 de mayo, p. 7; 7 de mayo; 12 de mayo, p. 4; 15 de mayo, p. 5; 22 de mayo, p. 3; 30 de mayo, p. 3; 31 de mayo, p. 1; 3 de junio, 3 de junio, p. 1; 4 de junio, p. 9; 11 de julio, p. 9; 10 de agosto, p. 5; 13 de agosto, p. 1; 14 de agosto, p. 1; 16 de agosto, p. 5; 23 de agosto, p. 1.

¹⁰⁰ *Unomásuno*, 23 de abril, p. 1; 28 de abril, p. 2; 6 de mayo, p. 1; 14 de mayo, p. 1; 24 de mayo, p. 1; 2 de junio, p. 4; 11 de junio, p. 10; 18 de junio, p. 1; 3 de julio, p. 5; 9 de julio, p. 1; 11 de julio, p. 1; 14 de julio, p. 9; 30 de julio pp. 9, 10; 1º de agosto, p. 1; 6 de agosto, pp. 4, 10; 9 de agosto, p. 8; 11 de agosto, p. 8; 15 de agosto, p. 8; 16 de agosto, p. 4; 18 de agosto, pp. 1, 12; 20 de agosto, p. 1, 9; 22 de agosto, p. 1; 25 de agosto, pp. 1, 9; 26 de agosto, p. 1; 28 de agosto, p. 1031 de agosto, pp. 1-2; 1º de septiembre, pp. 9, 10.

¹⁰¹ *Unomásuno*, 10 de marzo, p. 1; 11 de marzo, p. 10; 13 de marzo, p. 1; 30 de marzo, p. 1; 4 de abril, p. 1; 9 de abril, p. 4; 12 de abril, p. 8; 13 de abril, p. 1; 23 de mayo, p. 1; 17 de junio, p. 3; 29 de junio, p. 9; 7 de julio, p. 9; 9 de julio, p. 1; 17 de julio, p. 4; 19 de julio, p. 6; 26 de julio, p. 3; 27 de julio, p. 4; 29 de julio, pp. 1, 4; 30 de julio, p. 1; 31 de julio, p. 9; 1º de agosto, p. 9; 2 de agosto, p. 3; 3 de agosto, p. 6; 5 de agosto, p. 8;

salarios¹⁰² y, superando con un margen holgado la información ofrecida sobre cualquiera de los temas previos, la inflación en su forma concreta, es decir, bienes y servicios que de un día para otro se volvían gravosos sino es que inaccesibles. Entre otros subieron, a veces hasta triplicar su importe original, el agua, el teléfono, la luz, el transporte, clínicas particulares y colegiaturas; comestibles como tortillas, huevo, leche, carne, café, azúcar, refresco, aceite y harina; lo mismo electrodomésticos, medicinas, útiles escolares, ropa, viviendas y tabaco.¹⁰³

Otras noticias usuales giraron en torno a empresas tambaleantes, al borde de la quiebra o en bancarrota, así como a decrecimientos productivos y comerciales en todos los niveles, incluida la depresión experimentada en el mercado de Jamaica, o la baja en el consumo de carne en Toluca debido a su encarecimiento. En efecto, además del ámbito macroeconómico, la hemerografía concedió bastante espacio a las materializaciones de la crisis en el ciudadano promedio: se habló con insistencia de la afectación padecida por obreros y campesinos; del riesgo de un repunte en la delincuencia; de la posible aparición de movimientos sociales radicales; de la escasez y la carestía, especialmente alimentaria; compras de pánico; la inconclusión de dos líneas del metro; reducción de becas escolares, etcétera.¹⁰⁴

En semejante escenario los portavoces gubernamentales dieron cuenta de un villano que estaría detrás de tantas dolencias y perturbaciones, un traidor que habría asestado la *puñalada* fatal en contra del corazón mismo de México. Para comprender tamaña denuncia hay que remontarse brevemente a otra crisis, la de 1976, cuando López Portillo, entonces candidato,

9 de agosto, pp. 2, 8; 11 de agosto, pp. 8, 9; 18 de agosto, pp. 5, 6; 26 de agosto, pp. 1, 6, 11; 1º de septiembre, pp. 2, 9.

¹⁰² *Unomásuno*, 9 de marzo, p. 1; 11 de marzo, p. 10; 12 de marzo, p. 1; 15 de marzo, p. 1; 16 de marzo, p. 4; 20 de marzo, p. 1; 21 de marzo, p. 1; 23 de marzo, p. 1; 24 de marzo, p. 1; 25 de marzo, p. 1; 26 de marzo, p. 1; 27 de marzo, p. 1; 28 de marzo, p. 1; 30 de marzo, p. 1; 31 de marzo, p. 1; 6 de abril, pp. 1, 10; 7 de abril, p. 1; 10 de abril, p. 1; 11 de abril, p. 1; 12 de abril, p. 8; 13 de abril, p. 1; 17 de abril, p. 1; 18 de abril, p. 1; 19 de abril, p. 1; 20 de abril, p. 1; 25 de abril, p. 1; 26 de abril, p. 4; 28 de abril, p. 3; 20 de junio, p. 2; 27 de junio, p. 9; 30 de junio, p. 9; 22 de julio, pp. 3, 9; 28 de julio, p. 3; 22 de julio, p. 1; 1º de agosto, p. 9; 4 de agosto, p. 5; 5 de agosto, pp. 1, 3; 7 de agosto, p. 7; 8 de agosto, pp. 6, 9; 10 de agosto, p. 1; 12 de agosto, p. 9; 18 de agosto, p. 5; 20 de agosto, p. 3; 22 de agosto, pp. 2, 7; 23 de agosto, p. 3; 24 de agosto, p. 1; 25 de agosto, p. 9; 28 de agosto, p. 2; 30 de agosto, p. 12; 1º de septiembre, p. 9.

¹⁰³ Por cuestiones de espacio, no incluyo las innumerables referencias hemerográficas de tales alzas. De julio de 1981 a diciembre de 1982 el crecimiento inflacionario alcanzó el 121.7%. Calculadora de inflación (INEGI), <http://www.inegi.org.mx/sistemas/indiceprecios/calculadorainflacion.aspx> [consultado el 12 de septiembre de 2018].

¹⁰⁴ *Unomásuno*, 9 de mayo, p. 1; 22 de mayo, p. 5; 11 de junio, p. 10; 2 de julio, p. 9; 3 de julio, p. 10, 11 de julio, p. 1; 15 de julio, p. 9; 21 de julio, p. 1; 23 de julio, p. 9; 26 de julio, p. 10; 27 de julio, pp. 1, 3; 28 de julio, p. 8; 30 de julio, p. 8; 1º de agosto, pp. 1, 9; 2 de agosto, p. 11; 6 de agosto, p. 1; 7 de agosto, p. 9; 10 de agosto, p. 1; 12 de agosto, p. 4; 13 de agosto, p. 5; 15 de agosto, pp. 1, 8; 16 de agosto, p. 5; 17 de agosto, p. 8; 18 de agosto, p. 6; 19 de agosto, p. 3; 23 de agosto, pp. 1, 10; 26 de agosto, p. 9; 27 de agosto, p. 2; 28 de agosto, p. 9; 31 de agosto, pp. 7, 10.

aseguró que la superación de los percances dependería de la unión de los mexicanos, o como rezaba su eslogan de campaña, “la solución somos todos”. Años después, conviene reiterar, el 10 de julio de 1981, durante su primera explicación integral sobre el regreso de las calamidades –*la versión A*–, el mandatario proclamó que la “nave” no se hundiría si la gente evitaba caer en el miedo y, por ende, trabajaba como un solo cuerpo solidario y confiado. En la misma tónica, el ya referido Tulio Hernández, gobernador de Tlaxcala, anunció a finales de ese año que México experimentaría un luminoso porvenir siempre y cuando su población persistiera en la senda del trabajo y del patriotismo.¹⁰⁵

Por consiguiente, pese a que no se trató de un plan premeditado, la explicación final del acabose bien podría entenderse como una suerte de *se los dije*, pues si *pueblo unido jamás será vencido*, la ruina habría sido producto de una colectividad que se fragmentó en el momento decisivo, y cuyo temor provocó que los peores presagios se cumplieran. Ahí entraría la nacionalización bancaria, pues ésta fue difundida como el medio para neutralizar a quienes alevosamente habrían provocado dicha fragmentación.

Sin embargo, tamaña denuncia no fue esgrimida con claridad sino hasta el 1º de septiembre de 1982; para dimensionarla hay que analizar las acusaciones previas y posteriores con base en los tres periodos en que he dividido la crisis:

Tabla 2. Acusaciones gubernamentales en contra de los *malos mexicanos* durante eventos oficiales con participación presidencial (junio de 1981–noviembre de 1982)

Primer periodo	Número de acusaciones	Segundo periodo	Número de acusaciones	Tercer periodo	Número de acusaciones
Jun. 1981	1	Feb. 1982	10	Sept. 1982	27
Jul. 1981	6	Mar. 1982	10	Oct. 1982	9
Ago. 1981	2	Abr. 1982	6	Nov. 1982	24
Sept. 1981	5	May. 1982	7	–	–
Oct. 1981	1	Jun. 1982	4	–	–
Nov. 1981	3	Jul. 1982	5	–	–
Dic. 1981	2	Ago. 1982	10	–	–
Ene. 1982	3	–	–	–	–
Total	23	–	52	–	60

Fuente: elaboración propia a partir de *El Gobierno Mexicano*, 1981-1982, varios números, *passim*.

¹⁰⁵ *Vid supra*.

Como puede observarse, la división cronológica de la crisis según sus principales hitos, o sea, la caída de los precios del petróleo, la primera devaluación y la nacionalización bancaria, evidencia que, en términos proporcionales, cada fase superó significativamente a la previa, casi al triple. El promedio mensual de las acusaciones (número de denuncias entre número de meses) del primer periodo fue 2.87; del segundo, 7.42; del tercero, 20. Asimismo, cabe destacar que, a excepción de noviembre de 1982, las principales concentraciones se ubicaron en los meses más convulsos de dicho año: febrero (devaluación), marzo (aumentos salariales de emergencia), agosto (fin de los subsidios) y septiembre (nacionalización de la banca). En función de estas tres fases expondré la paulatina construcción gubernamental del adversario.

Respecto de la primera (junio de 1981 a enero de 1982), y en comparación con las siguientes, las menciones no sólo resultaron escasas, sino relativamente suaves y poco variadas. Al inicio, los malos mexicanos no fueron presentados como una amenaza inminente sino distante, sólo hipotéticamente perjudicial. A lo largo de los 23 eventos en que se les señaló o aludió, llegó a conformarse una descripción en cierta medida uniforme. No se trataría de un enemigo en terrenos como el político o el militar, al contrario, su campo de acción yacería en una arena bastante más abstracta pero también decisiva: la psicológica. Tanto así que la principal acusación en contra de este grupo anónimo fue la de pretender esparcir miedo en la gente y socavar la confianza en el régimen. El gobernante nacional los llamó murmuradores, *rumorólogos*, fatalistas, manipuladores, voceros de la discordia, divulgadores de infundios, etc. En general evitó las asociaciones directas, a excepción del 17 de julio, cuando dio cuenta de ciertos empleados bancarios que le recomendaban a la señora de los “tubos” –un mexicano cualquiera– que comprara dólares para no padecer la devaluación que según ellos se avecinaba y que el sector público entonces negaba.¹⁰⁶

Durante la *versión A*, López Portillo manifestó que estos profesionales del rumor únicamente causarían estragos si el resto de la gente daba crédito a sus palabras y hacía crecer la “bola de nieve”. A la semana siguiente se declaró en lucha para evitar el triunfo del “terrorismo informativo” y de las manipulaciones perpetradas por los “técnicos fatalistas”. Como si se tratara de una respuesta favorable, entre agosto y enero, un general retirado, un diputado, un gobernador y un líder sindical dieron a entender que la batalla se inclinaba a

¹⁰⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, pp. 29, 68, 84, 87, 89-90, 93; agosto, p. 79; septiembre, pp. 37, 68, 79; diciembre, p. 113; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 54.

favor de México ya que, según ellos, no había tenido efecto el pérfido actuar de los “murmuradores”, los “detractores intelectuales”, aquéllos que “siguen respirando odio”.¹⁰⁷

En cuanto a sus características constitutivas, su principal atributo sería el egoísmo. El 26 de junio, el Primer Magistrado no sólo postuló la desunión del grueso de la gente como la verdadera amenaza, sino también la codicia de unos cuantos. Más adelante, y pese a los vínculos entre agentes bancarios y funcionarios, el presidente, diputados, líderes sindicales, entre otros, criticaron a agrupaciones que anteponían sus intereses personales al general, hombres aferrados a sus “arcaicos privilegios”, desnacionalizados que apostaban en contra de México, y amargados que reprobaban todo elemento contrario a su beneficio individual. La falta de empatía de estas “fuerzas agrias”, se añadió, llegaría al punto de no importarles si el país perdía estabilidad y las familias se separaban, y su descarado, no sólo a cuestionar al gobierno en turno, sino incluso la legitimidad de la Revolución.¹⁰⁸ Varias de estas descripciones serían respuesta a las críticas que entonces esgrimía el sector privado, aunque me ocuparé de él hasta el último apartado del siguiente capítulo.

Las concepciones acerca del antagonista interno alcanzaron un segundo nivel entre la devaluación y el VI Informe. Más allá del incremento aritmético que significaron los 52 actos públicos celebrados de febrero a septiembre de 1982, hubo una diversificación tanto en el tipo de las acusaciones como en la identidad de los denunciantes, pues, respecto de estos últimos, los planteamientos presidenciales fueron retomados, como caja de resonancia, por secretarios de Estado, gobernadores, militares, altos funcionarios, líderes sindicales y periodistas. Asimismo, cabe precisar que muchas de las críticas se formularon en eventos que en principio no tenían relación alguna con la crisis, como la inauguración de la nueva sede del AGN, de modo que su enunciación apunta hacia la gravedad que alcanzó el conflicto, así como a la necesidad de responder con rapidez los reproches del sector privado.

A diferencia de la etapa previa, en la que la descripción del enemigo se limitó a la del egoísta calumniador, en ésta se dio a entender que había dos tipos de malos mexicanos: los perversos y los inconscientes –vale aclarar que dichos términos sólo se insinuaron–. El primer grupo estaría conformado por hombres adinerados que perjudicaban al país con dolo, no por

¹⁰⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1981, julio, pp. 32, 39-40, 83; agosto, p. 79; septiembre, p. 68; diciembre, p. 113; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 54.

¹⁰⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1981, junio, p. 79; julio, p. 59; agosto, p. 87; septiembre, pp. 107, 210; noviembre, pp. 9, 93; *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, pp. 19, 67.

cuestiones psicopáticas ni porque les generara placer el sufrimiento ajeno, sino por su falta moralidad, puesto que no tenían reparo en agudizar una crisis si veían sus intereses amenazados. En el segundo se hallarían los miles o millones de connacionales que, amedrentados o manipulados por los perversos, compraron dólares al por mayor. Serían ciudadanos cuyo miedo los llevó a preocuparse sólo por ellos mismos, olvidándose de la colectividad, actitud en la que coincidirían ambos grupos, con la salvedad de que sólo uno de ellos podría apelar a su desesperación e ignorancia.

A mayor abundamiento, y según los numerosos ponentes progubernamentales, los perversos serían gente que maliciosamente trataba de provocar fracturas y que entendía perfectamente las repercusiones de su actuar. En cambio, a los inconscientes se les describió como personas arrinconadas por temores “infantiles”, ignorantes de la economía, confundidas y menesterosas de instrucción; se dijo que su falta de convicciones les inspiraba comportamientos impulsivos e irracionales, y que si bien no perjudicaban adrede, su pánico descapitalizaba al país. Eran los “pequeños y asustados ahorradores”, mexicanos que habían caído en una carrera de “sálvese quien pueda”, sin comprender que su actuar inclinaba la balanza hacia la derrota general, ellos incluidos.¹⁰⁹

Salvo un par de momentos en los que se habló de publicaciones foráneas que promovían ataques maliciosos en contra del peso mexicano,¹¹⁰ el grueso de las denuncias fue dirigido en contra de los enemigos internos, especialmente los perversos. La adjetivación en su contra resultó amplísima, se les tildó de mentirosos, tendenciosos, pesimistas, agoreros, chismosos, “cacerolistas”, “aves de mal agüero”, gente proclive a satanizar, que abusaba de la libertad de expresión y que convertía los medios de comunicación en tribunas para extorsionar. También se les presentó como emisores de críticas parciales, deformadores de la verdad, esparcidores de infundios, propaladores de falsedades,¹¹¹ desmemoriados, alarmistas, derrotistas, generadores de confusión, desorientadores del interés colectivo, envenenadores

¹⁰⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 32, 79, 129; marzo, pp. 43, 191; abril, pp. 81, 117; mayo, p. 43; junio, pp. 125, 139; julio, p. 113; agosto, pp. 40, 44, 87.

¹¹⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 153; agosto, p. 40.

¹¹¹ El 11 de mayo López Portillo comentó los rumores de que había sufrido un infarto, que había bombas por todo el país y que se instaurarían medidas como una nueva devaluación, el congelamiento de cuentas, el control de cambios y la nacionalización de la banca, las cuales implícitamente calificó de absurdas. *El Gobierno Mexicano*, 1982, mayo, p. 46.

del ambiente, etc.¹¹² En pocas palabras, diferentes formas de referirse con mayor dramatismo a la imagen proyectada durante la segunda mitad de 1981: el egoísta difamador.

Allende la codicia y las murmuraciones –sus principales rasgos y actividades–, se les tildó de incrédulos con respecto a los logros alcanzados, anacrónicos en cuanto a sus convicciones económicas dada su inclinación monetarista, cobardes, medrosos, abusivos, ladrones, mercenarios, mercaderes del dinero, desvinculados del país y, sobre todo, traidores, “vende patrias”, desleales a su nación e ignorantes de lo que significaba ser mexicano. Acaparadores, especuladores, culpables del encarecimiento, estorbo para la consecución de salarios justos, responsables de la fuga de capitales y, por ende, tanto de la distorsión económica como del fracaso de las medidas anticrisis. Gente que por todos los medios trataba de hundir a un país ávido de progreso, y cuyo mérito era el del “parásito”, la “rémora” y el “chupasangre”; sujetos dedicados a sabotear, debilitar lealtades y motivar perfidias.¹¹³

Empero, la atención no siempre estuvo centrada exclusivamente en los enemigos. Paralelamente se generó un enfoque doble que desembocó en la conformación de una otredad, es decir, un *nosotros*, los buenos, básicamente el gobierno y el pueblo, y un *ellos*, los villanos, una fuerza maligna cuya identidad pocas veces fue esbozada, aunque en general se aludió a parte del sector privado.¹¹⁴ En algunos eventos, los ponentes –entre los que figuró incluso un representante empresarial– contrastaron ambos extremos para dar a entender que México estaba conformado por principios contrapuestos, una lucha de contrarios, prácticamente una dualidad. Encontré cuatro bifurcaciones madre: bien-mal, mayoría-minoría, trabajador-burgués y gobierno-sector privado.

Si la división era de índole moral, o sea, mexicanos buenos y malos, por un lado estarían, en términos de López Portillo, los honorables, de buena voluntad y respetuosos de las reglas; por el otro, los “abusados”, los que disimuladamente se metían en la fila para después decir “qué formidable soy, esta bola de tontos sigue ahí formada y yo ya obtuve mi

¹¹² *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 80, 141, 147-149, 193; marzo, pp. 167, 169, 175; abril, pp. 78, 81; mayo, 31-32, 41, 83, 113, 146; junio, pp. 23, 125, 127-128, 132, 135; julio, pp. 67-68; agosto, pp. 33, 62, 67, 68, 77.

¹¹³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 32, 33, 35, 66, 81, 108-109, 117, 129, 141-143, 151, 153; marzo, pp. 26, 163, 175; mayo, pp. 9, 33, 45, 47, 83, 87; junio, p. 125; julio, p. 136; agosto, pp. 62, 40, 40-48, 84, 87.

¹¹⁴ El ADP llama la atención sobre el “cuadro ideológico de la autopresentación-positiva y la presentación-negativa”, esto es, la polarización *nosotros/ellos*, una dualidad caracterizada por descripciones ennoblecidas de los primeros y denigrantes de los segundos. Dijk, “¿Qué es el análisis...”, pp. 44-45, 53; Gutiérrez Vidrio, *El discurso...*, pp. 31, 166; Salgado, *El discurso...*, p. 65. Este tipo de representaciones polarizadas también es materia de los imaginarios políticos. Baczko, *Los imaginarios...*, p. 35.

propósito”, los que creían que sólo sus “chicharrones truenan”. En pocas palabras, los que seguían el pacto nacional, y los que cometían atropellos y generaban disensiones.¹¹⁵

De igual forma, si el *nosotros* era el pueblo, la relación planteada fue de agredido-agresor (los que muchos que sufrían por la crisis y los pocos que se beneficiaban de ella, los que veían deteriorado su poder adquisitivo y los que incidían en el deterioro). Si el *nosotros* era la clase trabajadora, hubo dos dicotomías: acción-contemplación (unos que producían riqueza y otros que se dedicaban al argüende y a las críticas infértiles), y reconocimiento-ingratitude (los que apreciaban las metas cumplidas y los que negaban los logros del régimen). Si el *nosotros* era el gobierno, la partición fue alarmismo-apaciguamiento (un sector privado que desorientaba y atemorizaba a la sociedad, y uno público que la calmaba y la hacía entrar en razón con la verdad).¹¹⁶ Hubo más contrastes, los resumo en la siguiente tabla:

Tabla 3. Caracterización gubernamental de los mexicanos *buenos* y *malos*

<i>Buenos mexicanos (nosotros)</i>	<i>Malos mexicanos (ellos)</i>
Mayorías solidarias.	Minorías egoístas.
Un pueblo que apoyaba a su presidente.	Privilegiados escépticos.
Trabajadores con sentido nacional.	Gente gobernada por su ambición.
Gobierno legítimo.	Enemigos del pueblo, alentadores del rumor.
Diputados que en la adversidad habían fortalecido su amistad con el presidente.	Anónimos que huían despavoridos ante los primeros atisbos de tormenta.
“Hombres” que daban la cara y que no se “rajaban”.	Cobardes que se arrinconaban, los “lloricones de siempre”.
Valientes que entendían la necesidad de devaluar la moneda.	Miedosos que se habían asustado ante la nueva paridad.
Enfrentaban la adversidad.	Seguían la corriente, buscaban éxitos fáciles.
Valoraban las riquezas inmateriales de México como la paz y la democracia.	Sólo apreciaban el dinero, adoradores del “becerro de oro”.

Elaboración propia a partir de *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 193; marzo pp. 165-166, 177; abril, p. 118; mayo, pp. 87, 113; junio, p. 46; agosto pp. 77, 91.

El tercer nivel correspondió al lapso septiembre-noviembre de 1982. En algunos aspectos, éste apenas significó una profundización del segundo: se mantuvo la división entre

¹¹⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, p. 65; marzo, p. 176.

¹¹⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, febrero, pp. 40, 53; marzo, pp. 11, 176, 178; abril, p. 81; agosto, p. 67.

inconscientes y perversos, el rechazo a las críticas tendenciosas de estos últimos,¹¹⁷ lo mismo que la insistencia en explicar el comportamiento de ellos en función del egoísmo.¹¹⁸

En cuanto a las variaciones o novedades, la adjetivación subió de tono: “envenenadores de conciencias”, “minorías oligárquicas”, “apátridas” desprovistos de alma, gente “cargada de amargura”, “dueños del dinero”, adeptos a las “teologías gremiales”, proclives al “corporativismo fascista” y a las “actitudes fascistoides”, hombres que desangraban, corroían y deshacían las entrañas, entre muchos otros calificativos enunciados por la cabeza del Ejecutivo, gobernadores, líderes sindicales, dirigentes del PRI, diputados y más.¹¹⁹

Asimismo, se resaltó su condición de explotadores del pueblo; se les criticó por culpar cínicamente al gobierno por el desplome pese a ser ellos quienes lo habían provocado, y, dado que fueron nombrados en al menos 43 de los 91 días que duró el último trimestre del sexenio, y a través de 60 actos públicos, se les mostró casi como seres omnipresentes. Empero, durante el breve esplendor generado por la nacionalización bancaria, se añadió que, después de todo, era gente ilusa que había subestimado al pueblo, de modo que ahora, por fin derrotada, únicamente se dedicaba a “lanzarle ladridos a la luna”.¹²⁰

Para terminar, se advierte un desarrollo en la dualidad *nosotros-ellos*, con los primeros como un conjunto vasto e integrado por campesinos, obreros, estudiantes, empleados y artesanos, aunque también por algunos fabricantes, comerciantes, pequeños propietarios y empresarios nacionalistas.¹²¹ Así pues, la pertenencia a este grupo, identificado como “las mejores fuerzas del pueblo mexicano”,¹²² ya no dependería tanto de la clase social ni de la ocupación, ni siquiera de su integridad o de que hubieran contribuido a crear riqueza, sino de que apoyaran los decretos septembrinos, ahí radicó la novedad principal. De manera que en el bando antagónico no sólo se ubicarían los supuestos culpables de las calamidades

¹¹⁷ Para dar a entender este último punto, el 9 de noviembre el gobernante nacional relató el cuento del padre, el niño y el burro: inicialmente, el primero montó su asno durante un viaje, pero ante las críticas dirigidas hacia su persona por dejar a su “pobre hijito” a pie, optó por cederle su lugar. No obstante, los vecinos del siguiente poblado reprocharon al hijo por hacer que el “pobre viejo” caminara sin descanso, de manera que ambos se subieron al animal, acción que provocó la censura de la gente del próximo pueblo, quienes se lamentaron del “pobre burro”. *El Gobierno Mexicano*, 1982, noviembre, p. 37. Le faltó decir que al final ninguno lo montó, y entonces los demás se burlaron de ellos por no aprovechar a su pollino.

¹¹⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 79, 202; octubre, p. 65.

¹¹⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 115, 121, 124, 156, 169; octubre, p. 212; noviembre, pp. 59, 93, 224.

¹²⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 295; octubre, pp. 35, 64, 211; noviembre, pp. 198, 201.

¹²¹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 121, 123, 126, 143, 179, 191, 267; octubre, p. 64.

¹²² *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 220.

económicas, sino igualmente quienes rechazaban la nacionalización bancaria y el control de cambios, cuya identidad resultaba ser más o menos la misma.

Producto de su oposición a los decretos, los antagonistas recibieron los denominativos de “antiméxico”, grupos conservadores, una “insignificante minoría”. Por consiguiente, no se trataría de una disputa entre dos bandos representativos de la colectividad en cuanto a su diversidad de ideas y proyectos, sino del enfrentamiento de la nación contra una pequeña pero letal camarilla de apátridas. Tanto así que frases como “la Nación somos los mexicanos” o “el pueblo que es la Nación” se escucharon a lo largo del trimestre, al tiempo en que hubo especial énfasis en resaltar que el gobierno defendía a las mayorías, que su poder provenía de la voluntad de los mexicanos y que sus actos gozaban de amplio respaldo popular.¹²³

Por tanto, *ellos* atacan al presidente de México; *nosotros* lo defendemos. *Ellos* desafían los decretos; *nosotros* los respaldamos. *Ellos* descapitalizan al país; *nosotros* producimos la riqueza. *Ellos* buscan imponerse; *nosotros* procedemos democráticamente. *Ellos* se valen de artimañas para recuperar sus privilegios; *nosotros*, de la razón para evitar que el país se desestabilice. *Ellos* intentan desvirtuar la “acción revolucionaria”; *nosotros*, protegerla. *Ellos* son el “egoísmo organizado” y los “intereses particulares”; *nosotros*, “la organización colectiva y el interés general”. *Ellos* son la “insidia de la reacción”; *nosotros*, la “tenacidad revolucionaria”. *Ellos* son la “prepotencia económica”; *nosotros*, la “majestad de la soberanía nacional”.¹²⁴

En suma, el periodo comprendido entre junio de 1981 y noviembre de 1982 tuvo como sello particular una escalada de acusaciones en contra del enemigo interno. Se trató de una progresión multiforme y casi siempre tripartita. (1) Primero, las advertencias de un peligro en potencia; (2) después, numerosas denuncias acerca de un daño consumado; (3) al último, la ostentación de una victoria por encima de dicho mal lograda mediante la nacionalización bancaria. Asimismo, las descripciones del adversario (1) originalmente se limitaron al egoísta murmurador; (2) luego se diversificaron al punto de abarcar casi toda la adjetivación peyorativa posible; (3) al final incluyeron términos cruentos que apuntaron hacia el fascismo. Por lo que toca a cuestiones numéricas: (1) durante la segunda mitad de 1981 hubo pocas imputaciones; (2) al año siguiente éstas experimentaron un crecimiento vertiginoso, hasta (3)

¹²³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 107, 123-126, 143, 267, 275; noviembre, pp. 42, 205.

¹²⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 121, 124; octubre, p. 64; noviembre, pp. 62, 201, 205, 224.

casi volverse referencia obligada. En cuanto a las relaciones entre los sectores público y privado, (1) cuando la crisis detonó, López Portillo aún era visto como amigo de los empresarios; (2) conforme las contrariedades avanzaron, dicha armonía relativa mostró fisuras; (3) tras el VI Informe, el quiebre se patentizó sin tapujos. Con respecto a la otredad, (1) al bajar los precios del petróleo se pidió la unión de todos los mexicanos; (2) con el transcurrir de los meses, se habló de una dualidad *nosotros-ellos* que, (3) a partir de septiembre dependió del apoyo o rechazo a los dos decretos.

La última progresión corresponde al tipo de daño. El primer nivel consistió en una serie de denuncias contra mexicanos cuyo actuar reciente perjudicaba la economía; el segundo, en el señalamiento de estos connacionales como los grandes culpables del desastre nacional; por su parte, el tercero resultó el más destacable, aunque a su vez el menos notorio debido a su sutileza: la exposición de los enemigos del presente como rediciones de los villanos de otras épocas¹²⁵ y, en cierta forma, como manifestaciones de una suerte de mal intangible que encarnaba en los momentos críticos de la historia nacional.

El desarrollo de esta vinculación histórica fue muy gradual, encontré dos indicios que datan del último tercio de 1981. Durante la conmemoración de los Niños Héroes, el diputado Héctor Moreno Toscano se refirió al adversario interno de entonces como heredero de los mexicanos ambiciosos que durante el siglo XIX se aliaron con las fuerzas invasoras. Dos meses después, y con motivo del LXXI aniversario de la Revolución Mexicana, Enrique Olivares de Santana, secretario de Gobernación, describió a los críticos del lopezportillismo como remanentes de las huestes derrotadas en otras épocas.¹²⁶

A lo largo de los meses transcurridos entre la devaluación de febrero y el VI Informe, los casos se multiplicaron, aunque permanecieron acotados fundamentalmente a las ceremonias cívicas. Ilustro con tres: los aniversarios por el nacimiento y defunción de Benito Juárez (21 de marzo y 18 de junio), así como el bicentenario del natalicio de Vicente Guerrero (9 de agosto). En el primero, Arsenio Farrell, director del IMSS, proclamó que:

Las fuerzas que una vez amenazaron la integridad de la República bajo el embozo arrogante de la intervención armada, no han cambiado el designio; se han limitado a cambiar el disfraz [...] No es hoy la primera ocasión en que los

¹²⁵ En el ADP a este recurso se le identifica como esquematización por comparación retórica. Giménez, *El debate...*, p. 226. Echeverría también se valió de él al vincular, por ejemplo, al empresariado de su época con mexicanos que en el siglo XIX habían perjudicado a la nación. Carbó, *Discurso...*, p. 25.

¹²⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1981, septiembre, p. 210; noviembre, pp. 92-93.

mexicanos se ven obligados a enfrentar a un mismo tiempo la amenaza exterior y la defección interna. No es hoy la primera vez en que los mexicanos se dividen en una mayoría que sigue creyendo apasionadamente en las posibilidades del desarrollo independiente y una minoría [...] que sigue viviendo con nostalgias puestas en el paraíso de la fuerza.¹²⁷

Luego agregó: “No es la primera vez que los mexicanos se ven desertados por otros mexicanos; ni será la última ocasión en que la mayoría histórica los vuelve a superar...”¹²⁸

Por lo que concierne al segundo evento, Ramón Aguirre Velázquez, remplazo de Miguel de la Madrid en la SPP, evocó a los enemigos del Benemérito para aseverar que en los momentos críticos siempre aparecían mexicanos que magnificaban las dificultades con la intención de que cundiera el derrotismo.¹²⁹

En cuanto al tercero, el senador Horacio Labastida habló de los hombres pudientes que en los albores del siglo XIX se habían opuesto al proyecto independentista, para después, una vez consumada la ruptura con España, llevarse sus capitales al extranjero o dedicarse a la especulación. Al final, luego de recordar a los oligarcas enemigos de la Revolución Mexicana, dio un vistazo al presente: “Otra vez [enfrentamos] factores externos e internos hostiles y traicioneros. Pero los venceremos [...] El pueblo está unido, señor Presidente. Nuestra conciencia revolucionaria está viva y clara. Vicente Guerrero está con nosotros...”¹³⁰

Por su parte, el trimestre final del sexenio representó un incremento proporcional de tales asociaciones, las cuales no se constriñeron a las ceremonias cívicas, sino que figuraron en eventos de respaldo a los decretos septembrinos. Algunos siguieron la tónica de los meses previos: el 11 de septiembre, Lorenzo Valdepeñas, en nombre de la Confederación General del Trabajo, se refirió a la expropiación petrolera y a la nacionalización bancaria como el enfrentamiento en contra de las “fuerzas que amenazan desviar o desvirtuar el sentido de la gesta heroica de 1910”. Para el 18 de noviembre, Lauro Ortega, gobernador de Morelos, equiparó la “campana de ataques y de insultos de malos mexicanos” que tuvo que soportar Lázaro Cárdenas en 1938, con la que era esgrimida contra López Portillo en 1982.¹³¹

¹²⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1982, marzo, pp. 175-176.

¹²⁸ *Ibid*, p. 177.

¹²⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, abril, pp. 124-125.

¹³⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1982, agosto, pp. 99, 103, 105. Como adición, durante su VI Informe, el jefe de las instituciones nacionales se refirió a los malos mexicanos como “Doña Malinche”. López Portillo, *El Ejecutivo ante el Congreso...*, p. 218.

¹³¹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 176; noviembre, p. 233.

Otros aludieron a cuestiones teleológicas, sino es que a las fuerzas generales de la historia. El 3 de septiembre, Ángel César Mendoza Arámburo, dirigente de la CNOP, manifestó la necesidad de enfrentar a quienes “con distintos rostros, pero siempre los mismos intereses, han sido en todos los momentos de la vida de México enemigos de las causas sociales y adversarios de los ideales nacionales...” Finalmente, a dos días del relevo sexenal, Luis José Dorantes Segovia, presidente del Congreso del Trabajo, exclamó que la razón histórica de México siempre había derrotado a la reacción.¹³²

Así pues, el clamor en contra de los malos mexicanos rebasó ampliamente el ámbito coyuntural –cierta minoría que aprovechó una oportunidad repentina para beneficiarse a costa de millones de connacionales– hasta conectar al rival interno con enemigos de otras épocas, tanto villanos célebres como bellacos desconocidos. De tal manera, la crisis de 1982 no sería sino el último ultraje de un adversario intemporal y poliforme que, desde la penumbra, una y otra vez había saboteado los intentos de cumplir con el destino, básicamente el desarrollo, la soberanía y la libertad. Se trataría de un antagonista rebosante en defectos, malévolo a ultranza desde cualquier parámetro, ángulo y perspectiva; un *Gran Satán*¹³³ siempre presente, siempre al asecho y siempre detrás de las desgracias colectivas. Un oponente tan vetusto como México, que mudaba de estrategia –golpes de Estado, rebeliones militares, especulación financiera, transferencias furtivas de capital, campañas de rumores– y de apariencia –realistas, conservadores, porfiristas, hacendados, banqueros–, pero no de objetivo: impedir que la nación alcanzase su fin último.

En resumen, por año y medio la crisis de 1982 fue acompañada de múltiples explicaciones, una de las cuales, la gubernamental, resultó por demás variada y cambiante, pero siempre aguzada, no por perspicaz sino por aludir a objetos puntiagudos. Empezó con la *tijera* y desembocó en la *puñalada*. Para ser más específico, al inicio imperaron las referencias a una coyuntura externa desafortunada, las cuales se complementaron con varias

¹³² *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 125; noviembre, p. 153.

¹³³ “Gran Satán” es un término islámico empleado para designar al enemigo cardinal de dicha fe: Estados Unidos e Israel, fundamentalmente. La expresión ha sido recuperada en diferentes contextos para criticar a quienes tildan de amenaza letal, o raíz de sus infortunios, a determinado actor. En una tónica similar, la figura de Satán se ha usado en Occidente para señalar al gran culpable o motor de las desgracias colectivas, tales como pestes, hambrunas, carestías, revueltas, invasiones y matanzas. Jean Delumeau, *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 2005, p. 601; “‘Bush es el Gran Satán’, según Irán”, en *BBC.com*, http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/news/newsid_1795000/1795052.stm [consultado el 12 de septiembre de 2018]; Miguel Ángel Sánchez de Armas, “juego de ojos: El gran Satán”, en *Almomento*, <http://almomento.mx/juego-de-ojos-el-gran-satan/> [consultado el 12 de septiembre de 2018].

exposiciones acerca de un mundo decadente cuya falta de dinamismo arrastraba a México hacia la inestabilidad financiera, principalmente porque el éxito de este último atraía los males ajenos. Más adelante, conforme los trastornos arreciaron, el acento se desplazó hacia el interior de las fronteras, o sea, la recriminación en contra de una minoría de connacionales traidores y carentes de escrúpulos que había emponzoñado el ambiente y saqueado al país hasta dejarlo próximo a la ruina; un sector hostil que desgarraba entrañas, debilitaba ánimos, confundía mentes y corroía conciencias. Por encima de todo, se trataría de la última manifestación de un enemigo eterno que a través de los siglos había desviado a los mexicanos de sus grandes metas, y que ahora volvía a ejercer sus artes para evitar que dieran el salto hacia el desarrollo. Así, aun cuando se trató de una justificación en vez de una proyección, el objetivo también fue legitimador y la estructura, básicamente la misma que la de los casos previos: frente al problema que representaba la crisis de 1982, se habló de una causa concreta y centrada en el petróleo (la *tijera*); luego, este hidrocarburo fue relegado en favor de adversidades etéreas y ancestrales (un enemigo intemporal que a lo largo de la historia había sido culpable de las desgracias colectivas).

Sin embargo, paralelamente se dio a entender que había una novedad que permitiría romper el susodicho ciclo perverso. Transcurrido el VI Informe, los portavoces gubernamentales no se limitarían a exponer la nacionalización bancaria como una forma de atenuar los agobios y castigar a los culpables, sino como el camino hacia la superación definitiva de los obstáculos primigenios —oponentes esenciales incluidos— y, en consecuencia, como la posibilidad de tránsito hacia el fin último de la nación mexicana. Si se considera el carácter fugaz de la euforia generada, así como la naturaleza de los planteamientos esgrimidos para fundamentar la ambiciosa proyección legitimaria, bien podría hablarse de la esperanza efímera de un trimestre delirante. Me atrevo a usar semejante expresión porque en medio una de las peores catástrofes económicas del México contemporáneo, la última gran expectativa del lopezportillismo estribó en una suerte de renovación espiritual.

4. La heroica

4.1 Apoteosis de oropel

¿No os conmovéis cuando se estremecen en masa los cimientos de la tierra como una cosa vacilante?*

José López Portillo nacionalizó la banca. De entre sus múltiples políticas, no hubo otra que superase la inmediatez de su impacto. Llegó de súbito para millones de mexicanos que escucharon su voz cuando anunciaba el decreto, pues aun cuando la medida había sido demandada en los meses previos, parece que nadie anticipaba su ejecución. Repercutió en el corto y largo plazo, primero a través de un fervor tan masivo como pasajero, después mediante un encono perdurable que parte del empresariado profesaría en contra del régimen a partir de entonces. Motivó una serie de manifestaciones tumultuarias como no se había visto en 40 años, permitió un último destello al lopezportillismo y generó una esperanza tan imprevista en su nacimiento como en su disolución, ya que pronto acabó desvanecida en medio de una catástrofe económica que, cual fuerza inalterable, permaneció ajena a las exaltaciones presidenciales e indiferente a las movilizaciones populares.

José López Portillo nacionalizó la banca. Fue el acto que remató la explicación oficial sobre los percances e inauguró un proyecto fugaz que, en cierta forma, se dijo capaz de solventarlos a plenitud. El petróleo no figuró en el nuevo plan, pero la estructura anteriormente urdida en función de este recurso persistió, a saber, el proceso que inicia con planteamientos acotados y concretos, que luego se desbordan hasta transformarse en objetivos sumamente ambiciosos y abstractos. En este caso, arrancó con el intento expreso de paliar la crisis, para después pregonar el descubrimiento del verdadero mal de raíz y, por encima de todo, la generación de una energía interna que le permitiría a México alcanzar un estado superior en el que ya no habría retornos ni recaídas: su fin último, su destino.

José López Portillo nacionalizó la banca, ¿cómo se recuerda el hecho? Sólo puedo dar por cierto que el balance actual no se asemeja en lo más mínimo a las previsiones iniciales. Éstas representaron el declive del discurso de la eficacia y su búsqueda de legitimidad a través de la política de administración de expectativas, tanto por la brevedad de las ilusiones que despertaron, como porque, hasta donde pude indagar, su clímax pasó prácticamente desapercibido incluso cuando se le enunció por vez primera. Con todo, entre septiembre y

* William Shakespeare, *Julio César*, primer acto, tercera escena.

noviembre de 1982, dicha determinación fue como un astro alrededor del cual los demás temas nacionales orbitaron –si bien su fuerza gravitatoria disminuyó notablemente tras unas pocas semanas–. Así por tanto, el presente capítulo también girará en torno al decreto y se centrará en los acontecimientos transcurridos a lo largo del último trimestre del sexenio.

Para comprender la nacionalización bancaria es necesario considerar una serie de factores, destacan la tradición expropiatoria en México, la idea aún en boga sobre la conveniencia de que el gobierno adoptara un papel empresarial y la existencia de una banca mixta –bancos comerciales con mayoría accionaria en manos del sector público–. Otra de sus causas se halló en la concepción habida entonces acerca de la soberanía del Estado: una élite política que se detentaba como la intérprete legítima del interés general y, por añadidura, que no creía necesario consultar a terceros para definir los objetivos sociales ni las estrategias para alcanzarlos.¹ Sin duda, en las mentes del mandatario y de sus colaboradores debió yacer la ventaja política que les significaría una acción tan estrepitosa y contundente, y aun pudo ser genuina la creencia de que serviría para recomponer las vapuleadas finanzas nacionales.

Por lo que toca a sus consecuencias, Enrique Cárdenas y Soledad Loaeza sostuvieron que el acto socavó aspectos centrales del presidencialismo mexicano, primordialmente la capacidad de modificar a discreción los destinos del país² –si bien las reformas de Carlos Salinas tampoco se caracterizarían por la búsqueda de consensos–. Para Oteyza, Tello y demás integrantes de la élite política afines al keynesianismo, significó una victoria pírrica, o al menos de bajo alcance, ya que poco después hubo que suscribir acuerdos monetaristas con el FMI y ceder el lugar a una serie de administraciones menos propensas a la idea del Estado como rector de la economía.³ Además, insisto, buena parte del empresariado interpretó el decreto como una perfidia y, por ende, vio con buenos ojos a la oposición.⁴

Como estandarte popular en favor del régimen resultó “flor de un día”,⁵ brote perecedero que se vio reemplazado por un proceso de desgaste y descrédito de la figura

¹ Turrent Díaz, *Estatización bancaria...*, pp. 436-437; Sarmiento, “Ya nos saquearon”, p. 324; Soledad Loaeza, “La expropiación de la banca y el fin del estado jacobino”, Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, pp. 308, 321.

² Cárdenas, “Historiando el presente...”, p. 13; Loaeza, “La expropiación...”, p. 302. Habría que matizar la aseveración de ambos académicos en vista de que, por muy centralizado que estuviera el poder, ningún mandatario mexicano careció de contrapesos, máxime los informales.

³ Guillén, *Orígenes de la crisis...*, pp. 115-116.

⁴ Miguel Ángel Granados Chapa, “A 25 años de la nacionalización de la banca”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, pp. 209-210.

⁵ *Ibid.*, p. 207.

presidencial, así como del sistema político mexicano en su conjunto. En efecto, frente al avance de la crisis, quedó seriamente minada la confianza de los sectores medios en las virtudes del autoritarismo, al tiempo en que se debilitó el apoyo de la clase baja dada la disminución de los recursos que alimentaban las redes clientelares. Los sinsabores de la siguiente época, caracterizada por un nuevo modelo de desarrollo, vaivenes económicos, estancamiento del PIB e ineficacia estatal, avivaron las ideas en favor de la alternancia e incentivaron al PAN, fortalecido por la Reforma Política y el apoyo empresarial, a competir para ganar.⁶

El curso de tales acontecimientos permite evocar al representante por antonomasia de las trágicas ironías del destino, Edipo, aquel tebanos que, independientemente de las implicaciones freudianas de su nombre, pasó a la Historia por haber provocado exactamente lo que quería evitar. Considero que López Portillo experimentó una fortuna parecida, no por algo relacionado con su madre, sino porque con sus decretos buscó fortalecer al Estado y mantener a flote el sistema imperante, tanto así que a finales de octubre él mismo lo relacionó con la continuidad del nacionalismo revolucionario.⁷ Antes bien, y a semejanza del hijo de Layo, el efecto logrado fue opuesto al perseguido, su intento por salvar el sistema precipitó una ruina gestada tiempo atrás, primero el viraje tecnocrático, años después, la alternancia política.

¿Había futuro para el autoritarismo priista y para el nacionalismo revolucionario? Aun cuando sucesos globales como el ascenso del neoliberalismo y el fin de la Guerra Fría son cruciales para comprender ambos quiebres, la crisis de 1982 y las acciones emprendidas en respuesta se cuentan entre los factores a ponderar, lo mismo que para entender el déficit de legitimidad que la élite política mexicana ha arrastrado con altibajos hasta el día de hoy. En consecuencia, bien vale la pena fijar la mirada en esa “flor de un día”, justamente porque la raíz de su trascendencia se halló en su agotamiento prematuro: en el carácter pasajero del respaldo que logró atraer. Para que se entienda, el incumplimiento de las expectativas forjadas a su derredor abonaría el clima de desconfianza, no sólo en contra de la administración en turno sino del régimen, dando como resultado, cual *edípica*, el efecto inverso al procurado, la confirmación del desenlace que se quería eludir.

⁶ Loaeza, “La expropiación...”, pp. 356-357, 386-387.

⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1982, octubre, p. 212.

4.1.1 *Antiguo y nuevo, y de lo antiguo, nuevo*

La banca nacionalizada fue noticia constante a lo largo de sus primeros tres meses de vida. Entre sus principales vicisitudes, destacaron la reforma que le dio carácter constitucional, la lucha de sus trabajadores por sindicalizarse, el destino de sus propiedades y las muestras de respaldo a su favor. El primer asunto se resolvió exitosamente el 10 de noviembre. El segundo y el tercero despertaron polémica, por un lado, el personal bancario no fue incluido en el apartado A del Artículo 123 constitucional, sino en el B, es decir, en una modalidad que limitaba sus derechos laborales; por el otro, el gobierno no conservó los cientos de empresas propiedad de la banca que el decreto le había granjeado, decisión interpretada como un retroceso al golpe de timón dado el 1º de septiembre.⁸ Antes de desarrollar la cuarta novedad, creo pertinente referir las continuidades, dos temas que hasta entonces habían acaparado buena parte de las energías de los portavoces gubernamentales: el petróleo y la crisis.

En cuestiones petroleras, 1982 resultó un año de contrastes. Gracias a una cuota exportadora que se recuperó hasta rondar los 1.5MMBD, la contribución de Pemex a las finanzas nacionales alcanzó proporciones ignotas –tres cuartas partes de las exportaciones totales y un tercio de los ingresos fiscales de la federación–;⁹ empero, igual de destacados resultaron sus pasivos –cerca del 25% de la deuda externa–, mientras que las divisas generadas no alcanzaron los montos esperados debido a que la cotización del crudo se mantuvo relativamente baja. Con respecto a asuntos más inmediatos, abundaron noticias poco estimulantes relacionadas con la paraestatal: cancelación de proyectos, alzas en los precios de sus productos, quejas por el daño ecológico que provocaba, etc. Así, tanto por la crisis como por los traspies de la industria petrolera, se llegó al punto en que fue necesario rechazar que el país estuviera petrolizado y, más grave aún, volver a justificar el viraje que Pemex experimentó en 1976, el cual pasó de generador de euforia a blanco de reproches.¹⁰

⁸ *Unomásuno*, 5 de septiembre de 1982, p. 2; 6 de septiembre de 1982, p. 1; 9 de septiembre de 1982, pp. 1, 2; 10 de septiembre de 1982, pp. 3, 4, 8; 12 de septiembre de 1982, p. 3; 13 de septiembre de 1982, pp. 1, 5; 14 de septiembre de 1982, p. 5; 15 de septiembre de 1982, pp. 2, 9; 17 de septiembre de 1982, p. 2; 18 de septiembre de 1982, pp. 3, 5; 21 de septiembre de 1982, p. 1; 22 de septiembre de 1982, p. 1; 1º de octubre de 1982, p. 1; 6 de octubre de 1982, p. 1; 7 de octubre de 1982, p. 2, 26; 22 de octubre de 1982, p. 7; 18 de octubre de 1982, p. 1; 19 de octubre de 1982, p. 9; 24 de octubre de 1982, p. 10; 11 de noviembre de 1982, pp. 1, 5.

⁹ Claudia Franco Hijuelos, “Las ventas de crudo mexicano para la reserva estratégica petrolera de Estados Unidos”, Tesis para obtener el grado de Licenciado en Relaciones Internacionales, El Colegio de México, México, 1986, pp. 151, 154.

¹⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1982, enero, p. 131; marzo, pp. 164-165; abril, pp. 9, 16, 110, 126; julio, p. 30; agosto, pp. 12, 45, 95; *Revista del Instituto Mexicano del Petróleo*, número 1, enero de 1982, p. 111; número 2, abril de 1982, pp. *passim*; número 3, julio de 1982, p. 103; *Unomásuno*, 22 de junio de 1982, pp. 10; 12 de

Pese a tal suma de escollos, la inminencia del relevo sexenal motivó balances aprobatorios por parte de directivos de Pemex y miembros de la élite política. Ante las múltiples desgracias, la industria petrolera fue ostentada como uno de los pocos elementos en los que se cumplió con los objetivos trazados –básicamente autosuficiencia energética e incrementos productivos–, mientras que el mantenimiento del Acuerdo de San José se exhibió como prueba del compromiso mexicano por un mundo mejor. A su vez, aun cuando se aceptó que el ascenso de México como potencia petrolera había tenido un precio enorme, se añadió que peor hubiera sido mantener el esquema tradicional, puesto que el país de todas formas experimentaría problemas, a los que habría que sumar la dependencia energética.¹¹

Sin embargo, tales señalamientos positivos sobre cuestiones petroleras se mantuvieron confinados a la esfera gubernamental. En realidad, el trimestre no significó sino una profundización de la pendiente declinante experimentada por la paraestatal desde mediados de 1981. Más que por su papel como palanca del desarrollo, Pemex fue noticia por un incendio en su recién inaugurada torre ejecutiva, lo mismo que por varias acusaciones de corrupción, una de la cuales terminaría años después con el desafuero y encarcelamiento de su otrora director, Jorge Díaz Serrano. Entretanto, este hidrocarburo llegó a ser evocado como símbolo o emblema de las expectativas sin fundamento: una carta escrita a *Unomásuno*, publicada el 21 de noviembre, criticó el que así como poco antes hubo un *boom* petrolero, ahora habría uno futbolero: México como posible sede de la próxima Copa Mundial de Fútbol, o sea, un afán desmedido que traería más aprietos que beneficios. En una tónica similar, y con motivo de su comparecencia ante el Senado a finales de noviembre, Jesús Silva-Herzog Flores describió este líquido inflamable como un “espejismo” que no podría solucionar los problemas del país.¹²

Más aún, las postrimerías del lopezportillismo significaron la disipación de los hidrocarburos en los actos oficiales con participación presidencial; mas no por el número de

febrero de 1982, p. 1; 19 de marzo, p. 1; 29 de abril de 1982, p. 9; 25 de mayo de 1982, p. 1; 2 de junio de 1982, p. 4; 3 de junio de 1982, p. 10; 5 de julio de 1982, p. 12; 9 de julio de 1982, p. 2; 13 de julio de 1982, p. 10; 19 de julio, p. 2; 31 de julio de 1982, p. 8; 5 de agosto de 1982, p. 9; 14 de agosto de 1982, p. 9; 22 de agosto, p. 9; Gálvez, *Crisis del crecimiento...*, pp. 173, 247.

¹¹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 127, 184, 189; octubre, p. 134; noviembre, p. 89-90, 114, 248-249, 259.

¹² *Unomásuno*, 6 de septiembre de 1982, p. 1; 24 de octubre de 1982, p. 9; 27 de octubre de 1982, p. 5; 4 de noviembre de 1982, p. 1; 12 de noviembre de 1982, p. 5; 18 de noviembre, de 1982, p. 32; 17 de noviembre de 1982 p. 3; 21 de noviembre de 1982, pp. 2, 9; 26 de noviembre de 1982, p. 10. Podrían compararse estas posturas con las habidas a inicios del sexenio sobre el petróleo como modelo o meta a alcanzar (véase primer capítulo).

veces que se les refirió –entre septiembre y noviembre se habló de ellos en más de 30 eventos–, sino por su pérdida de protagonismo y por su supeditación a la banca nacionalizada. Por ejemplo, el 3 de septiembre Pedro Ojeda, presidente del PRI, aseveró que esta última permitiría que la producción de crudo se usara de mejor manera para lograr justicia social; once días después, López Portillo agregó que el crecimiento inequitativo generado por el auge petrolero podría ser rectificado gracias a sus decretos.¹³ Dicho de otra forma, cual león joven que desplaza al viejo como protector de la manada, la nueva banca tomó el lugar que había pertenecido a Pemex como la piedra angular a partir de la cual todo lo demás operaría armónicamente, quedando el oro negro en un lugar secundario y subordinado.

Por lo que concierne a las explicaciones de la crisis, a lo largo del trimestre se retomaron varios elementos esgrimidos entre junio de 1981 y agosto de 1982. En seis ocasiones se habló de la *tijera*, y en siete se insistió en comparar favorablemente a México con el resto del mundo en términos de paz, libertad, empleo, etc.¹⁴ Asimismo, el lenguaje náutico y meteorológico volvió a hacerse presente,¹⁵ con la diferencia de que el tono resultó más optimista, pues se aseguró que el buen clima no tardaría en regresar gracias a que por fin se había actuado para enderezar la nave. Dicha esperanza también se manifestó en el empleo de eufemismos para referirse al desplome económico (prueba, hora difícil, problema de liquidez, no logro, entre otros),¹⁶ mas no por su uso en sí, sino porque, contrario a otras opiniones,¹⁷ hubo mayor énfasis en complementarlos con postulados relativos a que se trataba de un malestar transitorio y coyuntural. Algo parecido ocurrió con las cinco explicaciones amplias e integrales que encontré sobre la crisis, ya que si bien éstas básicamente consistieron en réplicas del VI Informe (un esplendor interrumpido por la caída de los precios del petróleo y

¹³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 119, 187-188.

¹⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 81, 246, 303, 305; octubre, pp. 14, 109, 141, 149, 210; noviembre, pp. 42, 87, 92-94, 115, 171.

¹⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 112, 146, 275; octubre, pp. 133, 137; noviembre, pp. 42, 160, 169, 171, 209, 225.

¹⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 160, 165, 304; octubre, pp. 11, 46; noviembre, pp. 87, 113-115, 133, 162.

¹⁷ Encontré numerosos artículos hemerográficos en donde se aseveró que la crisis era estructural. *Unomásuno*, 22 de agosto de 1982, p. 7; 2 de septiembre de 1982, p. 5; 21 de octubre de 1982, p. 8; 4 de noviembre de 1982, p. 3; 12 de noviembre de 1982, p. 10; 15 de noviembre de 1982, p. 9; 18 de noviembre de 1982, p. 9; 21 de noviembre de 1982, p. 4; 27 de noviembre de 1982, p. 2; 28 de noviembre de 1982, p. 4.

arruinado por la traición de los malos mexicanos), en algunos hubo un tono más alegre con respecto al futuro próximo.¹⁸

En suma, el tramo final del sexenio implicó una serie de novedades y continuidades. Novedades centradas en la puesta en práctica de los decretos, y continuidades relativas a los dos asuntos –Pemex y la crisis– que en el pasado reciente habían atraído la atención del país entero. No obstante, ambas continuidades denotaron también sus propias novedades: el petróleo, recurso que tiempo atrás había servido como motivo de entusiasmo, no sólo acabó en el desencanto, sino a la defensiva, desbancado, diluido y justamente cuanto más peso tenía en las arcas nacionales. En cambio, las explicaciones sobre los apremios evidenciaron repuntes esperanzadores de un mejor mañana. El entrecruzamiento de referencias petroleras a la baja y lecturas sobre la situación nacional al alza tuvo una misma razón: la nueva expectativa fundamentada en la banca nacionalizada. Antes de exponerla, sólo resta dar cuenta de su principal escenario de difusión, los numerosos y variados eventos de respaldo a favor suyo.

4.1.2 *Del FNE al FNS*

Catorce meses en caída libre, y entonces el derrotero dio un vuelco insospechado: ilusiones en torno al futuro, marchas de apoyo por todo el país, jolgorio en las calles, multitudes galvanizadas, la Plaza de la Constitución pletórica, consignas resonantes, donativos millonarios, críticos que se moderaban, palabras reconfortantes, halagos sinfín, todo a su favor, aunque sólo por un instante. Los decretos septembrinos cambiaron súbitamente la imagen de un gobierno que parecía engarrotado, superado, inepto y vulnerable. El fulgor percibido llegó al grado de que incluso se temió que el presidente acumulara demasiado poder en el mediano plazo, que sus actos se sacralizaran, su tutela se reafirmara y, por ende, que la “estatolatría” resultante fortaleciera el sistema autoritario hasta convertirlo en un absolutismo disfrazado.¹⁹

Las caricaturas periodísticas reflejan el cambio en las percepciones. Durante los meses que precedieron al VI Informe, los dibujos sobre las relaciones entre los sectores público y

¹⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 303-305; octubre, pp. 145, 210-212; noviembre, pp. 91-95, 171-175.

¹⁹ *Unomásuno*, 2 de septiembre de 1982, p. 5; 14 de septiembre de 1982, p. 5; 24 de septiembre de 1982, p. 5; 26 de septiembre de 1982, p. 8; 29 de septiembre de 1982, p. 6; Enrique Krauze, “El timón...”.

privado apuntaron más a la condescendencia o sometimiento del primero (figuras 3 a 5). A la vez, abundaron los cartones que mostraban a un gobierno infructuoso o indolente en el combate a la inflación, rebasado por las circunstancias (figuras 6 y 7).



Figura 3. *Unomásuno*, 27 de abril de 1982, p. 9.



Figura 4. *Unomásuno*, 19 de abril, p. 9.



Figura 5. *Unomásuno*, 31 de mayo de 1982, p. 4.



Figura 6. *Unomásuno*, 23 de abril, de 1982, p. 4.



Figura 7. *Unomásuno*, 25 de agosto de 1982, p. 3.

Por lo contrario, la nacionalización bancaria provocó un cambio drástico en los papeles:



Figura 8. *Unomásuno*, 2 de septiembre de 1982, p. 3.



Figura 9. *Unomásuno*, 2 de septiembre de 1982, p. 9.



Figura 10. *Unomásuno*, 3 de septiembre de 1982, p. 9.



Figura 11. *Unomásuno*, 4 de septiembre de 1982, p. 3.



Fig. 12. *Unomásuno*, 5 de septiembre de 1982, p. 3. Fig. 13. *Unomásuno*, 8 de septiembre de 1982, p. 9.

De un sector público sometido, poco más que un costal de boxeo, y una burguesía dominante e impune, se pasó a un enemigo postrado, un gobierno victorioso y una nación rediviva. Tras la serie de diagnósticos estériles que analicé en el capítulo anterior, la administración lopezportillista pudo pasar a la ofensiva y provocar un nuevo ánimo nacional, todo con base en una expropiación inesperada.

A este respecto, y como ya he adelantado, los decretos de septiembre no fueron una ocurrencia presidencial. A lo largo de 1982, partidos de izquierda –sobre todo el PSUM–, organizaciones obreras como la CTM o el STUNAM y algunos analistas los propusieron varias veces,²⁰ aunque en medio de otras peticiones y, asumo, sin la esperanza de que su reclamo se cumpliera. Como respuesta, en febrero y marzo de ese año Miguel de la Madrid y Gustavo Romero Kolbeck, director del Banco de México, describieron el control de cambios como una medida utópica, inoperante y riesgosa, mientras que en agosto dos académicos de la UNAM tildaron la nacionalización bancaria de pretensión ilusoria. En términos generales, esta última había sido ajena al discurso gubernamental, se le consideraba un monopolio de la izquierda.²¹

Por consiguiente, la sorpresa fue mayúscula, igual que la vehemencia resultante. A lo largo septiembre brotó una especie de fiebre nacionalizadora, a saber, numerosos clamores en pro de continuar con las expropiaciones, de modo que la bancaria no fuera sino el primero de muchos pasos a dar, la chispa que incendiara la pradera. Entre los candidatos para ser nacionalizados, propuestos por analistas y agrupaciones sindicales, figuraron Televisa (apodada la “banca de la conciencia”), la radio y la educación privada, igual que las industrias alimentaria, farmacéutica, metalúrgica, eléctrica –otra vez–, cigarrera, de cemento, celulosa, maquinaria y construcción. Más aún, podría decirse que el término se convirtió en un estandarte, o que se puso de moda, aunque con poco rigor en su uso: se pidió “nacionalizar” el fútbol mexicano (dar menos preeminencia a los extranjeros), la ciencia (ponerla al servicio de los intereses colectivos), la vida artística local (ser más originales en las obras creadas y exhibidas), las ciudades (recuperar el espacio urbano incautado por unos pocos), el “alma mexicana” (reducir el fervor por los productos foráneos), la nación misma (democratizar el sistema político), etc. Además de un caudal de encabezados que usaron dicha palabra con bastante libertad, incluso de manera hilarante, como “Ella, tú, yo y la nacionalización.”²²

²⁰ *Unomásuno*, 8 de febrero de 1982, p. 1; 26 de abril de 1982, p. 4; 13 de mayo de 1982, p. 3; 25 de julio de 1982, p. 5; 7 de agosto de 1982, p. 2; 12 de agosto de 1982, pp. 5, 7; 14 de agosto, p. 3; 17 de agosto, p. 6; 20 de agosto, p. 1; 22 de agosto, p. 7; 24 de agosto, p. 5; 31 de agosto, p. 1.

²¹ *Unomásuno*, 10 de febrero de 1982, p. 1; 11 de marzo de 1982, p. 1; 21 de agosto de 1982, pp. 2, 10; 24 de agosto de 1982, p. 10; Giménez, *El debate...*, p. 132.

²² *Unomásuno*, 2 de septiembre de 1982, p. 4; 3 de septiembre, p. 10; 4 de septiembre de 1982, p. 2; 5 de septiembre de 1982, pp. 5, 8; 7 de septiembre de 1982, pp. 4, 11; 8 de septiembre de 1982, p. 29; 9 de septiembre de 1982, p. 4; 10 de septiembre de 1982, pp. 4, 5; 11 de septiembre de 1982, p. 27; 15 de septiembre de 1982, p. 19; 17 de septiembre de 1982, p. 19; 21 de septiembre de 1982, p. 6; 22 de septiembre de 1982, p. 17; 26 de septiembre de 1982, p. 9; 27 de septiembre de 1982, p. 3.

Al unísono, sobraron las miradas ennoblecedoras y aprobatorias que describieron el candor popular por la banca nacionalizada como algo que “te conmueve”, y a ésta como una “carta bien jugada”. Más abundantes aún fueron las apreciaciones desmedidas, en este caso, voces de analistas y editorialistas que proclamaron el fin del ciclo decadente detonado por la caída de los precios del petróleo, lo mismo que el advenimiento de “uno de los periodos más alentadores de la historia reciente” gracias a que de “la oscuridad de la crisis empieza a verse la luz”. Se dijo que la inconformidad se había transformado en “fundada esperanza”, que los banqueros habían sido “extirpados por completo de la trama protagónica del país” y que pronto se reanudaría el crecimiento económico, no al 10% pero por lo menos al 6%, idea que armonizó con las previsiones de varios funcionarios concernientes a que México remontaría la debacle entre 1983 y 1985.²³ Sin duda la sinceridad de semejante optimismo es cuestionable, como también el grado de representatividad de tales posicionamientos, ¿qué porcentaje de la población los compartía? No obstante, me interesa resaltar que el decreto permitió emitir pregones jubilosos que en los meses anteriores hubieran sido del todo irracionales, igual que las muestras de apoyo pro gubernamentales que expondré a continuación.

“México de pie, con su altiva mirada de dignidad ha venido a decirle, señor Presidente: ¡que no se sienta solo!”, “...estamos hoy y estaremos siempre a su lado...”; “...quiero decirle que cuenta con total respaldo de las clases mayoritarias del pueblo mexicano y de sus Fuerzas Armadas, que nos encontramos en pie de lucha y dispuestos a llevar hasta sus últimas consecuencias la nacionalización de la banca”; “¡López Portillo, seguro, a los traidores dales duro!”, “¡Portillo, escucha, el pueblo está en tu lucha!”²⁴ “Apoyo total”, “respaldo absoluto”, “adhesión firme y emocionada”, “emocionada y patriótica solidaridad”, alineamiento “con el corazón por delante”.²⁵ Pronunciamientos como los anteriores colmaron los eventos del presidente a lo largo del trimestre, tanto así que este lapso bien podría resumirse en parte

²³ *Unomásuno*, 2 de septiembre de 1982, pp. 1, 2, 3; 3 de septiembre de 1982, p. 5; 4 de septiembre de 1982, p. 1; 5 de septiembre de 1982, p. 1; 10 de septiembre de 1982, p. 2; 22 de septiembre de 1982, p. 2; 28 de septiembre de 1982, p. 3; 28 de septiembre de 1982, p. 8; 11 de noviembre de 1982, p. 7; 17 de septiembre de 1982, p. 1; 18 de noviembre de 1982, p. 9; 16 de septiembre de 1982, primera p. 11; 29 de septiembre de 1982, p. 10; 11 de noviembre de 1982 p. 7; 23 de noviembre de 1982, p. 8.

²⁴ Respectivamente, Víctor Cervera Pacheco, dirigente de la CNC (3 sept.), Estela Vaylón, periodista (4 sept.), Ricardo Cházaro Lara, secretario de Marina (16 sept.) y estudiantes del IPN (13 sept.), *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 121, 144, 275; *Unomásuno*, 14 de septiembre de 1982, p. 3.

²⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 125, 165, 169, 200, 244; noviembre, pp. 12, 56.

como una continua, incesante, casi diaria y probablemente hechiza manifestación de soporte a sus decretos, persona, administración y régimen. Según mis cuentas, de los 91 días habidos entre el 1° de septiembre y el 30 de noviembre, la cabeza del Ejecutivo no fue objeto directo de dichas expresiones en apenas 20, ocho de los cuales cayeron en domingo, día de la semana en que no siempre tuvo actividades programadas. Los 71 restantes se repartieron como si de una hipérbola se tratase: 26 en septiembre, 18 en octubre y 27 en noviembre, e incluyeron más de 150 actos públicos con atributos apoloéticos de intensidad variable, unos resultaron claramente laudatorios, otros, más sutiles. Reitero, más de 150 en tres meses, en el semestre anterior (marzo-agosto) apenas encontré 40, los cuales no sólo fueron inferiores en cantidad sino en la vehemencia exhibida, o sea, resultaron mucho más mesurados.

Casi la mitad de los numerosos pronunciamientos de adhesión y respaldo fueron articulados en Los Pinos, escenario lógico para tales exhibiciones en vista de que el jefe de las instituciones nacionales pasó buena parte de su último tramo en el poder dentro de la Residencia Oficial. El resto se repartió en lugares emblemáticos como el Palacio Nacional y el Monumento a la Revolución, además de todo tipo de explanadas, edificios públicos y demás sitios pertenecientes a 22 de las 32 entidades federativas. Por lo que respecta a su naturaleza, estos actos públicos podrían ser divididos en dos campos: los que tuvieron como razón primordial, sino es que única, el alineamiento en favor del régimen, y aquéllos cuya concertación obedeció formalmente a otros propósitos. En el primer grupo figuraron visitas a Los Pinos, desayunos ofrecidos en honor del gobernante, mítines de solidaridad atiborrados, despliegues militares y concentraciones multitudinarias, dentro de las cuales destacó una efectuada en el Zócalo capitalino cuyo torrente supuestamente rebasó el medio millón de personas. El segundo grupo consistió en giras de trabajo, inauguraciones, premiaciones, conmemoraciones cívicas, congresos, asambleas, etcétera.

En cuanto a la identidad de los expositores, además de la abrumadora mayoría de connacionales, hubo algunos extranjeros, desde diplomáticos cuyas amables palabras obedecieron principalmente a cuestiones protocolarias, hasta un asilado argentino que posiblemente habló en favor de los decretos como una forma de agradecer el auxilio a su persona. Por su parte, entre los nacionales figuraron secretarios de Estado, legisladores, gobernadores, representantes de instituciones gubernamentales, miembros del PRI de distinto rango y líderes sindicales. Ni siquiera los partidos de oposición permanecieron ajenos al

oleaje, al menos no los que portaban una “S” en sus siglas (PSUM, PST y PPS). También patentizaron apoyo obreros, campesinos, periodistas, estudiantes, organizaciones de economistas, ingenieros, médicos, dentistas, deportistas, comerciantes, masones y aun algunos empresarios. La diversidad imperó, no sólo con relación a la actividad sino también a la magnitud, puesto que se hicieron presentes desde la Concamin –si bien ésta no tardó en cambiar de bando– hasta la ruta interestatal de taxis Tlapacoya. Igualmente hubo pronunciamientos a título individual, por ejemplo, una viuda pensionada, así como algunos niños que visitaron al presidente para aportar el dinero de sus alcancías.²⁶

Otra expresión de apoyo puede encontrarse en los desplegados periodísticos favorables al Primer Magistrado y sus decretos. A lo largo del trimestre ubiqué 143 de ellos en *Unomásuno*; entre sus emisores figuraron “el pueblo y el gobierno” de 18 estados; legisladores; partidos de izquierda; organizaciones obreras, desde la CTM hasta el Sindicato de Trabajadores de Aparatos Domésticos; instituciones educativas como el IPN, la UNAM, el Colmex y universidades estatales; asociaciones cívicas; organismos públicos; cooperativas; agrupaciones estudiantiles y algunas empresariales. También firmaron artistas, académicos e intelectuales de renombre como Carlos Monsiváis, Sergio Pitol, Elena Poniatowska, Miguel León-Portilla, Rubén Bonifaz Nuño y José Emilio Pacheco.²⁷

Como puede advertirse, tales exhibiciones tuvieron como común denominador la variedad, tanto en la consistencia y ubicación de los eventos, como en la ocupación y rango de los ponentes. Más aún, respecto de estos últimos podría hablarse de una suma de contrarios: muchos y pocos, grandes y pequeños, público y privado, campo y ciudad, izquierda y derecha, élite y subordinados, masas e individuos, gobierno y oposición, empresarios y obreros, hombres de estudio y de acción, niños y ancianos, entre otros, todos presuntamente unidos a favor del mandatario, en contra del enemigo ancestral y en pos de una causa noble. Tan sólo el 10 de septiembre la Residencia Oficial sirvió como tribuna para

²⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 212, 223 *et passim*; octubre, pp. 33, 89, 92 *et passim*; noviembre, pp. 9, 134 *et passim*.

²⁷ Hubo quienes aprovecharon la ocasión para filtrar alguna solicitud o mensaje ajeno al asunto central, como pedir fondos para la ciencia o criticar a los Testigos de Jehová, tal vez con la esperanza de que su cometido llegara a buen fin al ser combinado con las loas dedicadas al presidente. *Unomásuno*, 14 de septiembre de 1982, p. 7; 25 de septiembre de 1982, p. 5.

el líder del PST, igual que para un grupo de empresarios;²⁸ es decir, se proyectó la imagen de un punto medio en el que los extremos podían confluir, y los incompatibles, coincidir.

Paradójicamente, este ardor apologético no fue consecuencia de una buena situación, sino de una catastrófica: la premura de un régimen por defenderse mediante la exhibición de un frente unido que, ante la presión de los expropiados, justificara las recientes medidas y, en general, patentizara el respaldo en favor de una administración que se había mostrado ineficaz ante el peor derrumbe financiero que la mayoría de los mexicanos recordara. Por otro lado, tales expresiones también pueden ser explicadas como uno de los pros de los decretos, ya que su impacto motivó bastantes adhesiones, aunque poco duraderas. Septiembre marcó el despegue súbito y exponencial del fervor manifestado, octubre significó un descenso debido al agotamiento del ímpetu inicial, y noviembre, un repunte producto de la inminencia del fin de sexenio. En pocas palabras, los decretos septembrinos necesitaron y permitieron las muestras de apoyo del último tramo del lopezportillismo. Éstos requerían de justificación para sí mismos al tiempo en que también servían para justificar al régimen.

Por lo que concierne al presente trabajo, y como señalé anteriormente, las muestras de respaldo pro gubernamental sirvieron como marco para el planteamiento y desarrollo de la última gran expectativa del sexenio. Así pues, tras haber dado cuenta somera del quién, el cuándo y el dónde, resta profundizar en el cómo y en el supuesto porqué. Respecto del cómo, las exhibiciones de apoyo se dieron de dos formas básicas: la oral –elogios y declaraciones en favor del régimen– y la material –aportaciones económicas destinadas al pago de la deuda externa y a la indemnización de los banqueros expropiados–.

Sobre esta última, hubo tentativas previas al VI Informe. El 18 de marzo de 1982, el sindicato petrolero cedió \$30 millones de pesos para el pago de la deuda. Al mes siguiente, Luis José Dorantes Segovia, presidente del Congreso del Trabajo, propuso a sus afiliados solidarizarse con el país mediante la entrega del 1% de sus salarios. En agosto el Movimiento Nacionalista Revolucionario Lázaro Cárdenas convocó a la realización de aportaciones voluntarias destinadas a la deuda, no con la esperanza de que el monto recabado la saldara, sino con el propósito de “apelar a los sentimientos que como el patriotismo pareciera que

²⁸ Es importante precisar que, a excepción de la Concamin y El Palacio de Hierro, los empresarios o grupos empresariales que mostraron adhesión no se caracterizaron por un gran tamaño ni poderío: Centro Comercial De Todo, Compañía Distribuidora de Regalos, Super Mayoreo, Telas Extra, etcétera. *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 172, 212.

hemos olvidado los mexicanos”, de modo que fuera posible “transformar la inercia de la crisis en impulso social que nos lleve al reencuentro entre todos...”²⁹

Los decretos multiplicaron las donaciones en términos astronómicos. Se habló de un sentimiento colectivo espontáneo que había llevado a la ciudadanía a ofrecer dinero voluntariamente para pagar la deuda externa e indemnizar a los banqueros expropiados. Día a día representantes de numerosas organizaciones se enfilaban para entregar sus cheques, tanto así que se creó un fideicomiso para recabarlos: el Fondo Nacional de Solidaridad (FNS). El quién y el cuánto varió mucho; para ilustrar, el 25 de octubre, la niña Yurixhi Martínez Escalante, de once años, entregó los \$490 pesos que sumaban sus ahorros, mientras que el 29 de noviembre, sectores sociales del Estado de México aportaron \$45 millones de pesos. Según la suma que realicé con base en la información provista por *El Gobierno Mexicano*, el acumulado total rozó los mil millones de pesos (\$942,986,834.39 pesos y \$70,000 dólares), cifra respetable, pero deslucida si se consideran los más de \$1450 millones de pesos que habían costado los siete aviones de combate F-5 recientemente adquiridos por las fuerzas armadas, o que tan sólo el 16 de noviembre López Portillo inauguró obra pública en el estado de Hidalgo con un valor superior a los \$25 mil millones de pesos.³⁰

El segundo asunto que quita lustro al FNS fueron las acusaciones de coerción: trabajadores que aseguraron haber sido presionados o aun obligados a solidarizarse con parte de su sueldo. Encontré varias notas y desplegados que denunciaron esta práctica como una estratagema de sus líderes para autopromocionarse con la élite política. Entre los presuntos afectados se encontrarían agricultores de la zona Tarahumara, obreros de Pemex, agentes del Ministerio Público, así como personal de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Lo mismo podría sostenerse respecto de las concentraciones: apelotonamiento de acarreados.³¹

Por su parte, el respaldo oral tampoco carece de polémica. El 3 de septiembre, con la Plaza de la Constitución rebosante, Víctor Cervera Pacheco, dirigente de la CNC, proclamó: “...estamos convencidos que aliados, campesinos, obreros, clases populares y empresarios nacionalistas, haremos abortar cualquier intento de desestabilización.” Diez días después, en

²⁹ *Revista del Instituto Mexicano del Petróleo*, número 2, abril de 1982, p. 109; *Unomásuno*, 21 de abril de 1982, p. 4; 27 de agosto de 1982, p. 7.

³⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1982, octubre, p. 244; noviembre, pp. 73, 165, 226; *Unomásuno*, 15 de septiembre de 1982, p. 2.

³¹ *Unomásuno*, 11 de septiembre de 1982, p. 6; 15 de septiembre de 1982, p. 7; 25 de octubre de 1982, p. 6; 19 de noviembre de 1982, p. 12; 25 de noviembre de 1982, pp. 4, 7, 9.

Los Pinos, el joven Guillermo Torres Saavedra, presidente de la Federación de Estudiantes del IPN dijo: "...estamos convencidos que unidos los jóvenes, campesinos, obreros y estudiantes, haremos abortar cualquier intento de agitación."³² La coincidencia resulta por demás sospechosa, ¿qué tan genuina era la emoción irradiada?, ¿había guiones?, ¿los voceros tomaron ideas de discursos previos en vez de crear los propios? Tal vez, empero, para la presente investigación conviene centrarse en los contenidos, o sea, las razones por las que supuestamente apoyaban, el porqué.

Algunos de los pronunciamientos se limitaron al pregón solidario sin más, a exteriorizar su adhesión al gobierno sin dar a conocer sus motivos. En cambio, otros fueron más explícitos; los miembros del sector privado que se sumaron a las apologías tendieron a afirmar con sutileza que su respaldo se debía a la ausencia de alternativas viables, a que *no había de otra*. Por lo contrario, el sector público fundamentó sus panegíricos en los buenos resultados conseguidos por la administración lopezportillista, desde el crecimiento económico durante el auge petrolero hasta los decretos septembrinos, sin olvidar la Reforma Política. Un tercer y más heterogéneo grupo dio a entender que sus integrantes se mantenían fieles no tanto por cuestiones prácticas, sino emotivas: por el esfuerzo, pasión, entusiasmo, patriotismo, valentía, firmeza y entrega total del mandatario, por su capacidad de liderazgo, sus virtudes intelectuales y demás zalamerías.³³

Más numerosos, diversos y sustanciosos fueron los argumentos centrados no en el gobierno ni la cabeza del Ejecutivo, sino en sus recientes medidas. En al menos ocho ocasiones se apeló a su solidez legal y a su coherencia con la Constitución; en otras ocho, a su carácter popular –incluso llegó a sugerirse que en realidad habían sido fruto de una aspiración colectiva, de modo que el gobernante mexicano únicamente habría interpretado y expresado “el auténtico sentir de su pueblo”–.³⁴ El resto se cimentó en las ilusiones forjadas alrededor de ellas, en la proclamación de los bienes y favores que el control de cambios y, primordialmente, la nacionalización bancaria significarían para México, unos económicos y muy concretos; otros psicológicos, difusos e intangibles. La última fase de la política de

³² *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 121, 178. Encontré algunos casos similares, aunque menos obvios, por razones de espacio no los incluyo.

³³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, octubre, noviembre, *passim*.

³⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 82, 85, 119, 125, 169, 176, 206, 222, 257, 267, 274; octubre, p. 49, 213; noviembre, p. 20, 172.

administración de expectativas comenzó con los primeros y terminó con los segundos. Fue delineada por López Portillo y, como caja de resonancia, repetida, enriquecida y desarrollada por innumerables ponentes que no tardaron en captar la esencia de los planteamientos presidenciales.

En suma, el último trimestre del sexenio representó un momento peculiar que podría describirse como un apogeo efímero y forzado, una estatua con pies de barro, un esplendor hecho con pirita que se esfumó tan rápido como llegó. La expectativa generada entonces fue reflejo fiel de su entorno, es decir, resultó igual de alta, endeble y fugaz. ¿De qué se trató? En 1978 José Andrés de Oteyza anunció la creación del Fondo Nacional de Empleo (FNE), un organismo que utilizaría los excedentes petroleros para darle trabajo a los mexicanos. Cuatro años después, el Fondo Nacional de Solidaridad (FNS) serviría como receptáculo de las donaciones populares. El FNE pretendía dar empleo a la gente; el FNS, recibir de ella su dinero. Hipotéticamente, en el primer caso el gobierno brindaría los medios para resolver los apuros, en el segundo los gobernados protagonizarían la solución. En ambos casos se atraería dinero, sólo que en uno provendría del exterior hacia la gente; en el otro, de la gente hacia el exterior, o sea, habría una inversión en el flujo. Una caída, sin duda, pero de la que se llamaría a convertir en virtud, que inspirara a millones de mexicanos para, sirva el término, sacar lo mejor de sí mismos. Es posible partir de semejante postulado para comenzar a entender la última expectativa del sexenio: la maduración interna.

4.2 Materia y espíritu

Nosotros gozábamos en nuestro pueblo de prosperidad, se comenzaba a tener demasiado de comer, recargábamos nuestra alma de vituallas. Paz, seguridad, vida fácil; la carne se enardecía, oprimía nuestras almas [...] Dios ha tenido piedad de nosotros y nos ha enviado la desgracia. Así es también como el jinete fue a al caballo perezoso. La desgracia nos ha removido la sangre, ha abierto nuestros corazones, nos ha liberado.*

Corría septiembre de 1982, la pendiente parecía interrumpida aunque, en sentido estricto, no del todo enderezada ni revertida. El pesimismo de los últimos meses había sido reemplazado por sentimientos de esperanza, pero también por más preguntas que certezas. ¿Qué podía preverse de los dos decretos?, ¿cómo se vislumbraba el porvenir?, ¿mejoraría la economía?, ¿México había cambiado de rumbo?, ¿hacia dónde iba?, ¿estaba emergiendo acaso?

El VI Informe había ganado tiempo; la denuncia de la *puñalada* había sido elocuente; el acto expropiatorio, categórico; la asociación hecha con respecto a 1938, venturosa para el gobierno; el apoyo popular, reavivado. Empero, la euforia no perduraría por sí misma. Si la medida sólo consistía en un cambio de dueños o en un castigo contra los presuntos culpables, ¿de qué le servirá a un país cuyas finanzas se desmoronan? Así pues, ¿cuál es era plan?

En 1976 la solución se basó en el crudo y se desarrolló a lo largo de varios meses; seis años después las condiciones eran otras, y la variable del tiempo, menos generosa. Ante el apremio, la respuesta se halló en la inercia, de modo que la estructura que hasta entonces había delineado las proyecciones del sexenio volvió a hacerse presente: el tránsito de lo concreto a lo impreciso; de la medida a la voracidad; de sortear la crisis heredada en 1976, al México desarrollado; de ayudar a Centroamérica, a resolver la Guerra Fría; del hundimiento por una coyuntura desafortunada, al último ataque de un enemigo intemporal.

El cuarto y último caso siguió el mismo patrón pese a que, a diferencia de los anteriores, no partiera de los hidrocarburos sino de la nacionalización bancaria. A semejanza del periodo 1977-1978 —cuando la justificación del viraje de Pemex abrió camino a los pregones atinentes al México de pleno empleo—, la necesidad de justificar los decretos acabó en el trazo de un nuevo fin último de la nación mexicana. Es decir, y como adelanté en el apartado anterior, las medidas anunciadas el 1º de septiembre justificaron al régimen a la vez que requirieron justificación para sí mismas; las previsiones formuladas para satisfacer esta última necesidad dieron como resultado el colofón de la política de administración de expectativas.

* Nikos Kazantzakis, *Cristo de nuevo crucificado*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1976, p. 154.

4.2.1 *Una nueva panacea*

Las arcas nacionales, vacías; la deuda, monstruosa; el crecimiento, detenido; la inflación, inmisericorde. En consecuencia, la banca cambió de dueño, incluso una enorme bandera mexicana había sido desplegada en la sede de Banamex. No obstante, más allá de reemplazos administrativos y simbolismos vistosos, ¿en qué ayudarían los cambios?, ¿cómo apartarían a la nación de la penumbra donde se encontraba? Mientras que a lo largo de los últimos 14 meses había habido que centrarse en la descripción del presente –denunciar la *tijera* y la *puñalada*–, los dos decretos permitieron volver a dirigir la vista hacia el futuro y, por ende, sembrar expectativas. Fue posible retomar la consigna que López Portillo pronunció en 1978: “No queremos alimentar al pueblo con explicaciones, sino con auténticos satisfactores.”³⁵

A través de al menos 50 actos públicos –28 en septiembre, 11 en octubre y 11 en noviembre– en su mayoría de apoyo al régimen, el presidente, representantes de los tres poderes, secretarios de Estado, gobernadores, directivos de la nueva banca, funcionarios, líderes sindicales, etc., proclamaron las ventajas concretas de la nacionalización bancaria y el control de cambios. Entre los pros se contarían el incremento en los intereses percibidos por los pequeños ahorradores, del 4% al 20%; la multiplicación de créditos otorgados a los proveedores de bienes; el cese a los cobros por manejo de cuentas bancarias, y el establecimiento del federalismo financiero, a saber, la inclusión de los gobiernos estatales en las discusiones sobre los recursos monetarios que sus entidades captarían.³⁶

Por encima de tales asuntos acotados, se dijo que los decretos servirían para emprender un ataque frontal en contra de la crisis. En vista de que el acabose habría sido resultado de una brutal salida de capitales auspiciada y favorecida por los antiguos banqueros, hubo especial énfasis en precisar que la fuga por fin podría ser controlada gracias a las determinaciones del 1º de septiembre, tanto por haber desplazado a los principales esparcidores de rumores mediante la nacionalización, como porque el control de cambios impediría que los ahorros del país fueran convertidos impunemente en moneda extranjera. Entonces, se agregó, quienes persistieran en su afán de perjudicar a la nación, por temor, codicia o indiferencia a los intereses colectivos, tendrían que recurrir al mercado negro, cuyas altas tarifas sosegarían su empeño. Ahí estaría la ejecución del famoso “¡No nos volverán a

³⁵ José López Portillo, “Política petrolera”, p. 13.

³⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 291; *Unomásuno*, 8 de septiembre de 1982, p. 4; 9 de septiembre de 1982, p. 9; 23 de septiembre de 1982, p. 9; 29 de septiembre de 1982 p. 9.

saquear!” A su vez, las dos medidas fueron descritas como cotos a las prácticas especulativas, tanto de los malos mexicanos como de los extranjeros, y como factor central en la lucha contra el efecto más palpable del derrumbe: la inflación. Así por tanto, se les presentó como la senda para superar los percances financieros, no de forma inmediata, pero decisiva.³⁷

Ahora bien, a reserva de su empleo como tapón de la fuga, ¿de qué manera cumplirían los demás propósitos? Igual que la *fórmula mexicana* –el proyecto para resolver la Guerra Fría–, no hubo una sola gran explicación, sino varias parciales dadas a conocer poco a poco. Para mi sorpresa, tras analizarlas noté que en conjunto forman un plan, si bien ambiguo y seguramente improvisado, que apuntó a la consumación de los diversos objetivos. *Grosso modo*, se trataría de un círculo virtuoso emanado de la repercusión fundamental de los dos decretos: la sustitución del interés privado por el público en el manejo financiero del país. A mayor abundamiento, se dio a entender que hasta entonces el ahorro nacional había sido usado según la conveniencia de unos pocos, de modo que se canalizaba preferentemente hacia las actividades más lucrativas en el corto plazo, la especulación entre ellas. Por lo contrario, se añadió, a partir del 1º de septiembre los caudales comenzarían a destinarse primordialmente en favor de las opciones de mayor dimensión productiva.³⁸

En términos más concretos, se informó que la nueva banca brindaría mayores fondos a las empresas –principales generadoras de riqueza y empleo–, a fin de que recuperaran su impulso, incrementaran y diversificaran su producción, y multiplicaran el empleo. Mas no para volver al estado existente entre 1978 y mediados de 1981, sino para edificar sobre un terreno más sólido que permitiera superar las debilidades y limitaciones del auge petrolero. Se especificó que si el potencial crediticio se usaba adecuadamente, las fuerzas productivas no sólo se repondrían sino que se modernizarían, lo suficiente como para aumentar su producción y aminorar costos sin recortar puestos laborales. Así la nación se aliviaría de los daños provocados por la *tijera* y la *puñalada*, al tiempo en que serían abatidos dos de los principales inconvenientes del México de la abundancia: inflación galopante y una importación de bienes excesiva, el primero gracias al incremento de la oferta; el segundo, a

³⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 83, 90, 94, 113-114, 119, 130, 138, 143, 147, 169, 187, 295; octubre, pp. 23, 65, 211-212; noviembre, pp. 93, 117-119; *Unomásuno*, 2 de septiembre de 1982, p. 6; 4 de septiembre, p. 9.

³⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 98, 119, 130; noviembre, pp. 62, 238-239; *Unomásuno*, 2 de septiembre de 1982, p. 6.

que comenzaría a fabricarse al interior de país lo que antes se conseguía afuera. Por ende, la banca retomaría su función social, no la búsqueda de crecimiento sino de desarrollo, pero uno integral en el que, contra la tendencia de las últimas décadas, el campo no sería olvidado.³⁹

Con todo, la apuesta no yacería en la acción empresarial, sino más bien en la gubernamental. Simultáneamente se delineó una perspectiva a largo plazo en la que el Estado no sólo se transformaría en proveedor de fondos, sino que se vería fortalecido en su papel de rector de la economía, facultad que le permitiría reasumir su búsqueda de justicia social, vigorizar la producción de las paraestatales, armonizar la política económica con los planes de desarrollo y restablecer la confianza en las instituciones. Inclusive, al engrosar su poderío, estaría en condiciones de defender mejor la soberanía nacional en un mundo que no respetaba fronteras. En consecuencia, los decretos serían justos y necesarios, puesto que sentarían las bases de un nuevo orden económico, le habrían regresado el poder a las mejores manos y servirían eficazmente a las mayorías, al grado de cumplir un objetivo longevo: la consolidación de la independencia económica de México.⁴⁰

Como puede advertirse, los planteamientos no tardaron en desbordarse, de ahí que en noviembre se hablara del VI Informe como el paso inicial de todo un proceso de transformaciones profundas.⁴¹ Según las previsiones, México experimentaría una restauración en la que no sólo recuperaría su riqueza perdida, sino también su vocación a emplearla en pro del bien común, y se transformaría en una nación económicamente equilibrada e independiente. En otras palabras, hubo una nueva versión de la *siembra de petróleo* —el proyecto de invertir las divisas atraídas por Pemex en la industrialización del país, así como en el Fondo Nacional de Empleo—, con la banca como piedra angular en vez del crudo. En ambos casos se planteó usar la *piedra* correspondiente (petróleo o banca), primero como medio para remontar los agobios inmediatos, y después como el pivote mediante el cual las actividades productivas nacionales se articularían armónica y vigorosamente para generar un desarrollo integral y equitativo.

³⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 83, 138, 147, 168; octubre, p. 40; *Unomásuno*, 4 de septiembre de 1982, pp. 3, 9; 27 de septiembre, p. 1; 17 de octubre, p. 9; 19 de octubre, p. 1; 29 de noviembre de 1982, p. 9.

⁴⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 94, 119, 127-128, 130, 138, 147, 199, 201, 266, 293, 307; octubre, pp. 49, 211; noviembre, pp. 62, 200; *Unomásuno*, 4 de septiembre de 1982, p. 9.

⁴¹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, noviembre, p. 172.

Sin embargo, hubo una distinción importante en la forma de comunicar tales proyecciones. A diferencia de la primera, cuya claridad e intensidad descollaron gracias al respaldo que el auge petrolero representó, los pregones de una recuperación con base en la banca nacionalizada fueron mesurados, lo mismo que sus efectos. Un indicador empírico lo halló en las numerosas evocaciones que he escuchado por parte de quienes vivieron el sexenio en cuestión: el recuerdo irónico de la administración de la abundancia con base en los hidrocarburos es muy frecuente; en cambio, si bien la nacionalización bancaria permanece en la memoria,⁴² no he oído una sola mención que hoy en día la asocie con las proclamas que hubo de ella como medio para que México superara sus restricciones materiales. Otra diferencia se halla en la gradación de los objetivos, en el primer caso, el petrolero, la gama fue clara, primero se habló sólo de revertir las turbaciones; luego, del México desarrollado; en el segundo, el bancario, hubo poco rigor en el orden: no terminaba de plantearse la contención de la fuga cuando ya se preveía una economía sana, pujante e independiente.

En suma, los dos decretos significaron un regreso a las ilusiones. En buena medida se trató de una reedición moderada y discreta de las esperanzas puestas en Pemex pocos años atrás. Las proyecciones variaron desde asuntos superficiales (mejorar servicio bancario), hasta los más urgentes (detener el derrumbe) y estructurales (impulsar un desarrollo brioso, equitativo y armónico). A pesar de que semejantes pretensiones no sean muy recordadas en la actualidad, en su momento fueron motivo de análisis y comentarios. La atención nacional estuvo centrada en el devenir de la banca, tanto así que los periódicos frecuentemente dieron cuenta del financiamiento que ésta concedía.⁴³ Sin embargo, hubo una última expectativa, paralela a la que acabo de exponer en varios de sus planteamientos, pero considerablemente difusa y más ambiciosa; una que propondría la resolución de, como explicaré a continuación, la verdadera raíz de los males, el corazón de los problemas de México, una cuestión aún más profunda que la estructura económica. Se enunciaría la posibilidad de lograr un cambio como jamás hubo antes en la historia de la nación y del que no habría marcha atrás, se habló de alcanzar una utopía inmaterial, distinta a la pintada durante la administración de la abundancia; fue una nueva variación del discurso de la eficacia y su búsqueda de legitimidad.

⁴² Amparo Espinosa, “Prólogo”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, pp. 7-8.

⁴³ *Unomásuno*, 1982, 28 de septiembre, p. 1; 1º de octubre, p. 1; 2 de octubre p. 9; 6 de octubre, pp. 1, 9; 12 de octubre, p. 1.

4.2.2 *Metafísica*

En 1950 Frank Tannenbaum patentizó su desencanto por México, una nación cuyo proyecto económico suponía el sacrificio de millones de trabajadores industriales y agrarios en beneficio de la *aristocracia* obrera, sectores medios y clases altas. Ante tal panorama, opinó que se requería un camino alterno más consonante con la realidad mexicana; uno basado en el ámbito local, parroquial, aunque adicionado con los avances técnicos, científicos y tecnológicos que permitieran satisfacer las necesidades de la gente. Así, en lugar de destruir las comunidades rurales –que identificó como origen de la fuerza y resistencia del país– llamó a convertirlas en la base del desarrollo. Propuso, entonces, priorizar las actividades agrícolas y artesanales, lo mismo que seguir una *filosofía de las cosas pequeñas*, o sea, el reemplazo sistemático de las obras y pretensiones monumentales con otras de menor tamaño y adecuadas a las innumerables comunidades de cada región.⁴⁴ Treinta y dos años después, la última expectativa del lopezportillismo tendría un tono parecido: el abandono de la fastuosidad en favor de la vuelta a las esencias.

Aunque la crisis de 1982 había supuesto un paréntesis en la divulgación de proyecciones utópicas, los decretos septembrinos permitieron una breve reaparición de las ilusiones: primero, como al inicio del sexenio, superar los percances, fortalecer la economía y generar desarrollo; poco después, algo nuevo, una expectativa inédita. Para entender esta última, conviene recordar que la explicación oficial sobre la debacle concluyó con la denuncia de una traición que habría ocasionado la salida repentina de una suma de capitales inconmensurable, superior al acumulado total de la inversión extranjera llegada a México desde la Independencia. Frente a semejante postulado surge una pregunta: ¿qué habría llevado a miles de connacionales a provocar que México perdiera su riqueza monetaria?

Como también he expuesto, se habló de dos tipos de culpables: los mexicanos perversos y los inconscientes. Sólo los primeros habrían actuado con dolo, aunque los segundos tampoco serían del todo ignorantes, ya que se les había advertido sobre los perjuicios que acarrearía su compra inmoderada de dólares. De tal suerte, si hay verdad en la consigna de que es en los momentos críticos cuando uno muestra quién es en realidad, la gente habría fallado al anteponer sus intereses individuales, sacrificando los colectivos.⁴⁵ Sin duda sería

⁴⁴ Frank Tannenbaum, *Mexico: The Struggle...*, pp. 173, 216, 221-225, 238, 242-246.

⁴⁵ El 20 de noviembre, el senador Roberto Casillas dijo que cuando los “nubarrones” aparecieron a mediados de 1981, a la gente le faltó cohesión y solidaridad. *El Gobierno Mexicano*, 1982, noviembre, pp. 171-172.

crucial atender las consecuencias, arreglar el mal detonado; pero igualmente, atacar las causas, o sea, suscitar un cambio, mas no sólo en la estructura económica, sino en las convicciones de la población a fin de que en las futuras horas de prueba el frente nacional no volviera a resquebrajarse.

A grandes rasgos, ésa sería la raíz de los problemas que sutilmente se dio a entender a lo largo del trimestre. Por encima de cuestiones como la inflación, el endeudamiento y la fuga de capitales, lo mismo que de un mundo indiferente y potencias depredadoras, los portavoces del gobierno llegaron a plantear que la principal lucha sería interna –no sólo en cuanto a fronteras geográficas, sino a los valores de los mexicanos–, una cruzada en favor del altruismo. Por ejemplo, en noviembre el gobernante nacional aseveró que el exceso de ambición había provocado el desplome, al tiempo en que habló del Estado como aquél que defendía a la sociedad del egoísmo.⁴⁶ Dicha cruzada, especificaron, se emprendería de la misma manera como se combatía el derrumbe económico: con los dos decretos. La expresión más elocuente también fue pronunciada por el Primer Magistrado el 6 de noviembre, cuando aprovechó un acto de apoyo para proclamar que la nacionalización de la banca era un “acto soberano encaminado a liberar a los mexicanos del egoísmo y abrir los canales de la justicia”. Conviene tener presente que las utopías implican sociedades renovadas, perfeccionadas, liberadas de los males que las aquejan, sino es que del “Mal” a secas.⁴⁷

Tan ambiguo como el planteamiento fue la manera de difundirlo; más que por medio de declaraciones concisas en las que se especificara el origen de los males y su posible solución, se recurrió principalmente a un sinnúmero de afirmaciones que por separado parecerían poco significativas, pero que se vuelven reveladoras al observarlas en conjunto. Durante los eventos oficiales celebrados a lo largo del trimestre, hubo una serie de palabras cuyo uso experimentó un repunte marcado. Identifiqué 18 vocablos –los más reiterativos a mi parecer– que cuantifiqué, analicé y cotejé entre sí. En el siguiente cuadro doy cuenta de dichos términos (*a*) y de su desglose numérico, o sea, del número de actos públicos en que se les enunció, primero el total (*b*), luego por mes (*c*, *d* y *e*).

⁴⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, noviembre, pp. 95, 142, 238.

⁴⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1982, noviembre, p. 205; Baczkó, *Los imaginarios...*, pp. 54, 116; Amador Bech, *Las raíces...*, p. 119, 121.

Tabla 4. Campo semántico de valores políticos, y términos relacionados, que fueron dichos en actos públicos con participación presidencial entre septiembre y noviembre de 1982

Términos (a)	Número de actos públicos en los que alguno de los 18 términos fue enunciado				Número de actos públicos de apoyo (f)	Núm. de actos en los que JLP expuso los vocablos (g)	Núm. total de ponentes (h)
	Total (b)	Sept. (c)	Oct. (d)	Nov. (e)			
—	—	—	—	—	—	—	—
Solidaridad	77	43	16	18	56 (72.72%)	24 (31.16%)	33
Historia/histórico	69	33	16	20	35 (50.72%)	21 (30.43%)	57
Revolución	56	22	17	17	26 (46.42%)	18 (32.14%)	43
Patria/patriotismo	50	27	9	14	32 (64%)	17 (34%)	42
Unión	49	24	10	15	23 (46.93%)	14 (28.57%)	41
Justicia	47	18	13	16	22 (46.8%)	12 (25.53%)	41
Libertad	46	19	9	18	19 (41.3%)	18 (39.13%)	34
Confianza	34	15	6	13	15 (44.11%)	11 (32.35%)	27
Futuro	33	14	8	11	18 (54.54%)	13 (39.39%)	27
Trascendencia	31	14	6	11	16 (51.61%)	11 (35.48%)	23
Soberanía	26	12	4	10	14 (53.84%)	7 (26.92%)	21
Destino	23	6	5	12	6 (26.08%)	13 (56.52%)	15
Independencia	20	8	8	4	10 (50%)	2 (10%)	20
Democracia	19	10	3	6	10 (52.63%)	3 (15.78%)	18
Trabajo	19	11	2	6	11 (57.89%)	8 (42.1%)	18
Identidad	15	4	5	6	7 (46.66%)	8 (53.33%)	9
Irreversibilidad	9	6	1	2	7 (77.7%)	3 (33.33%)	7
Fe	8	5	1	2	5 (62.5%)	5 (62.5%)	5

Elaboración propia a partir de *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, octubre, noviembre, *passim*.

La columna *f* concierne a la cantidad de eventos de respaldo al régimen (desde visitas a Los Pinos hasta concentraciones multitudinarias) en que fueron enunciadas las palabras en cuestión, así como su porcentaje con respecto al total (*f* por 100 entre *b*), lo que demuestra, como anticipé, que los actos públicos de apoyo significaron el escenario primordial de la última proyección del sexenio.

Con relación a los expositores, la columna *g* indica la suma de eventos en los que el jefe de las instituciones nacionales pronunció alguno de los 18 vocablos, igual que el porcentaje representado en torno al total (*g* por 100 entre *b*). Los resultados evidencian que la cabeza del Ejecutivo ocupó un lugar destacado, en general entre el 30 y 40% del total, pero no abarcó una mayoría absoluta salvo los tres casos en que rebasó el 50%. Para terminar, la columna (*h*) informa la cuantía de los ponentes, entre quienes se hallaron secretarios de Estado, gobernadores, legisladores, miembros del Poder Judicial, líderes sindicales, funcionarios, así

como, en menor cuantía, estudiantes, periodistas y militares. Sirve principalmente para resaltar la gran diversidad de personajes que contribuyeron a difundir la última ilusión, una de tipo inmaterial en la que se aludiría a la superación absoluta de la adversidad ancestral mediante el hallazgo de una solución definitiva que llevara a México a su estado último.

De las 18 palabras, me interesa centrar la mirada especialmente en tres: solidaridad, unión y patriotismo, no sólo por su empleo recurrente –el total de eventos oficiales en que fue enunciado alguno de estos vocablos suma 118–, sino porque de manera separada se usaron para los mismos fines: elogiar al pueblo y al gobierno, criticar al enemigo, describir los decretos, así como explicar la razón profunda de la crisis y la forma de remontarla. Dado el gran número de casos, opté por sintetizar la información en un cuadro que evidencie las similitudes que acabo de esbozar.

Tabla 5. Caracterización gubernamental de los decretos, gobierno, pueblo y *malos mexicanos*.

Sujetos/objetos	Caracterización		
	Patriotismo	Solidaridad	Unión
Nacionalización bancaria y control de cambios	Son medidas patrióticas; requieren patriotismo; incentivan el patriotismo; son permanentes en el devenir de la Patria.	La nueva banca y el FNS son medidas solidarias; precisan solidaridad de la gente; permiten que la solidaridad fluya.	La unión de los mexicanos posibilitará la defensa de las “nuevas conquistas”.
El gobierno y el pueblo	Somos patriotas.	Nos hemos solidarizado.	Nos hemos unido.
Los malos mexicanos	Son antipatrióticos, la Patria les es ajena.	Son insolidarios, su falta de solidaridad originó la crisis.	Tratan de minar la unidad del resto de la población.

Fuente: elaboración propia a partir de *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, octubre, noviembre, *passim*.

Más aún, en diferentes ocasiones, y se manera separada, se pidió que el patriotismo, la unión y la solidaridad se convirtieran en el estandarte de la gente, puesto que, se complementó, sólo así sería posible llevar los decretos a buen fin, definir el rumbo de la patria, acceder a un estado superior y encontrarse con el destino.⁴⁸

Así, en una gran cantidad de actos públicos se dio a entender que más allá del éxito o fracaso en los propósitos de contener la fuga, aminorar la inflación, combatir el desempleo, invertir en actividades productivas, etc., la solución de fondo dependería de cuestiones

⁴⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, octubre, noviembre, *passim*.

metaeconómicas: del grado de solidaridad, unión y patriotismo de los mexicanos. A mayor abundamiento, el colapso habría sido producto, más que de la *tijera* y la *puñalada*, de la ausencia o escasez de estos tres factores; en consecuencia, los decretos –fundamentalmente la nacionalización bancaria– serían el medio para inspirarlos en el interior de la gente. Por su parte, a esta última le correspondería valerse de dichos sentimientos, recién avivados en su ser, para presentar un frente sólido en defensa de México en lo general y de las dos medidas en lo particular. De esa manera sería posible vencer la crisis y dar un salto definitivo hacia el estado que poco antes se había intentado alcanzar con base en la exportación de crudo. En pocas palabras, la solución material habría dado paso a una etérea.

Sólo restaría hacer hincapié en el empleo del vocablo “Patria”, pues no obstante términos como “país”, “Estado” y “nación” también fueron empleados asiduamente, las referencias a la Patria ocuparon un lugar destacado durante el trimestre, no así en los meses previos, cuando apenas si se le evocó. Creo que este cambio no sólo obedeció a que septiembre es denominado mes de la Patria, sino al empeño por generar en los escuchas un vínculo más sensible con las medidas recientemente implementadas. Al distinguir a la Patria como la beneficiaria de los decretos, el alcance de éstos no se circunscribiría a lo inmediato y efímero, ni a las capas privilegiadas de la población, sino a lo intemporal y a los muchos. De igual forma, los adversarios no sólo lo serían del régimen, del Estado, ni siquiera del país, sino de la Patria. Desde esa lógica es posible entender varias declaraciones hechas a lo largo del trimestre, pues, para ilustrar, impacta más hablar de reintegrar a la Patria, que de expropiar; de fervor por la Patria, que de apoyo a la administración lopezportillista; de momento histórico de la Patria, que de medidas gubernamentales de emergencia frente al declive financiero. Proclamar “¡Tenemos Patria!” es más sugestivo que recordar que la banca privada se había vuelto pública.⁴⁹

El siguiente grupo de vocablos con elementos en común está conformado por: (1) libertad, (2) justicia, (3) democracia, (4) independencia, (5) soberanía, (6) identidad, (7)

⁴⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 124, 173, 193, 241. Según Gilberto Giménez, la exaltación de íconos del nacionalismo revolucionario como la Patria, la Revolución y la Nación fue un recurso discursivo empleado por López Portillo para justificar sus decretos y desacreditar a los “desnacionalizados”. Giménez, *El debate...*, pp. 289-290.

confianza, (8) fe y (9) trabajo.⁵⁰ Su análisis arroja resultados interesantes, el más destacado es que tales palabras también fueron usadas, por separado, en la caracterización de los tres principales actores delineados a lo largo del trimestre: el líder, el pueblo y los enemigos, además de los decretos. A continuación ofreceré algunas de las atribuciones principales.

En distintas oportunidades, a López Portillo se le describió como un hombre (1) que llevaba a la práctica los más nobles postulados de *libertad*. (2) Una persona *justa*. (3) Alguien que había llegado *democráticamente* al poder. (4) Un luchador animoso por la *independencia* de los pueblos, incluido el suyo. (5) El guía que enseñaba a su gente cómo defender la *soberanía*. (6) Aquél que enfocaba toda su fuerza para consolidar la *identidad* nacional. (7) Un político en quien los demás *confiaban*. (8) El varón que le devolvió la *fe* a la gente.⁵¹

A su vez, el pueblo sería (1) *libre* gracias a que había elegido por voluntad propia a su presidente. (2) Una colectividad seguidora en la *justicia* y (3) resuelta a legar un mundo más *democrático*. (5) Defensor de la *soberanía* nacional. (6) Ente mayoritario *identificado* con los altos fines de la Patria. (7) Personas que *confiaban* en ellas mismas, pero también en la Revolución, el destino, gobierno, etc. (8) Gente ansiosa de tener *fe*. (9) Mexicanos *trabajadores* que redoblaban esfuerzos para apoyar las causas en las que creían.⁵²

De forma opuesta a la conexión entre líder y pueblo, los malos mexicanos fueron tildados de hombres que (1) se habían valido de la *libertad* imperante en México (la posibilidad de comprar dólares sin restricciones y de trasladar la riqueza monetaria nacional al extranjero) para saquearlo, sacrificando a los demás en el proceso. (2) Conspiraban sin descanso contra las *justas* aspiraciones de las mayorías. (3) Detrás de su apariencia *democrática* se escondía un gremialismo que guiaba su actuar. (5) Amenazaban la *soberanía* nacional. (6) Jamás se habían *identificado* con el pueblo, de ahí que nunca quisieran servir a otros sino servirse de otros. (7) Cundían la *desconfianza* con el propósito de que la debacle

⁵⁰ Acerca de este último, en la Tabla 4 afirmé que se usó el vocablo en 19 eventos; en realidad fue enunciado en muchos más, pero con acepciones muy generales. Los 19 que enumero conciernen a los apremios económicos y al desarrollo nacional.

⁵¹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 127, 132, 230; octubre, pp. 68, 161; noviembre, pp. 20, 176, 248.

⁵² *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 123, 126-127, 157, 220, 231; octubre, p. 40; noviembre, p. 53.

perdurara. (9) *Trabajaban* en contra del país y, cual parásitos, maquinaban para enriquecerse del trabajo de los demás sin dar algo a cambio.⁵³

Finalmente, los dos decretos (1) significarían la salvaguarda de las *libertades* de las mayorías. (2) Servirían para abrir “los canales de la *justicia*”, así como para transitar hacia una vida más *justa* en la que el ingreso estuviese mejor repartido. Serían (3) *democráticos* debido a que la gente los había deseado antes de su promulgación y, sin que se explicara con claridad, *democratizarían* tanto el proceso político como la economía. (4) A su vez, recursos para conservar la *independencia*; (5) acciones que fortalecerían la *soberanía* gracias a que el pueblo tendría la base crediticia para realizar su voluntad; (6) rescate de la *identidad* mexicana; (7) base de la *confianza* que la gente profesaba en favor de su país; (8) la razón por la cual los mexicanos habían vuelto a tener *fe*; (9) el catalizador que permitiría que el *trabajo* de la población se tradujera en un mejor México.⁵⁴

En resumen, a través de una retórica populista,⁵⁵ líder, pueblo, enemigos y decretos fueron pormenorizados entre septiembre y noviembre, aunque no de forma conjunta sino fragmentaria, por medio de expresiones breves, casi piezas de rompecabezas, pronunciadas por una gran cantidad de ponentes en una infinidad de actos públicos. A pesar de las similitudes expositivas manifestadas en el uso reiterado de la misma docena de términos, no creo que los participantes se hubiesen sincronizado en sus descripciones; más bien, estimo, el mandatario debió haber evidenciado pautas generales que los demás emisores habrían captado y repetido a su manera. Como resultado, se empleó el mismo conjunto de palabras

⁵³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 15, 153, 170, 188, 201, 214, 224, 250, 274; noviembre, pp. 198, 238.

⁵⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 119, 122, 230, 266, 293, 313; octubre, pp. 33, 105; noviembre, pp. 105, 205.

⁵⁵ La visión populista construye su aproximación a la política a partir de un “tríptico esencialista” constituido por las figuras del “enemigo”, “la patria” y el “salvador”, lo mismo que por una dualidad bien-mal; la mistificación sobre los tres actores avanza en la medida en que crece el peligro para los mistificadores, en este caso, la crisis. Por su parte, la retórica populista tradicional incluye elementos como la exaltación de las virtudes nacionales; la idealización del pueblo; la sublimación del vínculo directo entre este último y el líder; los llamados a modificar el *statu quo*; antielitismo; la división dicotómica entre un “nosotros” virtuoso y un “ellos” maligno. Con todo, en el presente caso no se adoptó un discurso adverso a las instituciones. Maxime Quijoux, “Espiritualidad y populismo en América Latina: miradas cruzadas sobre el pensamiento de los Perón y de Augusto César Sandino”, en Benjamín Moallic (comp.), *Las figuras del enemigo y conflictos en Centroamérica*, San Salvador, Dirección Nacional en Cultura y Arte–Secretaría de Cultura de la Presidencia, 2012, pp. 112, 115, 117; Guy Hermet, Soledad Loaeza y Jean-François Prud’homme (comps.), *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 9, 39, 48-49; 365, 367.

para dotar a los referidos actores de atributos nobles o innobles según fuera el caso. Así, más que una confrontación de intereses, se insinuó una lucha entre bien y el mal.

Resta señalar que el caso del pueblo es paradójico, por un lado se dio a entender que los mexicanos eran un dechado de virtudes; por el otro, que le habían fallado a México debido a sus temores o a la anteposición de sus intereses personales. Esta posible contradicción (nobles pero egoístas) podría sortearse al ponderar que, en cierto sentido, se proyectó la imagen de una colectividad bondadosa pero inmadura, de ahí que se hubiese doblado ante la adversidad. Justo en ese punto entraría la nacionalización de la banca como el medio para que la gente madurara y pensara en el bien común antes que en el propio.

Ahora bien, más allá de vencer la crisis con base en los efectos materiales e inmateriales de la nacionalización bancaria, se dio a entender que esta última permitiría alcanzar un nuevo estadio, uno definitivo para México: su nacimiento como nación. Prueba de este postulado puede hallarse en varias descripciones de los decretos como motor y baluarte del nacionalismo. Se les refirió como la base para lograr un México más mexicano, revitalizar la conciencia nacionalista de la gente, sentir satisfacción por pertenecer a este país, ser “profundamente mexicanos” y empezar a comportarse como mejores conciudadanos. También se habló de la Patria, mas no sólo con respecto a sus “intereses superiores”, sino aun a su construcción, y se aseveró que “contra toda acción debilitante [del exterior], vendrá en México un fortalecimiento de su identidad nacional”, así como “supremas respuestas de nuestra potencia nacionalista”.⁵⁶

La exposición más reveladora ocurrió el 23 de septiembre durante un desayuno con los reporteros de la Fuente de la Presidencia. Ese día López Portillo sostuvo que una de las misiones primordiales del Estado consistía en generar las condiciones sociales del nacionalismo para alcanzar un estadio superior de organización política; empresa que, subrayó, tendría como fundamento la solidaridad nacional. Sostuvo, por lo tanto, que gracias al “espíritu” solidario gestado durante las últimas semanas, el reciente acto expropiatorio podría ser el acontecimiento que engendrara algo nuevo, o en sus palabras: “Un país era éste antes de septiembre [...] ahora sentimos que es una Nación.”⁵⁷

⁵⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 115, 157-158, 169, 251, 275, 293, 295, 284; octubre, p. 41; noviembre, pp. 46, 224.

⁵⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 232-233.

De tal forma, por encima de la bonanza material o de la elevación de México al estado de potencia media, la última expectativa del sexenio apuntó hacia algo más íntimo y elemental. Partió de la premisa de que la nación mexicana no era aún una nación en realidad, sino sólo un país, una colectividad desvinculada y mal cohesionada, condiciones que la habían vuelto vulnerable a las acechanzas internas y externas. Por consiguiente, el patriotismo, solidaridad, unión, confianza, identidad, y demás elementos motivados por el decreto, serían la semilla a partir de la cual México superaría sus limitaciones y emanaría como una nación, acontecimiento que bien podría entenderse como condición de posibilidad para todo proyecto ulterior. A su vez, podría complementarse, los intentos pasados de dar saltos cualitativos en buena medida habrían fracasado por la carencia de cimientos sólidos, por no contar con una población firmemente identificada con México.

En varias ocasiones no sólo se aludió, sino se precisó que la nacionalización bancaria rebasaba el ámbito económico, puesto que impactaba en el orgullo y la conciencia, fortalecía el espíritu, reconstruía valores morales y hacía que los mexicanos se sintieran más libres, más fuertes y con más ganas de luchar. Además, se dijo que esta medida sentaba las bases para un México más humano y que acrecentaba los “recursos espirituales y materiales” que les permitirían ascender, no de la mano del gobierno, sino a través de la acción de todos.⁵⁸

Asimismo, se previó un cambio interno que abonaría el nuevo impulso nacionalista, una maduración personal y colectiva que llevaría a “superar el egoísmo rapaz que nos estaba empobreciendo” y a aprender “la primacía que tienen los valores fundamentales”. Más aún, se habló de un nuevo estado de conciencia y se invitó a abandonar los dispendios en favor de un estilo de vida más sobrio. Producto de todos estos planteamientos, el FNS tendría enorme relevancia, mas no por el monto recabado sino por el valor de la solidaridad manifestada. Tanto así que el 15 de septiembre el mandatario dijo que las donaciones eran prueba de que el pueblo creía en sí mismo, sólo le había faltado una causa que lo impulsara. En octubre comentó que la trascendencia del acto expropiatorio y del respaldo subsecuente radicaba en el hecho de que los mexicanos habían recuperado su orgullo y su voz. Entretanto, el 11 de noviembre, Juan Sabines, gobernador de Chiapas, añadió que “no es el dinero lo principal”,

⁵⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 119, 121, 165, 201, 293; octubre, pp. 22, 81; noviembre, pp. 20.

sino el “sentimiento real de solidaridad, la emoción con que el pueblo apoya a su Gobierno, reconoce su esfuerzo y se identifica en su afán.”⁵⁹

De entre todos los pronunciamientos relativos a solucionar los males con base en reavivamientos internos, destaca uno expresado el 7 de octubre durante una comida ofrecida a López Portillo por la Cámara Nacional de la Industria de Radio y Televisión. Al tomar la palabra, el presidente sopesó las consecuencias del incremento en el poder adquisitivo que la población había experimentado en los últimos años. Sostuvo que el tránsito repentino:

...de nuestra ingenuidad provinciana a una actividad cosmopolita [...] nos estaba haciendo perder fuerza de nuestras esencias, a fuerza de ser insolidarios con el país, empezábamos a desnacionalizarnos; empezábamos a tener la cara volteada hacia afuera y a recoger de ahí todo lo que necesitamos, ignorando aquella hermosa enseñanza del Pájaro Azul: la felicidad está en casa, la esencia está en casa, la identidad está en casa.⁶⁰

Por tanto, continuó, los decretos estaban encaminados a recordarle a la gente su nacionalidad, “la voluntad de pertenecer, de ser, de hacer, de hacernos comunes...” Significaban “la necesidad de meternos en nosotros mismos, de voltear otra vez la cara hacia nuestras propias esencias [...] retomar el paso y la confianza en nosotros mismos, en nuestros valores, en nuestras instituciones, en nuestra capacidad de hacer, de sustituir, de crear.” Permitirían “volvemos hacia nosotros mismos, el convencernos de nuestra mexicanidad y cultivarla.” En consecuencia, el futuro próximo sería áspero, pero con caminos, valores, identidad y convicción; los días postreros serían:

...duros, pero días mexicanos, días entrañablemente nuestros... [seremos] más nosotros mismos. Y en la medida en que los mexicanos sean más mexicanos, podremos aspirar legítimamente a ser ciudadanos universales [...] Y para ser mejores hombres, tenemos que seguir aprendiendo a ser mejores mexicanos.”⁶¹

Así pues, se habló de alcanzar la universalidad del ser mediante una expropiación.

Las utopías entrañan el tránsito a sociedades ideales como gran objetivo, realización última de las aspiraciones y luchas; también implican la inversión del mundo existente: de la injusticia a la justicia, de la miseria a la abundancia, etc.⁶² Algo similar se dio a entender, pero no con relación a cuestiones materiales como fue con la administración de la

⁵⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 160, 168, 194; octubre, p. 87; noviembre, pp. 56, 128, 205.

⁶⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1982, octubre, pp. 39-40.

⁶¹ *Ibíd.*, p. 40.

⁶² Baczkó, *Los imaginarios...*, pp. 75, 117.

abundancia, sino intangibles y, por lo mismo, más valiosas al ser el camino para alcanzar una sociedad no sólo económicamente próspera, sino ideal en el sentido profundo.

En suma, las expectativas surgidas a partir de la nacionalización bancaria siguieron dos orientaciones: la material y la inmaterial. La primera consistió en una versión moderada de la esperanza petrolera, ya que comenzó con proyecciones de revertir el declive financiero (brete coyuntural), para después desembocar en planteamientos sobre la generación de un impulso que condujera hacia el desarrollo auténtico, aunque sin riqueza a raudales como se pronosticara años atrás. Por su parte, la segunda apeló a, como se dijo durante el LXXII aniversario de la Revolución Mexicana, la trascendencia de lo intangible:⁶³ el diagnóstico de un desplome nacional producto de la inexistencia de la nación y, por ende, el intento de concebir a esta última por medio de las secuelas que la expropiación de la banca tendría en los valores y convicciones de la gente. Desde esa perspectiva, la crisis habría sido afortunada por obligar a los mexicanos a despabilarse, romper sus ataduras y hacer a un lado el lastre en que se había convertido la prosperidad económica. Dentro de los imaginarios, es relativamente común el ideal de sacrificio en pos de una meta suprema, en este caso, la liberación definitiva de la sociedad a costa del sufrimiento presente.⁶⁴

Ergo, si la ilusión material por los decretos se asemejó a la administración de la abundancia, la *espiritual* recuerda el clímax de la potencia media en cuanto a que el plan para resolver la Guerra Fría fue dado a conocer justo cuando el colapso económico impedía que México ofreciera algo más que sus ideas. En otras palabras, el llamado a aprovechar la coyuntura para generar identidad, solidaridad, unión y patriotismo puede entenderse como un nuevo intento de convertir el vicio en virtud, pues rápidamente se patentizó que la nueva banca no resolvería los agobios financieros. Así que, ante una economía desmoronada en la que se volvió inviable la siembra exitosa de expectativas materiales –salvo, como apunté en la primera parte del apartado, de manera discreta, moderada y prevista en el largo plazo–, sólo quedó apelar a lo invisible, apostar en favor de sentimientos y valores.

Lo mismo podría sostenerse sobre el tránsito del Fondo Nacional de Empleo (FNE) al de Solidaridad (FNS) puesto que, desde la perspectiva divulgada, el desprendimiento voluntario de la gente era un mejor camino para integrar a la nación que limitarse a repartir

⁶³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, noviembre p. 175.

⁶⁴ Amador Bech, *Las raíces...*, p. 55.

empleo por doquier –mejor hacer a los demás partícipes de la solución que resolverles sus problemas–. De igual manera, los anuncios relativos a los pesares que habría que soportar en los siguientes meses o años también reflejan el ánimo de mostrar las ineficiencias como ventajas, pues así como toda meta valiosa implica sacrificios, ya no se anunciaría una travesía libre de angustias y penalidades como al inicio del sexenio, sino una senda escarpada pero cuya base sería más sólida y su meta, gratificante a lo sumo. Por todo lo anterior, los decretos septembrinos serían un remedio integral, la conjugación entre justicia, desarrollo y plenitud: castigarían a los culpables, sanarían lenta pero firmemente las finanzas nacionales y renovarían a los mexicanos.

Para terminar, y como señalé al inicio, todos estos pregones comenzaron simplemente como parte del esfuerzo para justificar las dos medidas, igual que los análisis jurídicos (rechazar las acusaciones de inconstitucionalidad), la apelación al pueblo (asegurar que eran producto de la voluntad mayoritaria) y las comparaciones (resaltar que Francia había actuado de manera similar el año anterior).⁶⁵ No obstante, las esperanzas derivadas pronto rebasaron el propósito inicial, hasta plantear el nacimiento de México como nación y la metamorfosis de sus habitantes en ciudadanos universales. Frente al lamentable estado económico del país y la incapacidad de la administración lopezportillista para remediarlo, el discurso de la eficacia volvió a hacerse presente de forma integral: la ostentación de la aptitud del gobierno para identificar la raíz de los grandes problemas, tanto inmediatos como de antaño, lo mismo que para encontrar sus soluciones, vencer los obstáculos presentes y llevar a la colectividad a un estado superior y definitivo.

En efecto, se intentó trazar un nuevo rumbo en el devenir mexicano. Además de sus ventajas materiales y etéreas, los portavoces del régimen no se limitaron a exponer la nacionalización bancaria como una acción conveniente para los mexicanos de entonces, sino como un punto de inflexión que reconectaría a la gente con un pasado ennoblecido y conduciría al recién nacido México hacia su destino. El fundamento de semejantes afirmaciones, las cuales desarrollaré a continuación, consistió en una reinterpretación de la historia que dotaría la nueva expectativa de un sentido teleológico.

⁶⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre p. 143.

4.3 Cronos reformado

Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se le olvidó agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa.*

Intensa y fugaz, así podría sintetizarse la expectativa inmaterial del lopezportillismo. Su fundamento, la nacionalización bancaria, fue pregonado como una gesta que trascendería el presente hasta alcanzar el futuro próximo y distante, pero también el pasado, gracias a que habría abierto los ojos de gobernantes y gobernados para entenderlo de mejor manera. Se le postuló como un hito, como el punto de quiebre mediante el cual los mexicanos, por fin conscientes de la desviación en la que habían caído, retomarían el camino correcto, volverían a su estado original y se encontrarían con el destino.

Así por tanto, las esperanzas fraguadas en torno al decreto abarcaron cuestiones relativas al tiempo. Platón se refirió a este último como la imagen móvil de la eternidad; Aristóteles y San Agustín lo relacionaron con el movimiento, sin equiparlo al movimiento en sí; mientras que Marco Aurelio lo explicó como un abismo infinito donde todo desaparece, un río en el que nada permanece inmutable, una corriente impetuosa donde las cosas cambian y una marcha incesante en la que el presente se renueva, el cual apenas sería un instante en la eternidad, lapso minúsculo que se desvanece apenas brota.⁶⁶

Por encima de sus particularidades, todos estos filósofos coincidieron en el establecimiento de una conexión intrínseca entre el tiempo y las transformaciones. En la misma tónica, de septiembre a noviembre de 1982 se anunció una transformación sustancial, que cimbraría a México y lo renovarían desde sus cimientos. Se proclamó el advenimiento de una nueva era cualitativamente distinta al pasado inmediato, aunque no ajena al remoto, sino más bien su evolución. De tal forma, se trataría de un regreso, pero no con miras a quedarse ahí, sino para retomar y consumir un proyecto interrumpido.

4.3.1 *El milenio mexicano*

A lo largo del trimestre abundaron las menciones sobre dos asuntos estrechamente vinculados con el tiempo: la historia y la Historia. En gran cantidad de oportunidades dichos términos

* Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003, p. 10.

⁶⁶ Platón, *Timeo*, 37c-38b; Aristóteles, *Física*, libro IV, capítulos 10-14; San Agustín, *Confesiones*, libro XI, capítulos XXIII-XXIV; Marco Aurelio, *Meditaciones*, libro IV, párrafos 3, 43; libro V, párrafo 23; libro VI, párrafos 15, 36; libro XII, párrafo 32.

fueron usados como superlativos, es decir, se calificó de “históricos” los avances de los últimos años, la cumbre Norte-Sur, la crisis de 1982, el VI Informe, etc. De entre todos, los dos decretos fueron los más adjetivados: se les llamó “responsabilidad histórica”, “reto único en la historia”, ejecución de la “voz de la historia” o, en infinidad de ocasiones, simplemente “históricos”. Además, se dijo que habían inaugurado una “nueva y definitiva etapa en nuestro proceso histórico” y que quedarían guardados en las “brillantes páginas de la Historia de México”, la cual daría cuenta de “las épocas antes y después de José López Portillo”.⁶⁷

En opinión de José Gaos, los hechos históricos deben cumplir con una serie de características identificadas por los historiadores: ser memorables, influyentes, representativos, permanentes y valiosos,⁶⁸ en una palabra, trascendentes. Lo conocieran o no, los voceros del régimen se ciñeron adecuadamente a este concepto. En su afán por erigir un hito, pregonaron la nacionalización bancaria como una decisión que sería recordada por los mexicanos del futuro (memorable), un acto cuyas consecuencias permanecerían vigentes en el devenir nacional (permanente), y una “determinación de trascendencia histórica irreversible” (trascendente) que cambiaría “la historia para el bien del futuro del país” (valioso), daría “a la historia un vuelco” y modificaría la estructura del proceso histórico nacional (influyente).⁶⁹ Por tales motivos sería un hecho histórico en toda la extensión de la palabra, con la salvedad de que no fueron historiadores los que concedieron la atribución, sino los ejecutores de la medida al momento de implementarla, no con propósitos explicativos, sino para legitimar una decisión, justificar a sus realizadores y fundamentar las expectativas subsecuentes. Ciertamente los decretos tuvieron gran impacto en el futuro, pero ni remotamente en el sentido de las proyecciones difundidas en 1982.

Antes de proseguir, conviene ahondar en el carácter trascendente atribuido a la nacionalización bancaria. Un hecho que trasciende es aquél cuyos efectos no se limitan a su momento y lugar, sino que se extienden, van más allá. En dos ocasiones, el 3 de septiembre y el 13 de octubre, se hizo mención del alcance espacial del decreto expropiatorio: base para

⁶⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 83, 120 y ss. 134, 156, 168, 169, 172, 184, 186, 199, 203-204, 221, 244, 257, 267, 274, 292, 294, 299; octubre pp. 16, 41, 91, 152, 212; noviembre, pp. 42, 46, 83, 82, 116, 126, 238.

⁶⁸ José Gaos, “Notas para la historiografía”, en Álvaro Matute (selección), *La teoría de la Historia en México (1940-1968)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015, pp. 242-243.

⁶⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 119, 122, 144, 179, 184, 193, 199, 216, 266; noviembre, p. 231.

un mundo mejor, e influencia positiva en toda Latinoamérica. No obstante, con mucha mayor frecuencia se apuntó hacia el ámbito temporal, o sea, sus repercusiones en el porvenir mexicano. Por poner un caso, el 19 de octubre, el senador duranguense Miguel González Avelar declaró que la unidad generada a partir del VI Informe permitiría construir un nuevo mañana. Ahora bien, ¿cómo sería ese mañana? A diferencia de la administración de la abundancia, ya no se vislumbró tanto un país adinerado y acreedor, sino más bien soberano, unido, digno, sano en su desarrollo y que vencería la crisis en pocos años. A su vez, se previó una banca nacionalizada perdurable que concitaría la confianza y el orgullo de la gente.⁷⁰

La trascendencia asignada al acto sería tal que, se dijo, no sólo provocaría ecos en la posteridad, sino que precipitaría el encuentro con el destino –vocablo usado más de 45 veces a lo largo de al menos 23 eventos–. En efecto, entre sus múltiples peculiaridades, el trimestre destacó por la insistencia de los portavoces gubernamentales en manifestar sus convicciones relativas a un destino mexicano superior, natural y, según López Portillo, trazado siglos atrás. Durante el ya citado desayuno con periodistas del 23 de septiembre, el Primer Magistrado aseguró que la extraordinaria historia de México, amalgama de una raíz europea y otra mesoamericana, obligaba a un gran destino, el cual “tiene que ser necesariamente universal, a partir de esa generosidad extraordinaria de nuestro mundo indio y de la pasión individualista del mundo español”. Producto de tales antecedentes: “Tengo profunda fe en el destino superior de este país. Creo que tenemos mucho que aportar a la humanidad”.⁷¹

Por lo tanto, en cierta forma dio a entender que con su actuar no sólo buscaba remediar la crisis y remprender el crecimiento económico, sino consumir un propósito ancestral. Ante semejante misión, los decretos fueron postulados como el medio, instrumento o pivote que impulsaría a México a ser más dueño de su destino y avanzar hacia su encuentro con mayor firmeza. Respaldarlos equivaldría a contribuir con dicho tránsito, en tanto que sus críticos no serían solamente adversarios del gobierno, ni siquiera de la Patria, sino del destino mismo.⁷²

Así, de aminorar la fuga de capitales, la pretensión se desbordó hasta apuntar hacia el cumplimiento de un fin supremo, al advenimiento de una “¡Nueva Época!”, como enunció el

⁷⁰ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 120, 121, 123, 126, 147, 166, 199, 204, 235, 250-251, 266, 293, 295, 299; octubre, pp. 32, 59, 81, 212; noviembre, pp. 21, 105, 211, 217.

⁷¹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 229-230; octubre, p. 203; noviembre, p. 211.

⁷² *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 119, 121, 125, 159, 222, 275, 292; octubre, pp. 86, 212; noviembre, pp. 43, 205.

presidente. Con todo, el punto de inflexión ya habría sido librado, tanto así que durante la visita a Los Pinos por parte de la Asociación Nacional de Egresados de la Facultad de Medicina, el médico Enrique Díaz Michel afirmó que tras seis años de complicada gestación, el 1º de septiembre había nacido un nuevo México. Asimismo, otros ponentes pregonaron que el rumbo de la Patria finalmente se había definido, de modo que ya nadie los desviaría del camino correcto, aquél que los conduciría a la modernidad, a la justicia y a la libertad. Ergo, el reciente paso no significaría únicamente un cambio radical, sino el encaminamiento a un nivel definitivo en virtud de que por fin se había extirpado el mal de raíz.⁷³

En pocas palabras, la principal trascendencia de la nacionalización bancaria consistiría en haber despejado la vereda del destino, la senda para que México arribara a su fin último y estado máximo. Evidentemente fue una expectativa por demás ambiciosa y abstracta, aunque no del todo disonante con el pasado nacional, inclusive el más lejano, antes de que México existiera como país. En realidad, las ideas concernientes al advenimiento de una edad dorada y sin vuelta atrás datan de tiempos vetustos. Eric Van Young las remonta a la época novohispana debido a las enseñanzas de tipo milenarista de los primeros franciscanos, así como a la doctrina de la salvación cristiana en general. Por su parte, John Womack Jr. resaltó la fe de los zapatistas en que el Plan de Ayala daría lugar a un “milenio”.⁷⁴

De ser así, la crisis de 1982 no sería tan aciaga; dolorosa, sin duda, pero benéfica en el largo plazo; sería el gran momento de definición, la desventura inmediata que permitiría traspasar una barrera inmemorial que de otro modo se habría mantenido incólume. Este planteamiento, cabe añadir, tampoco sería novedoso, tanto así que es posible hallar casos similares en tres episodios críticos del siglo XIX: los liberales mexicanos que tras la derrota de 1847 hubieran preferido que Estados Unidos absorbiera la totalidad del territorio mexicano, el Tratado McClane-Ocampo y la búsqueda de apoyo militar francés por parte del bando conservador. En las tres coyunturas se precisó un sacrificio supremo que habría implicado la supeditación, disgregación o incluso desaparición de México; empero, en cada una se asumió que era el precio inexorable que habría que pagar si se quería acceder a una

⁷³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 83-84, 138, 177, 250-267, 201, 293-295; octubre, p. 144; noviembre, pp. 22, 139.

⁷⁴ Alfredo Ávila *et al* (coords.), *Diccionario de la Independencia de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 260-261; John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2014, p. 387.

solución final: la erradicación de los males que, según el actor en pugna, mantenían al país aletargado, rezagado y anquilosado, ya fueran el clero, el proyecto conservador o las instituciones liberales.

En suma, la nueva banca permitió volver a dirigir la mirada hacia el futuro, pero esta vez con mayor profundidad e intangibilidad. Las metas de progreso y desarrollo fueron acompañadas por planteamientos de llevar a México a su culmen, arribar a un destino con tintes milenaristas. Lo más llamativo fue que tales clamores se difundieron justo en uno de los momentos de mayor debilidad económica del siglo XX mexicano; o sea, hubo una distancia abismal entre la situación de fines de 1982 y las expectativas entonces divulgadas. Éstas, resta señalar, se vincularon con un pasado ideal cuya recuperación se postuló como imprescindible. Por consiguiente, la actuación del gobierno en turno no sólo se justificó con base en un porvenir utópico, sino en un descarrilamiento que había que rectificar a fin de darle nueva vida a la Revolución Mexicana.

4.3.2 *El pasado en el presente*

Según Eric Hobsbawm, cuando el presente se vuelve poco gratificante, la mirada suele dirigirse hacia el pasado en busca de modelos que permitan reconstruir los “viejos tiempos”, recuperar algo que se asume perdido.⁷⁵ La poco gratificante crisis de 1982 estimuló la evocación de la Historia. Igual que Marco Tulio Cicerón veinte siglos atrás, a lo largo del trimestre los portavoces del régimen se refirieron a esta última como “maestra de la vida”, fuente de enseñanzas que permitiría proponer caminos futuros. Por ende, afirmaciones acerca de que los grandes cambios ocurrían cuando no quedaban más alternativas, o de que la unidad era el mejor remedio contra las debacles, fueron presentadas como principios validados históricamente. Además, se precisó que el estudio de otras épocas no debía limitarse a la realización de diagnósticos, sino dar paso a la praxis.⁷⁶ Tales concepciones sirvieron para mostrar el lopezportillismo reciente como ejecución de las enseñanzas de la Historia, las cuales, se sugirió, habrían sido entendidas correctamente sólo hasta después de que el país tocara fondo.

⁷⁵ Eric Hobsbawm, “¿Qué puede decirnos la historia sobre la sociedad contemporánea?”, en *Sobre la historia*, Barcelona, Biblioteca de Bolsillo, 2010, p. 40.

⁷⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 245; octubre, pp. 77, 85, 146, 166; noviembre, p. 170.

En realidad, la fundamentación con base en la Historia no fue sino el restablecimiento de una práctica empleada durante otro momento de agobio, el inicio del sexenio. Como indiqué en el primer capítulo, el 26 y 27 de octubre de 1977, en el Congreso de la Unión, Jorge Díaz Serrano fundamentó el viraje de Pemex con base en aquello que identificó como el gran problema histórico de México: la incapacidad de acumular “riqueza verdadera”, carencia que dataría desde el siglo XVI y que, ajena a las vicisitudes de casi cinco siglos de transformaciones, habría perdurado indemne hasta la actualidad. En vista de que su diagnóstico apuntó a que el obstáculo primordial de la nación mexicana siempre había sido la escasez de capital, prescribió como remedio el aprovechamiento de la coyuntura de entonces, la oportunidad de exportar crudo en cantidades industriales y a buen precio.⁷⁷

Cinco años después, con una economía nacional en ruinas y sin la más remota posibilidad de que el país aspirase a la plenitud material en el corto plazo, López Portillo reinterpretó parte de la historia contemporánea de México, específicamente el pasado reciente. Con motivo de un desayuno ofrecido por la CNC el 14 de septiembre de 1982, el gobernante comentó que, una vez superado el entusiasmo inicial por la nueva banca, por fin era momento de explicar a profundidad la decisión tomada. Dijo que tras discurrir en torno al sexenio, había llegado a la conclusión de que “la Revolución Mexicana se nos había empantanado”, que estaba triste y empobrecedora de frutos, máxime porque el auge petrolero había enriquecido exclusivamente a unos pocos. En consecuencia, con los decretos no sólo pretendería resolver el malestar económico, sino quitar el obstáculo que impedía el flujo vigoroso del proceso revolucionario.⁷⁸ En seguida precisó:

Teníamos necesariamente que enderezar el rumbo, no sólo, lo repito, para resolver el problema circunstancial de la crisis, que posiblemente la medida hasta añade complicaciones. Se trataba, ahora o nunca, de remover los obstáculos que impedín[sic] el tránsito de nuestra Revolución [...] Teníamos que tomar la decisión definitiva para demostrarle al pueblo de México dos cosas: que el Gobierno de la Revolución no está con los ricos, y que la Revolución tiene sus caminos.⁷⁹

⁷⁷ Díaz Serrano, *Comparecencia...*, de la p. 1-1 a la p. 1-2.

⁷⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 187. En realidad, las críticas gubernamentales en contra del auge petrolero datan de, por lo menos, el 21 de marzo de ese año, cuando Miguel de la Madrid dijo que el vertiginoso ascenso de Pemex sólo había beneficiado a un minoría y perjudicado a muchos (*Excelsior*, 22 de marzo de 1982, p. 3). Empero, tal postura posiblemente derivó de la rivalidad entre el entonces candidato y Jorge Díaz Serrano, mientras que las palabras pronunciadas por López Portillo el 14 de septiembre obedecieron a la necesidad de justificar sus decretos y el régimen, así como generar una nueva expectativa.

⁷⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 187.

Luego insistió en que si bien pudo haber emprendido políticas sencillas que hubieran resuelto el derrumbe financiero con rapidez, su mira era más amplia: reestructurar las potencialidades de una revolución anquilosada. De tal manera que con “estas decisiones, la Revolución retoma su vigoroso paso. Tenemos Revolución y tenemos revolucionarios.”⁸⁰

Los ecos resonaron con prontitud, mas no sólo porque su mensaje llegó a las primeras planas, sino porque al día siguiente Carlos Jiménez Macías, líder del sindicato del ISSSTE, declaró que las dos medidas desempantanaban la Revolución. Para el día 20, Francisco Valle Guzmán, dirigente de la Confederación Nacional de Organizaciones Liberales (una organización masónica), agregó que desde hacía tiempo el pueblo anhelaba el reencauzamiento de la Revolución Mexicana por el sendero que nunca debió abandonar. Y para el 22, Francisco Hernández Juárez, dirigente del sindicato de telefonistas, retomó el otro planteamiento expresado el día 14 al manifestar que el cometido primordial de la nueva banca no era la superación de la crisis, sino la formulación de un nuevo proyecto de desarrollo.⁸¹

Respecto de este último asunto, nuevamente se intentó mostrar la debilidad como fortaleza. De hecho, no fue sólo el 14 de septiembre, sino los días 19 y 28 de octubre y 7 de noviembre, cuando el jefe de las instituciones nacionales anticipó que sus decretos no aliviarían pronto los malestares, y que aun podrían agravarlos, pero en todas las oportunidades aseguró que dicha reacción obedecería a que su plan no privilegiaba el ocultamiento de síntomas, sino la resolución decisiva del problema. A su vez, el senador Roberto Casillas, durante su ya referenciado discurso del 20 de noviembre, manifestó que si los frutos del lopezportillismo parecían exigüos en ese momento no era por una actuación errada, puesto que “no sólo sembramos para nosotros”, sino también para las generaciones venideras a través de una planeación cuyos frutos serían lentos pero contundentes. Es decir, se buscó exculpar la falta de resultados precisos, en este caso el impacto restringido de los dos decretos, con el argumento de que la mira era a largo plazo.⁸²

Como complemento –retomo al argumento central– durante su entrevista del 23 de septiembre, la cabeza del Ejecutivo aseguró que por fin México reasumía su vocación histórica, la cual se encontraba:

⁸⁰ *Ibíd.*

⁸¹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 194, 206, 221.

⁸² *El Gobierno Mexicano*, 1982, octubre, pp. 86, 202; noviembre, pp. 21, 175.

...un poco perdida por la serie de concesiones que la Revolución Mexicana tuvo que hacer al crecimiento. La Revolución Mexicana hizo concesiones y después fue chantajeada, hasta que llegó el ¡ahora o nunca! Que fui yo la voz, es la casualidad o la causalidad histórica; pero ése es el fondo y se ratifica que el camino de México, que la identidad social que nos da nacionalismo, tiene que pasar por la Revolución y todas sus perspectivas.

Creo que estamos en el camino correcto otra vez, y que ese sentirse en el camino, aunque éste sea muy peligroso y lleno de asechanzas, es lo que ha creado este espíritu hermoso de un pueblo intuitivo [...] Podrán pasarnos cosas en el trayecto, pero sabemos que vamos por nuestro camino...⁸³

Así, a través de una interpretación considerablemente distinta a la del otrora director de Pemex, López Portillo bifurcó su diagnóstico sobre la insatisfactoria situación nacional. Por un lado, como expuse en el apartado anterior, el problema radicaría en una carencia constante, profunda y duradera: no la incapacidad de acumular riqueza, sino la de generar un espíritu de unidad, solidaridad y patriotismo que diera a luz una nación. La ausencia de tan valioso cimiento habría minado la fortaleza mexicana, al grado de dejar al país inerme ante las tempestades externas y los sabotajes domésticos, estos últimos, según se dio a entender, provenientes de un grupo de traidores que solía aparecer en los momentos críticos de la historia con el propósito de socavar los proyectos de ascenso colectivo.

Por otro lado, y de manera simultánea, el mandatario refirió la decadencia que habría seguido a la Revolución Mexicana, una pendiente declinante causada por el afán de opulencia y el convencimiento de que sería a través del dinero como el país podría alcanzar su plenitud. Ambos errores habrían desviado a los mexicanos de las metas originales, puesto que aun cuando la renta nacional se había multiplicado, los beneficios seguían ausentes en las mayorías. Según él, semejante desvío habría iniciado en su sexenio, puesto que el 14 de septiembre dio a entender que el auge petrolero había interrumpido el flujo de la Revolución. No obstante, el día 23 fue menos claro, de modo que si bien probablemente se trató de una segunda autocrítica, de igual forma podría ampliarse la dedicatoria e incluir a los presidentes de los últimos 40 años.⁸⁴

Por lo tanto, el mensaje sería similar al que Luis Echeverría expresó durante su toma de posesión –cuando dijo que, pese a los envidiables resultados macroeconómicos, millones permanecían al margen del progreso–,⁸⁵ con la diferencia de que éste fijó su postura desde el

⁸³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 233.

⁸⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 187, 233.

⁸⁵ Luis Echeverría, *Mensaje al pueblo de México*, México, Cultura y Ciencia Política, A.C., s. f., p. 22.

inicio de su mandato para abrir paso al desarrollo compartido, mientras que su sucesor esperó hasta casi terminar su sexenio dado que requería justificar una acción ya emprendida.

Ahora bien, si el problema central era que México se había apartado de la vereda correcta, ¿qué debería hacerse? Igual que para enderezar las distorsiones económicas, generar desarrollo auténtico, dar a luz una nación y alcanzar el destino, la nacionalización bancaria fue postulada como el medio para reconectarse con la historia y vivificar la Revolución. En infinidad de ocasiones los dos decretos recibieron el epíteto de revolucionarios, incluidos sus elementos circundantes: el respaldo a su favor fue llamado “fervor y sentimiento revolucionario”; sus partidarios, “clases populares revolucionarias”; su promulgador, un “revolucionario”; su fundamento, “tradición revolucionaria”; sus consecuencias, “avance revolucionario”, entre otros.⁸⁶

Por encima de la adjetivación, a lo largo del trimestre se intensificó enormemente el afán del gobierno por identificarse con el proceso detonado en 1910. Por ende, sobreabundaron los presuntos cometidos de “hacer la Revolución” y seguir su rumbo firme. Se recordó que López Portillo era presidente de la Revolución, y el PRI, “Partido de la Revolución”. También se precisó que las dos medidas eran un “triunfo de la Revolución”, vuelta a sus fueros, expresión de la “continuidad revolucionaria” y de la “filosofía de la Revolución”, lo mismo que motivo de una de las “jornadas más vibrantes de la Revolución”. Además, se afirmó que derogar la nacionalización bancaria equivaldría a “cuestionar el derecho a la Revolución”.⁸⁷

En otras oportunidades las menciones no se limitaron a pregonar los decretos como actos coherentes con la Revolución, sino como impulso vital para su causa y destino, pues además de fortalecerla, la reconciliarían consigo misma y le devolverían su aliento original. Asimismo, revitalizarían los sentimientos revolucionarios con miras a que ella rompiera con su estancamiento, mostrara su vigencia, reanudara su vigorosa marcha, acelerara su paso, diera un salto adelante y ahondara en el surco hecho décadas atrás.⁸⁸ A fin de cuentas, las

⁸⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 85, 119, 121, 123, 125, 126, 146, 158, 169, 186, 203; octubre, pp. 32, 49, 64; noviembre, pp. 56, 68, 88, 172, 175, 201, 217.

⁸⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 119, 120, 127, 176, 186, 236; octubre, pp. 41, 210; noviembre, pp. 173, 201.

⁸⁸ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 84, 121, 126, 138, 169, 222, 298; octubre, pp. 41, 49, 56, 64, 145; noviembre, pp. 139, 204, 205, 240, 245; *Unomásuno*, 8 de septiembre de 1982, p. 4.

utopías suelen entrañar nostalgia por los orígenes, un deseo de encontrar la historia primordial, recuperar el pasado perdido y recomenzar la historia.⁸⁹

De tal modo, se clamó por regresar a los viejos tiempos, pero no por cuestiones nostálgicas ni para quedarse en el pasado, sino con la supuesta esperanza de que la vuelta a los orígenes generara la energía necesaria para dar el salto decisivo.⁹⁰ En otras palabras, no sería meramente un “arriba y adelante” como con Luis Echeverría, ni tampoco una aspiración de crecimiento ininterrumpido similar a los planes de Díaz Serrano. En vez de una línea recta ascendente, tras el VI Informe se aludió a una especie de curva que permitiría retomar la senda revolucionaria, para después elevarse en la dirección adecuada y con mejores fundamentos. Una figura similar podría encontrarse en los viajes a la luna, ya que en vez de simplemente ir hacia arriba, las naves espaciales deben rodear la Tierra –una suerte de regreso– a fin de que la fuerza gravitacional del planeta las impulse hacia su destino.

Hasta ahora he dado cuenta de los nexos establecidos entre los dos decretos y la Revolución. Empero, los intentos de homologar el presente con un pasado glorioso no se limitaron a este hecho histórico, sino que incluyeron episodios concretos. La expropiación petrolera resultó el principal, ya que a la banca se le describió prácticamente como su reflejo y continuación. Más aún, pienso que hubo un intento consciente de construir un hito paralelo al de 1938.

Recién concluido el desfile militar del 16 de septiembre y durante el XII aniversario luctuoso de Lázaro Cárdenas (19 de octubre), los ponentes declararon que la nacionalización bancaria consolidaría la independencia económica inaugurada con el nacimiento de Pemex; más aún, en el segundo evento, el expositor ubicó en medio de ambos acontecimientos la nacionalización de la industria eléctrica decretada por Adolfo López Mateos. Se llegó al grado de que el 16 de noviembre, en Pachuca, López Portillo develó una placa con su nombre inscrito junto con los de Cárdenas y López Mateos, la cual celebraba la recuperación del petróleo, la energía eléctrica y las instituciones crediticias.⁹¹

⁸⁹ Baczko, *Los imaginarios...*, p. 76; Amador Bech, *Las raíces...*, p. 59.

⁹⁰ De manera similar, aunque medio siglo antes, el florecimiento artístico posrevolucionario se asoció con la recuperación del esplendor cultural prehispánico, la cual permitiría alcanzar un renacimiento espiritual al reavivar el genio creativo supuestamente soterrado por tres siglos de colonialismo y un cuarto repartido entre caos social y dictadura porfirista. Azuela, *Arte y poder*, pp. 13, 257 y ss.

⁹¹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 274; noviembre, p. 228; *Unomásuno*, 20 de octubre de 1982, p. 3.

Otros actos públicos sirvieron para exponer el 18 marzo y el 1º de septiembre como fechas de restitución popular, gestas del mismo rango y actos luminosos de renovación que marcaban la continuidad revolucionaria. En ambas empresas, se precisó, pueblo y “guía del pueblo” se habían levantado unidos contra las fuerzas que amenazaban el legado de la “gesta heroica de 1910”, y como momentos en que líderes patriotas habían enseñado cómo usar las riquezas del país para beneficiar a las mayorías. También se anticipó que la nacionalización bancaria sería celebrada en el futuro igual que la petrolera en el presente, que ambas habían padecido campañas de calumnias por parte de los enemigos internos y externos, y que los buenos mexicanos defenderían el actual decreto justo como sus padres el de 1938.⁹²

Igualmente destacó la forma de resaltar las similitudes, no tanto de los actos en sí, sino de sus secuelas, básicamente las muestras de apoyo, desde las manifestaciones multitudinarias hasta las aportaciones monetarias y en especie. La expresión más clara se oyó durante el ya referido desayuno con periodistas del 23 de septiembre, cuando Isabel Zamorano, de *Excélsior*, le pidió al Primer Magistrado su opinión acerca de la gente que “junta tres borreguitos, dos vacas y ocho becerros para entregárselos”.⁹³

En realidad, el nexo establecido entre ambos jefes de Estado no fue nuevo; tan sólo el año anterior, Juan Andrés de Oteyza relacionó “las políticas nacionalistas del presidente Lázaro Cárdenas y Adolfo López Mateos” con la política energética de López Portillo.⁹⁴ Pero fue hasta después del VI Informe cuando las equiparaciones se volvieron cotidianas y poco menos que sistemáticas.

Además del cardenismo, la nacionalización de la banca fue enlazada con otros hechos históricos, por ejemplo, se le llamó tercera independencia de México –las primeras dos habrían ocurrido en 1810 y 1858–, actualización del espíritu vanguardista del congreso constituyente de 1917, y parte del proceso de rescate de las riquezas nacionales, entre ellas, los ferrocarriles. Inclusive, el 13 de septiembre pareció ocasión idónea para comparar a los Niños Héroeos con los jóvenes que apoyaban los decretos.⁹⁵

⁹² *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 119, 120, 123, 176, 179, 241, 275; octubre, p. 41; noviembre, pp. 139, 232.

⁹³ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 120, 231.

⁹⁴ *Revista Mexicana del Petróleo*, Núm. 276, septiembre-octubre de 1981, p. 26; Díaz Serrano, *Comparecencia...*, p. 1-10.

⁹⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 158, 179, 241, 267-268; noviembre, p. 217.

Asimismo, resaltó el afán por vincular a López Portillo con próceres tan variados como Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo, José María Morelos, Benito Juárez, Francisco I. Madero, Emiliano Zapata, Francisco Villa, Venustiano Carranza y, por supuesto, Lázaro Cárdenas; con tales asociaciones se buscó acrecentar el respaldo a la causa presidencial. Mención aparte merecen las comparaciones hechas entre el presidente en turno y dos de sus antecesores: Vicente Guerrero y Plutarco Elías Calles. Del nacido en Tixtla se resaltó su esfuerzo por implementar políticas que recompusieran las finanzas del recién nacido país. Por su parte, el sonorenses fue descrito como precursor de la rectoría económica del Estado y como el estadista que halló “en nuestras propias fuerzas la respuesta a la crisis de un mundo al borde del colapso”. De ahí mi afirmación sobre el intento de mostrar el lopezportillismo como ejecución de las enseñanzas de la Historia. Tanto así que el 30 de septiembre, Carlos Riva Palacio, director del ISSSTE, aseveró que quienes criticaban la nueva banca desconocían el proceso histórico mexicano o eran deliberadamente ajenos a él.⁹⁶

Así pues, de septiembre a noviembre se entreveraron dos concepciones del tiempo: la primera sería estable, similar a un limbo y caracterizada por una nación inexistente debido a la falta de patriotismo, unión y solidaridad. La segunda, decadente, producto de la fijación por la plenitud material y causante de que México se distanciara de los principios revolucionarios que le daban sentido. Fuese una u otra, el resultado sería el mismo: un país vulnerable a la *tijera* y al *puñal*, pero más importante aún, incapaz de alcanzar su fin último. Como respuesta, por medio de una sobreestimación del presente, una reinterpretación del pasado y el bosquejo de un nuevo futuro, los decretos fueron dotados de un sentido trascendente, no se les expuso como medidas coyunturales, sino como consecuencia de un proceso histórico. Significarían el cumplimiento de un designio ancestral, una revolución rediviva, el arribo a una nueva era y el resultado de la lucha entre dos fuerzas antagónicas: los mexicanos buenos y malos. No se trataría, por tanto, de una disputa entre élites, ni siquiera de una contienda repentina por el futuro, sino de la posibilidad de, como ostentara a dos días de que terminara el sexenio Luis José Dorantes Segovia, presidente del Congreso del Trabajo, consumir la “razón histórica de México”.⁹⁷

⁹⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 119, 123, 126, 189, 257, 275, 283-284; octubre, pp. 56, 78-81; noviembre, p. 263.

⁹⁷ *El Gobierno Mexicano*, 1982, p. 153.

Finalmente, creo pertinente mencionar que aun antes de que López Portillo expusiera a detalle sus ideas sobre la revolución empantanada (14 de septiembre), el nacimiento de México como nación (23 de septiembre), el “volvemos hacia nosotros mismos” para ser “ciudadanos universales” (7 de octubre) y la liberación de los mexicanos del egoísmo (6 de noviembre), varios periodistas y académicos de inclinación keynesiana como Miguel Ángel Granados Chapa, Raúl Trejo Delabre, Sofía Méndez Villarreal, Rodolfo F. Peña, Jorge A. Bustamante, Fernando Medrano, Pablo Ruíz Nápoles, Gustavo Gordillo y, sobre todo, Juan María Alponente expresaron ideas bastante parecidas a las que conformaron el clímax de la última expectativa del sexenio.⁹⁸ No los englobo en la categoría de “portavoces gubernamentales”, puesto que aun cuando la posibilidad de compra de plumas es real, no creo que la causa predominante de tal adhesión fuera el propósito de repetir y desarrollar irreflexivamente las ideas embrionarias enunciadas por el presidente durante el VI Informe. Más bien considero que, en términos generales, tales aseveraciones fueron producto de la euforia del momento, ímpetu que no tardó en consumirse.

En suma, la política de administración de expectativas alcanzó su fase final durante el último trimestre del sexenio. Aun cuando este nivel no se distinguió significativamente de los anteriores en términos estructurales –del brete coyuntural a la solución definitiva–, su forma específica presentó dos grandes distinciones: la ausencia del petróleo, ya que las proyecciones no partirían de los hidrocarburos como en los casos previos, y el tipo de meta trazada, la más etérea sin duda. Además de objetivos precisos como atenuar la fuga de capitales, la nacionalización bancaria fue presentada como la oportunidad de atacar la raíz invisible de los males a través de la estimulación de determinados sentimientos y convicciones. De seguir esa ruta, se añadió, los mexicanos podrían reconciliarse con la historia, reasumir un trayecto abandonado, renovarse, dar a luz a su nación, alcanzar un estado último y cumplir el destino. Pese a su carácter ambiguo y a su disociación con respecto a la realidad concreta de esos meses, es posible dar cierto sentido y coherencia a semejante conjunto de pretensiones abstractas, pero primero se requiere adoptar una perspectiva muy particular: la de los héroes.

⁹⁸ *Unomásuno*, 1982, 2 de septiembre, p. 3; 3 de septiembre, p. 3; 4 de septiembre, p. 9; 5 de septiembre, pp. 3, 6-7; 6 de septiembre, pp. 2, 3; 8 de septiembre, pp. 2, 4; 11 de septiembre, p. 9; 12 de septiembre, p. 3; 14 de septiembre, p. 2; 18 de septiembre, p. 10; 19 de septiembre, p. 3; 23 de septiembre, p. 6.

4.4 Mitología contemporánea

Muéstrame un héroe y te escribiré una tragedia.*

Así como en 1978 se previó una nación materialmente plena, y en 1981, la posibilidad de construir un mundo fraterno y pacífico, durante el tramo final de 1982 se anunció una suerte de renacimiento espiritual en México. La primera expectativa representó un anhelo constante a lo largo de los últimos sexenios: crecimiento económico. La segunda significó una dilatación exponencial, ya que su llamado abarcó el resto del globo. En cambio, la tercera puede entenderse como una contracción, mas no porque el objetivo fuera menos ambicioso, sino porque la mira apuntó al interior de cada mexicano. La complejidad de este tercer caso permite abordarlo de varias formas, una de ellas es en función del *monomito*.

Joseph Campbell fue un investigador estadounidense especializado en mitología comparada. Con base en la premisa de que los mitos, épicas y cuentos populares son manifestaciones de la psique, este erudito se especializó en el análisis de sus convergencias. *El héroe de las mil caras* sintetiza el resultado de sus estudios, obra en la que postuló la existencia del *monomito*, es decir, un patrón único en las historias de los héroes pertenecientes a las más diversas eras, regiones y tradiciones culturales. El autor sostuvo que independientemente de que tales relatos difieran en innumerables cuestiones superficiales, todos coinciden en su estructura básica o, como él mismo expresó, “de cierta forma, la mitología es la misma en todas partes, debajo de diferentes vestiduras.”⁹⁹

Ciertamente su posición es polémica, en buena medida porque se fundamenta en convicciones un tanto esencialistas y, según sus críticos, simplificadoras en exceso. Además, por lo que toca a este trabajo, parecería no haber razón que justificara el intento de aplicar un marco teórico propio de la mitografía a la historia política contemporánea. Sin embargo, considero que el esquema de Campbell es útil para dimensionar y dar sentido a la última expectativa del lopezportillismo, y tal vez esta peculiaridad sea la expresión más contundente de su carácter brumoso y distanciado de la realidad: el que las proyecciones terminales de un régimen moderno, ubicado en la segunda mitad del siglo XX, bien pudieron pasar como parte de los múltiples relatos sobre héroes mitológicos pertenecientes a épocas preindustriales.

* Francis Scott Fitzgerald.

⁹⁹ Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 18, 283, 459 *et passim*.

4.4.1 *De héroes arcaicos y modernos*

El *monomito*: una misma historia desde el Ártico hasta el Pacífico Sur; presente en doctrinas monoteístas, politeístas y aun no teístas; conservada en la memoria de pueblos como los esquimales, nórdicos, celtas, griegos, semíticos, sumerios, africanos, neozelandeses e hindúes; propalada desde épocas antiguas hasta la actualidad.¹⁰⁰ *Grosso modo* se trataría, como más adelante explicaré, de una magnificación de la fórmula tripartita presente en los ritos de iniciación –separación, iniciación y retorno–,¹⁰¹ aunque aderezada con tantos detalles que se dificultaría la percepción de los lazos comunes entre sus incontables singularizaciones.

Este relato ubicuo comienza con una colectividad o ente pasivo –una familia, tribu, pueblo, urbe, reino, el mundo entero o aun una sola persona– que padece una adversidad repentina o ancestral –una plaga, sequía, peste, invasión, abuso constante, dominio inmisericorde, vacío espiritual, entre otras–, o sea, una situación que debe cambiar y que frecuentemente se personifica con un tirano, ogro, monstruo o dragón. Frente a semejante contexto, la deidad o la providencia llaman al futuro héroe, quien puede ser desde la divinidad encarnada, un semidiós o un príncipe, hasta un sujeto carente de prosapia y capacidades extraordinarias. Sin importar si se trata de un sueño, una voz celestial, una revelación o incluso un supuesto accidente, los llamados coinciden en su requerimiento: que el elegido rompa con su cotidianidad, abandone su entorno y emprenda un viaje hacia lo desconocido en busca del don, a saber, algo que aliviará a los suyos: el vellocino de oro, el Santo Grial, la Iluminación, etcétera.¹⁰²

El don se halla en una región distante, puede ser el inframundo, una tierra de prodigios sobrenaturales, una isla secreta, las profundidades de la propia alma o simplemente otro pueblo, pero siempre se trata de un espacio extraño y peligroso para el protagonista, en tanto que el periplo debe significarle un auténtico reto. Con ayuda de un guía, ayudante o figura protectora como Quirón, Ariadna, Merlín o la Mujer Araña, el elegido arriba a dicho escenario remoto, en donde tiene que superar una serie de pruebas: vencer enemigos,

¹⁰⁰ Hoy en día, la estructura del *monomito* puede hallarse en un sinfín de obras literarias, películas, series y videojuegos: *Star Wars*, *El Señor de los Anillos*, *Harry Potter*, *Matrix*, *La historia interminable*, *El laberinto del fauno*, *The legend of Zelda*, *El cristal encantado*, *Hook*, *Las aventuras de Fly*, *Terminator*, *The Dark Knight Trilogy*, *Spawn*, además de filmes que parecerían ajenos a las jornadas heroicas como la trilogía de *Volver al futuro*, *El club de la pelea*, *Mad Max: Fury Road*, *Rocky*, *Karate Kid*, *Kung Fu Panda*, *Bichos*, *El rey león*, *El Mago de Oz*, *El laberinto*, *La llave mágica*, *Mi pobre angelito 2*, *Al Diablo con el Diablo*, etcétera.

¹⁰¹ Campbell, *El héroe...*, p. 45.

¹⁰² *Ibid*, *passim*.

descifrar acertijos, salvar inocentes, entre muchas otras, cada una más complicada que la anterior, y al final un desafío supremo. Luego encuentra el don, el cual suele representarse como un objeto, aunque también como un matrimonio con la diosa o una identificación con el dios, quienes a su vez pueden ser en realidad la última prueba. Para terminar, el héroe regresa a los suyos y usa el don para combatir el percance –matar al ogro, provocar la lluvia, compartir la sabiduría– y renovar a su gente.¹⁰³

Insisto, a pesar de que la mayoría de los relatos heroicos no sigan con claridad todos estos pasos –igual que otros como la negativa inicial al llamado, el cruce del umbral o la inmersión en el vientre de la ballena–, y que unos expongan la gesta como un acto físico, mientras que otros, como una misión espiritual, en opinión de Campbell los puntos esenciales siempre coinciden, puesto que las numerosas historias no serían sino particularizaciones de los mismos principios.¹⁰⁴ Éstos consistirían en los tres pasos de los ritos de iniciación:

- (1) Separación: ante una realidad indeseable, el elegido abandona su mundo cotidiano para dirigirse hacia un sitio lejano, oscuro y amenazante, casi siempre en busca de algo que solvete las contrariedades.
- (2) Iniciación: se enfrenta contra fuerzas fabulosas y, tras obtener una victoria decisiva, accede al objeto deseado, que bien puede interpretarse como una fuente de poder.
- (3) Retorno: vuelve a su colectividad con la capacidad o instrumentos necesarios para triunfar por encima de la adversidad y conceder dones a sus hermanos.¹⁰⁵

Así pues, el héroe no sería meramente el campeón invicto, ni siquiera la persona bondadosa que de forma espontánea decide ayudar a otros, aun a costa de su propio sacrificio. Más bien sería aquél que interrumpe su vida diaria para aventurarse hacia lo ignoto, arriesga su vida, se hace de un don invaluable y regresa de las profundidades para resolver una encrucijada y compartir la dádiva con los demás. De tal forma, el sentido de la hazaña no radicaría en sí misma, sino en su trascendencia colectiva.

Sin embargo, Campbell precisó, para que el héroe transforme a otros, primero debe transformarse a sí mismo. Ahí estaría la función de las pruebas: ser el medio para que quien las sufra se fortalezca, madure y se vuelva digno del don, el cual a veces ni siquiera existe

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ *Ibid.*, pp. 54, 275-276.

¹⁰⁵ *Ibid.*, pp. 5, 51 *et passim*. En los ritos de iniciación el participante debe (1) abandonar el entorno que conoce, (2) realizar una serie de prácticas nuevas y (3) regresar a su comunidad distinto a como era antes.

como tal, sino sólo como una meta inasible que lleva al elegido a convertirse en aquello que buscaba inicialmente. En sus máximas expresiones —el autor evocó a Jesucristo y a Buda—, el héroe alcanza un estado de universalidad y sublimación en el que se purifica de sus accidentes, asume formas generales y perfectas, irradia fuerza creadora, simboliza energías cósmicas, comprende los misterios primigenios y se libera de todo temor.¹⁰⁶

Por último, el mitógrafo señaló que el regreso del héroe implica una lucha de opuestos. El dragón encarna la quietud o el *statu quo*; en contraste, el héroe es el cambio, él renueva a la gente y, más aún, reanuda el movimiento de un ciclo que se había estancado. Con todo, la regeneración nunca es completa, de modo que pasado el tiempo los principios fijados languidecen, la colectividad vuelve a decaer, e incluso puede darse el caso de que el elegido se envilezca al punto de mutar en el tirano que él mismo derrotó durante su juventud. En consecuencia, la deidad llama a un nuevo héroe y la historia se repite sin cesar.¹⁰⁷

Pese a la lejanía temática, considero que el discurso de la eficacia de la administración lopezportillista a lo largo del trimestre coincidió con los puntos centrales del *monomito* y, sobre todo, con otros circundantes que en breve enunciaré. Por consiguiente, es momento de repensar la última expectativa del sexenio con base en este marco, e incluir algunos elementos adicionales tanto del devenir mexicano en 1982 como de *El héroe de las mil caras*.

Según Campbell, las hazañas de los héroes míticos no son hechos aislados, sino fragmentos de amplísimos ciclos cosmológicos cuyos primeros impulsos proceden de fuerzas impersonales (el Caos, el poder máximo, el Creador Increado); posteriormente, la estafeta pasa a los dioses, luego a los héroes y finalmente a los hombres. Conforme las eras avanzan, agrega, las divinidades se vuelven invisibles, al tiempo que la humanidad experimenta alteraciones internas: su campo de conciencia se contrae, sus perspectivas se achatán y las grandes líneas de su existencia se cortan, al grado de que únicamente es capaz de distinguir la realidad tangible. Es entonces cuando el elegido entra en acción; más allá del objetivo específico que persiga, su proeza consiste en el restablecimiento de las conexiones entre el mundo terreno y el divino, entre la luz y la penumbra.¹⁰⁸ Así, el escenario agobiante con que

¹⁰⁶ *Ibid*, pp. 24, 35, 51, 55, 119, 123, 158, 170, 174, 267-268, 415.

¹⁰⁷ *Ibid*, pp. 30-31, 361, 371, 375. Es importante insistir en que no pretendo esclarecer el grado de validez del *monomito*. Lo expongo en función de sus paralelismos con la expectativa generada a partir de los decretos septembrinos.

¹⁰⁸ *Ibid*, pp. 336, 348 *et passim*. Se trataría de los héroes universales, empero, el autor dio a entender que, en cierta forma, inclusive los de menor rango apuntan hacia el mismo cometido.

da inicio cada historia apenas sería la manifestación de un problema sumamente arcaico y complejo, cuya resolución formaría parte integral del movimiento del ciclo cósmico. En pocas palabras, el acto heroico es respuesta a una contrariedad relativamente súbita o circunstancial, y ésta, la exteriorización de un asunto de enorme antigüedad y hondura: una limitación, estancamiento o decadencia.

Si se compara semejante perspectiva con el diagnóstico gubernamental de los percances nacionales en 1982, resaltará el paralelismo. La calamidad imprevista sería el declive financiero (brete coyuntural), y detrás de él se hallaría una cuestión de mucha mayor envergadura: el empantanamiento de la Revolución Mexicana y la existencia de un país sin nación, es decir, un trayecto interrumpido y un proceso inacabado (adversidad ancestral).

Frente a semejante tesitura, alguien habría sido llamado para cumplir una misión: resolver la adversidad repentina y, más aún, la sustancial; pero el protagonista no comienza su aventura como héroe, al contrario, todavía es inmaduro e impetuoso, su visión estrecha sólo percibe lo superficial.¹⁰⁹ Durante el trimestre algunos portavoces del régimen insinuaron que hubo ingenuidad en las ideas y decisiones gubernamentales de los años previos, básicamente en la postulación de la falta de dinero como la raíz del problema inmediato (la crisis de 1976) y de fondo (el subdesarrollo), lo mismo que en el tratamiento subsecuente (la exportación masiva de hidrocarburos)¹¹⁰ y, tiempo después, en los cálculos iniciales sobre la gravedad de la caída en los precios del petróleo de 1981. Además, como ya he expuesto, en los meses previos al VI Informe el gobernante nacional habló del traslape: haber fomentado prematuramente el crecimiento económico debido a la emoción por cumplir metas.¹¹¹ En pocas palabras, se apeló al candor y a un entusiasmo nocivo pero bien intencionado, o sea, cierta inmadurez.

Por su parte, la crisis de 1982 marcaría el arranque de la jornada heroica. Con respecto a su primera fase: la separación, no habría una en sentido estricto. López Portillo no dejó la presidencia para embarcarse en la búsqueda de un elixir que revirtiera el derrumbe; de hecho, durante buena parte del trimestre permaneció en la Residencia Oficial. Empero, el mitógrafo

¹⁰⁹ Campbell, *El héroe...*, pp. 219, 267.

¹¹⁰ A inicios de 1978, López Portillo pintó el viraje de Pemex como la gran oportunidad para que México se liberara económica y socialmente.

¹¹¹ José López Portillo, "Política petrolera", p. 14; *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 82, 159, 303; noviembre, pp. 92, 120.

sostuvo que si uno de los elementos básicos del arquetipo no figura claramente, puede encontrarse implícito de uno u otro modo. En este caso no habría partida ni viaje físico, como tampoco ocurrió con Buda, cuya travesía fue interna, pero sí una interrupción o distanciamiento de los afanes ordinarios, pues el colapso económico habría sumergido al presidente en un proceso reflexivo: tanto el 14 de septiembre como el 7 de octubre, éste insinuó haber cavilado recientemente, haber meditado a profundidad en torno al devenir de la nación.¹¹² De acuerdo con Campbell, es dentro de uno donde reviven las fuerzas olvidadas y perdidas que se preparan para la transfiguración del mundo.¹¹³

En cuanto a la segunda etapa: la iniciación, los sufrimientos detonados por la caída de los precios del petróleo podrían interpretarse como arduas pruebas a superar –así los llamó Javier Barros Valero, director del INBA, el 24 de noviembre: “tiempos de prueba”–.¹¹⁴ Éstos habrían hecho mella en el presidente al convertirlo en blanco de escarnios y recriminaciones.¹¹⁵ Pero también habrían sido el medio para que este último, tras tocar fondo, madurara, viera más allá de lo evidente y descubriera la verdadera raíz de los infortunios, la sustancia detrás de las formas.¹¹⁶ A semejanza de lo ocurrido en mayo de 1982, cuando López Portillo dijo ya no sentir lo duro sino lo tupido, para después equipararse a un pararrayos que atraía hacia sí todos los golpes, reproches y recriminaciones,¹¹⁷ a lo largo del trimestre dio a entender que los reveses financieros y la traición de los malos mexicanos habían impactado en su ser –para que el héroe transforme a los demás primero debe transformarse a sí mismo– al grado de que finalmente pudo advertir que no sería con dinero sino con solidaridad, unión y patriotismo como México podría recuperarse, fortalecerse, despegar y trascender.

Dentro de los múltiples dones, Campbell afirmó que el más valioso es la iluminación.¹¹⁸ En cierta forma, ésta le habría permitido a la cabeza del Ejecutivo darse cuenta de la verdad: que la nación aún no nacía, y que los suyos, obnubilados por hipotéticas riquezas, se habían

¹¹² *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 187; octubre, p. 39.

¹¹³ Campbell, *El héroe...*, pp. 44, 54.

¹¹⁴ *El Gobierno Mexicano*, 1982, noviembre, p. 133.

¹¹⁵ Los continuos cuestionamientos de medios informativos, como el semanario *Proceso*, lo llevaron a expresar su célebre frase “No pago para que me peguen”. Asimismo, según Carlos Elizondo Mayer-Serra, en 1982 la gente llegó a ladrarle cuando realizaba actividades a la intemperie. Carlos Elizondo Mayer-Serra, “Razones y reacciones de la nacionalización de la banca”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, p. 260.

¹¹⁶ El tópico de la iluminación a partir del sufrimiento puede encontrarse en relatos como los de Sansón y el rey Lear, hombres que perdieron el rumbo hasta que sus desgracias condujeron a su purificación.

¹¹⁷ *Unomásuno*, 12 de mayo de 1982, pp. 1, 6.

¹¹⁸ Campbell, *El héroe...*, p. 219

desviado del buen camino; por ende, habría que regresar al punto de partida y orientarse hacia la dirección correcta. Producto de esta certeza, el mandatario habría alcanzado su culmen, una especie de consagración. Entre muchos otros casos, el 23 de septiembre proclamó que México era su religión, su fe y su esperanza; para el 4 de noviembre aseguró haber dado todo su ser para ayudar a otros; dos semanas después, cuando una periodista le preguntó qué había obtenido a cambio de su entrega, él respondió que “la satisfacción del servicio y la realización de la vocación son gratificantes en sí mismos”; mientras que durante su último día en el poder declaró que no aspiraba a la grandeza sino a ser un siervo de la nación como Morelos. A su vez, sería un hombre irreprochable, ajeno al miedo y a la venganza; como respuesta a la duda que otro periodista le expresó el 5 de octubre con relación a si temía algún atentado contra su vida, se jactó de que el miedo no existía en él; para el día 21 añadió que su interés sólo era revertir el daño, no castigar a los culpables del acabose, y el 30 de noviembre, que siempre había sido responsable y que jamás había dado cabida a actos indebidos.¹¹⁹

Ahora bien, en vez de permanecer inmerso en sus meditaciones, el presidente habría llevado la verdad a los suyos para devolverles la fe, enseñarles el camino y liberarlos del egoísmo. Por lo tanto, también se cumpliría la tercera fase: el retorno –si el héroe no regresa no es héroe–. Los decretos septembrinos serían el canal para que los mexicanos remontaran la crisis, pero sobre todo, ensancharan su visión, restablecieran sus conexiones con el pasado y se encaminaran hacia su fin último. A fin de cuentas, según Campbell,¹²⁰ el héroe representa la energía impulsiva que rompe con el peso muerto de una inercia acumulada, y su mayor aportación no es el alivio de los dolores inmediatos, sino el entretejimiento de la dimensión tangible (en este caso desarrollo económico) con la intangible (un México solidario y patriótico) a través del hallazgo de un sendero (reavivamiento interno) transitable por la colectividad para restaurar¹²¹ lo que se había perdido (la Revolución Mexicana) y provocar el nacimiento de algo nuevo (la nación). Allende los detalles del *monomito*, ahí estaría la

¹¹⁹ *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, p. 229; octubre, pp. 16, 98; noviembre, pp. 116, 162-163, 198, 263.

¹²⁰ Campbell, *El héroe...*, p. 257.

¹²¹ Otra peculiaridad del trimestre consistió en un empleo inusitado de palabras iniciadas con el prefijo “re”. En más de 30 eventos oficiales se habló sobre renovar el país, retomar el camino, rescatar la identidad, regresar a los principios, revitalizar la conciencia, reivindicar los valores, reorientar el rumbo, revivir el sentimiento, reanudar la Revolución, restablecer la confianza, revigorar el paso, reencontrarse con la esencia, etc. Por tanto, se apeló más a volver que a innovar. *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre; octubre; noviembre, *passim*.

similitud primordial entre el esquema de Campbell y la última expectativa del lopezportillismo.

Paralelamente a esta conjugación espacial (materialidad, espiritualidad) y temporal (presente, pasado, futuro), se sugirió que las dos medidas permitirían cierto relevo, de gobernante a gobernados, en la solución de los problemas. Los días 4 y 11 de septiembre, tras aceptar que sus decretos no funcionarían como un remedio instantáneo, el mandatario pidió a sus escuchas asumir el “heroísmo de la prosa, de lo cotidiano”, esto es, mantener un esfuerzo tenaz y colectivo, una batalla discreta pero trascendental.¹²² En consecuencia, si bien el presidente habría revelado el camino, la transformación esperada dependería de que los millones de mexicanos lo recorrieran, aunque no de forma independiente, por supuesto.

Para terminar, resaltaré una convergencia adicional, esta vez relativa a los entes malignos. Campbell los describió como seres avaros, limitados, bufonescos, envanecidos, confiados en su propia fuerza, opuestos al fluir del ciclo cósmico, faltos de visión y prestos a confundir las sombras por la sustancia.¹²³ Por su parte, a los malos mexicanos se les tildó de enemigos atemporales y provocadores de la debacle, hombres que sólo creían en sí mismos, insaciables, de mira corta y obstáculos para la Revolución y el destino. Frente a tales acusaciones, la respuesta de los imputados no demoró, y por momentos resultó equivalente a las exposiciones gubernamentales. Conviene dar cuenta de ella.

4.4.2 *Reflejos antagónicos*

Banqueros y empresarios también se dejaron llevar por la euforia del trimestre. Unas veces se limitaron a rechazar las críticas del sector público, igual que a ostentarse como motor del desarrollo nacional, fuente de inversiones y proveedores de empleos. Entonces aseguraron que la idea del burgués como causa de las desgracias del país era tendenciosa, y que la denuncia hecha durante el VI Informe había obedecido a un “exabrupto emocional”. Sin embargo, en otros momentos pasaron a la ofensiva: desde identificar la nueva banca como amenaza a la libertad económica, hasta divisar el establecimiento de un sistema socialista, o

¹²² *El Gobierno Mexicano*, 1982, septiembre, pp. 137, 296.

¹²³ Campbell, *El héroe...*, pp. 320, 322-323, 364.

inclusive totalitario, y referirse a la administración presidencial en turno como una forma de fascismo, además de antinacionalista, antidemocrática y causa de la fuga de capitales.¹²⁴

Aun cuando fueron acusaciones estrepitosas, la terminología empleada no innovó, pues los anteriores desencuentros entre Luis Echeverría y el sector privado supusieron una adjetivación similar.¹²⁵ En cambio, hubo otros planteamientos de la élite económica dignos de rescatar, sobre todo porque su estructura resultó desconcertantemente paralela a las proyecciones gubernamentales del trimestre, incluidos los afanes heroicos.

Manuel J. Clouthier y Emilio Goicoechea, presidentes del Consejo Coordinador Empresarial (CCE) y de la Concanaco, respectivamente, fueron los principales expositores. El primero habló de una suerte de mal generalizado, amplio pero difuso: el paternalismo, tendencia a través de la cual el Estado quitaba libertades y responsabilidades a los ciudadanos al tratarlos como menores de edad. Entretanto, el segundo caracterizó a México como país de un solo hombre, corrupto, ideológicamente incoherente y autoritario, de ahí que, argumentó, la nacionalización bancaria se hubiera hecho sin consultar antes al pueblo.¹²⁶

Este lamentable escenario sería manifestación de la decadencia de los últimos años: una Revolución Mexicana que se había desviado de su curso hasta llegar al socialismo,¹²⁷ como evidenciaban los dos decretos y el apoyo dado a los comunistas en Centroamérica. A su vez, se trataría de un ciclo arcaico que volvía a embestir, tanto así que Clouthier equiparó el “absolutismo” de López Portillo con el de Porfirio Díaz, y en más de una ocasión clamó por un retorno a los viejos tiempos, o sea, al desarrollo estabilizador.¹²⁸

Según Alejandro Gurza, consejero de la Coparmex, hasta entonces los empresarios se habían caracterizado por cierto grado de conformismo y complicidad; sin embargo, a partir del 1º de septiembre habrían abierto los ojos y levantado la voz, mas no para defender sus

¹²⁴ *Unomásuno*, 1982, 3 de septiembre, pp. 4, 6; 4 de septiembre, p. 9; 5 de septiembre de 1982, pp. 1, 10; 17 de septiembre, p. 5; 18 de septiembre, p. 10; 9 de octubre, p. 1; 16 de octubre, p. 10; 26 de octubre, p. 4; 28 de octubre, pp. 3, 5; 1º noviembre, p. 4; 10 de noviembre, p. 3; 11 de noviembre, p. 3; 17 de noviembre, p. 4; 22 de noviembre, p. 3; 29 de noviembre, p. 3; 30 de noviembre, p. 6. Según el ADP, tales aseveraciones entran en la categoría de esquematización por redefinición del hecho. *Giménez, El debate...*, pp. 226-227.

¹²⁵ Para ilustrar, el entonces jefe del Ejecutivo llamó a algunos empresarios “minoría plutocrática y profascista”. Luis Echeverría, *Por encima de todo, el compromiso es con México*, México, Folleto Publicado por la Comisión Nacional Editorial, 1976, p. 3.

¹²⁶ *Unomásuno*, 1982, 7 de septiembre, p. 11; 9 de septiembre, p. 6; 18 de septiembre, p. 10; 10 de noviembre, p. 3.

¹²⁷ Según el ADP, éste sería un argumento de dirección. *Giménez, El debate...*, p. 170.

¹²⁸ *Unomásuno*, 1982, 30 de octubre, p. 7; 9 de noviembre, p. 6; 11 de noviembre, p. 3; 12 de noviembre, p. 7.

intereses sectoriales, sino los de la colectividad entera. Un vocero de la Concanaco explicó que los decretos no eran solamente un atentado en contra de su gremio, sino un “grave golpe a las libertades en México”. En la misma dirección, Francisco Mayorga y Alfredo Sandoval, dirigentes de la Cámara de la Industria de Transformación de Jalisco y del Centro Patronal de Puebla y Tlaxcala, respectivamente, pidieron un cese a las satanizaciones en su contra, pero tampoco por ellos, sino porque el principal perjudicado era el país en su conjunto.¹²⁹

En efecto, la idea que la élite económica propagó sobre sí misma desbordó en atributos encomiables. La Asociación de Banqueros de México describió a sus miembros recién expropiados como gente entregada, patriótica y solidaria. Tanta sería su nobleza que le habrían pedido a la ciudadanía mantener su dinero en la nueva banca sin importar que un alud de retiros masivos hubiera beneficiado su causa. De manera similar, Juan Antonio Alducin, asesor de la Concamin, llamó a no “atizar fuego a la hoguera” –antagonizar con el gobierno por causas indebidos– porque “ello sólo va en perjuicio de la nación”. Finalmente, los empresarios también se proyectaron como entes solidarios con vocación al sacrificio por el bien común, como su deuda de 27 mil millones de dólares supuestamente probaba en virtud de que ésta, dieron a entender, se debía al anhelo de incrementar la riqueza nacional.¹³⁰

Así, en contraste a su apatía previa, dichos adalides inesperados habrían entrado en acción con el objetivo expreso de minar la monopolización política y económica del Estado. Para llevar a cabo este propósito, Goicoechea retomó una idea que sugirió desde fines de mayo: romper con la pasividad del pueblo. Ya en noviembre, Alfonso Pandal Graf, dirigente de la Concamin, evidenció la necesidad de que la ciudadanía evolucionara de espectadora a protagonista. Por su parte, y a semejanza de los pregones de López Portillo, Clouthier ensalzó a la Patria, resaltó la necesidad de unión y solidaridad entre los mexicanos, y apeló a un *nosotros*, patronos y obreros que se habían sacrificado, y un *ellos*, el impasible gobierno.¹³¹

En resumen, el héroe de unos puede ser el tirano de otros, y viceversa, todo depende de la perspectiva. Así como los voceros gubernamentales, los empresariales afirmaron que allende la crisis subyacía una gran adversidad (paternalismo, autoritarismo, corrupción) y un

¹²⁹ *Unomásuno*, 1982, 5 de septiembre, p. 10; 12 de septiembre, p. 2; 17 de septiembre, p. 5; 9 de noviembre, p. 6.

¹³⁰ *Unomásuno*, 1982, 5 de septiembre, p. 1; 7 de septiembre, p. 11; 11 de septiembre, p. 1; 22 de septiembre, p. 3; 28 de octubre, p. 5; 19 de noviembre, p. 11.

¹³¹ *Unomásuno*, 1982, 29 de mayo, p. 1; 2 de septiembre, p. 9; 7 de septiembre, p. 11; 9 de noviembre, p. 6; 11 de noviembre, p. 3; 18 de noviembre, p. 11; 22 de noviembre, p. 3; 28 de noviembre, p. 8.

peligroso desvío (de la Revolución Mexicana al socialismo, totalitarismo o fascismo). Ambos males habrían provocado que determinados actores (banqueros y empresarios) rompieran con su cotidianidad (indolencia) y comenzaran a luchar (activismo en contra del mandatario) para salvar a su colectividad (todo México). Además, serían gente madura (no buscaban venganza ni estaban dispuestos a encarnizarse en la disputa si ésta implicaba el sufrimiento de terceros). Desde esta óptica, el gobierno fungiría como el dragón, el *statu quo*, mientras que ellos, al promover el cambio, serían heroicos. Antes bien, tampoco pretenderían desempeñarse como los grandes protagonistas, sino, tras comprender el valor de lo intangible (patriotismo, unión y solidaridad), sembrar una semilla (despertar ciudadano) que germinaría en un mejor mañana (un México libre). Es debido a esta serie de concomitancias en los planteamientos (adversidad inmemorial, contrariedad presente, ruptura de cotidianidad, renovación plena, etc.) que, pese a su distancia temática, estimo que el esquema de Campbell es útil para darle sentido a semejantes proyecciones, tanto las del sector público como las del privado.

Ciertamente es común que cuando una pugna estalla cada facción se pinte a sí misma cual modelo de virtud y presente a la otra como un cúmulo de defectos, pero aquí sobresale el claro paralelismo en las proyecciones de ambas élites. No creo que este *espejo* patronal se debiera meramente a empresarios poco creativos, sino más bien al carácter de la coyuntura. Me explico, en circunstancias menos apremiantes no hubo necesidad de vislumbrar un mal primigenio achacable al bando opuesto, como tampoco la desviación de un proceso histórico ni la caracterización de uno mismo como ser abnegado e irreprochable. En cambio, el caótico fin de 1982 motivó pregones similares en actores distintos.

Un cotejo con el periodo previo podría servir para calibrar los posicionamientos de la élite económica.¹³² Durante los meses que antecedieron al VI Informe, el sector privado también se expresó de sí mismo en términos laudables: sus integrantes se mostraron como hombres que en medio de la crisis cumplían hasta con las determinaciones que les perjudicaban (las alzas salariales de emergencia), luchaban en contra del desempleo y castigaban sus precios en pro de los consumidores.¹³³ Mas no sugirieron heroicidad en el

¹³² En los siguientes dos párrafos sintetizo un sinfín de pronunciamientos de diversas organizaciones como el CCE, la Concanaco, la Concamin y la Canacintra.

¹³³ *Unomásuno*, 1982, 27 de abril, p. 1; 8 de mayo, p. 9; 30 de junio, p. 9; 7 de julio, p. 8; 4 de agosto, p. 1; 14 de agosto, p. 10; 25 de agosto, p. 1; 30 de agosto, p. 1.

sentido profundo: transformarse ellos mismos, enfrentar un gran mal y provocar una transformación colectiva.

Desde entonces rechazaron las acusaciones en su contra,¹³⁴ formularon demandas relativas al manejo de la economía¹³⁵ y criticaron varias decisiones gubernamentales como el control de precios y la insistencia en el financiamiento deficitario,¹³⁶ pero sin que sus reproches se asemejaran ni remotamente a los que caracterizarían el trimestre. De hecho, externaron su respaldo al régimen en varias ocasiones.¹³⁷

Por lo contrario, la nacionalización bancaria dio paso a una nueva actitud, la cual persistiría a través del tiempo. Ya en el siglo XXI, José María Basagoiti recordó la insubordinación del sector privado de 1982 como una respuesta al autoritarismo, una lucha por la libertad y el intento de arreglar una nación que se torcía. Aun comentó que si bien los suyos habían resistido estoicamente los agravios, “lo que no podíamos tragar era que estuviera hundiéndose México”, de ahí el fin de su tradicional indiferencia y el “despertar del patriotismo empresarial”. Agregó que la nacionalización bancaria los había hecho entender que eran ciudadanos, que el gobierno se robaba la soberanía, que “se acababa el país” y, por ende, que debían emprender una cruzada para detonar el poder de la sociedad.¹³⁸

Con respecto al adversario, a semejanza de los voceros gubernamentales, quienes tildaron a los malos mexicanos de indiferentes al bien común y obsesionados con su propio bienestar, los empresarios pintaron a López Portillo como un frívolo y vanidoso traidor que había tratado de salvar su imagen mediante un *chivo expiatorio*, o si acaso como un ignorante de la economía que, desesperado, se había dejado manipular por su séquito hasta elaborar un “mundo subjetivo” y creerse un “héroe” que mágicamente resolvería la maraña.¹³⁹

En suma, tanto la élite política como la económica proclamaron que los infortunios inmediatos eran fruto de una desviación así como de un mal arcaico e inasible. Ambos dieron

¹³⁴ *Unomásuno*, 1982, 27 de febrero, p. 1; 6 de mayo, p. 8; 28 de mayo, p. 10.

¹³⁵ *Unomásuno*, 1982, 20 de febrero, p. 1; 23 de abril, p. 1; 25 de abril, p. 1; 30 de abril, p. 1; 19 de junio, p. 9; 1º de julio, p. 11; 4 de julio, p. 10; 19 de julio, p. 8; 24 de julio, p. 1; 3 de agosto, p. 8; 11 de agosto, p. 1; 12 de agosto, p. 8; 13 de agosto, p. 1; 17 de agosto, p. 9.

¹³⁶ *Unomásuno*, 1982, 27 de febrero, p. 1; 2 de marzo, p. 1; 21 de marzo, p. 1; 25 de abril, p. 1; 29 de abril, p. 1; 20 de mayo, p. 3; 25 de mayo, p. 1; 28 de mayo, p. 10; 12 de junio, p. 1; 13 de junio, p. 9; 22 de julio, p. 9; 30 de julio, p. 10; 7 de agosto, pp. 1, 7-8; 14 de agosto, p. 10; 24 de agosto, p. 1.

¹³⁷ *Unomásuno*, 1982, 19 de febrero, p. 1; 22 de abril, p. 12; 11 de mayo, p. 1; 2 de junio, p. 1; 6 de julio, p. 1; 13 de julio, pp. 1, 3; 25 de julio, p. 2; 1º de agosto, p. 8; 2 de agosto, p. 1; 3 de agosto, p. 8; 18 de agosto, p. 1.

¹³⁸ Basagoiti, “La nacionalización...”, pp. 170-171.

¹³⁹ Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, *passim*.

a entender que, frente a un panorama tan desolador, sus líderes habían roto con su cotidianidad y entrado en acción para llegar al corazón del problema, restablecer las conexiones con el pasado, retomar el camino y abrir paso a una vida plena. Sin embargo, al tiempo en que estas proyecciones heroicas vislumbraban el advenimiento de una nueva era caracterizada por una transformación interna y un México reconciliado consigo mismo, el implacable avance de la crisis terminó por ahogar los pregones de tipo milenaristas, muchos de los cuales pasaron desapercibidos por el estruendo del derrumbe. Por consiguiente, hay que retomar la visión panorámica ofrecida al inicio del capítulo, pero ya no limitada a las expresiones de apoyo, sino a otros escenarios, en donde la euforia manifestada no perduró.

4.4.3 *Mientras tanto*

Más de un año de penurias y entonces, el 1º de septiembre de 1982, los malestares acumulados parecieron esfumarse de súbito; acto seguido, la atención del país entero se centró en las dos medidas, prácticamente como si todo lo demás fuera invisible. Empero, la energía generada carecía de fundamentos sólidos, de ahí que se disipara tan rápido como se originó. La distribución irregular de los desplegados hemerográficos progubernamentales ilustra el carácter pasajero del furor; de los 143 que ubiqué, 132 fueron publicados durante la primera mitad de septiembre, ocho en la segunda, dos en octubre y sólo uno en noviembre. Un patrón similar se halla en las 52 primeras planas de *Unomásuno* que incluyeron información relativa a la nacionalización bancaria y el control de cambios: 26 de ellas correspondieron a septiembre, 18 a octubre y apenas ocho a noviembre. Por lo contrario, las menciones sobre la crisis y sus efectos palpables fueron ascendentes: 11 en septiembre, 22 en octubre y 27 en noviembre –dada la inminencia del fin del sexenio, no es de extrañar que hubiera una actitud crítica en contra de la administración saliente–. De tal manera, hubo una relación inversamente proporcional entre ambos temas, si bien el VI Informe significó un respiro, el ardor por los decretos se apagó cuando las miradas volvieron a enfocarse en una economía que no dejaba de caer.

En efecto, ajenos a la efervescencia nacional, los estragos del declive persistieron sin variaciones significativas. La inflación siguió impasible,¹⁴⁰ sobre todo en productos de la

¹⁴⁰ Entre septiembre y diciembre de 1982 aumentó 22.3%, dando un 441.7% a lo largo del sexenio. Calculadora de inflación (INEGI), <http://www.inegi.org.mx/sistemas/indiceprecios/calculadorainflacion.aspx> [consultado el 12 de septiembre de 2018].

canasta básica como el huevo, el azúcar y la leche. No tardaron en regresar las presiones de sindicatos y partidos de izquierda por mejoras salariales, igual que la consecuente oposición o al menos reticencia del sector privado. Los paros laborales y los emplazamientos a huelga volvieron a hacerse presentes, incluidas varias tentativas en favor de una generalizada, además de estallidos en Mexicana de Aviación y en la UNAM. Tampoco cedieron los rumores ni la necesidad incrementar el endeudamiento; la fuga de capitales no se revirtió y aun la cotización del peso fue noticia otra vez, pues las nuevas restricciones en la política cambiaria fortalecieron el mercado negro de dólares y agravaron los percances en la frontera norte. Asimismo, se habló sobre decenas de miles de trabajadores sin empleo, despidos injustificados, empresas al borde de la quiebra, municipios insolventes, caídas en la Bolsa Mexicana de Valores, declives en el turismo y en las exportaciones, recortes en las becas otorgadas por Conacyt, etc.¹⁴¹ En pocas palabras, el optimismo septembrino rápidamente se vio desgastado por un sinnúmero de penalidades equivalentes a las de los meses anteriores.

Como novedad, la falta de divisas llevó a pedir auxilio al FMI, justo como hiciera Echeverría seis años atrás. Esta alternativa había sido sugerida al menos desde abril de 1982, aunque entonces ni siquiera el sector privado la había respaldado abiertamente. En cambio, el gobierno mexicano se acercó a dicha institución en agosto con el propósito de acceder a un crédito por cuatro mil millones de dólares. Aun cuando los decretos dejaron el tema en suspenso, las conversaciones prosiguieron hasta que el 11 de noviembre se dio a conocer la carta de intención, documento mediante el cual México se comprometió a restringir su endeudamiento, reducir el déficit y elevar el ahorro interno, primordialmente a través de la racionalización de su gasto público. Pese a que el acuerdo no resultó tan drástico como inicialmente se temió –no se fijó un tope a los aumentos salariales ni se exigió la derogación

¹⁴¹ *Unomásuno*, 1982, 3 de septiembre, pp. 9, 10; 5 de septiembre, p. 7; 8 de septiembre, pp. 1, 27; 9 de septiembre, pp. 1, 9; 11 de septiembre, p. 4; 14 de septiembre, pp. 1-2; 15 de septiembre, p. 3; 17 de septiembre, p. 3; 18 de septiembre, p. 10; 19 de septiembre, pp. 4, 6; 23 de septiembre, pp. 9, 11; 24 de septiembre, p. 9; 26 de septiembre, p. 10; 27 de septiembre, p. 10; 28 de septiembre, p. 7; 29 de septiembre, pp. 1, 5; 30 de septiembre, pp. 1, 4, 9; 5 de octubre, p. 1; 21 de octubre, p. 1, p. 9; 26 de octubre, pp. 1, 5; 27 de octubre, pp. 2, 3, 7, 9; 28 de octubre, pp. 4, 9; 30 de octubre, p. 8; 31 de octubre, p. 1; 2 de noviembre, pp. 8, 10; 3 de noviembre, p. 8; 5 de noviembre, p. 9; 6 de noviembre, pp. 1, 9; 8 de noviembre, p. 9; 9 de noviembre, pp. 4, 8; 10 de noviembre, p. 10; 11 de noviembre, p. 6; 12 de noviembre, p. 2; 13 de noviembre, p. 4; 16 de noviembre, p. 7; 17 de noviembre, p. 4; 18 de noviembre, pp. 9, 11; 19 de noviembre, pp. 7, 9, 10, 12; 21 de noviembre, p. 9; 22 de noviembre, pp. 1, 2, 9; 23 de noviembre, pp. 1, 3; 24 de noviembre, p. 1; 25 de noviembre, pp. 1, 8, 9; 27 de noviembre, pp. 9, 10; 30 de noviembre, pp. 4, 6, 13.

inmediata del control de cambios—,¹⁴² su firma significó la última puntilla del fracaso del lopezportillismo y su proyecto basado en un camino propio que, durante su breve auge, permitió hablar de administrar la abundancia en 1977, trazar un futuro nacional utópico en 1978, reprender públicamente a James Carter en 1979, rechazar el GATT y la petrolización plena de la economía en 1980, lo mismo que pregonar una solución a la Guerra Fría en 1981.

Ante semejantes resultados, el alborozo del trimestre también se vio empañado por voces que mostraron desilusión debido a que los capitales fugados no retornaban ni tampoco se cumplía con la promesa de dar a conocer la identidad de los *sacadólares*; otras resumieron el sexenio como una época de triunfalismo, imprevisión, corrupción, dispendio, políticas equivocadas y reacciones tardías; en un tercer grupo podría ubicarse a las que previeron una larga austeridad en el futuro próximo, así como decrecimiento industrial. El 25 de noviembre, el mismo Silva-Herzog anticipó que en el corto plazo la tasa de crecimiento económico sería negativa; lo más curioso es que la franqueza de dicha declaración lo volvió objeto de felicitaciones, tal vez, pienso, por el hartazgo producto de tantas expectativas frustradas.¹⁴³

Junto a las críticas generales, el revisionismo con relación a los decretos tampoco se hizo esperar. Entre otros editorialistas, Federico Reyes Heróles expuso la vorágine desatada por el VI Informe como una venta de sueños y una invención de traidores; Juan María Alponze llamó a no caer en “la separación maniquea del Estado bueno y la iniciativa privada mala”; Olac Fuentes Molinar describió las comparaciones entre 1938 y 1982 como una “engañoso referencia”; Raúl Trejo Delabre resaltó el afán de los mexicanos por aferrarse a esperanzas: el petróleo, la nacionalización bancaria, el relevo sexenal; Gustavo Gordillo pidió el fin de las “falsas expectativas” y, junto con Eduardo Montes, explicaron las dos medidas como una suerte de gatopardismo: un golpe espectacular pero superficial, encaminado a mantener el sistema al mostrar que el autoritarismo aún tenía que ofrecer.¹⁴⁴ En un inicio estas posiciones fueron escasas en comparación con las alabanzas; no obstante,

¹⁴² *Unomásuno*, 1982, 28 de abril, p. 1; 19 de mayo, p. 8; 28 de junio, p. 9; 4 de agosto, p. 1; 17 de agosto, p. 1; 18 de agosto, pp. 1, 7; 19 de agosto, pp. 1, 3, 11; 20 de agosto, p. 4; 21 de agosto, p. 10; 22 de agosto, pp. 1, 4; 24 de agosto, p. 9; 29 de agosto, p. 3; 30 de agosto, p. 12; 6 de septiembre, p. 1; 9 de septiembre, p. 11; 10 de septiembre, p. 1; 28 de septiembre, p. 2; 5 de octubre, p. 3; 6 de noviembre, p. 10; 11 de noviembre, pp. 1, 3, 7, 9-10; 12 de noviembre, p. 5; 13 de noviembre, pp. 3, 9; 25 de noviembre, p. 5.

¹⁴³ *Unomásuno*, 1982, 27 de septiembre, p. 5; 12 de noviembre, p. 10; 26 de noviembre, pp. 1, 10; 26 de noviembre, p. 9; 27 de noviembre, p. 2; 28 de noviembre, p. 8; 30 de noviembre, p. 3.

¹⁴⁴ *Unomásuno*, 1982, 6 de septiembre, p. 5; 7 de septiembre, p. 2; 9 de septiembre, p. 9; 24 de octubre, p. 2; 24 de octubre, pp. 2, 10; 22 de noviembre, p. 9; 26 de noviembre, p. 7; 28 de noviembre, p. 5.

estas últimas cayeron en picada prematuramente y en función del fin del sexenio, mientras que los reproches se multiplicaron con el pasar de las semanas.

Miembros de la Iglesia también se sumaron a la ola. Además de sus llamados en favor de la unidad y de las jornadas de oración que organizaron a fin de clamar por un gobierno sabio, un pueblo solidario y un país repuesto, varios se dieron el tiempo de opinar sobre los decretos. Aun cuando el episcopado mexicano dijo no estar en favor ni en contra de ellos, hubo ministros católicos que se posicionaron. Unos pocos, como Sergio Méndez Arceo y Manuel Velázquez, los consideraron legítimos, útiles al bien común y coherentes con el Concilio Vaticano II. De forma opuesta, la mayoría de los obispos y sacerdotes que consulté externaron poco entusiasmo, ya fuera al augurar que el poder presidencial y el paternalismo se fortalecerían, al acusar al sector público de administrador ineficiente o al afirmar que la política industrial de la última década había sido errónea.¹⁴⁵

Otros actores no se limitaron a los vituperios sino que optaron por la movilización, provocando que los asistentes a las marchas de apoyo en favor del gobierno tuvieran que compartir las calles con manifestantes tanto de izquierda como de derecha. Antes de que los decretos cumplieran su primera semana en vigor, diversos sindicatos propusieron la conformación de un frente que defendiera los intereses mayoritarios. En respuesta, más de cien agrupaciones de izquierda, entre ellos partidos de oposición como el PSUM y el PMT, así como una infinidad de sindicatos, dieron a luz al Frente Nacional Contra la Austeridad y por la Defensa del Salario. Éste emprendió marchas multitudinarias con el propósito de exigir mejores sueldos, más expropiaciones y los nombres de los *sacadólares*, igual que para protestar en contra de la austeridad, la inflación, el desempleo, la carestía y los acercamientos al FMI. Inicialmente expresó respaldo a las dos medidas, aunque con ciertas reservas y muchas críticas en contra del resto de la política económica.¹⁴⁶

Por su parte, después del estupor y perplejidad iniciales, varios integrantes de la élite económica como el CCE, la Concanaco y la Coparmex probaron un camino similar. Por

¹⁴⁵ *Unomásuno*, 1982, 5 de septiembre, p. 4; 6 de septiembre, p. 2; 8 de septiembre, p. 3; 10 de septiembre, p. 3; 12 de septiembre, p. 3; 13 de septiembre, p. 4; 17 de septiembre, p. 4; 29 de septiembre, p. 6; 28 de octubre, p. 4; 4 de noviembre, p. 4; 8 de noviembre, p. 2; 21 de noviembre p. 4; 26 de noviembre, p. 6; 1º de diciembre, p. 4.

¹⁴⁶ *Unomásuno*, 1982, 6 de septiembre, p. 16; 10 de septiembre, p. 4; 12 de septiembre, p. 5; 13 de septiembre, pp. 3, 4; 15 de septiembre, p. 5; 17 de septiembre, p. 4; 26 de septiembre, p. 4; 28 de septiembre, p. 7; 7 de octubre, p. 16; 24 de octubre, pp. 1, 3.

medio de una organización llamada México en Libertad, buscaron hacerse de una base social propia constituida por ciudadanos resentidos, amenazaron con paros empresariales que al final no llevaron a cabo y emprendieron una serie de conferencias y movilizaciones en entidades como Guanajuato, Sinaloa, Puebla y Baja California. La relativamente escasa concurrencia a sus eventos fue compensada con condenas antigubernamentales que zumbaron como un avispero irritado. Entre sus principales blancos se hallaron los dos decretos, el intervencionismo estatal, la corrupción, el endeudamiento, la burocracia, la falta de garantías jurídicas y, en general, las políticas económica, petrolera y exterior; clamaron en contra del “totalitarismo aplastante del Estado”, su “tendencia socializante” y el proceso de “gobiernización”[sic] en curso; se posicionaron en favor de la austeridad, al tiempo en que llamaron a luchar por la democracia, las libertades y un despertar cívico. Como bien reparó Olac Fuentes, pese a la fugacidad de su insurrección –las reuniones del grupo se suspendieron en noviembre debido a la radicalización de algunos de sus miembros, la firma de la carta de intención y el inminente relevo sexenal– fue notable el que las cúpulas empresariales se movilizaran por su cuenta para denunciar abiertamente los vicios del régimen.¹⁴⁷

Una porción significativa de las exposiciones empresariales con tintes heroicos que recién expuse se originó en las reuniones de México en Libertad, parte de cuya argumentación y críticas contra el populismo y la economía ficción sería incorporada por el discurso del gobierno sucesor, encabezado por Miguel de la Madrid.¹⁴⁸ Sin embargo, fuera de esta organización también pulularon las embestidas del sector privado, cuyos encrespados portavoces describieron la nacionalización¹⁴⁹ bancaria como una medida populista, exagerada, innecesaria, abusiva, policiaca, inconstitucional y más política que económica. También la tildaron de amenaza a las libertades, remate de dos sexenios errados, fruto de la necesidad de exhibir culpables, aliciente para la corrupción, impulso al burocratismo, posible

¹⁴⁷ *Unomásuno*, 1982, 29 de septiembre, p. 9; 30 de septiembre, p. 10; 26 de octubre, p. 4; 28 de octubre, p. 3; 9 de noviembre, p. 6; 10 de noviembre, p. 2; 12 de noviembre, pp. 5, 7; 14 de noviembre, p. 4; 15 de noviembre, p. 3; 16 de noviembre, p. 2; 22 de noviembre, pp. 3, 9; 25 de noviembre, p. 10; 30 de noviembre, p. 6; Abedrop, “Motivos y costos...”, p. 18. Según María Amparo Casar y Guadalupe González, durante los tiempos de bonanza, cuando hay rentas elevadas para el empresariado, los comportamientos político y económico de este último tienden a moverse de manera disociada, aunque no divergente; todo lo contrario a los momentos de crisis, cuando su politización suele intensificarse. Casar y González, “Los empresarios...”, p. 112.

¹⁴⁸ Giménez, *El debate...*, p. 290.

¹⁴⁹ Cabe señalar que hubo polémicas en torno a la forma correcta de denominar el acto, según los voceros del sector privado no fue una nacionalización sino una expropiación o estatización. *Unomásuno*, 1982, 2 de septiembre, p. 9.

inicio de una ola de expropiaciones y primera piedra en la edificación de un sistema socialista. En cuanto a sus causas y consecuencias, rechazaron el diagnóstico gubernamental de los percances y aseguraron que en vez de mitigar la crisis, desestabilizaría al país y agudizaría los males.¹⁵⁰

Los partidos Acción Nacional y Demócrata Mexicano arremetieron con argumentos similares a los del empresariado: medida socializante, producto de una decisión visceral y unilateral que polarizaba a la sociedad y que empeoraría la situación, etc. Además, el que meses atrás postularan como candidato a la presidencia a Pablo Emilio Madero, sobrino del “Apóstol de la Democracia”, pudo entenderse como una forma de poner de relieve el ensanchamiento de la brecha habida entre el PRI y la Revolución Mexicana.¹⁵¹

En suma, el último arrebato del sexenio apuntó en direcciones distintas. El frenesí inicial se concentró en favor del gobierno, luego el peso de la realidad provocó desencanto y favoreció protestas emanadas de diversos intereses y afinidades ideológicas. Sectores radicales de derecha e izquierda atacaron la nacionalización bancaria, curiosamente con base en razones opuestas: los primeros, porque presuntamente era una medida socialista; los segundos, porque no lo era, sino una impostura encaminada a quitarle banderas a las causas revolucionarias y brindar la legitimidad necesaria para aplicar los dictados del FMI.¹⁵² Por otro lado, también llama la atención que el entusiasmo por la nueva banca no fuera el único brote efímero del trimestre, ya que tanto México en Libertad como el Frente Nacional Contra Austeridad tuvieron una presencia breve en el escenario.

Aunque las críticas y las movilizaciones opositoras descollaron, más reveladoras aún resultaron las ausencias: básicamente la falta de comentarios sobre la última gran expectativa del sexenio, la cual pasó inadvertida fuera del círculo gubernamental. A mayor abundamiento, las convicciones en torno a un presente ominoso consecuencia de un mal primigenio y de un desvío —la ausencia de una nación y el abandono del camino revolucionario, respectivamente—, así como la posibilidad de superar definitivamente dicho

¹⁵⁰ *Unomásuno*, 1982, 2 de septiembre, p. 9; 3 de septiembre, pp. 4, 6, 11; 4 de septiembre, p. 9; 6 de septiembre, p. 4; 9 de septiembre, p. 2; 17 de septiembre, p. 5; 18 de septiembre, p. 10; 9 de octubre, p. 1; 16 de octubre, p. 10; 21 de octubre, p. 9; 29 de octubre, p. 10; 19 de noviembre, p. 11; 30 de noviembre, p. 4; 17 de noviembre, p. 1; 19 de noviembre, p. 4, 11; 21 de noviembre, p. 9; 24 de noviembre, p. 11.

¹⁵¹ *Unomásuno*, 3 de septiembre, pp. 1, 2; 6 de septiembre, p. 4; 8 de septiembre, p. 4; 10 de septiembre, p. 5; 29 de septiembre, p. 7; Riding, *Vecinos distantes*, p. 123.

¹⁵² *Unomásuno*, 1982, 9 de septiembre, p. 26; 10 de septiembre, pp. 8, 26; 25 de septiembre, pp. 7, 10.

estado con base en la transformación interna que la nacionalización bancaria suscitaría en cada mexicano, prácticamente no figuraron en los análisis, apologías y vituperios hemerográficos a favor o en contra del gobierno, al menos no en los muchos que consulté, salvo en las ideas expresadas durante las primeras dos semanas de septiembre. A lo largo del trimestre, las discusiones se concentraron en asuntos concretos como la fuga de capitales o futuras expropiaciones. Ciertamente hubo espacio para reflexionar acerca de los paralelismos entre 1938 y 1982, igual que del repentino ímpetu nacionalista que muchos exteriorizaron, pero nada semejante a la inminencia de una solución definitiva como se dio a entender en los eventos oficiales. A diferencia de la administración de la abundancia, la expectativa inmaterial del lopezportillismo casi no fue abordada en las incontables noticias y opiniones que leí, ni siquiera para refutarla o ridiculizarla. Ella prácticamente no percoló en la opinión pública, y muy probablemente tampoco en los millones de mexicanos de entonces. Al menos no he encontrado uno solo que defina el trimestre como una coyuntura crítica, o que recuerde algo sustancioso al respecto más allá del famoso “¡No nos volverán a saquear!”

Según mi percepción, durante las primeras dos o tres semanas de septiembre hubo cierta correspondencia entre el optimismo gubernamental y el nacional. Empero, a lo largo del periodo subsecuente se dio una bifurcación: por un lado, actos públicos en los que los llamados en favor del patriotismo, la unión y la solidaridad persistieron tenazmente; por el otro, un escenario más extenso en el que la euforia se evaporó antes de lo previsto. Es posible que el buen ánimo en la primera de estas dimensiones se mantuviera con la intención de contagiar a la segunda. Más adelante, tal vez ni siquiera eso se pretendió, sino exhibir entusiasmo como un medio de defensa, o quizá hubo cierta evasión de la realidad. En este punto cabe el cotejo de las caricaturas triunfalistas sobre una burguesía derrotada y una nación dinamizada (figuras 8 a 13), con otras dibujadas durante noviembre en las que se percibe un sector privado en pie de guerra, los decretos inertes y un país arruinado (figuras 14 a 16). Mientras que en los eventos oficiales todavía se hablaba de retomar la senda revolucionaria y convertirse en ciudadanos universales, el motor de dichas transformaciones parecía haberse consumido. El nuevo resplandor nacionalista terminó como un destello, y López Portillo, sumido en la ilegitimidad, estado que contagió al sistema político entero.¹⁵³

¹⁵³ Gil Villegas, “Legitimidad...”, p. 13.



Figura 14. *Unomásuno*, 9 de noviembre, p. 3.



Figura 15. *Unomásuno*, 1º de noviembre, p. 3.



Figura 16. *Unomásuno*, 30 de noviembre, p. 1.

Para terminar, en lugar de la oleada expropiatoria anhelada por unos y temida por otros, las actividades presidenciales durante las últimas semanas de noviembre consistieron fundamentalmente en desayunos, conferencias de prensa, inauguraciones de obra pública y despedidas. En dichos eventos hubo balances positivos acerca de la administración saliente –incluidos varios intentos de rescatar la figura de López Portillo para la Historia y de probar que, al menos, sus intenciones siempre habían sido nobles–,¹⁵⁴ así como llamados a enfrentar con entereza las contrariedades y agradecer que a la nación no le hubiera ido peor. También hubo algunos vaticinios sobre el futuro nacional, en los que ya no se apeló tanto a elementos o iniciativas propias (el petróleo, la política exterior, la nacionalización bancaria), sino a cuestiones ajenas y ambiguas: la recuperación de la economía mundial y la convicción en que el “destino natural” de los países pobres era el desarrollo. Más aún, en vez de previsiones fundamentadas en planes relativamente concretos, el mandatario se limitó a expresar buenos deseos, anhelos sobre un mejor mañana,¹⁵⁵ o como él clamó durante su último discurso como presidente, el 30 de noviembre de 1982 en Campeche:

No sólo abriguen la expectativa, no sólo abran su esperanza, mantengan razonada fe en que este país accederá –ya lo está haciendo– a destinos superiores. Creo profundamente en México, en mi Patria, en que llegará a ser lo que su magnífica historia lanza al porvenir como destino que no podrá de ninguna manera frustrarse. ¡Creo en México, mexicanos!¹⁵⁶

Así, con un tránsito de las expectativas a la fe, el sexenio lopezportillista se consumó.

¹⁵⁴ Esta última aseveración recuerda una entrevista que, el 21 de mayo de 1976, el entonces candidato José López Portillo ofreció a Jacobo Zabludovsky con relación a la crisis en curso, el primero aseguró que ningún jefe del Ejecutivo se había propuesto aumentar la inequidad ni la injusticia, sino que ambas eran producto de fuerzas que rebasaban la voluntad del mandatario en turno. Cuarenta años después, en octubre de 2016, Enrique Peña Nieto formularía una idea similar: que ningún presidente se levantaba por las mañanas preguntándose “cómo joder a México”. Es decir, en tres escenarios de desconcierto los gobernantes aun tuvieron que especificar que los declives no eran adrede. José López Portillo, *Soluciones institucionales y no personales (entrevista de televisión a bordo del avión “El Político”, 21-mayo-76)*, México, Publicación de la Comisión Nacional Editorial, 1976, p. 15; Francisco Reséndiz, “Ningún Presidente se levanta pensando: ‘cómo joder a México’”, Peña Nieto”, *El Universal*, <http://www.eluniversal.com.mx/articulo/nacion/politica/2016/10/25/ningun-presidente-se-levanta-pensando-en-como-joder-mexico-epn> [consultado el 12 de septiembre de 2018].

¹⁵⁵ *El Gobierno Mexicano*, 1982, noviembre, pp. 106, 108, 113, 128, 131, 135, 139, 143, 147-148, 153, 160-163, 238, 244, 249, 254, 259, 261, 263.

¹⁵⁶ *El Gobierno Mexicano*, 1982, noviembre, p. 263.

Conclusiones

Edipo y el gatopardo

Primero la administración de la abundancia, después un mundo equitativo y en paz, por último el renacimiento espiritual mexicano; tan desafortunadas resultaron las expectativas cumbres del lopezportillismo como rotundo su incumplimiento. De hecho, el curso nacional siguió una dirección opuesta a la divisada entre 1976 y 1982: en vez de nacionalismo revolucionario y mantenimiento ininterrumpido del régimen priista, en el corto plazo se instrumentó un nuevo modelo económico, en el mediano llegó la alternancia política.

Fue un viraje escalonado, semejante al desmantelamiento del cardenismo en los años cuarenta: primero con relativa tibieza por Manuel Ávila Camacho, luego intensivamente por Miguel Alemán, cuyos sucesores seguirían la nueva pauta de crecimiento desigual e industrialización a costa del campo. De manera similar, el paradigma económico que tuvo a López Portillo como último exponente fue interrumpido por Miguel de la Madrid –con cierta vacilación al inicio– y alterado contundentemente por Carlos Salinas de Gortari, quien inauguraría un modelo que persiste hasta la fecha. Así, en ambos casos puede hablarse de una gradación desarrollada en tres sexenios (Cárdenas, Ávila Camacho y Alemán; López Portillo, De la Madrid y Salinas) seguida por administraciones que continuaron el proyecto del tercero (Alemán; Salinas), si bien con alguna moderación.

A su vez, ambas transformaciones fueron consecuencia de los procesos globales que las circundaron. En la primera, un ambiente de posguerra que favoreció la sustitución de importaciones; en la segunda, la recuperación global del proyecto en pro del *laissez-faire* (no es casual que entonces numerosos países se inclinaron por la ortodoxia) y, más adelante, el fin de la Guerra Fría. De tal suerte, el México que despuntó en los albores del tercer milenio pareció sustancialmente distinto al de buena parte del siglo XX. Con todo, algunos cambios han resultado bastante menores a lo presumido: la alternancia no trajo consigo el proceso democratizador esperado; en tanto que los dividendos económicos –tasas de crecimiento modestas desde el aciago 1982– tampoco ameritan orgullo.

Por lo que concierne al sexenio analizado, el elemento más sobresaliente que hallo no es la instauración de metas supremas (un país desarrollado, el fin de la Guerra Fría, un México solidario), sino el que, a través del discurso de la eficacia, se les pregonara sin la intención de consumarlas cabalmente. En realidad, su gran provecho giró en torno a la legitimación del

régimen que las trazó; más aún, a semejanza de la hipótesis central de Gabriel Székely en *La economía del petróleo en México, 1976-1982*: que se alteró la política petrolera para mantener inalterada la política de financiamiento deficitario,¹ considero que tales metas fueron difundidas con el propósito de conservar el *statu quo*, a fin de cuentas, legitimidad implica la aceptación de un orden, en este caso, el imperante. Me explico, las medidas instrumentadas desde el viraje de Pemex en 1976 hasta los decretos septembrinos en 1982, lo mismo que la forma de darlas a conocer, pueden ser entendidas como un esfuerzo para persistir en los sistemas político y económico vigentes; es decir, como el intento de cambiar en lo superficial a fin de que la estructura se mantuviera incólume. Frente a las adversidades internas y externas, como el agotamiento de la economía mundial, las limitaciones del desarrollo estabilizador, una sociedad mexicana en transformación y pérdida de legitimidad, se aplicó una serie de paliativos acompañados de ensueños ambiciosos y sucedidos por una realidad muy distinta a lo pronosticado.

Al llegar a este punto conviene insistir en las observaciones que tres académicos publicaron antes de que el lopezportillismo naufragara. Como señalé en el primer capítulo, desde los años sesenta, Raymond Vernon y Pablo González Casanova advirtieron que no sería factible mantener el éxito alcanzado sin la ejecución de reformas económicas y políticas profundas; a mediados del decenio siguiente, Edmundo O’Gorman amplió la mirada al postular como una constante de las élites mexicanas el afán por obtener grandes resultados sin pagar el costo, básicamente los beneficios de la modernidad sin la modernidad en sí. En la misma tónica, la administración lopezportillista perseveró en un modelo tambaleante —o al menos que había perdido vigor— con base en reformas someras que trajeran divisas (venta de crudo), mejoraran la imagen del régimen (potencia media) y exhibieran la fuerza del presidencialismo (nacionalización bancaria). Sin embargo, y a semejanza del tebanos que resolvió el acertijo de la esfinge, se obtuvo lo opuesto a lo procurado: el fin del nacionalismo revolucionario como paradigma y, varios años después, la alternancia. Más aún, el incumplimiento de las proyecciones trazadas para legitimar al gobierno en turno redundó en un grado creciente de ilegitimidad, no sólo para este último sino para el sistema político entero. Los cambios emprendidos para no cambiar precipitaron justamente aquello que se quería eludir.

¹ Székely, *La economía...*, p. 10.

Expectativas transversales

Sobre las grandes expectativas del sexenio, resta atar algunos cabos que podrían haber quedado sueltos; por tanto, y para ofrecer una mirada de conjunto, evidenciaré nueve confluencias y cinco tránsitos que los distintos casos compartieron.

Para empezar, los tres proyectos se suponían blindados contra los yerros del pasado, propios o ajenos: (1) gracias a la *siembra* de petróleo y al FNE se asumía que México no se *iranizaría* y que tampoco habría un costo social parecido al del desarrollo estabilizador, o sea, que se generaría una bonanza integral y equitativa. (2) Los atributos autodesignados de la potencia media (plural, solidaria, pacífica, conciliadora, etc.) daban a entender que ésta jamás se convertiría en un actor inmisericorde como Estados Unidos y la Unión Soviética. (3) El renacimiento espiritual que se anunció tras el VI Informe fue expresado, sutilmente, como si se tratara de una vacuna que inmunizaría a los mexicanos en contra de los reveses futuros que buscaran socavar su ánimo, como el medio para que el malestar cíclico, que tantas veces había acometido, no volviera a devastar.

En segundo lugar, las tres expectativas cumbres suscitaron preocupaciones particulares: (1) durante la administración de la abundancia se temió ser demasiado ricos, es decir, que la economía se *indigestara* por recibir más dinero del que podía manejar. (2) Con la potencia media, que México se transformara en una nación imperialista, explotadora de sus vecinos. (3) A poco de la nacionalización bancaria, que la figura presidencial se fortaleciera al punto de convertir a su detentador en un déspota todopoderoso. Como la visión retrospectiva permite notar, ninguno de esos pronósticos fatalistas se cumplió siquiera en lo más remoto: para 1982 el país se quedó prácticamente sin divisas, su influencia regional se diluyó en los años siguientes y, con algunos altibajos, el presidencialismo continuó su proceso de desgaste. Por lo tanto, la crisis impidió que se pusieran a prueba tanto el blindaje como los miedos.

En tercero, estos proyectos fueron aludidos como la armonía perfecta entre lo conveniente y lo moralmente correcto: no sólo capaces de revertir las contrariedades vigentes, acabar con su razón de fondo e inaugurar un nuevo esplendor nacional o mundial, sino que su ejecución ni siquiera requeriría de actos reprobables ni de víctimas –en todo caso, la expropiación bancaria sería un justo castigo contra los culpables del desplome–, puesto que a todos beneficiaba. Dicho de otra forma, contravendrían los principios básicos fijados por Maquiavelo –la moral y la política siguen caminos dispares– en vista de que significarían

la posibilidad de lograr grandes objetivos a través de un derrotero virtuoso; la acción necesaria resultaba también íntegra.

Como cuarta convergencia, el tramo final del sexenio (1981-1982) resaltó por el colosal ensanchamiento habido entre los futuros divisados y la realidad que imperaba al momento de difundirlos. Cuando se hablaba de salvar el mundo, el proyecto nacional se derruía; al tiempo en que se vislumbraba la posibilidad de que los mexicanos consumaran el destino y se transformaran en ciudadanos universales, la nacionalización bancaria había perdido su esplendor, el frenesí popular se había evaporado y era innegable que la crisis tardaría muchos años en ser abatida.

En efecto, los resultados distaron de lo prometido, justo ahí yace el quinto asunto: la capacidad de ostentar los vicios como virtudes, los sinsabores como ventajas. (1) El derrame del Ixtoc I, catástrofe ecológica ignota, fue referido como prueba de la exuberancia petrolera nacional y del impacto global que México empezaba a ejercer, como testimonio de que se ascendía a pasos agigantados. De manera similar puede entenderse la inclinación habida entre 1981 y 1982 por preconizar lo inmaterial: (2) un proyecto para disolver los grandes problemas globales basado en ideas más que en crudo, (3) así como el llamado a resolver los agobios nacionales por medio del avivamiento de valores como el patriotismo. Dado el fracaso de la estrategia de desarrollo, hubo que apelar a lo invisible en vez de a lo concreto. Más todavía, cuando las finanzas colapsaron se insinuó que ése había sido el precio para que por fin se hubiera identificado el verdadero mal; ergo, por encima de la desazón inmediata, la debacle habría sido afortunada al haber abierto el camino a una nueva era; se dio a entender que gracias a la crisis por fin habían comprendido que la solución no yacía en el dinero, sino en un cambio interno. La impotencia fue mostrada como madurez y visión a largo plazo.

Como sexto lugar se encuentra el deslinde de responsabilidades. Cuando la crisis hizo estragos, los voceros del régimen encontraron culpables nacionales e internacionales. Respecto de estos últimos, López Portillo aprovechó su oportunidad en el estrado de las Naciones Unidas para acusar al Norte por la ruina del Sur;² en cuanto a los internos, sobreabundaron los eventos oficiales en los que se imputó el acabose a un conjunto de

² En una tónica similar, mientras que con gran frecuencia se aseguró que la crisis mexicana no era estructural sino coyuntural, se sostuvo lo opuesto de la internacional, la cual habría transmitido su decadencia al interior del país. Por lo contrario, el auge experimentado entre 1978 y 1981 fue expuesto como el fruto de una actuación apropiada al interior –tanto el plan de desarrollo como su ejecución–, no de una coyuntura afortunada.

traidores. En cambio, el gobierno no sólo sería inocente, sino que se habría percatado del derrumbe con antelación, pero como con la sacerdotisa Casandra, nadie había hecho caso a sus advertencias. Durante el ya citado encuentro en la ONU, el jefe del Ejecutivo recordó que su país había ofrecido una salida a la incertidumbre global, los demás no habían atendido sus propuestas y, paradójicamente, la nación mexicana era la más castigada. De igual manera, desde junio de 1981 éste había pedido calma y confianza, no dar crédito a los esparcidos de infundios; mas la población se habría dejado arrastrar por el miedo, de ahí el colapso. Así pues, tanto al exterior como al interior se insinuó un *se los dije*.

En séptimo, es de tomar en cuenta el grado al que se llegó pese a que se tratara de una administración que había llegado al poder con el estandarte de la mesura. En efecto, la moderación resultó fugaz: (1) de anunciar austeridad y una política económica realista, a gastar y endeudarse en exceso; (2) de abandonar el tercermundismo y centrarse en los apuros internos, a reactivar la política exterior y plantear iniciativas globales; (3) de conciliarse con la élite económica, a terminar sumido en una animadversión duradera con buena parte de la misma. En los primeros dos casos sólo hizo falta la coyuntura favorable de la bonanza petrolera para que el gobierno abandonara su hipotética templanza; en el tercero, los apremios lo llevaron a ver por sus propios intereses en menoscabo de la concordia que había procurado mantener con la iniciativa privada. La recurrencia de tales desbordes recuerda la fábula del escorpión y la rana: el primero picó a la segunda, aun cuando significara la muerte de ambos, porque era su naturaleza; tarde o temprano debía actuar como le era propio.

En octavo puesto se encuentran las vinculaciones históricas: (1) el viraje de Pemex no se expuso como la interrupción del legado cardenista, sino como un reimpulso fresco al paso emprendido en 1938. (2) La potencia media fue ostentada como continuación de la política exterior que próceres como Juárez, Calles y Cárdenas llevaron a cabo, y como propia de un país que desde su nacimiento había luchado contra las potencias extranjeras que querían explotarlo. (3) Finalmente, la nacionalización bancaria fue equiparada a la expropiación petrolera y referida como una nueva fase en la lucha inmemorial de dos esencias antagónicas: el pueblo y el guía por un lado, los malos mexicanos por el otro. Esta tendencia, hay que subrayar, concordó con la propensión a ubicar las supuestas raíces profundas de los infortunios: (1) primero la incapacidad para acumular riqueza verdadera, (2) después el orden mundial injusto que imperaba y (3) al final la existencia de un país sin nación.

Como último lugar figura el juego entre justificación y legitimación; el viraje de Pemex, la potencia media y la nacionalización bancaria precisaron de justificación a la vez que sirvieron para legitimar al régimen. (1) Interrumpir la política petrolera tradicional requirió de proclamar el advenimiento de una opulencia jamás soñada. (2) Para reactivar la política exterior convino describir el activismo internacional como el medio que permitiría vencer las contrariedades internas y ayudar a los sufrientes. (3) La consolidación de la nueva banca requirió que ésta fuera presentada como la forma de detener la fuga de capitales. Simultáneamente, todos esos pregones permitieron mostrar al gobierno como (1) un ente capaz de generar crecimiento económico, (2) tan exitoso que podía ocuparse de otras naciones y (3) con la capacidad de respuesta para hacer frente a cualquier obstáculo. Las tres medidas requerían justificación al tiempo en que servían para legitimar a su instrumentador.

En suma, hubo al menos nueve puntos en los cuales las expectativas, o asuntos vinculados a ellas, confluyeron: blindaje teórico de los proyectos; riesgos del éxito; concordia hipotética entre lo moral y lo políticamente adecuado; brechas abismales entre los escenarios presentes y los futuros previstos entonces; exhibición de las deficiencias como fortalezas; culpabilización de terceros por el fracaso; gran distancia entre el rostro mostrado por el gobierno a inicios del sexenio y el que prevaleció en los siguientes años; apelaciones al pasado, y justificaciones de políticas que simultáneamente legitimaban a sus instrumentadores. Dicho de forma breve, los paralelismos de las expectativas no se constriñeron a su estructura básica; mucho de lo expresado acerca de una figuró en otras.

Por lo que respecta a los cinco tránsitos, el primero consistió en que, si bien las expectativas fueron difundidas tanto en momentos de apremio como de euforia (los desplomes financieros en 1976-1977 y 1981-1982 por un lado, un auge económico fugaz entre 1978 y 1981 por el otro), y a pesar de que la primera se desarrolló en más de dos años, mientras que la última sólo contó con tres meses, todas experimentaron un proceso desbordante, de lo medido a lo utópico. El segundo tránsito, en el desvanecimiento gradual del petróleo en la estrategia, de ser el elemento crucial a uno subordinado y casi en el olvido. Por tanto, las expectativas siempre fueron al alza, los hidrocarburos, a la baja.

El tercero, al tiempo en que, según sus objetivos señalados, las fases iniciales de las proyecciones únicamente apuntaban a regresar al *statu quo ante* (el México previo a las crisis de 1976 y 1982, el mundo antes de las distorsiones en el mercado energético internacional),

la escalada posterior adquirió un tono revolucionario, puesto que se anunciaron advenimientos de estados ignotos que conducirían a la plenitud. El cuarto, que no compete a cada expectativa por separado sino a todas en conjunto, en que hubo un recorrido de lo patente a lo impalpable, pues se comenzó con soluciones basadas en dinero y se concluyó con proclamas sobre reavivamientos internos que permitirían consumir el destino: de Pemex como generador de divisas a la solidaridad gestada mediante la nacionalización bancaria.

El quinto partió de las expectativas y, hacia finales de 1982, desembocó en las esperanzas, entendiendo las primeras como aspiraciones fundamentadas en planes relativamente definidos, y las segundas como meros deseos carentes de respaldos sólidos, sin más cimientos que el anhelo de un mejor mañana, poco menos que actos de fe. En consecuencia, el incumplimiento de las previsiones causó un desgaste prematuro, perjudicó la credibilidad del régimen y socavó su de por sí ya menguante legitimidad. Así es el doble filo de las promesas: cuando quedan insatisfechas y, más aún, cuando los resultados se vuelven opuestos a los pronósticos, lo inicialmente útil es capaz de volverse nocivo. La divulgación de proyecciones optimistas amplía el margen de maniobra, incentiva la paciencia de los receptores, pero todo tiene un límite.

Bamboleos de un México soñador

Una vez desarrollada la estructura común de expectativas que imperó entre 1976 y 1982, resta hacer un esfuerzo por explicar el origen de sus desbordes. Empiezo con el marco global, una época en la que la incertidumbre fue la norma: agotamiento del sistema económico mundial, reconfiguración del capitalismo (del keynesianismo a la ortodoxia financiera), inestabilidad política en diversas partes del globo y reimpulso de la Guerra Fría. Tales condiciones de desasosiego, de cambios vertiginosos (*v. gr.*, los miembros de la OPEP habían multiplicado súbita y exponencialmente sus ganancias) y de búsqueda de alternativas (eurocomunismo, fundamentalismo islámico) frente a un orden vacilante resultaron propicias para que una administración como la lopezportillista, tendiente a desbocar sus proyecciones, trazara planes que no tardaron en rozar lo utópico.

Luego, el escenario nacional: legitimidad mermada por el desgaste político y económico (1968, 1976), opciones limitadas por los compromisos de austeridad con el FMI –no hay que olvidar que López Portillo fue el primer mandatario mexicano en decenios que comenzó su

gestión con restricciones financieras graves— y, por ende, un momento de definición, de cambio de rumbo. Frente a tales apremios, se optó por modificar la política petrolera a fin de no alterar la estructura económica. Inicialmente sólo se planteó regresar al estado previo a la crisis heredada; empero, la necesidad adicional e ineludible de justificar el viraje de Pemex llevó a trazar objetivos más ambiciosos (opulencia, desarrollo, modernidad), ensueños útiles para legitimar con más firmeza al régimen mismo. En otros términos, las implicaciones de la respuesta al brete inmediato incentivaron el planteamiento de una solución definitiva.

Asimismo, no hay que soslayar —aunque diste de ser la razón determinante— el carácter del presidente en turno, quien parecía asumirse como un hombre universal, alguien que solía apuntar hacia lo sumo, a los saltos cualitativos; desde esa perspectiva no son de extrañar sus proyectos para resolverlo todo. Por consiguiente, las oscilaciones inesperadas de esa década, el requerimiento de justificar el abandono de la política petrolera tradicional e incluso el temperamento del Primer Magistrado —cabeza de un sistema que centralizaba el poder en su persona— permiten entender el primer gran descontrol en las proyecciones gubernamentales: de superar los percances de 1976 al México desarrollado, acreedor y de pleno empleo que se calculaba para el año 2000.

A partir de ese momento, la secuencia ascendente se reprodujo en la política exterior (de ayudar a Centroamérica a resolver la Guerra Fría), en las explicaciones de la crisis (de la caída en los precios del petróleo a una lucha de principios antagónicos intemporales) y en el último trimestre del sexenio (de detener la fuga de capitales a la ciudadanía universal); o sea, la primera expectativa abrió paso a las demás. Acerca de la última, sospecho que los emisores ni siquiera estuvieron muy conscientes de su escalada, más bien, ante la premura y en medio del desastre y la ilegitimidad, reaccionaron como se había hecho costumbre, se trató de una suerte de inercia en la que se intentó hacer más llevadero el presente con base en la imagen de un futuro que siguió la estructura de expectativas delineada en el pasado próximo.

Sin duda las administraciones antecesoras también habían apelado al pasado (sus conexiones con la Revolución Mexicana), presente (su eficacia para mantener estabilidad y generar crecimiento) y futuro (sus llamados a alcanzar el desarrollo). Sin embargo, el caso aquí estudiado fue el que llevó al límite dichas propensiones, sobre todo la concerniente al porvenir utópico de los mexicanos; fue como un *canto de cisne*, el delirio previo a la defunción, al menos la del nacionalismo revolucionario como pauta rectora. A fin de cuentas,

la falta de contrapesos efectivos en los regímenes autoritarios permite que estos últimos vivan en la ilusión a destiempo, hasta que la situación se vuelve insostenible y entonces todo se deteriora a gran velocidad.

Con todo, retomo una idea esbozada desde la introducción, más allá de las puras expectativas (desarrollo, paz, armonía), los planteamientos aquí analizados dan cuenta de una manera de concebir la realidad, el mundo: primero la existencia de un mal de raíz, una adversidad vetusta e invisible que unas veces se manifiesta de forma sutil, otras, contundente, y que está detrás de las calamidades presentes y pasadas, diminutas y letales, individuales y colectivas; luego, el deseo de vencer dicho mal, remontar la condición actual con el propósito de asumir un estado superior del que no haya marcha atrás; finalmente, un proyecto para llevar a cabo semejante empresa, esto es, revertir tanto los sufrimientos vigentes como las restricciones ancestrales, crear algo nuevo. Todo lo cual convierte el presente en el punto de inflexión entre dos eras diametralmente opuestas, en el paso transitorio al estado definitivo, aquél que va de la época de limitaciones a la de plenitud.

Obviamente esta forma de entender la vida, de darle sentido a la existencia, no es privativa del lopezportillismo. Todo lo contrario, pienso que la aquí expuesta es apenas una de las muchas particularizaciones de aquella forma que consiste en una realidad insatisfactoria, un gran objetivo, un estado máximo a alcanzar, un camino y un oponente. Al menos desde el siglo XVII con Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, hasta el XX con Wenceslao Roces,³ la Historia ha sido equiparada a un espejo en el cual el hombre puede verse a sí mismo y –cabría agregar–, reparar en su dimensión profunda e invisible que no advierte por otros medios. En este caso, una investigación centrada en el periodo 1976-1982 podría ser útil para reflexionar en nuestras propias maneras de entender la vida y el devenir, pues tal vez no sean estructuralmente tan distintas a la aquí presentada.

Como propuesta para futuras investigaciones, podría elevarse la mirada y advertir lo que considero fue una sucesión de optimismo y desencanto a través de los sexenios: la administración de la abundancia difundida por López Portillo provocó que su gestión fuera predominantemente de esperanzas; las secuelas del derrumbe de 1982 impactaron a tal grado

³ Chimalpahin, *Octava relación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México 1983, p. 113; Wenceslao Roces, “Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua”, en Álvaro Matute (selección y prólogo), *La Teoría de la Historia en México (1940-1968)*, Fondo de Cultura Económica–Biblioteca Universitaria de Bolsillo, 2015, p. 229.

que el periodo de Miguel de la Madrid se caracterizó más bien por la resignación en cuanto al desarrollo nacional; las ilusiones se recuperaron durante el gobierno de Carlos Salinas gracias a su proyecto para fundir la economía mexicana a la estadounidense, entonces se afirmó que la modernidad era una meta asequible; la crisis de 1994 interrumpió la confianza, de modo que las desilusiones fueron recurrentes con Ernesto Zedillo; la esperanza democrática que llegó con Vicente Fox gestó una nueva euforia; entretanto, los dos últimos sexenios no se han inclinado del todo hacia alguno de los dos polos, si bien la violencia desatada a raíz de la guerra que Felipe Calderón emprendió contra el narcotráfico, así como las reformas estructurales de Enrique Peña Nieto, podrían insertarse en los campos aquí tratados, aunque sin generar, creo yo, el desánimo o ánimo correspondiente.

Por encima del proceso nacional, si se adoptara una perspectiva todavía más amplia podría sostenerse que las últimas décadas han sido de desencanto global. Al menos así fue como Hobsbawm concluyó su *Historia del siglo XX*, con una humanidad que emprendió su trayecto hacia el nuevo milenio inmersa en la bruma, ignorando no sólo hacia dónde iba sino también adónde debería ir, ya que las utopías habían fallado: religiones tradicionales en declive, un sistema socialista recién desmoronado y un capitalismo inoperante.⁴

Inmerso en semejante proceso, el vaivén mexicano de ilusiones y desengaños ha sido un fragmento, y el de López Portillo, una partícula. De asuntos concretos fundamentados en la venta de crudo, las expectativas divulgadas finalizaron en el humo, primero por su carácter ambiguo, luego por su desvanecimiento. Desde esta óptica, a pesar de que el entonces presidente se asumía como Quetzalcóatl, hubiera sido más adecuado el *alter ego* de Tezcatlipoca, “el espejo negro que humea”. Así fue el trayecto entre 1976 y 1982: de lo crudo a lo humeante –de lo concreto a lo etéreo; de lo medido a lo desenfrenado; de lo que parecía dar resultados mediante la venta de hidrocarburos, a lo que simplemente falló, se esfumó–, en tanto que el tránsito nacional posterior ha consistido en euforia sucedida por descensos estrepitosos. No creo absurdo suponer que todas esas experiencias han impactado en el ánimo general, debilitado la facultad para confiar en los proyectos de ascenso colectivo y reforzado las tendencias proclives al pesimismo, un sentido trágico expresado en frases tan típicas como “por eso México no avanza”.

⁴ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, pp. 26, 558 y ss.

Siglas

- CBS: Columbia Broadcasting System.
- Canacintra: Cámara Nacional de la Industria de la Transformación.
- CCE: Consejo Coordinador Empresarial.
- Colmex: El Colegio de México.
- Concamin: Confederación de Cámaras Industriales.
- Concanaco: Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio, Servicios y Turismo.
- Coparmex: Confederación Patronal de la República Mexicana.
- CNC: Confederación Nacional Campesina.
- CNOP: Confederación Nacional de Organizaciones Populares.
- CTM: Confederación de Trabajadores de México.
- FNE: Fondo Nacional de Empleo.
- FMI: Fondo Monetario Internacional.
- FNE: Fondo Nacional de Empleo.
- FNS: Fondo Nacional de Solidaridad.
- FSLN: Frente Sandinista de Liberación Nacional.
- GATT: Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio.
- IMSS: Instituto Mexicano del Seguro Social.
- INBA: Instituto Nacional de Bellas Artes.
- IPN: Instituto Politécnico Nacional.
- ISSSTE: Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado.
- MMB: millones de barriles.
- MMBD: millones de barriles diarios.
- MNP: Movimiento Nacional Petrolero.
- ONU: Organización de las Naciones Unidas.

- OEA: Organización de Estados Americanos.
- OPAEP: Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo.
- OPEP: Organización de Países Exportadores de Petróleo.
- PAN: Partido Acción Nacional.
- PCM: Partido Comunista Mexicano.
- Pemex: Petróleos Mexicanos.
- PMT: Partido Mexicano de los Trabajadores.
- PPM: Partido Popular Mexicano.
- PRI: Partido Revolucionario Institucional.
- PST: Partido Socialista de los Trabajadores.
- PSUM: Partido Socialista Unificado de México.
- SAM: Sistema Alimentario Mexicano.
- SARH: Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos.
- SEGOB: Secretaría de Gobernación.
- SEPAFIN: Secretaría de Patrimonio y Fomento Industrial.
- SEPANAL: Secretaría de Patrimonio Nacional.
- SC: Secretaría del Comercio.
- SHCP: Secretaría de Hacienda y Crédito Público.
- SPP: Secretaría de Programación y Presupuesto.
- SRE: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- STPS: Secretaría del Trabajo y Previsión Social.
- STPRM: Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana.
- STUNAM: Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- UNAM: Universidad Nacional Autónoma de México.

Fuentes

Fuentes documentales

Benítez Manaut, Raúl y Ricardo Córdova Macías (comps.), *México en Centroamérica. Expediente de Documentos Fundamentales (1979-1986)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

Díaz Serrano, Jorge, *Comparecencia del Sr. Ing. Jorge Díaz Serrano, Director General de Petróleos Mexicanos, ante el H. Congreso de la Unión*, México, Instituto Mexicano del petróleo, 1977.

Echeverría, Luis, *Luis Echeverría, apasionado luchador por los derechos económicos de los pueblos débiles*, México, CNOP-PRI, 1975, *passim*.

_____, *Mensaje al pueblo de México*, México, Cultura y Ciencia Política, A.C., s. f.

_____, *Pensamiento político en el V informe*, México, Grupo Editorial de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares, 1975.

_____, *Por encima de todo, el compromiso es con México*, México, Folleto Publicado por la Comisión Nacional Editorial, 1976.

_____, *Praxis política*, México, Cultura y Ciencia Política, A.C., s/f, varios tomos.

_____, *Sexto informe de gobierno*, México, Comisión Nacional Editorial, 1976.

López Portillo y Pacheco, José, *Discursos pronunciados por el Licenciado José López Portillo*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1977.

_____, *El Ejecutivo ante el Congreso, 1976-1982*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto-Dirección General de Documentación y Análisis, 1982.

_____, *El Ejecutivo ante la nación y ante el mundo, 1976-1982*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto-Dirección General de Documentación y Análisis, 1982.

_____, *En petróleo sigue izada la bandera de Cárdenas*, México, Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana, 1978.

_____, *Memorias de campaña*, México, Comisión Nacional Editorial, s/a, 3 vols.

_____, *México y su petróleo*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1979.

_____, "Política petrolera", en *Cuadernos de Filosofía Política*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto-Dirección General de Documentación y Análisis, 1980.

_____, *Segundo informe de gobierno que rinde ante el H. Congreso de la Unión José López Portillo*, México, s/e, 1978.

_____, *Soluciones institucionales y no personales (entrevista de televisión a bordo del avión "El Político", 21-mayo-76)*, México, Publicación de la Comisión Nacional Editorial, 1976.

Partido Revolucionario Institucional, *Una sesión histórica, Clausura del periodo ordinario de sesiones del Congreso de la Unión 1975*, México, Cuadernos de Documentación Política, 1976.

Petróleos Mexicanos, *Memorias de labores*, 3 tomos, México, Instituto Mexicano del Petróleo, División Editorial, 1984.

Presidencia de la República, *El Gobierno Mexicano*, México, Dirección General de Comunicación Social, Segunda Época y Tercera Época.

Torre, Ernesto de la, Moisés González Navarro y Stanley Ross, *Historia documental de México*, vol. 2, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

Fuentes hemerográficas

- *Examen.*
- *Excélsior.*
- *El Herald.*
- *El Sol de México.*
- *El Universal.*
- *El trimestre económico.*
- *Investigación Económica.*
- *La prensa.*
- *Nexos.*
- *Problemas del Desarrollo.*
- *Proceso.*
- *Revista del Instituto Mexicano del Petróleo.*
- *Revista Mexicana del Petróleo.*
- *Siempre! Presencia de México.*

- *Unomásuno*.

Fuentes bibliográficas

- Abedrop Ávila, Carlos, “Motivos y costos de la expropiación bancaria”; en Amparo Espinosa Rugarcía y Enrique Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria, 25 años después. La historia contada por sus protagonistas*, vol. II, México, Centro de Estudios Espinosa Yglesias, 2008, pp. 7-25.
- Abrams, Philip, “Notas sobre la dificultad de estudiar el estado”, en Marco Palacios (prólogo), *Antropología del Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015, pp. 17-70.
- Adame, Horacio, *La OPEP y la dinámica del mercado petrolero mundial*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- Aguayo, Sergio, “La seguridad nacional y la soberanía mexicana entre Estados Unidos y América Central”, en Mario Ojeda (comp.), *Las relaciones de México con los países de América Central*, México, El Colegio de México, 1985, pp. 43-73.
- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, México, Cal y Arena, 2012.
- Agustín, *Confesiones*, México, Ediciones Paulinas, 1987.
- Alba, José Moreno de, *Suma de las minucias del lenguaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Amador Bech, Julio, *Las Raíces Mitológicas del imaginario político*, México, Universidad Nacional Autónoma de México–Porrúa, 204, 280 p.
- Aristóteles, *Física*, Madrid, Editorial Gredos, 2015.
- Ávila, Alfredo, Virginia Guedea y Ana Carolina Ibarra (coords.), *Diccionario de la Independencia de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- Azuela de la Cueva, Alicia, *Arte y poder: renacimiento artístico y revolución social, México, 1910-1945*, México, El Colegio de Michoacán–Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Basagoiti, José María “La nacionalización de la banca y ‘México en libertad’”; en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, pp. 157-177.

- Bazdresch, Carlos y Santiago Levy, “El populismo y la política económica de México”, en Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards (comps.), *Macroeconomía del populismo en la América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 256-297.
- Bernis, Gerard de, “El informe Brandt: un intento de resolver la crisis dentro del orden capitalista, en *Investigación Económica*, Vol. 40, Núm. 157, julio-septiembre de 1981, pp. 57-81.
- Bizberg, Ilán, “Legitimidad y cultura política: una discusión teórica y una revisión del caso mexicano”, en Fernando Migallón (coord.), *Homenaje a Rafael Segovia*, México, El Colegio de México, 1998, pp. 25-43.
- Bobbio, Norberto *et al*, *Diccionario de política*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2005.
- Borja, Rodrigo, *Enciclopedia de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Baczko Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, 199 p.
- Campbell, Joseph, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Carbó, Teresa, *Discurso político: lectura y análisis*, México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social-Porrúa, 1984, 150 p.
- Cárdenas, Enrique, “Historiando el presente. La nacionalización de la banca en México” en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, pp. 11-60.
- _____, “La economía mexicana en el dilatado siglo XX, 1920-2009”, en Sandra Kuntz (coord.) *Historia económica general de México*, México, El Colegio de México–Secretaría de Economía, 2010, pp. 503-548.
- Carpizo, Jorge, *El presidencialismo mexicano*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1978.
- Carral, José, “La banca extranjera y la estatización de la banca”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, pp. 133-156.
- Casar, María Amparo y Guadalupe González, “Los empresarios en el auge petrolero”, en Jaime Ros *et al*, *El auge petrolero: de la euforia al desencanto*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987, pp. 111-132.

- Chavarría, Miguel Ángel, “Las relaciones entre El Salvador y México”, en Ojeda (comp.), *Las relaciones...*, pp. 91-115.
- Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, Domingo Francisco de San Antón Muñón, *Octava relación*, José Rubén Romero Galván (trad.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.
- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, *El petróleo en México y en el mundo*, México, Ciencia y Desarrollo–CONACYT, 1979.
- Cosío Villegas, Daniel, *El estilo personal de gobernar*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1974.
- _____, *El sistema político mexicano*, México, Cuadernos Joaquín Mortiz, 1982.
- Díaz Serrano, Jorge, *Yo, Jorge Díaz Serrano*, México, Editorial Planeta Mexicana, 1989.
- Dijk, Teun van, “¿Qué es el análisis del discurso político?”, en Teun A. van Dijk e Iván Rodrigo Mendizábal, *Análisis del discurso social y político*, Quito, Abya-Yala, 1999, pp. 9-102.
- Delumeau, Jean, *El miedo en Occidente (Siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*, Madrid, Taurus, 2005, 655 p.
- Elizondo Mayer-Serra, Carlos, “Razones y reacciones de la nacionalización de la banca, en Espinosa y Cárdenas...”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, pp. 237-299.
- Espinosa Rugarcía, Amparo, “Prólogo”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, pp. 7-10.
- Espinosa Yglesias, Manuel, “Bancomer: logro y destrucción de un ideal”; en Espinosa y Enrique (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, pp. 27-67.
- Estévez, Jaime, “Crisis y proyecto nacional”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, México, Siglo Veintiuno Editores, 1991, pp. 45-52.
- Fragoso Ortíz, Onel, *Legitimidad y democracia. Un escenario para la discusión de la legitimidad en México*, México, D3 Ediciones, 2013, 102 p.

- Franco Hijuelos, Claudia, “Las ventas de crudo mexicano para la reserva estratégica petrolera de Estados Unidos”, Tesis para obtener el grado de Licenciado en Relaciones Internacionales, El Colegio de México, México, 1986.
- Gálvez, Arturo, *Crisis del crecimiento y expansión de Petróleos Mexicanos (1970-1988)*, México, Petróleos Mexicanos, 1988.
- Gaos, José, “Notas para la historiografía”, en Álvaro Matute (selección), *La teoría de la Historia en México (1940-1968)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015, pp. 230-262.
- Gil Villegas, Francisco, “La crisis de legitimidad en la última etapa del sexenio de José López Portillo”, en *Antología de estudios de política y relaciones internacionales de Foro Internacional. Volumen 7. El gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1988): un antes y un después en la historia reciente de México*, María del Carmen Pardo y Juan C. Olmeda (eds.), México, El Colegio de México, 2017, pp. 75-94.
- _____, “Legitimidad y modernización política en México”, en Roberta Lajous (dir.), *Examen*, año 1, Núm. 4, México, septiembre de 1989, pp. 12-14.
- Gilgamesh o la angustia por la muerte (poema babilonio)*, Jorge Silva Castillo (trad.), México, El Colegio de México, 2000.
- Giménez, Gilberto, *El debate político en México a finales del siglo XX. Ensayo de análisis del discurso*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, 303 p.
- Giordano, Eduardo, *Las guerras del petróleo*, Barcelona, Icaria Antrazyt, 2002.
- González Casanova, Pablo, *La democracia en México*, México, Era, 2011.
- _____, “México ante la crisis mundial”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, pp. 13-28.
- Granados Chapa, Miguel Ángel, “A 25 años de la nacionalización de la banca”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, pp. 203-210.
- Green, Rosario, *La deuda externa de México: 1973-1987. De la abundancia a la escasez de créditos*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores–Editorial Nueva Imagen, 1988.
- Grimal, Pierre (2008), *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica.

- Guajardo Soto, Guillermo, Fernando Salas y Daniel Velázquez, “Energía, infraestructura y crecimiento, 1930-2008”, en Kuntz (coord.), *Historia económica general...*, pp. 667-704.
- Guillén Romo, Arturo “Interpretaciones sobre la crisis en México”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, pp. 153-182.
- Guillén Romo, Héctor, *Orígenes de la crisis en México*, México, Era, 1992.
- Gutiérrez Vidrio, Silvia, *Discurso político y argumentación: Ronald Reagan y la ayuda a los “contras”*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, 275 p.
- Habermas, Jürgen, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Madrid, Cátedra–Teorema, 1999.
- Hansen, Roger, *La política del desarrollo mexicano*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1985.
- Harrison, Everett F. (ed.), *Diccionario de teología*, Grand Rapids (Michigan), Libros Desafío, 2002.
- Hermet, Guy, Soledad Loaeza, Jean-François Prud’homme (comps.), *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, México, El Colegio de México, 2001, 430 p.
- Hernández García, José Antonio, “Las relaciones entre México y Costa Rica”, en Ojeda (comp.), *La relaciones...*, p. 75-89.
- Herrera, René y Mario Ojeda, *La política de México hacia Centroamérica 1979-1982*, México, El Colegio de México, 1983.
- Herrera, René, “Las relaciones entre Nicaragua y México”, en Ojeda (comp.), *Las relaciones...*, pp. 133-151.
- Hobsbawm, Eric, “El presente como Historia”, en *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica–Biblioteca de Bolsillo, 2002, pp. 230-241.
- _____, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2007.
- _____, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007.
- _____, “¿Qué puede decirnos la historia sobre la sociedad contemporánea?”, en *Sobre la historia*, pp. 38-51.

- Ibarra Muñoz, David, “Una visión de las causas de la nacionalización bancaria y sus consecuencias”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, pp. 161-179.
- Insulza, José Miguel “El contexto global de la crisis”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, pp. 29-44.
- Jobert, Bruno y Pierre Muller, *L'Etat en action. Politiques publiques et corporatismes*, París, Presses Universitaires de France, 1987, 258 p.
- Katz, Friedrich, “La guerra fría en América Latina”, en Daniela Spenser (coord.), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y El Caribe*, México, Miguel Ángel Porrúa–Secretaría de Relaciones Exteriores, 2004, pp. 11-28.
- Kraft, Joseph, *The Mexican Rescue*, Nueva York, The Group of Thirty, 1984.
- La Santa Biblia*, version Reina-Valera 1960, Nashville, Broadman & Holman Publishers, 1994.
- Legorreta Chauvet, Agustín, “Cómo fue la expropiación anticonstitucional de la banca en México: ocaso de una régimen político obsoleto, 1º de septiembre de 1982”; en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, pp. 93-131.
- Loaeza, Soledad, “La expropiación de la banca y el fin del estado jacobino”, Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, pp. 301-391.
- _____, “Las clases medias mexicanas y la coyuntura económica actual”, en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín (coords.), *México ante la crisis*, vol. 2, pp. 221-237.
- López Portillo y Pacheco, José, *Mis tiempos*, vol. I, México, Fernández Editores, 1988.
- López Portillo y Romano, José Ramón, “El proceso que llevó a la nacionalización de los bancos”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, pp. 205-294.
- Madrid, Miguel de la, “Cambio de rumbo”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, pp. 125-159.
- Mancera Aguayo, Miguel, “Crisis económicas en México en el periodo 1976-2008”, en Federico Reyes Heróles y Francisco Suárez Dávila (coords.), *La crisis: testimonios y perspectivas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, pp. 63-87.

- Marco Aurelio, *Meditaciones*, Madrid, Editorial Gredos, 2001.
- Marichal, Carlos, *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Un perspectiva global, 1873-2008*, Buenos Aires, Debate, 2009, 420 p.
- Márquez, Miguel H., *La industria del gas natural en México*, México, El Colegio de México, 1989.
- Meyer, Lorenzo, *Distopía mexicana. Perspectivas de una nueva transición*, México, Debate, 2016.
- _____, “La guerra fría en el mundo periférico: el caso del régimen autoritario mexicano. La utilidad del anticomunismo discreto”, en Spenser, *Espejos de la guerra fría...*, pp. 95-117.
- _____, *Las raíces del nacionalismo petrolero en México*, México, Editorial Océano, 2009.
- _____, *Nuestra tragedia persistente*, México, Debate, 2013.
- Morales, Isidro, *La formación de la política petrolera en México, 1970-1986*, México, El Colegio de México, 1988.
- Moreno-Brid, Juan Carlos y Jaime Ros, “La dimensión internacional de la economía mexicana”, en Kuntz (coord.), *Historia económica general...*, pp. 757-788.
- Morgenthau, Hans, *La lucha por el poder y por la paz*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1963.
- Muñoz Ledo, Porfirio, “El hambre y las ganas de comer”, en Alfonso Suárez del Real y Aguilera, *El petróleo en la historia y la cultura en México*, México, Centro de Producción Editorial, 2008, pp. 13-24.
- Nohlen, Dieter, *Diccionario de ciencia política. Teorías, métodos, conceptos*, México, Editorial Porrúa–El Colegio de Veracruz, 2006.
- Noreng, Oystein, *La política del petróleo en la década de los ochenta*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado*, Barcelona, Editorial Clie, 1985.
- Nye Jr., Joseph S., *Understanding International Conflicts. An Introduction to Theory and History*, Nueva York, Addison Wesley Longman, 2000.

- O’Gorman, Edmundo, *México, el trauma de su historia*, México, CONACULTA, 1999.
- Ojeda, Mario, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 2001.
- _____, “México: su ascenso a protagonista regional”, en *Las relaciones...*, México, El Colegio de México, 1985, pp. 11-41.
- Orozco Barriga, Pablo Kalax, “El ocaso de la mística petrolera. La inserción de Pemex en el mercado internacional como exportador masivo 1973-1978”, tesis para obtener el grado de Licenciado en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.
- Pastor, Rodolfo, “Las relaciones entre Honduras y México”, en Ojeda (comp.), *La relaciones...*, pp. 117-131.
- Paz en Centroamérica. La diplomacia de México en acción*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores–Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Pereyra, Carlos, “Efectos políticos de la crisis”, en González Casanova y Aguilar Camín, *México ante la crisis*, vol. II, pp. 207-220.
- Pintado Rivero, José, “La nacionalización de la banca privada en México”; en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, pp. 127-131.
- Platón, *Diálogos VI. Filebo, Timeo, Critias, cartas*, Madrid, Biblioteca Gredos, 2015.
- Quijoux, Maxime, “Espiritualidad y populismo en América Latina: miradas cruzadas sobre el pensamiento de los Perón y de Augusto César Sandino”, en Benjamín Moallic (comp.), *Las figuras del enemigo y conflictos en Centroamérica*, San Salvador, Dirección Nacional en Cultura y Arte—Secretaría de Cultura de la Presidencia, 2012, pp. 109-134
- Reyes Heróles, Federico y Francisco Suárez Dávila, “Presentación”, en *La crisis: testimonios...*, pp. 9-22.
- Reynolds, Clark W., “¿Por qué el ‘desarrollo estabilizador’ de México fue en realidad desestabilizador (con algunas implicaciones para el futuro)?” en *El trimestre económico*, Núm. 176, octubre-diciembre de 1977, pp. 997-1023.
- Riding, Alan, *Vecinos distantes*, México, Joaquín Mortiz, 2015.

- Riguzzi, Paolo y Patricia de los Ríos, *Las relaciones México–Estados Unidos 1756-2010*, vol. II, Universidad Nacional Autónoma de México–Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012.
- Roces, Wenseslao, “Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua (1957), en Álvaro Matute (selección y prólogo), *La teoría de la Historia en México (1940-1968)*, Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Universitaria de Bolsillo, 2015, pp. 207-229.
- Rodríguez Kuri, Ariel y Renato González Mello, “El fracaso del éxito, 1970-1985”, en *Nueva Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 699-746.
- Romero Kolbeck, Gustavo, “Testimonio sobre las condiciones que prevalecían en México y que llevaron a la nacionalización de la banca”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, pp. 181-204.
- Ros, Jaime “La crisis económica: un análisis general”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, pp. 135-152.
- Rosanvallon, Pierre, *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*, Buenos Aires, Manantial, 2009, 334 p.
- Rousseau, Isabelle, *México: ¿una revolución silenciosa? Élités gubernamentales y proyecto de modernización (1970-1995)*, México, El Colegio de México, 2001, 536 p.
- Rubio, Luis y Edna Jaime, *El acertijo de la legitimidad. Por una democracia en un entorno de legalidad y desarrollo*, México, Fondo de Cultura Económica–Centro de Investigación para el Desarrollo, 2007, 194 p.
- Ruiz Durán, Clemente “El perfil de la crisis financiera”, en González y Aguilar (comps.), *México ante la crisis*, vol. I, pp. 183-106.
- Salazar Ugarte, Pedro, “La legitimidad dúctil. México frente al espejo latinoamericano”, en Héctor Aguilar Camín (dir.) *Nexos*, Núm. 419, noviembre de 2012, pp. 46-51.
- Salgado Andrade, Eva, *El discurso del poder. Informes presidenciales en México (1917-1946)*, México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social-Porrúa, 2003, 563 p.
- Sarmiento, Sergio, “Ya nos saquearon”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. II, pp. 211-236.

- Servan-Schreiber, Jean-Jacques, *El desafío mundial*, Barcelona, Plaza & Janes, 1980.
- Shapiro, Ian, *Los fundamentos morales de la política*, México, El Colegio de México, 2007.
- Silva-Herzog Flores, Jesús, “La crisis de ayer... la crisis de hoy”, en Reyes Heróles y Suárez (coords.), *La crisis: testimonios...*, pp. 54-62.
- _____, “La crisis de 1982 y la nacionalización de la banca”, en Espinosa y Cárdenas (eds.), *La nacionalización bancaria...*, vol. I, pp. 295-355.
- Sonnleitner, Willibard, “¿Para qué (no) sirven las elecciones en México? De la legitimidad de los comicios consensuales del régimen posrevolucionario a la desconfianza ciudadana en la limpieza de las elecciones competitivas”, en Arturo Alvarado Mendoza (coord.), *Elecciones en México: cambios, permanencias y retos*, México, El Colegio de México, 2016, pp. 19-59.
- Suárez, Luis, *Petróleo: ¿México invadido?, los yacimientos mexicanos en la estrategia de EE.UU.; según sus propios documentos*, México, Editorial Grijalbo, 1981.
- Székely, Gabriel, “La crisis de los precios del petróleo”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. I, pp. 231-245.
- _____, *La economía política del petróleo en México, 1976-1982*, México, El Colegio de México, 1983.
- Tannenbaum, Frank, *Mexico: The Struggle for Peace and Bread*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1954.
- Tello, Carlos, “La crisis en 1985: saldos y opciones”, en González y Aguilar (coords.), *México ante la crisis*, vol. II, pp. 399-414.
- Tello, Manuel, *La política exterior de México (1970-1974)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Tito Livio, *Décadas de la historia romana II*, México, Secretaría de Educación Pública, 1988.
- Torres, Blanca, “Actores no estatales y la apertura comercial”, *Una historia contemporánea de México: Actores*, en Lorenzo Meyer e Ilán Bizberg (coords.), México, Océano, 2009, 201-224 p.
- Tortella, Gabriel, *Introducción a la economía para historiadores*, Madrid, Tecnos, 1991.

- Tortella, Gabriel y Clara Núñez, *Para comprender la crisis*, Madrid, 2010, Gadir Editorial, 2010.
- Turrent Díaz, Eduardo, *Estatización bancaria en México*, México, Centro de Estudios Espinosa Yglesias, 2009.
- Turrent, Isabel, “Las relaciones comerciales de México con América Latina, 1976-1982”, *Foro Internacional. Revista Trimestral Publicada por el Colegio de México*, Vol. XXIV, enero-marzo de 1984, núm. 3, pp. 311-326.
- Vernon, Raymond, *El dilema del desarrollo económico de México*, México, Editorial Diana, 1996.
- Villar, Samuel Ignacio del, *México país petrolero, perfiles históricos y problemas futuros*, México, El Colegio de México, 1979.
- Weber, Max, *Economía y sociedad*, tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Wilkie, James, *La Revolución Mexicana (1910-1976). Gasto federal y cambio social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Womack Jr., John, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2014.
- Yergin, Daniel, *La historia del petróleo*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1992.
- Zarazúa Muciño, Humberto, (comp.), *El petróleo*, México, Petróleos Mexicanos, 1974.

Fuentes cinematográficas

- Luciana Kaplan y Diego Delgado (directores), 2007, *1982. La decisión del presidente*. [documental].

Fuentes electrónicas

- Baker, Kevin, “Stabbed in the back! The past and future of a right-wing myth”, en *Harper’s Magazine*, 2008, <http://web.archive.org/web/20080516233413/http://www.harpers.org/StabbedInTheBack.html>.
- “¿Buenos vecinos?: López Portillo y Carter”, en *Wikimexico*, s. a., <http://www.wikimexico.com/articulo/Carter-y-Lopez-Portillo>.

- “‘Bush es el Gran Satán’, según Irán”, en *BBC.com*, 2002, http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/news/newsid_1795000/1795052.stm.
- Cabañas Díaz, Pablo, “Otras Inquisiciones: López Portillo y Carter”, en *Almomento*, 2017, <http://almomento.mx/otras-inquisiciones-lopez-portillo-james-carter/>.
- Cultura Política. Diccionario Electoral, INEP, <http://diccionario.inep.org/C/CULTURA-POLITICA.html>.
- Calculadora de inflación (INEGI) <http://www.inegi.org.mx/sistemas/indiceprecios/calculadorainflacion.aspx>.
- Excélsior TV. (12 de agosto de 2014). *Peña Nieto emite mensaje tras promulgar la reforma energética / Excélsior informa*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=yDK-bjX3NSo>.
- Imaginario Político, INEP, <http://diccionario.inep.org/I/IMAGINARIO-POLITICO.html>.
- “Júpiter”, en *Astronavegador*, s. a., http://www.astronavegador.com/Sistema_Solar/Jupiter.htm.
- Krauze, Enrique, “El timón y la tormenta”, en *Letras Libres*, s. a., <http://www.letraslibres.com/vuelta/el-timon-y-la-tormenta>.
- _____, “El trauma nacionalista”, en *Letras Libres*, 2013, <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/politica/el-trauma-nacionalista>.
- “La ley del embudo”, en *Proceso*, 1979, <http://www.proceso.com.mx/126841/la-ley-del-embudo-no-148>.
- Gobierno de la República. (12 de agosto de 2013). *Mensaje a la Nación con motivo de la Presentación de la Reforma Energética*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=3m0kLU7boKk>.
- LaRouchistasMX MOCILA. (22 de julio de 2012). *Discurso de José López Portillo en la ONU*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=u0bv5Mb4Cdg>.
- Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, 2014, <http://lema.rae.es/drae/?val=crisis>.
- Reséndiz, Francisco, “Ningún Presidente se levanta pensando: ‘cómo joder a México’: Peña Nieto”, *El Universal*, 2016,

<http://www.eluniversal.com.mx/articulo/nacion/politica/2016/10/25/ningun-presidente-se-levanta-pensando-en-como-joder-mexico-eqn>.

- Romero Galván, José Rubén, “Los Ávila y el marqués del Valle: una prefiguración de la Independencia”, México, en *Imágenes. Revista electrónica del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 2011, http://www.esteticas.unam.mx/revista_imagenes/dearchivos/dearch_romero01.html.
- Sánchez Armas, Miguel Ángel, “JUEGO DE OJOS: El gran Satán”, en *Almomento*, 2018, <http://almomento.mx/juego-de-ojos-el-gran-satan/>.